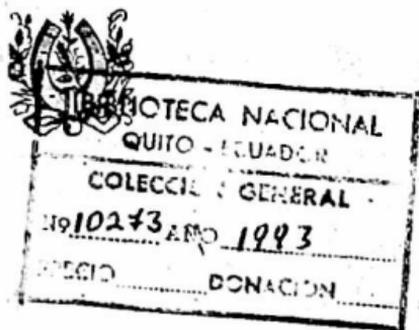


Banda Negra

NOVELA ORIGINAL:

FOR

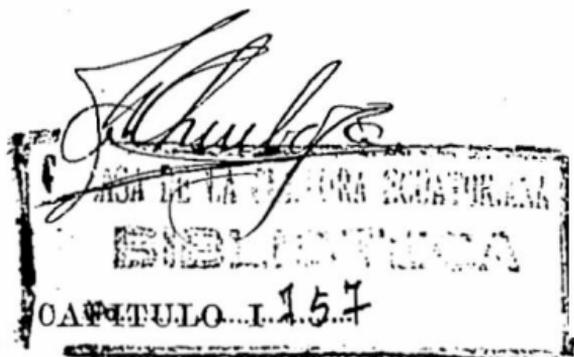
IDEL ALOMIA



QUITO

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios.

1900-



Un huésped.

—Basta, dijo retirando la botella de los labios; crea tener fuerzas suficientes para llegar á Quito antes de anochecer.

—¿Os ayudaré á montar, señor? preguntó respetuosamente el que había guardado la botella en uno de los bolsillos de su modesto traje, por el cual bien se echaba de ver que era un simple paje del caballero, que, recostado y medio hundido en una enorme capa negra, contemplaba melancólico desde la llanura de Iñaquito, á los últimos rayos de un sol de agosto, las modestas casitas que, como una bandada de palomas silvestres, se alzaban á la entrada de la Ciudad de los Reyes.

—Sí; pero antes descíñeme la espada; su peso me incomoda, me fatiga; me estoy ahogando. Y mientras el paje abría las correas que sujetaban la enorme hoja de acero que en aquellos tiempos se usaba, el caballero, apoyándose en el brazo de su caballo, abrió los labios lijeramente amoratados, respirando ansioso por un momento. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente pálida sobre la que se divisaban por bajo de un ancho sombrero de castor, algunos cabellos blancos. ¡Ah! no puedo; me siento morir, dijo con desaliento, mientras una tos seca y pertinaz le embargaba la voz.

—¿Será talvez la fatiga del viaje?

—Todo puede ser, hijo mío, dijo el enfermo; y cobrando fuerzas se agarró con energía de la crin de su cabalgadura é intentó subir sobre ella, cosa que talvez no hubiera logrado á no empujarle Ramón de un modo vigoroso. Monta, añadió dirigiéndose á su guía, tan pronto como se vió seguro sobre la silla, después de envolverse cuidadosamente en la capa que éste le presentaba, y que, con los esfuerzos que hizo al subir

sobre su caballo, se le había caído de los hombros.

Montó Ramón con lijereza, y tomando la delantera llegaron á buen paso hasta el puente de Maciángara, en donde parándose de improviso le preguntó: Señor, á dónde vamos?

—A la casa de los jesuitas. ¿La conoces?

—¿No he de conocer si soy quiteño? dijo Ramón con cierta sonrisa orgullosa.

—Pues entonces guía; porque yo es la primera vez que piso esta ciudad; dijo el señor, tirando de las riendas de su caballo al mismo tiempo que picaba los ijares, para que, tomando una figura airosa, anduviera con paso levantado por las calles de Quito, llenas en esa hora de transeuntes; pues aún no se había ocultado el sol tras las cordilleras del Pichincha.

Rápidos dejaron atrás la larga calle llamada en eso entonces de los Buñuelos que desemboca en la plaza de Santo Domingo, y tirando hácia la derecha, después de cruzar las calles del Comercio y de Gonzalo, entraron en la plaza Mayor á cuyo costado

se alza aún la casa de la Compañía de Jesús. Pasaron con la misma premura la calle Angosta y torciendo á la izquierda, hicieron alto en la portería de los jesuitas. Desmontóse Ramón con agilidad y asiendo de la aldaba dió dos recios golpes que retumbaron lúgubres por los desiertos corredores de la casa.

—¿Qué se ofrece? dijo una voz mansa, al mismo tiempo que se abría la puerta dejando ver la figura de un hombre en cuyo plácido semblante estaba dibujada la paz que reinaba en su alma.

—Nada, hermano José, dijo Ramón. El señor que viene desde Lima me ha dicho que llame aquí, porque aquí quiere hospedarse.

Alzó los ojos el hermano José y haciendo una profunda reverencia al caballero que permanecía montado junto á la puerta, hácia el lado de la calle, le dijo: señor, ¿es verdad que quiere hospedarse aquí?

—Sí, hermano. Vengo enfermo; no conozco á nadie en esta ciudad que visite por primera vez y á la que nunca hubiera ve-

tiempo mientras el plácido lego, viendo que para nada le necesitaban, cerró la puerta en silencio yéndose en seguida á su portería.

—Siaré, dijo el que entraba; pues vengo enfermo y el dolor agudo que me oprime el pecho, no me permite estar mucho tiempo de pié.

—¿Es el padre Superior?

—Ira servir á Ud. caballero.

—Entonces tendrá la bondad de leer esta carta de vuestros hermanos del Perú os dirige recomendándome. Y dejando caer el envase entregó un gran pliego de papel doblado en cuatro partes y sellado con lacro rosa.

El padre rompió el sello y se puso á leer atentamente, en tanto el caballero cuya nobleza aunque demacrada y pálida, estaba ya descubierta, contemplaba amoroso una bellísima imagen de nuestra Señora del Carmen.

La carta decía así:

Reverendo Padre:

“No permito recomendar á los cuidados

de V. R. al portador de la presente que no es otro que el Señor Francisco Sotuy Molina, noble caballero de esta ciudad cuyas generosas dádivas y decidido apoyo que en varias ocasiones difíciles ha prestado á los padres de la Compañía, me tienen en extremo agradecido y deseoso de retornar de alguna manera tantos favores."

"Por fortuna, la desgraciada enfermedad del pulmón que padece el Señor de Sotuy y Molina, me ha ofrecido la ocasión de mostrarme solícito aconsejándole deje la ciudad de Lima cuyo temperamento, como sabe muy bien V. R., es nocivo á esa clase de enfermedades, y se vaya á Quito donde, gracias á la pureza del aire que se respira, es probable encuentre sino una curación completa, por lo menos un alivio notable. Trabajo costó decidirle á tal viaje, y con razón; pues, aunque quiteño por su padre, dice que no tiene en esa ciudad parente alguno; mas fiado en mí que le creí hallaría toda suerte de comodidades y medicinas en la casa de los jesuitas de él; ha resuelto partir antes que su enfermedad adquiriera un carácter alarmante,

“Por esto, suplico á V. R. se digne atender de la mejor manera posible, tanto como si fuera uno de los nuestros, favor por el que le quedará muy reconocido á V. R. su atento amigo y compañero.

LÚCAS MANTILLA, S. J.”

Lebló la carta el padre jesuita y, con exquisita finura, dijo á su interlocutor:

-Según este pliego, tengo el honor de hablar con el señor don Francisco de Soto y Molina.

-Sí, Padre: y el motivo de mi viaje es que tampoco hay para qué decirlo; pues supongo que el mismo padre Mantilla os comunicará en la carta que he tenido el honor de entregaros.

-En efecto; me comunica que venis enfeao del pulmón en busca de mejor clima. Héis hecho muy bien; esta ciudad situada en la altura de los Andes, tiene condiciones climatéricas admirables que en vano buscarían en otra parte, y espero en Dios, callero, que muy pronto quedaréis completamente restablecido.

—Dios lo quiera, dijo el señor de Soto en medio de una tos fatigosa que envió á sus labios una mancha carmesí, que inmediatamente la limpió con el pañuelo.

Mucho le pido, aunque al ver los atropos dolores que me destrozan el pecho y esta ansia de respirar que no me deja un momento, he perdido casi la esperanza.

—Ánimo, señor: dijo el padre Mariscal, que sabía muy bien lo necesario que es en esa clase de enfermedades levantar las fuerzas morales del enfermo. No hay razón para perder la esperanza. Muchas personas he visto en un estado más grave que el vuestro, y que, no obstante, han obtenido una curación definitiva.

Además tenemos aquí al Padre Juan Centellas que en el siglo fué un eminente profesor de medicina, y os cuidará con el esmero con que se atiende á un hermano; pues, desde este momento espero, señor de Soto, tengáis la bondad de tratar nos á todos como á vuestros mejores amigos.

—Si no tuviera experiencia de lo gene-

rosos y nobles que son los hijos de San Ignacio, jamás me habría atrevido á emprender un viaje tan largo y en tan malas condiciones de salud. Desde este momento os miro, pues, como al mejor de mis amigos. Y tendió con gravedad la mano derecha que el sacerdote estrechó cordialmente diciendo bastante alarmado:

—Está ardiendo caballero.

—Es verdad; desde hace muchos días he sentido algo de fiebre todas las tardes, pero hoy siento que me abraso.

—Puede que sea la fatiga de la última jornada; en todo caso lo que necesitáis es un poco de descanso.

Y sin esperar respuesta tiró del cordón de una campana haciéndola sonar por tres veces de un modo enérgico.

Pocos instantes después se presentó el hermano enfermero.

—Hermano, se necesita inmediatamente un aposento para este caballero que viene enfermo á curarse en nuestra casa.

—Hay uno, Padre Superior, que está perfectamente alhajado y listo.



—Entonces vamos allá, repuso el padre Mariscal; y tomando la mano del señor de Soto, lo condujo cuidadoso hasta el aposento que el hermano enfermero había señalado. Allí con el cariño de una tierna madre, quitándole los vestidos del mejor modo posible, se despidió de él dejando en su lugar al hermano Fierro, mientras iba en busca del sabio médico y sacerdote padre Centellas.

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 757[▲]
 FECHA DE CONSTATAION 30 DIC 1949
 VALOR 2/50
 CLASIFICACION

gar del desdichado, y no hallando en nada algo con que disipar tan grave melancolía, pasaba las horas encerrado en su aposento, sin permitir á nadie la entrada, llorando y alimentándose de recuerdos. Alarmada y con razón mi madre, al ver como se consumía sin esperanza de alivio el ser que tanto amaba, le dijo un día entre temerosa y resuelta:

—Juan, desde que vives en Quito, noto que tu salud va á menos con rapidez, y, si así continúas, creo que al fin acabarás por dejarnos solos á tu hijo y á mí.

—No, Sofía, repuso él. A Dios gracias, ninguna enfermedad, ningún dolor me aquejan. Tus temores son infundados.

—¿Pero esa melancolía? . . .

—Es verdad, sufro mucho; en nada hallo placer desde la muerte de mi madre; mi corazón está oprimido, casi muerto; y en él no brilla un solo rayo de esperanza. Pero este dolor es moral, y no creas que llegue á quitarme la vida. No te apenes, amor mío; deja de llorar. Y con ternura oprimió mi padre el cuerpo de su esposa.

—Todo será, dijo ésta, enjugándose las lágrimas. Serán temores míos, no lo dudo; pero tú estás triste y nosotros lo estamos más. Tu alegría era nuestro sol, y desde que ella ha muerto, parece que vivimos en medio de la noche. Aborrezco esta ciudad con todo mi corazón, y quisiera que nos fuéramos á vivir en cualquiera otra parte.

—Imposible! Aquí yacen los restos de la que más amé en el mundo, y junto á ellos quiero también que descansen los míos cuando me muera. No me hables de eso, le dijo mi padre con disgusto.

En vano mi madre suplicó con insistencia; en vano lloró á sus pies; sus lágrimas y sus ruegos se estrellaban siempre en un: es imposible! que le helaba la sangre de las venas.

En tan triste situación y ya desconfiando de vencer con sus palabras la tenacidad de mi padre, y empeñada siempre en arrancarle de Quito, se valió mi madre de uno de sus parientes, gobernador, á la sazón, de esta ciudad, y obtuvo se le confiara una co-

misión secreta á mi padre, para el Presidente de la Real Audiencia de Lima.

Caballero y leal, á despecho de su eterna tristeza y disgusto, mi padre tuvo que aceptar el cargo; pues se trataba de un asunto que redundaría en provecho del Soberano.

Se resolvió á partir, pero solo.

Mi madre le hizo presente que ella no podría soportar el dolor de semejante separación; y tanto suplicó, y tan buenas y amorosas razones le expuso, que al cabo de muchos días de lucha, le arrancó la promesa de que partiríamos todos.

Todo listo, con la rapidez que es de suponerse en una esposa amante que buscaba con empeño la salud de su adorado, nos vimos bien pronto en disposición de emprender tan dilatado viaje.

Todos nuestros bienes quedaron á cargo de un pariente de mi madre, que debía administrarlos hasta nuestro regreso; pues mi padre jamás pensó establecerse en el Perú.

El viaje repuso mucho al autor de mis días, tanto que, al llegar á Lima, ya parecía

otro hombre. Las recomendaciones que llevaba le granjearon, por otra parte, numerosos y distinguidos amigos que contribuyeron no poco á su restablecimiento.

Concluída su comisión mi padre pensó en volver; pero mi madre se puso gravemente enferma y hubo de diferirse el viaje por algunos meses, al cabo de los cuales, aunque débilmente; pues no le disgustaba la vida alegre y opulenta que se hacía en Lima, insistió en su idea de regreso; mas, viendo que mi madre, tan pronto como se le hablaba de dejar la capital del Perú, se ponía triste y taciturna, decidió, sin mucho esfuerzo de su parte, establecerse en la ciudad de Lima.

Escribió á Quito ordenando que vendieran todos sus bienes, salvo los objetos de plata que el padre Jodoco entregó á mi abuela y que mi padre quería conservar como un recuerdo, razón por la cual recomendó á un amigo suyo que debía ir á Quito por asuntos particulares y volver en seguida, los trajese consigo.

Largos y buenos fueron los días que mis padres pasaron en el Perú; mas como todo



en lo humano es fuerza se acabe, acabaron también ellos y de un modo harto violento; pues fueron sepultados entre las ruinas de su propia casa, en el terremoto que padeció Lima en 1570.

De esto hace ya veinte años.

Huérfano y sin pariente alguno, entré en el goce de los caudales de mis padres á los veinte años de edad.

Reedifiqué como pude nuestra suntuosa casa; oro no me faltaba, y pensé en buscar una compañera que endulzara las horas amargas de mi soledad. Desgraciadamente, esta enfermedad que ahora está acabando con migo, y que, desde entonces, comencé á sentirla, me retrajo siempre de buscar esposa. Hubiera sido una villanía unirme á una joven para hacerla partícipe no de mi felicidad sino de mis dolores.

Y don José al decir éstas palabras, dobló lentamente la cabeza sobre el pecho y una gruesa lágrima rodó por sus mejillas.

El padre Centellas se acercó al enfermo y limpiándole el sudor que mojaba su frente, instó para que tomara algunas gotas de vino.

Don José movió la cabeza con lentitud, y volvió á quedarse sumergido en sus recuerdos.

Por algunos instantes reinó un silencio sepulcral, interrumpido sólo por la respiración estertorosa y sibilante del caballero.

—Hijo mío, dijo por fin el padre Mariscal, estas cansado; si no es cosa de apuro, dejaremos esta historia para cuando amanezca.

—Quando amanezca ya habré dejado de existir, contestó don Francisco; y sus ojos rodaron melancólicos por las órbitas mirándolo todo. Voy á continuar; pero antes ruego al padre Centellas se digne abrigarme los pies; tengo un frío que me hiela.

Los pies estaban perfectamente abrigados, mas no quiso decirlo, y salió afuera á pedir al hermano enfermero un par de botellas de agua caliente.

Pocos instantes después el hermano entró con lo que se le había pedido.

El padre Centellas puso las botellas entre las ropas de la cama y acercó todo á los pies del enfermo, diciendo al mismo tien-

po en tono cariñoso: ¿comenzáis á sentir calor?

—Sí, contestó el caballero. Ahora tomad asiento; voy á continuar.

Tristes y sombríos han sido los días de mi enfermedad. Pensando morirme á cada instante, y no teniendo heredero alguno obligatorio, he consumido casi toda mi hacienda dándola para el culto divino y para los pobres.

—Habéis hecho bien, dijo el padre Mariscal; dar á Dios y á los hambrientos, es franquearse las puertas del cielo.

—No me arrepiento, murmuró el caballero, antes me alegro de corazón; y si algo me causa tristeza en este momento es no haber tenido más para darlo también. Sólo la casa de mis padres conservo al presente, y esa, es mi voluntad que la posean, después de mi muerte, los jesuitas que existen en el Perú. Han sido mis buenos amigos.

—Hijo mío, dijo el padre Mariscal con precipitación; ya que tienes tan buen deseo; como ningún juez pondrá á los jesuitas en posesión de tus bienes si no consta

por escrito tu voluntad, es necesario que la escuche el escribano de esta ciudad y algunos testigos. padre Centellas, añadió: volando, y cueste lo que cueste; el escribano y dos testigos.

El padre Centellas estaba ya en la puerta cuando el moribundo dijo: no hay para qué. Antes de salir de Lima hice mi testamento, dejándolo cerrado y sellado en casa del notario Antón Pérez Balsar.

Ah! murmuró el padre Mariscal, suspirando con toda la fuerza de sus pulmones. Bendito sea Dios. Apuntad padre Centellas el nombre del notario.

—Ya está, contestó éste, señalando con orgullo su espaciosa frente.

—Una de las últimas cosas que dí al padre Mantilla, para el culto divino, fué un baúl conteniendo los objetos de plata que fray Jodoco entregó á mi abuela, y que mi padre guardó siempre con tanto cariño.

Los jesuitas se miraron inclinando la cabeza en señal de aprobación.

—Pesaba cincuenta cicuenta libras, siguió trabajosamente el enfermo; y entre esos ob-

jetos había algunos admirables por el primer de su trabajo.

—Bien empleados estarán en la casa del Señor, dijo el padre Mariscal.

—Antes de entregarlos al padre Mantilla, volvió á decir el enfermo, cuya voz se debilitaba por momentos, pasé revista á todos ellos, llamándome la atención entre todos, un gran cuchillo de hoja ancha y esmeradamente calada. Lo cogí entre mis manos para verlo mejor, y noté que el cabo estaba movedizo; díle la vuelta, y giró sin dificultad hasta que, desprendido de la hoja, cayó al suelo; era de tornillo. Alceme á recogerlo y miré por curiosidad el hueco del puño. Allí había un papelito cuidadosamente enrollado, que salió fácilmente al sacudir el brazo.

El padre Centellas se había levantado de su asiento, pendiente del relato del caballero; sus ojos estaban desmesuradamente abiertos como si quisieran leer en el corazón del moribundo lo que aún le faltaba que decir.

El padre Mariscal, había dejado caer su pañuelo, y, al revés de su compañero, permanecía inmóvil y con los ojos cerrados.

Después de una ligera tos, el caballero continuó: En ese papel había escrito mi abuelo el lugar donde estaba enterrada su inmensa fortuna, que ahora generosamente regalo á los jesuitas de esta ciudad.

Un movimiento nervioso corrió al punto por el cuerpo del padre Superior, el cual, irguiéndose con rapidez, preguntó: ¿dónde está? Y fijó sus ojos en el pálido y demacrado semblante de D. Francisco, que, incapaz de oír, permanecía con la boca entreabierta y los ojos cerrados.

Una víbora que le hubiera mordido en el corazón, no le habría producido más inquietud que el silencio del caballero. Se acercó á la cama del enfermo, y casi besando sus mejillas, gritó junto al oído de éste: don Francisco, ¿en dónde está? moviéndole al mismo tiempo la cabeza; mas como no volvía, encarándose con su compañero le dijo: ¿qué hacemos?

El padre Centellas no contestó, pero inclinando la cabeza sobre el pecho del moribundo, en medio del mayor silencio, se quedó escuchando. El padre Mariscal estaba rígido, y sólo sus ojos que devoraban ávidos las facciones del Señor de Soto, tenían un brillo extraordinario.

—Aún late el corazón, dijo con voz opaca el padre Centellas. Talvez sea un desmayo solamente, Vamos; un poco de vinagre.

El Superior se puso de un salto en la puerta, y gritó con energía: hermano Garcés, hermano Garcés!

A los pocos instantes un ruido sordo que se extendió por el oscuro corredor anunció que el hermano Garcés se acercaba.

—Vinagre, al momento, dijo el padre Mariscal sin ver siquiera al que venía.

El ruido más sonoro y precipitado que al principio volvió á dejarse oír desapareciendo en seguida para volver á reaparecer á los pocos instantes más acentuado.

El hermano Garcés apareció con una gran botella de vinagre en las manos,

—Aquí está, dijo entregándosela al padre Centellas, mientras el superior daba vueltas en el aposento, murmurando á cada instante: ¡Dios mío, Dios mío, no le mates así!

El otro jesuita más sereno que su compañero, vertió con rapidez un chorro de vinagre sobre su pañuelo y le aplicó á las narices del señor de Soto.

—Vuelve? preguntó el padre Mariscal.

El padre Centellas movió la cabeza sin responder, buscando al mismo tiempo con la mano derecha el pulso del enfermo.

Pasaron algunos minutos. El señor de Soto no se movía, y su respiración era casi imperceptible.

Perder una fortuna inmensa decía entre dientes el Superior dando largos paseos por el aposento. Si tuvo gana de dejarnos esos miles ¿por qué no me lo dijo ayer? Y alzando los ojos al cielo repitió otra vez: ¡Dios mío, Dios mío, no le mates así! apiádate de nosotros.

La luz de la aurora filtrándose por los intersticios de la ventana, hizo palidecer

lentamente la lámpara que ardía sobre una modesta mesa de pino colocada en mitad de la estancia.

—Abrid la ventana, dijo el padre Centellas. Talvez el aire frío y puro tenga más eficacia que los vapores del vinagre.

El Superior hizo sin tardanza lo que le mandaba su compañero, quedándose en el hueco de la ventana, ya por respirar más á sus anchas, ó bien por gozar un momento de esa claridad melancólica que apenas blanquea con timidez los verdes campos envueltos aún en las últimas sombras de la noche.

La campana de la casa anunció en este momento que iba á empezar la primera misa. El padre Mariscal retiróse de súbito de la ventana, y acercándose al lecho dijo: padre Centellas, necesitáis al hermano?

—Vamos á darle al señor de Soto unas friegas en los muslos con vinagre ardiendo á ver si eso le reanima, contestó éste.

—Lo que él haga puedo hacerlo yo. Id hermano y decid al sacristán que de mi orden diga á todos los padres que rueguen fer-

vorosos en la misa que cada uno celebre, pidiendo al Señor el habla y la vida de este caballero aunque sea sólo por cinco minutos. Es preciso contar con Dios á todo trance, añadió encarándose con el otro jesuita.

Este inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y al hermano que se disponía á salir le dijo: traed de regreso una botella de aguardiente; poniéndose en seguida, ayudado del superior, á frotar con energía los lomos, brazos y pecho del moribundo, previamente desnudados.

Un olor casi asfixiante se extendió por la habitación; pero los enfermeros no se daban cuenta de nada atentos sólo á lo que hacían.

La carne del señor de Soto tomaba por momentos un color sonrosado, señal de que la sangre volvía á reanimarse, gracias á lo áspero del lienzo con que frotaban y al vigor de los operadores.

—Este brazo ya está bien, dijo el padre Mariscal, al ver el tinte casi erisipelatoso que había tomado bajo sus manos. Vamos

ahora al pecho; y siguió frotando rápidamente la parte que decía.

—No tan recio, no tan recio, le dijo su compañero. Esos estrujones pueden hacerle más mal que bien; se trata de reanimar la circulación de la periferia y no de impedir el paso al aire que con tanta dificultad penetra ya en los pulmones del enfermo.

—Aquí está el aguardiente, dijo el hermano enfermero, de regreso ya de su comisión, entrando afanoso en el aposento.

—Verted algunas gotas en una cuchara, repuso el padre Centellas, mientras que, ayudado de su compañero, ponían al señor de Soto en posición conveniente para que pudiera beber.

El hermano aplicó la cuchara á los labios del moribundo y gota á gota hizo penetrar todo el aguardiente que contenía.

Pasó un minuto largo, ansioso; pues los labios de don Francisco se agitaron levemente, haciendo en el corazón de los tres jesuitas renacer la esperanza. Poco después un suspiro débil aunque prolongado, que se escapó de los labios del caballero,

3



hizo que todos redoblaran la atención. Con el cuerpo inclinado hácia adelante, la respiración fatigosa y devorándole con los ojos, permanecieron un momento más, que para ellos fué un siglo, hasta que, al ver como éste abría lentamente los ojos murmurando: tengo frío, dijeron con verdadera satisfacción, casi á un tiempo, alzando las manos al cielo: Bendito sea Dios.

El padre Mariscal sacó de las profundidades de sus bolsillos una caja de rapé, ofreciendo un polvo á su compañero, y el lego, de una manera casi automática, se echó al colete algo más de media botella de aguardiente.

—Hermano, ¿qué hacéis?, dijo el padre Centellas, al ver la prisa con que despachaba el líquido.

—Dando gracias á Dios, contestó el pobre lego, todo turbado y sin darse tal vez cuenta de lo que decía.

—Me gusta el modo de hacerlo, replicó el Padre Mariscal, mirándole de reojo. Y sin dar más importancia á lo ocurrido, se sentó junto al moribundo, sobre cuya cabeza

dejó caer unas cuantas bendiciones, murmurando una oración.

—Hijo mío, te sientes mejor?, dijo en tono blando y cariñoso.

—Si padre, pero tengo mucho frío en la parte inferior del cuerpo.

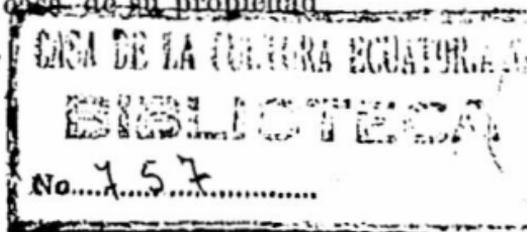
El padre Centellas que estaba al borde de la cama, tomó un lienzo áspero y comenzó á frotar los pies del caballero, mientras su compañero decía:

—¿Te hallas en estado de seguir la relación que me estabas haciendo?

—No sé padre . . . no recuerdo, dijo el señor de Soto, fijando los ojos en el techo del aposento.

—Decía Ud., siguió el padre Mariscal, que en aquel papolito hallado en el cabo del cuchillo, indicaba su noble abuelo el lugar donde había enterrado su fortuna. ¿Cuál es ese lugar?

Ah, sí, contestó el señor de Soto, como el que sale de un sueño; ya recuerdo. Pues bien, en ese papel decía que dejaba su fortuna enterrada en la casa de su propiedad situada en la Chilena.



—¿En algún aposento? preguntó con interés el padre Mariscal.

Sí, en el cuarto primero del lado derecho, entrando el zaguán, contestó el enfermo; y después de una pausa añadió: son tres pequeños cajoncillos repletos de onzas españolas, ocultos á una vara de profundidad, uno en cada esquina del aposento, y además un gran cofre lleno de alhajas, de plata, oro y pedrería.

Esto es lo que decía el papel al que me refiero.

—¿Y ese papel lo conserváis? le preguntó el padre Mariscal.

—Era inútil y lo destruí después de haber recomendado perfectamente á la memoria las señas que acabo de daros, y que os permitirán hallar sin dificultad la fortuna de mi abuelo, que doy agradecido á los Jesuítas de esta ciudad.

—Dios le premiará en la gloria eterna el favor que hace Ud., con tan rica limosna, á los hijos de San Ignacio. Quiera el cielo que la encontremos.

—Así sea, murmuró el caballero; y volvió á cerrar los ojos desmayándose otra vez. Su respiración se hizo estertorosa, y leves crispaturas agitaron sus miembros inferiores.

—Está agonizando, dijo el padre Centellas en voz baja.

El padre Mariscal se puso en pié, y al ver como se acababa por instantes el generoso don Francisco de Molina, tendió la mano con majestad sobre el moribundo, diciendo al mismo tiempo la oración: Parte alma cristiana de este mundo, al fin de la cual, como si eso sólo hubiera esperado, el alma de don Francisco se desprendió para siempre de la tierra. Los dos jesuítas se enjugaron una lágrima y cerraron cariñosamente los ojos del que fué don Francisco de Molina.

—Hermano, dijo el padre Mariscal; hace preparar una mesa en nuestra capilla para velar los restos del señor.

—Esté bien padre, contestó el hermano, y se dispuso á salir; pero como ya comenzaba á ver turbio con los vapores del alcohol, tropezó en mitad del aposento con-

tra una silla y fué derecho como una bala á estrellarse en el estómago del padre Mariscal.

—Arre allá borracho, dijo el jesuita, empujando con todas sus fuerzas al desventurado lego, que invariablemente hubiera caído sobre el duro suelo á no hallarse sus espaldas, en el camino, con el pecho del padre Centellas. Quiso éste retroceder, pero ya era tarde; doblado con el peso del hermano cayó el jesuita cuan largo era y el lego encima.

—Levántese demonio, dijo el padre Centellas colérico, al mismo tiempo que pateaba con energía las asentaderas del hermano. Retiróse éste como pudo, y quedó sentado en el suelo murmurando: el aguardiente..... el aguardiente.....mientras el padre Centellas limpiaba su sotana del mejor modo posible.

—Está Ud. ébrio, dijo con severidad el padre Mariscal. Vaya Ud. á hacer lo que le he mandado y acuéstese en seguida hasta que le pase el aguardiente. Y cogiéndose del brazo de su compañero salieron am-

bos al corredor, en donde parándose de pronto dijo: es un verdadero milagro, padre Centellas, el que Dios ha obrado en favor nuestro.

—¿Cómo, padre?

—Haciendo que vuelva de su mortal desmayo el señor de Soto, sólo para decirnos el lugar donde estaba el entierro, muriéndose en seguida sin alcanzar ni el Viático.

—Así es, contestó el padre Centellas por no contradecir á su Superior, aunque bien sabía como médico experimentado, que en las enfermedades pulmonares, los enfermos conservan hasta lo último el conocimiento y el uso de la palabra, y que su muerte se efectúa casi siempre entre desmayo y desmayo. Así es, volvió á repetir mirando al lego que salía del aposento y se dirigía al suyo arrimado en la pared, probablemente para no darse de narices contra algún pilar.

—Pobre hermano, dijo el padre Mariscal, jamás le ha pasado eso. Estaba tan enajenado viendo nuestro afán, que lo mismo que aguardiente se hubiera bebido veneno.

—Tal creo; pero como el hermano no está en estado de dar recado alguno, será mejor que vaya yo mismo á ordenar trasladen á la capilla el cuerpo del señor de Soto.

—Hacedlo así, contestó el Superior retirándose en seguida, mientras el padre Centellas iba á ordenar lo conveniente.

Al poco rato dos hermanos cargaron con los restos del señor de Soto y Molina, y los pusieron en la capilla donde no les faltó ni suspiros ni oraciones,

Al otro día todas las misas se celebraron por el eterno descanso de su alma, y cubierto el cadáver con un modesto paño negro, fué enterrado en la misma capilla, quedando otra vez la casa de los jesuitas tranquila y silenciosa como siempre.

Ramón, el paje de don Francisco de Soto y Molina, no se presentó. Supo en la portería la muerte de su señor, y como le sobraba algún dinero, del que le había encargado éste para el viaje, vendió uno de los caballos, y en el otro se fué á Guayaquil para de allí pasar al Perú tan pronto como le fuese posible.

CAPITULO III

Rosita Pantoja.

—Tía, las campanas llaman á misa, le dijo una mañana á una reverendísima beata, Rosita Pantoja, poniéndose de pié en mitad de su modesta vivienda.

La vieja movió rápidamente los palillos que tenía entre las manos; pues se ocupaba en hacer las randas que en esos tiempos, y aun ahora, se llaman entre nosotros pegadillos. Clavó tres ó cuatro alfileres en la banda de pergamino que rodea el trasto en que se hace tan curioso tejido, y miró con calma á su sobrina.

—Las campanas llaman á misa, volvió á decir Rosita.

Era día jueves, y doña Manuela Soberón, que así se llamaba la tía, aunque muy rezadora, no estaba dispuesta á salir de casa esa mañana.

—Que llamen, dijo á su sobrina, inclinándose sobre su labor; tengo que acabar estas seis varas de pegadillo y no puedo ir.

—Entonces iré sola, contestó Rosita sin moverse del puesto.

—¿Sola? repitió la beata alzando otra vez la cabeza y abriendo la boca cuan grande era.

—¿Y por qué no? Es tan cerca....que desde aquí me puede estar viendo como voy y vengo por la calle sin pararme.

En efecto era así; pues la beata y su sobrina vivían en la calle larga de San Blas, y la misa era en la parroquia.

—Anda, dijo la buena mujer dándose por convencida.

Rosita no se hizo repetir la licencia, y echando sobre su cabeza la mantilla color de cielo, que en esos tiempos era lo mejor que conocían nuestras hermosas, salió á la calle apresurada.

No era Rosita una hermosura espléndida, como dicen los ingleses; pero con su garboso talle, sus mejillas sonrosadas y frescas como una florecita de los campos, sus labios gordos y brillantes como un estuche de coral herido por los rayos del sol poniente, y esos ojos divinos, negros como la tempestad, en cuyo fondo se adivinaba el fuego devorador de cien volcanes, tenía un no se qué de halagüeño, de fascinador, que no se podía mirar sin sentirse atraído por tanta monería.

Con su traje verde que apenas le llegaba al tobillo, sin duda para que su dueña pudiera lucir su pié pequeñuelo, primorosamente calzado con un zapatito de badana color de jacinto y adornado con multitud de lantajuelas blancas en forma de corazón. Con sus tres conchas en la frente formadas por su opulenta cabellera, y con ese seno divino en el que el mismo Zéfiro se hubiera juzgado dichoso al reclinar la cabeza sobre esas dos hermosísimas pomas que se elevaban atrevidas cual si quisieran romper el justillo que las oprimía; Rosita salió á

la calle como sale el sol alegrando los corazones y haciendo asomar á los labios más contraídos una sonrisa de no sé qué.

Rápida cruzó la plazoleta en uno de cuyos ángulos se levanta la modesta iglesia parroquial, como una blanca paloma que al tender el vuelo hácia las lomas de Ichimbía, se quedó parada y con las alas abiertas bebiendo el rocío y bañándose en los primeros resplandores de un sol de mayo.

Rosita llegó á la puerta de la iglesia, pero no pensó entrar, y tomando á la izquierda, junto á las tapias del cementerio, siguió andando con rapidez hasta llegar á un montón de piedras destinadas á refaccionar el pretil de la iglesia, tras del cual se hallaba inmóvil como una estatua de mármol, un airoso joven embozado en su negra capa.

Rosita tosió con mucha picardía para llamar sin duda la atención del joven abstraído, el cual tan pronto como oyó el argentino jem, jem, volviendo rápido la cabeza, y con la sonrisa en los labios, se acercó á la joven diciendo: buenos días, Rosita.



—Buenos días, señor Benito, contestó la niña, mostrándole al sonreír dos hileras de perlas en un campo de rubí. ¿En qué estaba pensando que no me vió venir?

—En Ud., Rosita. Cuando no logro la dicha de verla, me alimento con el recuerdo de haberla visto. Y tomando la mano de la niña, gorda y pequeñuela, blanca y perfumada como los jazmines de Guápulo, se la apretó amoroso contra el corazón, siguiendo así enlazados calle adelante, risueños y alegres como dos pajarillos. Un rayo de ese sol purísimo que sólo alumbra majestuoso en las faldas del Pichincha, dorando sus semblantes alegraba el corazón de tan linda pareja, que internándose más y más en la desierta calle, cualquiera se hubiera figurado que iban al Egipto; mas no fué así, pues parándose de pronto Rosita, preguntó á Benito Gil ¿á dónde vamos?

—A donde quiera, contestó su compañero, á quien no le importaba un ardite el lugar á donde pudieran ir, con tal de ir con ella.

—Es que si vamos al Egido volveremos muy de día; y mi tía es capaz de no dejarme salir otra vez.

—Entonces vamos á la plazoleta del Belén, contestó su interlocutor, tomando la calle de la derecha, que tan desierta está á estas horas como el Egido mismo.

Rosita no contestó, pero siguió andando al lado de su compañero hasta llegar al sitio indicado. Allí Benito Gil buscando á la sombra de un matorral que les defendiera de los rayos del sol que ya comenzaban á picar, desprendiendo la capa de sus hombros, tendiéndola con gentil cortesía sobre un campo de esmeralda, invitando al mismo tiempo á la niña para que tomara asiento.

—Se va á ensuciar la capa, señor Gil, dijo Rosita riendo.

—No importa, amor mío, contestó el mancebo galán, empujando suavemente á su bella, que al fin tuvo que sentarse entre confusa y alegre. El que en ese momento, pasando á alguna distancia, hubiera visto á la bella Pantoja graciosamente sentada sobre la negra capa de Benito Gil, no habría

temido compararla con una turgente rosa puesta con cuidado sobre las alas de un cuervo.

Benito, sin ceremonia alguna, tomó asiento lo más cerca que le fué posible de su adorada, y volviendo á apoderarse de una de sus manos, la dijo sonriendo, esta vulgaridad: qué dichoso me siento, Rosita, teniéndola á mi lado.

—Eso es porque me quiero, contestó ella bajando la cabeza y arrimándose en el hombro de Benito.

—Por eso, y lo que me desespera es no verme correspondido, repuso él.

—Si no lo quisiera, no me daría maña en salir cada vez que puedo, ni arrostrara la cólera de mi tía haciéndome tarde en todas partes, sólo por estar charlando con usted.

—¿De veras me quiero? dijo Benito estrechándola al pecho.

—Le quiero, contestó resueltamente la muchacha.

Benito puso una cara de pascua florida besando la mejilla de Rosita, y contestó re-

suelto: Si me quiere, ¿por qué no acceder á lo que tantas veces le he pedido? ¿Por qué esa desconfianza?

—Pero.....

—Ya se lo he dicho una y mil veces, la amo, con una pasión ardiente, casi loca; mi vida presente, mi porvenir, todo es usted. Quiero ser suyo, quiero que sea mía al pié de los altares.

—Yo también quiero eso mismo, señor Benito, pero pidiendo el consentimiento de mi tía.

—Eso es imposible, Rosita; soy español y de noble sangre, razón por la que mi familia jamás consentirá en que me enlace públicamente con usted.

El medio que le he propuesto es el mejor, se fuga una noche del lado de su tía, y yo la deposito en una casa de honor; allí lo dispondremos todo, y tan pronto como logremos conseguir las dispensas del matrimonio, nos une el sacerdote.

¿Qué más se puede hacer? concluyó diciendo Benito con los brazos abiertos y la palma de las manos mirando al cielo,

—Y si no se consiguen las dispensas? dijo Rosita.

—Eso no es posible. Soy rico, y el oro todo lo puede. Vendrán despacio, no lo dudo, como que tienen que venir del Perú y á escondidas de mi padre el conde de Gil; pero entre tanto, ofrezco que nada le haré faltar. Viviremos ocultos, es cierto, hasta el día que la bendición de un sacerdote caiga sobre nuestras cabezas; pero desde ese momento, iremos á ocupar una ala entera de la casa del Marqués de Maenza, mi tío, y entre bailes y cortejos se deslizarán sin sentir los días que el cielo nos ha reservado.

Rosita no respondió. Con el corazón palpitante seguía una á una las palabras de su amado, que para ella tenían la armonía de una lluvia de perlas sobre una campana de cristal.

En esos tiempos casarse con un español, aunque este hubiese venido de paje, era una alta dicha que sólo de vez en cuando lograba una rica y aristocrática criolla. Casarse un grande . . . no se había oído nunca.

Por esto, cortada el aliento con la felicidad, desvanecida con la futura grandeza que le prometía su amado, cerró los ojos temerosa de que se le evaporara su condesito. Estaba inerte. El gozo también como el terror paraliza la sangre de las venas. La pobre niña, hija de una mujer plebeya y sobrina al presente de una infeliz beata que se mantenía haciendo pegadillos, no podía creer en lo mismo que estaba palpando, y su ventura le parecía un sueño.

Veía á su lado un arrogante mancebo que, como garantía de la nobleza de su origen, llevaba al cinto una larguísima espada sujeta en dos garabatos al parecer de oro; le veía apasionado estrechándola frenético contra su pecho, estrujando con sus labios sus purísimas mejillas, en las que había dejado la sangre, á impulsos del rubor, su ardiente carmesí; y creía estar trémula en la gloria revoloteando al lado de los ángeles.

—Si nos cansa Quito, continuó el amoroso Gil, nos iremos á España. Allí en su castillo de Aragón vive aún mi noble abue-

lo, que al ver tu hermosura se sentirá orgulloso de llamarte hija, y pondrá en tu frente la diadema de condesa adornada de espléndidos brillantes. Las damas servidoras de nuestra casa arroglarán tu magnífico tocado, prendiendo humildes en tu negra cabellera las perlas y los záfiro, y, para llevarte al estrado regio que te hará preparar mi abuelo; ordenará á dos de sus pajeillos alcen respetuosos con las manos enguantadas, la cola de tu magnífico vestido bordado de oro. Tu serás la alegría y la luz de nuestro castillo. Yo saldré á cazar en nuestros bosques repletos de jabalíes, y por la tarde, cuando el sol con sus rayos de oro nos envíe su despedida, tú, sentada sobre los bancos de marfil que rodean la fuente del castillo, y medio oculta entre las rosas de la China que crecen allí con profusión, me esperarás ansiosa, y al verme llegar, colgándote de mi cuello me darás un beso.

Una rápida crispatura contrajo los miembros de Rosita, que ansiosa y encantada seguía las palabras de su amante; y sin darse cuenta de lo que hacía, se colgó de re-

mente del cuello de éste, mirándole con amorosa ternura.

Estaba fascinada. Tanta dicha le desvanecía; sus labios trémulos enviaban á la faz de Benito oleadas de fuego, sus ojos húmedos tenían el brillo de una estrella en noches de primavera, y el fuego del amor circulando al par que su sangre lo encendía todo. Dichoso corazón que olvidado de sí mismo latía con pulsaciones divinas á impulsos de una dicha mitad real, mitad fantástica.

Benito era para ella una realidad hermosa. Las promesas de éste una soñada esperanza. Ardiente como es la mujer de los trópicos á la edad de los diez y ocho años, aspiraba con avaricia el perfume de la pasión. Ya no se pertenecía; su corazón, su voluntad estaban en manos de Benito, del noble conde que se había dignado enamorarse de una niña abandonada.

Se veía en el castillo solariego, adornando sus sienes con la diadema de condesa, arrastrando riquísimos vestidos de oro y esperando á su amado sentada en los ban-

cos de marfil. Y por una fuerza irresistible de sus nervios, que sacudían con fuerza su corazón calenturiento, pensó que ya estaba allí; vió rodar á sus ojos la dislumbrante pedrería y se irguió con orgullo, tomando al mismo tiempo su semblante apasionado no sé qué de majestuoso.

Estaba soñando con los ojos abiertos, y quién sabe cuanto hubiera durado esa quimera, si Benito Gil no hubiera roto el silencio que por un momento guardó con estas palabras:

—¿No es verdad que viviremos dichosos cuanto pueden serlo un hombre y una mujer sobre la tierra?

Rosita no contestó, pero su corazón estaba diciendo que sí.

—¿Por qué no me contestas, amor mío? siguió diciendo Benito. ¿Rechazarías tanta dicha, quieres que me muera á tus pies de dolor al verme despreciado?

La niña apretó la mano que oprimía la suya, diciendo, sin atreverse á mirarlo:

—Bien sabe señor Gil que le amo.

—¿Entonces está dispuesta á salir conmigo?

Ella vaciló un momento. Oreada en la virtud, al lado de una tía que no tenía más amigas que su gato, se asustaba al considerarse á merced de su amante.

¿Qué iba á ser de ella si Gil le abandonaba, ¿A dónde iría á buscar abrigo si el señor conde, estorbado talvez por su familia, se veía en la imposibilidad de cumplir sus promesas?

Por otra parte; en el fondo de su ser, la virtud tantos años practicada, tenía un templo, aunque estaba ahora casi en ruinas batido por furioso vendabal. La conciencia luchaba contra el pecado con vigorosa energía, hiriéndole con el remordimiento de lo que iba á hacer; pero Satanás estaba allí formidable, espantoso, golpeando con un martillo de fuego el corazón de esa pobre niña que apenas tenía fuerzas para respirar. Su alma gritaba congojosa, pero la carne rugía como un león encadenado.

La inocencia, la virtud, como un niño recién nacido al que abandona su madre en

medio de las aguas, estaban zozobrando sin amparo en los furiosos torbellinos de la pasión.

Dentro de Rosa Pantoja se había desencadenado una tempestad deshecha. Allí bramaban los truenos pavorosos del remordimiento, soplaban iracundo el huracán del miedo y del deber, mientras que el rayo lívido de un amor material le alumbraba el corazón. Y por encima de todo esto, como un sarcasmo, un cielo azul en el que brillaba cariñosa la estrella de la esperanza.

Si, porque esa niña virginal aún pensaba ser buena y feliz al lado de su esposo. Y esta sola idea hizo que al fin de un largo silencio, en el que Benito Gil se mordía nervioso las hebras de seda de su naciente bigote, contestara Rosita de un modo decidido:

—Saldré. Y en seguida añadió: pero, ah! señor Gil, mientras que dos lágrimas tristes rodaban lentas por sus sonrosadas mejillas.

¿Qué va á ser de mí si después de huir de la casa de mi tía, usted me abandona?

y cubriéndose la faz con su rebocíño color de cielo, comenzó á sollozar con amargura.

—Nunca, dijo con energía Benito Gil, cuyo semblante de ordinario rojo, había tomado una palidez casi cadavérica. Nunca, volvió á decir con más fuerza aún, tomando al mismo tiempo las dos manos de Rosita para que descubriese su rostro. ¿Lo oyes Rosita? nunca me separaré de tí. Y doblando una rodilla sacó su espada, y enseñándole una cruz puesta en el pomo, añadió: sobre esta cruz juraron mis abuelos y cumplieron, sobre esta misma, te juro como noble y caballero, antes romperme el pecho á puñaladas que abandonarte.

Rosita miró agradecida á su adorado, cuyos ojos en ese momento brillaban con un resplandor extraño.

—¿Estás contenta?

La niña absolutamente confiada, pues que su amor estaba á la sombra de un juramento, se creyó esposa de Benito Gil y se dispuso á obedecerle como tal.

—Sí, señor Gil, le dijo risueña y mirándole frente á frente como si le pidiera un beso.

—¿Cuándo quiere que salga?

—Hoy jueves ¿verdad? dijo Gil pensativo.

Rosita hizo señas que sí con la cabeza.

—Pues bien, volarás el sábado por la tarde del lado de tu buena tía.

—¿Por qué no hoy mismo?

—Tengo mucho que hacer. Voy á escribir al Perú pidiendo los papeles necesarios que faciliten nuestro enlace; mañana debo hallarme en el convite que da mi tío el marqués de Maenza; y pasado mañana, hasta la tarde, tengo que buscar habitación donde alojarte.

—¿Pero nos veremos mañana?

—Talvez no, á menos que no ocurra algo grave que tenga que poner en tu conocimiento; en ese caso, ya sabes; daré repetidos paseos por tu calle y silbaré de la manera convenida. Si no nos vemos, es señal que todo marcha bien, en cuyo caso arreglarás todo lo que tengas, sin olvidar nada por despreciable que parezca, y me esperas en el zaguán al toque de oración.

—Pero el sábado por la tarde hay rosario en San Blás, y desde que vivimos en este barrio, no faltamos nunca á él.

—Mejor que mejor, contestó Benito frotándose las manos. Finge usted un dolor de cabeza ó cualquiera otra cosa que le obligue á quedarse en casa. La tía marcha sola, y nosotros hacemos las cosas con mayor libertad.

—Está bien; pero no se olvide de silbar fuerte para que oiga á la primera vez.

—Corre de mi cuenta. Además vendrá un paje para que cargue con el cofre suyo y con todo lo más que pueda; porque, le vuelvo á suplicar, no se descuide de nada suyo por despreciable que sea.

—Pero, ¿porqué ese empeño? dijo Rosita riéndose.

—Porque quiero gozarme con usted en su pobreza, tocarla por decirlo así, y si nos vamos á España, llevarme todas esas cosas como un recuerdo de nuestra ardiente pasión, le dijo Gil con cariño.

—De allá le escribiremos á mi tía para que venga, se atrevió á insinuar Rosita.

—Es natural; y si no quiere venir por miedo del mar, le mandaremos un cofre repleto de oro, para que compre aquí una casa donde acabe sus días con comodidad.

—Eso es,..... eso es; repuso la niña alegre como una mañana de primavera. Le decimos que compre casa y le mandamos unos negros esclavos como los que tiene el marqués de San José, para que la lleven á mi casa en litera.

—Y todo lo demás que pida, añadió Gil con galantería.

Pusieronse en pié los amantes; y Rosita volvió á decirle: Dígame, señor Gil; una vez que quiere usted que no deje nada de lo que me pertenece, me llevaré también el gato de mi tía?

Gil se sonrió con intención, y le dijo: No; no es posible dejarle absolutamente sola á su tía. Ese gato es su compañero, su pariente, y no conviene quitárselo. Por otra parte, qué vamos á hacer nosotros con el gato?

—Así es, dijo la niña convencida. Y volviendo á desandar lo andado, bien pronto se hallaron Rosita y Gil en la plazoleta de

San Blas. Allí le estrechó el galán por última vez la mano á su prometida, diciéndole: hasta el sábado. Y mientras ella entraba airosa y alegre por la calle larga para ir á su habitación, él tomando la calle real, desembocó triunfante en la plaza de la Carnicería, que á la sazón la cruzaba un hombre de garboso andar, aunque pobremente vestido.

Sin duda, Gil lo conoció por las espaldas, pues deteniéndose de pronto dijo con fuerza, chist, chist!

Volvió el transeunte la cabeza, y al ver á Gil, le hizo una seña amistosa acercándose en seguida.

—¿Qué haces Mora? preguntó Benito estrechándole la mano.

—Bebiendo aire, contestó el interpelado con un acento indiferente.

Sin duda era usual, entre los dos esa respuesta; pues no le causó extrañeza á Benito, que, cogiéndose del brazo de su amigo, repuso: entonces vamos al cielo; te necesito.

—No te aconsejo ir allá si vas sin los zapatos de Pérez Sevilla, lo dejé esta mañana dado á los demonios.

—Me has hecho acordar á tiempo. De camino llevaremos los zapatos; ya deben estar concluidos. Y cogiéndose del brazo, siguieron los dos amigos hasta llegar á la esquina del Hotel. Allí torcieron á la mano derecha y siguieron subiendo por la calle del Carmen.

Hácia la mitad de la calle, que con paso medido recorrían Mora y Benito Gil, se detuvo éste, y entrando en el modesto taller de un zapatero, dijo con imperio: Maestro, los zapatos?

—Listos, señor, contestó un mestizo envuelto en el poncho tradicional, poniendo al mismo tiempo ante los ojos del parroquiano unos baules de cuero, pues no tenían otra forma, con hebilla's y correas.

—Magníficos, dijo Benito examinándolos detenidamente.

—Están á toda moda, añadió Mora, viendo la media docena de ojalitos tapados por dentro con badana colorada, que se ostentaban á la mitad de tan rudimentarios artefactos,

—Es claro, repuso con orgullo el artesano. Aquí sólo se trabaja á la última moda. Por algo me llamo el maestro Garzón.

—Tienen razón, dijeron los mancebos aprobando al mismo tiempo que miraban, el negro brillo que despedían los zapatos.

—¿Dónde compra maestro este barniz? preguntó Benito.

—Es invención mía, señor; y se la voy á comunicar por el cariño que le tengo.

No era creíble el cariño del maestro Garzón, pero habían aplaudido sus obras, y ora fuerza pagar con algo el gozo inmenso que sentía de verse admirado.

Por esto, acercándose á Benito, añadió con misterio. Este barniz se hace con papel quemado y miel, á la que se añade un poquito de cola para que dé más brillo.

—Gracias, maestro, por el favor, dijo Benito apretándole la mano al honrado viejo; ya usaremos su receta.

—Pero, ¿dónde ha estudiado tanto? dijo Mora con tono serio y admirativo.

—¿Se admira de esto, señor? si esto es nada. Tiño el cuero con el color que me pla-

ce. Y rápido sacó un par de babuchas de un color verde oscuro, bastante bien hechas.

—Admirable, maestro, dijo Mora, y ¿para quién son esos zapatos?

—Para el capitán Pedro de la Cruz, respondió el viejo complacido. Los tengo listos desde la semana pasada, pero el capitán no asoma todavía. Creo que el Presidente le ha mandado en comisión á Riobamba.

—Entonces, dijo Benito, ya que no corren prisa, voy á rogarle á usted me los franquee por un momento para enseñárselos al Oidor Calderón, que se ha visto en el caso de pedir su calzado á España, á pretexto de que aquí nadie podía hacerle un par de zapatos á su gusto.

—¿Con qué á España? dijo el artesano abriendo los ojos cuanto pudo.

—Ni más, ni menos; contestó Mora.

—Y todo por no haberse hallado con usted, siguió Gil, cuyas obras en España mismo serían celebradas. ¡Cómo me voy á reir cuando vea el señor Oidor, con admiración, este elegantísimo par de zapatos!

—De seguro le nombra al maestro Garzón zapatero Real.

—No tanto, no tanto mis buenos señores, dijo el maestro sobándose las manos por bajo el poncho.

—Ya lo verá. Conozco al Oidor y sé lo generoso que es en recompensar los méritos de los hombres como usted. Conque lo dicho maestro, me llevo los zapatos?

—Con el mayor gusto, dijo el artesano. Y sacando un pañuelo colorado, acaso el único que tenía, envolvió en él cuidadosamente las famosas babuchas que Benito metió debajo de la capa en menos que canta un gallo.

—Hasta después de medio día, dijo Benito tendiendo la mano que el artesano estrechó envolviéndola en el poncho, costumbre que hasta hace poco ha continuado en el pueblo bajo.

—Hasta cuando gusten, mis buenos señores, contestó el viejo inclinándose.

Salieron Gil y Ramírez, y el viejo se volvió á sus zapatos, soñando con ser al otro día zapatero Real.

Sin torcer á un lado ni á otro siguieron los mancebos la calle del Carmen, hasta desembocar en la Chilena, barrio en ese tiempo oscuro y pobre, y habitado por gente *non sancta* y mujercillas de mala nota. Allí echaron por la derecha, y á poco más de cien metros, se detuvieron frente al cajón de agua, junto á una casa de no mala apariencia, en la que entraron sin ceremonia.

El cielo de Benito estaba en una casa, y ésta en un barrio no muy santo. Lo que demuestra que cada uno es dueño de tener su felicidad donde lo place.

CAPITULO IV

La Banda Negra.

—Demonio de Benito, dijo Pérez Sevilla, paseándose en la habitación completamente vestido aunque con los pies desnudos.

Prometo no volverle á prestar mis zapatos.

—¿Para qué los necesitas? dijo Ramírez, que á pesar de lo avanzado de la hora, continuaba echado panza arriba, en una modesta cama de palo blanco.

—Toma! para ponérmelos, contestó el interpelado, ¿te parece bonita la figura en que estoy?

—Para estar dentro de casa, no estás mal.

—¿Pero, hasta cuándo quiere este diablo tenerme dentro de casa? son las diez, tengo que irme á la notaría y..... nada, no viene. Afortunadamente yo sé lo que debo hacer si después de media hora más no aparece.

—¿Qué vas á hacer?

—Echar mano á tus zapatos y dejarte que duermas hasta mañana. Y rápido se dirigió á la cama de su amigo, el cual comprendiendo, sin duda, las malas intenciones de Pérez Sevilla, con la velocidad del rayo, sacando el brazo, tomó sus zapatos y los puso debajo de la almohada, diciendo al mismo tiempo:

—Alto, amigo mío, no hay licencia para eso.

Pérez al verse burlado en sus intentos se cruzó de brazos, diciendo: ¿Cómo que no hay licencia? y se acercó á donde estaba su amigo en actitud de seguir lo comenzado.

Ramírez juzgó que no estaban seguros sus zapatos ni debajo de la almohada, y abrazándose de ellos con fuerza, dijo en alta voz: ¡No hay licencia!

Pérez puso la mano sobre el hombro de su amigo; que volviéndose la cara á la pared se acomodó en forma de gatillo, para asegurar mejor su propiedad.

—¿Das ó no? le dijo por última vez.

—¡No! repitió su amigo, sin regresar á mirarle.

Pérez alzó un poco las ropas de la cama, y poniendo su mano en las costillas de Ramírez, comenzó á estregarlas con rapidez.

El valiente defensor de los zapatos, lanzó un grito, tuvo explosiones de risa interminables, alzó las piernas hasta el techo lanzando lejos de sí la manta que le cubría, y por fin, después de mil vueltas y posturas extraordinarias, abrió los brazos, entregándose á su enemigo con armas y bagajes.

Pero antes de que Pérez Sevilla pudiera gozarse con el triunfo obtenido, la puerta se abrió con estrépito dando paso á Bonito y Mora que se quedaron riéndose en el umbral al ver el desorden que reinaba en el cielo, como Gil llamaba á ese aposento.

—¡Ah! ¿Qué es esto señores? dijo Gil mirando á sus amigos

—Esto es, contestó Pérez, que acabo por tí de sostener un reñido combate con Ramírez, en el que he salido victorioso llevándome sus zapatos. Si hubiese sabido que para dejarme descalzo, medio día me dabas cita tan de mañana, nunca me hubieras visto la cara.

Vengan mis botines, añadió con imperio; tengo que irme á la notaría.

Benito no contestó ni Mora tampoco; pero miraron á su amigo con aire de triunfo.

—Y vea usted la carita de pascua que me pone cuando le pido lo mío. ¿Estoy entre sordos?

He dicho que vengan mis zapatos; los que estás calzado; no quiero fiarme de tus promesas.

Si; no quiero; desde hace ocho días me estás ofreciendo devolver un par de nuevos, pero hasta ahora no los veo.

—¿Y qué hicieras si no te entregara? le dijo Ramírez, que salía en ese momento de tras de las cortinas, acabándose de vestir.

—Yo se lo que hiciera, contestó el interpelado.

—Vamos, ¿qué hicieras? insistió Ramírez.

—¡Nada! Todavía están en mis manos tus zapatos, y aunque me vienen en extremo flojos, me los planto, y me voy dejándote para que arregles la cuenta con Benito.

—Si esto te conviene, hazlo, dijo Gil con un tono insinuante.

—Ya no lo hago, replicó Pérez, que comprendió por la mirada y el tono de los que entraron, que traían algo de bueno; ¡Fuera el embozo! á ver qué hay debajo de esa capa.

—Esto, dijo Benito, mostrándole el par de botines relucientes á fuerza de miel y papel quemado.

—¡Ah! buen Gil, eres cumplido como un verdadero español. Y tomando los zapatos que le alargó Benito, se los calzó con rapidez, diciendo en seguida, mientras los remiraba dando pasitos cortos á uno y otro lado. Me sientan bien ¿verdad?

—Y dirás, dijo Ramírez, que veía los suyos en salvo, que Benito cumple mal. No te decía que esperes con paciencia?

—¿Qué entenderá éste por paciencia? teniendo que ir como yo á ganarse la vida escribiendo hasta la caída del sol.

Vamos á ver si tú tienes paciencia cuando se trata de buscar el arrimo de las tripas.

Veán ustedes al señor paciente! dijo con mofa Pérez, señalando con la mano á Ramírez.

—Lo que yo digo es que Ramírez está en lo justo. Si hubieras aguardado con paciencia, en vez de un par te habría dado dos; dijo Benito, poniendo ante la vista de su amigo las babuchas verde oscuro.

—Y que bonitas están. A ver, á ver, dijo Pérez contemplándolas con detenimiento. Veamos si me quedan bien.

No hay que extrañar que Ramírez y sus otros amigos miraran complacidos tan cuocos zapatos. En esos tiempos, nuestras más aristócratas hermosuras usaban el follón prensado de bayeta, y nuestros padres, cuando muy de gala estaban, se ponían co-

mo cosa rara y pocas veces vista, guantes de bayeta verde; sin contar conque el pantalón era de los que se llamaban de tapabalazo; esto es, de los que tenían en lugar de bragueta un apéndice de dos cuartas de ancho lleno de botones más grandes que un peso español.

¡Alto! dijo Mora, tan pronto como vió á Pérez hacer el ademán de ponérselos. ¡Esa joya no es para el uso!

—Pero, Benito, cómo pudiste haber este otro par de zapatos? preguntó su amigo.

—Lo más sencillamente que se puede imaginar. Díjole al maestro que me los franqueara para enseñárselos al Oidor Calderón, seguro de que los compraría á muy buen precio, nombrándole además en premio de su habilidad, Zapatero Real.

Los oyentes soltaron una carcajada, y Gil continuó. Ahora todo se reduce á tener esa calle menos para nuestros paseos!

—Y con esta es la décima, dijo Ramírez, si así seguimos, bien pronto vamos á no poder salir de casa.

—Cuando eso acontezca, replicó Mora, saldremos de noche; nos volveremos nocturnos.

—Eso destruye la salud, dijo Gil. La noche sólo es utilizable de vez en cuando. Lo que hay que hacer es tapar los agujeros que tenemos, aunque sea abriendo otros, á fin de tener siempre calles rectas por donde hacer nuestras expediciones.

—¿Pagar?.....¿Tapar agujeros?.....dijo Pérez abriendo los ojos y haciendo una mueca picaresca, ¿de dónde? si no hay ni para nosotros?

—Dios proveerá, repuso Gil; cuando tratemos de eso. Ahora vamos á tratar de otro asunto que me toca de cerca y para el que pido toda vuestra atención.

—Exponed vuestro negocio, dijo Pérez con cómica gravedad. Estamos atentos.

—Calla, y toma asiento que á eso voy, contestó Benito.

Gil, Ramírez y Pérez, se sentaron en las tres únicas sillas que tenía el aposento, Mora tuvo que hacerlo en la cama, quedándose con las piernas al aire como badajos de campana.

—Amigos míos, dijo Gil con satisfacción. Sabéis cuanto amo á Rosita Pantoja?

—Esa es cosa vieja, interrumpió Ramírez, y no hay para qué repetirla.

—Pues bien; repuso Gil. Tan buena maña me he dado para hacerme querer de ella, que al fin he conseguido arrancarle la promesa de que me seguirá á donde yo la lleve.

—¡Bravo! dijo Pérez.

—¡Sublime! añadió Mora, echándose de espaldas en la cama y levantando las piernas hasta el cielo.

—Te llevas una linda muchacha, siguió Ramírez. Te doy el parabién,

—Sí, señores, he logrado decidirle á que se fugue de la casa.

—¿Y quieres que te guardemos las espaldas? dijo Pérez. Tengo para ese caso una cachiporra capaz de matar un buey.

—Y yo una carabina de las que trajo el Virrey Blasco Núñez. Le falta la culata, pero puede hacerse uso de ella á manera de garrote.

—No hay necesidad de nada de eso, contestó Gil con calma. Mi bella no tiene más parientes que una tía vieja, que no pondrá obstáculo á mis planes.

—Entonces, ¿qué quieres? preguntó Mora.

—A eso voy. Traerla á este aposento donde vivo con Ramírez, es imposible. Aquí nos reunimos todos; y además, se me derrumbaría el edificio que he levantado en la cabeza de mi amada, antes de tiempo oportuno.

—Cosa muy fácil, dijo Pérez, Arrendemos otro cuarto.

—No es muy fácil lo que dices, puesto que no hay dinero; replicó Gil, y esta dificultad es la que trato de obviar.

—Ya está, gritó Mora.

Cedo mi habitación, y me vengo á ocupar tu puesto todo el tiempo que la necesites.

Pero.....y el hermano Padilla que probablemente querrá visitarte? preguntó Ramírez.

—No hay cuidado de eso. Le diré que vivo aquí, y asunto concluido.

—Muy bien, dijo Gil, te lo agradezco en el alma.

Ya tengo cuarto. Vamos ahora á la comida.

—Esa sí que está bastante problemática, repuso Ramírez.

—Yo como en la portería de Santo Domingo y no puedo dar nada, dijo Mora; como que lo que me guarda mi padrino, el lego Padilla, apenas me basta.

—Yo como con mi madre, pero por tan mal y mal cabo, y con tan buen apetito, que rara es la vez que sobra para el gato, dijo Pérez meneando la cabeza.

—En resumen, concluyó Ramírez, no hay comida.

—Si habrá, dijo Gil, quedándose pensativo un momento. Tenemos este par de zapatos que pueden ser vendidos á buen precio: tres pesos, por ejemplo.

—Sí los vale, contestó Ramírez convencido.

—Tenemos además una espada; continuó Gil. No es de venta; es el único recuerdo

de mis padres, pero la podemos empeñar en unos dos pesos,

—Por todo cinco pesos, dijo Ramírez.

—Exacto, contestó Gil. Ahora dime, amigo Pérez, tú que tienes abuela y tía; y debes saber algo de achaques de cocina. ¿Orees que con un real podremos almorzar y merendar Rosita y yo?

—Imposible! repuso Pérez, ni comiendo maíz tostado. Eso es delirar.

—No importa lo vulgar del alimento. No se quieren buenos platos, sino algo que haga presencia en las tripas.

—Con un real.....imposible, pero con real y medio sí; volvió á repetir Pérez. Y sin duda era voto en la materia; pues nadie lo contradijo. Con real y medio sí; á condición, sin embargo, que no se pida más que un solo manjar, y que éste no sea otro que la comida propia del país; arroz de cebada con patatas y coles.

—Me avengo, contestó Gil. No será la primera vez que lo haya comido sin interrupción un mes seguido. Ojalá siempre lo tuviera á mano. Y al decir esto su fren-

te se contrajo y una sombra dolorosa cruzó por sus pupilas.

Quedamos en que pueden vivir dos personas con real y medio.

—Sí; pero con arroz de cebada, insistió Pérez.

—Ya me hago cargo, dijo Gil; pero ¿quién me da cocinando este arroz?

—Eso corre de mi cuenta. Tengo abuela y tía. Donde cabe una olla caben dos, y así se economiza el carbón.

Todos los oyentes soltaron una carcajada, diciendo á Pérez, en tono de burla: sabes mucho de cocina.

—Sé de todo, contestó Pérez con majestad.

—Concluamos, dijo Gil. Tenemos cinco pesos; pero no es posible gastarlos todos en la cocina; pues necesito una persona que lleve á nuestra habitación la comida. ¿Tienes tú cocinera, amigo Pérez?

—Es muy vieja y no sirve para el caso, contestó el interpelado. Siempre está riñendo con mi abuela y durmiéndose sobre

el fogón á fuerza de rezar. No sirve para nada.

—Creo que se puede conseguir un paje, pagándole cuatro reales para que sólo nos traiga la comida, dijo Gil.

—Por ese precio, tenlo ya seguro, contestó Mora. En la casa donde vivo hay un muchachito que puede servir á las mil maravillas.

—Entonces está todo, volvió á decir Gil, con satisfacción. ¿Quién se encarga ahora de vender los zapatos y empeñar el estoque?

—De ambas cosas me encargo yo, repuso Pérez Sevilla. Los zapatos se los venderé al notario, y la espada . . . puede ser que alguno de mis compañeros se resuelva á tomarla ofreciéndole alguna ganancia. ¿Cuánto debo ofrecerle al que quiera darme el dinero?, añadió encarándose con Gil.

—Lo que pida, contestó éste. El que necesita con urgencia, como nosotros, no hace reparos en cosa alguna, y se abandona por completo, como una víctima en manos del usurero que ofrece librarle de apuros,

—¿Cuándo debe salir Rosita?, preguntó Ramírez?

—Pasado mañana, por la tarde.

—En ese caso hay tiempo para todo, dijo Pérez, envolviendo las babuchas verdes en el pañuelo que había dado el maestro Garzón. Y añadió: ¿hemos concluido, señores?

—A mi bella le he dicho que el sábado iría con uno de mis negros esclavos á llevarla.

—Y el esclavo para qué? preguntó Mora.

—Para que cargue con las cositas que puede tener, la he dicho que no olvide nada.

—Se puede conseguir un negro cualquiera; pero es natural que cobre algo por su trabajo y estamos escasos de dinero, dijo Ramírez, moviendo la cabeza.

—Lo más fácil, contestó Pérez, riéndose. Se tizna la cara con polvo de carbón cualquiera de nosotros, y ya está el esclavo listo.

—Perfectamente. En ese caso el esclavo será mi amigo Mora, á fin de que nos enseñe el camino que lleva á su morada.

—Lo haré, contestó Mora; pero que no sea muy pesado lo que tenga que cargar, porque lo dejo allí: no tengo costumbre.

—Supongo que no será sino la ropa de ella, replicó Gil.

—En ese caso no hay inconveniente. Me haré tu esclavo, como el otro día te hiciste tú mi mayordomo.

—Está todo, señores?, volvió á decir Pérez, con las babuchas y la espada debajo del brazo.

—No hay más, repuso Gil.

—En ese caso voy á despedirme de ustedes. Se me pasa la hora de ir á la notaría.

—Y á mí la de almorzar, dijo Mora.

—Entonces vamos juntos hasta por allá.

—Vamos, dijo el invitado. ¿Y ustedes?, añadió volviéndose á Ramírez y á Gil.

—Nos quedamos tomando aire, dijo con sarcástica indiferencia, uno de los interpe-
lados.

—No hay que llenarse mucho, volvió á decir Mora, ofrezco traer el pan que me den en el convento,

No será mal recibido, contestó Benito Gil; y se puso á silbar con indiferencia, mientras Mora y Pérez salían del aposento, y Ramírez, liando un cigarro de papel lo encendía aspirando con placer el delicioso perfume del tabaco.

—Esta vida vá haciéndose inaguantable, dijo Ramírez, echando al aire una bocanada de humo.

—No tanto, no tanto, replicó Gil; mientras en el corazón arde el fuego de la juventud, no hay que desesperarse. Podemos mudar de fortuna cuando menos lo pensemos.

—¿Y si no mudamos?, ¿y si estamos condenados á morir en esta misma miseria, en este mismo abandono en que vivimos al presente?

—Entonces, no sé, no quiero pensar ahora en eso. A pesar de mis desdichas, de mi hambre y orfandad, me siento feliz con el amor de mi Rosa. La idea de poseerla alumbra como un hermoso rayo de sol el sitio más oscuro de mi corazón; aquel

en que duermen mis recuerdos, alegrándolo todo.

Estoy ebrio de placer, continuó levantándose y abriendo los brazos como un predicador. Hay momentos tan llenos de luz, en que late el corazón tan vigoroso y esperanzado, que no es posible dejar de sonreír

—¿Aunque las tripas estén llorando? añadió su amigo, en medio de una carcajada que hizo torcer el rumbo á la musa de Benito Gil, que, probablemente, hubiera dado al viento todas las galas de su amante fantasía.

—Es verdad, dijo éste. Por más fuego y amor que se tenga, cuando el estómago se pone á gemir, uno no puede menos que acompañarlo,

—Eso es precisamente lo que yo digo; y me causa admiración ver el aliento que tienes para enamorar á una muchacha, después de medio día de abstinencia. Yo te aseguro por mí, que si me ponen al lado de una mujer hermosa, y no le comido la vis-

pera, antes de decirle: te quiero amor mío, le diré dame de comer.

—Y, ¿cómo no le has dicho así á Lelia?

—Porque es inútil decirle; nuestra vecina pasa algo peor que nosotros. Su cuarto siempre está frío como la mano de un muerto. Mucho hace con sonreirse cuando la miro y darme conversación, sabiendo perfectamente que nunca la he de dar nada. Así es de mala nuestra suerte.

Y poniéndose frente á frente de su amigo, le dijo con seriedad: oye, Benito, ¿crees que podamos mejorar de fortuna?

—Ya te he dicho que ahora no quiero pensar en cosa ninguna que me entristezca. Harto tengo con mis recuerdos. Y en efecto eso es así: Benito sin necesidad de apenarse pensando en el porvenir, quizás más negro que su presente, tenía lo bastante para vivir llorando con solo meditar en su ayer tan lleno de esplendores.

Joven de alta posición social, por sus padres, que habían ocupado el más distinguido puesto por su nobleza y dinero entre la aristocracia de Riobamba, de donde era

nativo Benito Gil; vivió por algún tiempo con el esplendor de un príncipe; pero, rumbo estos, como lo eran casi todos los caballeros de ese tiempo, que al dar un convite á sus amigos, tenían la humorada de servir en vez de frutas trozos de oro admirablemente cincelados, bien pronto fueron decayendo de su altura, y dejaron á su amado Benito en la más espantosa miseria. Joven éste, de no escaso talento y educado con esmero por su padre, se le hizo duro vivir mendigando en la tierra, donde tantos habían envidiado su grandeza. Sin embargo, se mantuvo allí algún tiempo, pidiendo en secreto á muchos caballeros amigos de sus padres, algún socorro; pero éstos al fin se cansaron de dar, y tuvo Benito por mejor irse á buscar la vida donde nadie le conociera. Con los pocos recursos que le dió un eclesiástico que había conocido mucho á sus padres, tomó el camino que se extendía bajo sus pies, sin más apoyo que su espada, ni más abrigo que su capa, y llegó á Quito, donde otra vez había estado como estudiante, bajo la dirección de

los jesuítas. Su padre que nunca quiso omitir gasto con tal de ver á Benito el hombre más grande de su tierra, no vaciló un momento, llevado de la fama que tenían los hijos de San Ignacio, en enviarlo á que estudiara algunos años de filosofía bajo la dirección de tan sabios maestros. Tenía, pues, Benito, muchos amigos en la ciudad de Atahualpa, así es que, cuando en ella sentó sus reales, su primer cuidado fué hacer no pocas visitas, guardándose no obstante, de mostrar á nadie su necesidad, antes bien, diciendo que había venido para dar algún giro á los caudales de su padre.

Con este ardid no le faltaron amigos, como de hecho hubiera acontecido al saber que estaba en estado de mendigar un pan; antes bien muchos, que le estimaban por la nobleza de sus prendas, le invitaban porfiados á sus paseos y comidas. Su traje, por otra parte, no desmentía sus palabras; pues Benito Gil, para conservarlo siempre nuevo y limpio, cada vez que llegaba á su habitación, se mudaba con otro enteramente rasgado y que sólo le servía para sus nocturnas aventuras.

Así vivía en Quito el pobre Gil, desde hacía tres meses, aparentando ser mucho y muriéndose de hambre al lado de su amigo Ramírez, cuya historia, aunque no semejante, bien merece ser contada.

Juan de Ramírez era huérfano de madre desde que nació; pues la que le llevó en su seno, murió después de pocas horas de haberlo dado á luz. Su padre, don Manuel de Ramírez Flor, que era mayordomo del conde Pedro de la Luz Toral, lo encargó á una buena mujer para que lo criara. Cuando llegó á la edad de catorce años, quiso que aprendiera humanidades, y rogó á un clérigo amigo suyo, que se las enseñara y hasta parece que por el trabajo, el padre de Ramírez le dió algunos pesos al eclesiástico.

Teniendo el conde de la Luz que pasar á Chile, por orden del Rey, tuvo que irse con él, Manuel de Ramírez. ¿Por qué no llevó á su hijo? Era ó no habido en leal matrimonio? Esto no lo sabía el pobre Juan; pues nunca quiso decirlo su padre. El hecho es, que, dejando quinientos pesos en po-

der de su amigo el clérigo, que á la sazón era cura de San Marcos, por que se los diese al *perillán*, como le sabía llamar, tan pronto como llegase á los veintiún años, partió sin dársele un comino para el hijo que dejaba. Todo, no obstante, le salió bien al huérfano mientras le vivió su maestro, pues estudió bastante, y no le faltaron nunca algunas pesetas para gastarlas con sus amigos; pero al fin se murió el buen párroco y quedó solo, bien que con una decente fortunilla, desde el momento que, el señor cura, añadió otro tanto á los quinientos del huérfano; pero, joven éste y sin experiencia ninguna, los disipó en muy poco tiempo, ayudado precisamente de Benito Gil, que, en ese entonces, era estudiante en el colegio de San Fernando.

Cuando Benito llegó por segunda vez á Quito, topóse con su amigo Ramírez, se franquearon mutuamente su estado, y éste le invitó á vivir juntos en la modesta habitación que por entonces tenía, á la que Benito bautizó en un rato de buen humor con el nombre de cielo.

Los dos grandes amigos que tenía Ramírez, Pérez Sevilla y Luis de Mora, bien pronto lo fueron también de Benito, al que llegaron á estimar sobremanera.

Todo era común entre ellos; su pobreza y sus alegrías. El peso que por casualidad caía entre las manos de alguno, lo disfrutaban invariablemente entre los cuatro, siendo Benito el que disponía la manera de emplearlo. Este ascendiente, por otra parte, era muy justo. Benito Gil era noble, y aparte de sus bellas prendas, gastaba capa española y tenía espada.

Los cuatro, pues, fueron uno, y se bautizaron con el nombre de la Banda Negra, quizás porque las cosas que hacían para habilitarse de recursos, no eran muy blancas.

Luis de Mora era otra cosa. Ese se había criado en manos de una vieja, sin saber nunca quiénes eran sus padres. Cuando ésta bajó á la sepultura, se le apareció fray Juan Padilla de la orden de Santo Domingo, diciéndole que era su padrino. Los frailes casi siempre sólo tienen ahijados, y se lo llevó al convento, donde Luis estudió

mucho latín, pero por más que lo procuró su padrino, nunca quiso Mora hacerse religioso.

Joven ya, y de corazón entusiasta, daba mucho que decir á los del convento viéndole venir trasnochado, y no pocas veces, con los últimos humos del alcohol; razón por la que, el padrino, que era un viejo regañón, le arrendó un cuarto en una casa particular; Mora reventó de gozo viéndose independiente, aunque no lo era tanto. Tenía que ir á comer al convento. El fraile talvez á fuerza de pobre no pudo darle un cubierto en otra parte; sin embargo, Mora vivía con esto satisfecho, haciendo versos cuando le soplabá la musa, y la mayor parte del tiempo en tunanterías.

Alberto Pérez Sevilla tenía una historia dolorosa. Era hijo de un incesto. Su padre que en la adolescencia vino del Perú á Quito en calidad de soldado, conoció á una buena mujer, muchacha tan joven y agraciada como de infeliz suerte. Enamoróse de ella el hijo de Marte, pero con tan loca pasión, que á los nueve meses era ya padre de una chiquitina tan hermosa como el sol.

Un año vivió Justo Pérez entregado por completo á las delicias de su amor, y así hubiera pasado aún la eternidad, si los tercios de Aragón á que pertenecía, no hubiesen recibido la orden de regresar á Lima inmediatamente.

Pérez se angustió; pensó en desertar, pero no lo llevó á efecto. Quiso que su amada se fuera con él, y tampoco lo consiguió. Cómo, si no tenían un solo real para tan largo viaje? Por fin, después de muchas malas noches y no pocos sufrimientos, se decidió á lo que se deciden siempre los soldados, á dejarla hasta otra vista..... Puso en la mano de su amada como último recuerdo, una sortija de oro con las iniciales de su nombre, única fortuna que poseía; y una mañana unido á sus compañeros, limpiándose las lágrimas que á su despecho le mojaban las mejillas, tomó el camino dejando á las espaldas un mundo de ilusiones perdidas y un trozo de corazón.

Pasaron muchos años, y el olvido que siempre viene en pos de ellos, curó por completo la herida que abrió el amor. Llega-

do á la edad madura, y ya como sargento de su compañía, volvió otra vez á las órdenes del capitán Manuel de Soto, á causa de los levantamientos ocurridos en la ciudad de Baeza.

Preguntó por su amada con afán, pero nadie le dió razón.

Los pobres, los desheredados de la fortuna, recorren siempre el mundo desconocidos; y los veinte años que habían pasado entre la primera y la segunda venida del sargento Pérez, borraron todas las huellas que pudo dejar su amada, sumiéndole á éste en la oscuridad más completa con respecto á su hija.

Cañsado Pérez de las fatigas de cuartel, aunque todavía vigoroso y capaz de correr una jarana, pidió á los jefes su licencia absoluta, que, sin demora, le dieron, en vista de sus largos servicios. Retirado á la vida privada, puso con lo poco que había economizado; una decente barbería, que le produjo en corto tiempo, si no mucho, lo bastante para vivir echando de vez en cuando una cana al aire.

En su nuevo oficio, conoció á una pobre muchacha, que todos los jueves venía á llamarle de parte del señor Alguacil Mayor; que gustaba como persona de tono, hacerse afeitar en su casa.

Alegre y emprendedor el maestro; la muchacha pobre y no muy contenta de la vida que llevaba, se dejó seducir por un galán de cincuenta años, en la esperanza de pasarla mejor. Cerró los ojos para no ver las canas de su Adonis que, como todo viejo verde, que llega á conseguir una joven amada, hacía con ella los más locos extremos de pasión.

Esos sores asquerosos con un pié en la sepultura, gustan de estregarse como las víboras en las carnes nacaradas que tiene la juventud. La muchacha puso su estómago á prueba resistiendo los besos del maestro, concluyendo por acostumbrarse á todo. Dejó la casa del alguacil y se transformó en señora barbera.

Loco el maestro Pérez con su amor, tan pronto como vió que estaba en cinta su tesorito, como llamaba á Carlota Sevilla, pro-

puso en su corazón casarse con ella después del parto.

Se efectuó éste sin novedad, naciendo Alberto al mundo en medio de las caricias del viejo que más y más enamorado de Carlota pensó cumplir su palabra llevándola á los altares. Preguntóla si tenía parientes, y ella le dijo que, sí; pues tenía en efecto madre y una hermana menor que se llamaba Domitila, pero, que no vivía en la ciudad á causa de su pobreza, sino en el pueblo de Machachi, á pocas leguas de Quito.

Iremos á traerla, dijo entonces el maestro. Quiero tener á mi lado á tu familia que será la mía en adelante.

Carlota se alegró mucho de lo que oía y pensó tener su porvenir asegurado.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Juana Machuca.

El maestro dió un brinco que hizo bambolear la mesa en que se apoyaba.

Ese nombre que aun á despecho de los años dormía intacto en el fondo de su alma,

era el nombre de la mujer que había amado en los albores de la juventud.

—¿Tu abuelo se llamaba Sevilla? interrogó el viejo temblando.

—Sevilla fué el apellido de mi abuelo.

—¿Y tu padre? insistió Pérez.

—Mi padre, según me ha referido la que me llevó en sus entrañas, fué un bravo soldado, venido á esta ciudad en los tercios de Aragón hace muchos años. Tenía su nombre; pues se llamaba Pérez, dijo Carlota sonriendo; mientras que el viejo con la mirada brillante, las mejillas pálidas, y los labios fuertemente contraídos, apenas respiraba.

Pero como no nací en legítimo matrimonio, siguió Carlota, mi madre me puso el nombre de mi abuelo.

Pérez se puso de pié con los puños cerrados y el cuerpo tembloroso, aunque aparentando una tranquilidad que no sentía, y dijo á Carlota:—Voy ahora mismo á Machachi á ver á tu madre.

—¿Tan pronto? dijo ella.

—Sí, nos conviene, se contentó con responderle el maestro. Y tomando su sombrero y algunas pesetas, marchó con la rapidez que se lo permitían sus piernas. Llegó á Machachi ya tarde, y se dirigió sin demora á la modesta casita que, según las señas de Carlota, debía habitar su madre.

La pobre vivienda de doña Juana estaba situada á las orillas del camino.

El maestro Pérez vió de lejos una mujer, cuya cabeza blanca parecía brillar como un trozo de plata á los últimos rayos de un sol moribundo, que se ocupaba en arreglar la negra cabellera de una joven, casi una niña, que recostada indolente sobre su seno, miraba cariñosa el espacio azul, mientras que sus pies, descalzos y sonrosados como el nacar de Corinto, empujaban perezosos y juguetones algunas hojas secas de maíz esparcidas por el suelo.

Pérez se quedó mirando con ternura el cuadro que se ofrecía á su vista, y sin poderse contener, penetró en el patio de la casita con franca osadía, hasta quedar frente á frente de la buena mujer.

Esta levantó la cabeza con tranquila indiferencia, y se quedó mirando de hito en hito al barbero, que, con una mirada poderosa, quería descubrir tras las arrugas de la campesina, las frescas facciones de la joven que amó con tanto delirio en la mocedad.

—Juana, dijo por fin con voz ahogada; ¿me conoces? La niña se puso de pié por un movimiento irresistible de sus nervios, al oír tratar de tú á su madre; y ésta, abriendo los ojos cuanto pudo, los fijó con tenacidad en el semblante de su interlocutor.

—Juana! volvió a decir Pérez.

¿Conoces á Justo?

La vieja lanzó un grito, abalanzándose rápida al cuello de Pérez. Tú.....tú....., lo decía medio ahogada por la emoción; y besando los labios cadavéricos de Justo Pérez, rompió á llorar con amargura, mientras el pobre viejo, para quien su sospechado crimen era ya casi una triste realidad, sin lágrimas en los ojos, sin valor en el corazón, temblaba como la hoja de un árbol azotada por el huracán. Estaba rígido, y

por su frente corría un sudor frío como la última lágrima de un moribundo.

Por largo rato esos dos viejos corazones confundieron sus latidos, sin que en ese intervalo se oyeran otra cosa que los sollozos de la vieja y la fresca voz de la niña que en lo más retirado del patio, espantaba á sus palomas.

—Juana, dijo por fin Pérez con un esfuerzo sobre humano, ¿y nuestra hija?....., nuestra Carlota, ¿dónde está?.....

—En Quito, contestó Juana. Nuestra pobreza era grande y se ha visto obligada á ir á servir en casa del señor alguacil.

—¡Ah! murmuró el viejo desdichado; y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar con espantosa amargura.

Las sombras de la noche extendieron melancólicas su negro manto en esa casita mitad infierno, mitad edén.

Los dos viejos para quienes en el estado en que estaban, la oscuridad era una amiga cariñosa, fueron á tomar asiento en el ángulo del corredor, mientras la niña com-

prendiendo que estaba de más, entró silenciosa á su habitación.

Menudamente se contaron cada uno su vida, Juana le confesó con miedo y rubor que Domitila, la niña que había visto, era también hija suya.

El viejo por su parte le contó sus muchos sufrimientos guardándose, no obstante, de decirle el crimen involuntario que había cometido con su propia hija. No tuvo fuerzas para tanto. Hay confesiones que, antes de salir á los labios paralizan el corazón.

Al otro día, vaciando Justo Pérez su bolsillo en las manos de Juana, volvió á Quito, prometiendo regresar lo más pronto que le fuera posible.

Habíale dicho á Juana que su nuevo oficio le daba lo bastante para vivir con modesta holgura, y que convendría se trasladara ella también á Quito.

¿Qué más podía querer esa pobre mujer que se consumía de necesidad?.....Aceptó con todas las veras de su corazón, y desde ese mismo instante comenzó á tenerlo todo

listo para marchar tan pronto como volviese Justo. Pero, ese valiente soldado, ese pobre Justo, no pensaba en volver. Una idea satánica, hija del remordimiento, se había apoderado de su cabeza, clavándose en ella como las garras de un tigre.

Veía el ruboroso despecho que se apoderaría de Carlota al saber que el hombre que amaba era su padre; la cólera y las lágrimas de la pobre Juana, y la vergüenza que él mismo estaba condenado á soportar.

Se figuró despreciado, aborrecido por su misma hija, á la que aun á pesar de sus remordimientos, á pesar de todo, la amaba con un amor inmenso, con ese amor carnal que lo arrolla todo cuando llega á enseñorearse del corazón, y faltándole el valor necesario para luchar con tan espantosa perspectiva, pensó en el suicidio.

Entró á su tienda fatigado, calenturiento. Allí estaba Carlota, risueña como siempre, fresca y colorada como nunca, jugando cariñosa con su tierno Alberto.

—¿Y mi madre? le dijo, tan pronto como vió á su amante.

—Dice que vendrá después de ocho días. Ha quedado arreglandolo todo, dijo Justo; y acercándose apasionado á Carlota, dióle un beso; pero un beso de fuego, estrechando al mismo tiempo su cintura con tal energía, que aunque ella estaba acostumbrada á los extremos de su amante, no pudo soportar una presión tan brusca, y tuvo que decirle: no me estreches así; pero el barbero no oía, estaba ciego, estaba loco; volvió á besar á su amada, mordiéndole los labios una y otra vez, con ese ardor delirante de una lascivia no satisfecha; desnudó sus hermosos pechos, y tomándolos en las manos hundió en ellos la cabeza, aspirando con delicia el perfume que despedían; chupólos hambriento, como el mastín que en muchos días no ha devorado su comida habitual, y volviendo á hundir en ellos la cabeza, besólos con locura.

Tomó en sus brazos al pequeño Alberto, le colmó de caricias, le llenó de besos, y depositándolo en el regazo maternal volvió la espalda, acercándose á una mesa en que brillaban las navajas de afeitar; tomó una,

sin mirar siquiera lo que hacía, y con un movimiento de sierra enérgico y rápido, se la hundió en la garganta.

Justo, que todavía con el último aliento abrió los ojos desésperado, mirando de un modo singular á su adorada, quiso hablar, pero la voz se negó á salir por su garganta rota; anduvo algunos pasos con los brazos hácia adelante, hasta que tropezando en una silla, cayó boca abajo contra el suelo. Estaba muerto.

Mucho lloró Carlota la muerte desgraciada de Justo; pero su amargura llegó al colmo, cuando la madre de ésta, ignorando la clase de relaciones que habían mediado entre Pérez y Carlota, le confesó anegada en lágrimas, que Justo era su padre.

Entonces el remordimiento obró también en su corazón, causándole una enfermedad lenta que le condujo á la tumba al cabo de tres años. Lo poco que dejó el barbero, lo recogió Juana, y llevándose á su nieto, trató de educarlo cuando fuese tiempo, del mejor modo posible, para lo que se

trasladó á Quito, dejando su modesta choza en el camino de Machachi.

Llegado Alberto á los quince años, le entregaron al doctor Cabrera para que le enseñase. Allí permaneció por tres ó cuatro años, hasta que, cansado de servir al sabio legista, con una buena recomendación de éste, logró emplearse en la notaría de la ciudad.

No era mucho lo que se ganaba en ese entonces en los despachos públicos, y aunque hubiera sido, para la abuela de Alberto habría siempre resultado escaso, pues el jovencito apenas le daba la mitad de sus ganancias: esto es cinco pesos, con los que tenía que hacer frente la vieja á los gastos de su nieto, de ella mismo y de Domitila; bien que esta última ayudaba con cuanto le producían sus pegadillos; teniendo doña Juana para los gastos excepcionales, los últimos restos de la fortuna del barbero, reducidos á muy buenos pesos españoles que tan misteriosamente había logrado enterrarlos, y que ninguno de la familia tenía el menor conocimiento de ellos. No era mucho ese dine-

ro; pues no pasarían de doscientos pesos; pero en la pobreza en que vivían, ya era algo que podría servirles de un modo ventajoso caso de una enfermedad.

Tal fué el pasado de los cuatro jóvenes que componían al presente la *Banda Negra*, ocupada, si no en acciones de verdadero bandidaje, por lo menos en tunantadas y trapacerías muy dignas de castigo, como lo verán.

Ahora, en la creencia de haber dejado satisfecha la curiosidad de nuestros lectores, permítasenos seguir adelante el diálogo comenzado.

—¿Dices que no quieres pensar en el futuro porque para entristecerte te basta lo pasado? pues bien, yo si quiero pensar en todo, dijo ⁷⁶ ~~77~~ ⁷⁸ ~~79~~ ⁸⁰ resuelto.

Me gusta saber lo que puedo esperar en esta clase de vida que llevamos.

—Nada. Vivir, contestó Gil, encogiéndose de hombros.

—¿Sin comer? añadió su amigo.

—Bien sabes que son pocas las veces que nos falta. Hoy mismo, si te parece, iremos á dar una vuelta por el colegio.

—No hay inconveniente. Me canso de tomar aire, como tú dices, cada vez que no hay qué comer, contestó ^{Benito} Mora; y se puso á peinar sus abundantes cabellos, mientras Gil medía á grandes pasos la habitación.

Dióse una mirada al espejo, y como si hablara consigo mismo, aunque en voz alta, comenzó á decir. Si; ahora almorzaremos donde algún amigo, pero ¿y mañana, y pasado? Es que vamos á encontrar siempre mesa puesta?

—Vuelves, dijo Gil con disgusto; y plantándose cruzado de brazos delante de ^{Benito} Mora, continuó ¿Sabes una cosa? Nunca te he visto tan empeñado como ahora en pensar en lo futuro, ¿qué tienes?

—Bien, sé, replicó ^{Benito} Mora. Tengo una idea que no puedo arrojar de mi cabeza y es probable que la ponga en ejecución.

—¿Puede producir algo? preguntó Benito.

—Muchísimo, contestó su amigo terminando el peinado.

—Manifíéstala, repuso Gil.

Ramírez
 Mora quedó mirándole despacio, como si le diera vergüenza y recelo por lo que iba á decir. Ni á ^{Ramírez} Ramírez, ni á Pérez he comunicado esta idea; me da vergüenza, pero á tí es distinto. Te quiero como á un hermano. ¿Sabes que en el socabón de Tumbaco se reunen por la noche algunas personas á quienes estorba la luz del sol?

—¡Sí! dijo Gil, acentuando sus palabras. Allí se reunen algunos ladrones.

—¿Sabes que cuando se cansan del socabón, y quieren vivir en la ciudad, ocupan el subterráneo conocido con el nombre de la Sala de armas?

No lo he sabido; pero dime, ¿qué tenemos con eso?

Ramírez
 Mora sin contestar á su amigo, prosiguió:

—Entonces tampoco sabrás cómo esa gente vive en las profundidades de la tierra con grande holgura.

—No los envidio.

Yo sí, repitió ^{Ramírez} Mora; y si no alcanzo el medio de asegurar mi porvenir, estoy resuelto á unirme á ellos. El hambre me fas-

tidia mucho, añadió cerrando ligeramente los ojos y arrugando la frente.

—¿Tú volverte un bandolero?..... amigo mío déjate de esas ideas, le contestó Gil, echándole el brazo por el hombro, vamos á almorzar.

—Vamos, dijo ^{Ramírez} Mora. Pero te digo que estoy resuelto; volvió á insistir, parándose y levantando la mano á la altura de la frente.

—No será, dijo Gil.

—Sí será. Me he topado con un amigo de antaño, que me ha puesto al corriente de la vida que se hace en esos subterráneos, donde se acogen los reyes del socabón, puesto que así se llaman, y me ha ofrecido presentarme á sus majestades cuando me plazca.

—Vamos, dijo Gil, empujando á su amigo; me da pena, no quiero oírte. Dios te libre de ese abismo. Y traspusieron pensativos la puerta del aposento.

—¡Oye! dijo Ramírez, mientras Gil echaba la llave. Te ruego no digas nada de esto á Mora ni á Sevilla.

—No lo sabrán nunca de mi boca, contestó Gil con tono seco. Y saliendo á la calle, se enderezaron al colegio en busca de algún amigo.

CAPITULO V

La fuga.

El amor no ha sido nunca perezoso.

El amante cuando tiene una cita por la mañana, se recuerda á la media noche, y no vuelve á conciliar el sueño hasta la aurora. ¿Hace frío? no importa. Si en los días ordinarios se lava la cara con dos aguas, el día que tiene que estar al lado de su hermosa, lo hace con seis y media libra de javón. Si es fumador, se abstiene del tabaco; puede que la mujer que ama se anime á darle un beso, y no le parece corriente hacerle percibir el fuerte olor de la nicotina.

El rico enamorado escoge el mejor de sus trajes, para presentarse más bello que nunca.

El pobre, limpia los suyos con tal constancia, que poco falta para que le saque chispas; estarán raídos, pero relucientes.

Los hombres sabemos que la primera impresión es la que vale en el sexo femenino.

El enamorado que á la primera vista no logra hacerse simpático á los ojos de la mujer que pretende, bien puede irse con la música á otra parte, seguro de que todos sus esfuerzos posteriores serán inútiles.

Pero entre todas las ciencias del mundo, ésta es la más difícil. Saber si hemos ó no caído en gracia á los ojos de una mujer, es materia casi imposible.

La más coqueta en ese particular, disimula tan bien sus deseos en las primeras entrevistas, que ni el mismo Salomón sería capaz de adivinar lo que sucede adentro.

Muchas veces tras una cara de tigre, se esconde un corazón encendido; y no pocas también, embozado con la más amable sonrisa, hay un mundo de desprecio.

Por esto es preciso machacar con fé, cuando se pretende conseguir. Poner una cara de pergamino á los desprecios, y contestar con sin igual descaro y cortesía á todas las sátiras que nos endereza nuestra amada. El rubor es un absurdo en el sexo fuerte. El hombre que se resuelve á conquistar un corazón, necesita casi ser sin vergüenza. El descaro es una de las dotes más útiles en tratándose de galanteos.

Nuestra máquina de guerra debe ser diametralmente opuesta á la que usan las mujeres. Nosotros necesitamos perder la vergüenza, pero no la cortesía; así como la mujer tiene necesidad de mostrarse ruborosa, sería y más que eso, inatacable. El hombre no gasta su amor y sus galanterías en lo que á primera vista está ya conseguido. Necesita lucha; porque para el amor, luchar es vivir. La coqueta no puede ser enamorada; ella se entrega fácilmente al primer te quiero, sin dar tiempo á que el hombre agote en su loor todas las armonías que guarda en el corazón. Unos ojos bajos, unos labios temblorosos como la leve

paja mecida por la brisa de la tarde, y unas mejillas que toman el purísimo arrebol de los cielos al primer juramento de amor, son cañones de gran potencia, que hacen perder los sentidos al corazón más fuerte. La belleza deslumbra; pero una fea que sabe ser modesta y pudorosa, tiene mucho camino andado para hacerse amar del corazón más leal; se entiende que no ha de ser llevada esa fealdad al extremo, porque entonces, no hay remedio; no tiene más salida que hacerse beata. Todas las beatas son feas; á la más agraciada le falta cuando menos un ojo.

Las mujeres que nada tienen que hacer con el mundo, son las únicas que pueden entregarse por completo á la virtud. Para ellas no ruje el huracán de las pasiones, y, como no tienen un hombre amoroso que se interponga entre sus ojos y Dios, el camino se les hace llano y llegan con gran descanso al cielo. Pero poned esa sombra satánica delante de su vista; poned unos ojos de fuego que, cuando ellas alcen los suyos al firmamento, ellos les digan ¡te

amo! y veremos si los altares no quedan vacíos.

Rosita Pantoja había sido también un tanto beata; pero con un semblante de cielo y un corazón ardiente, se rindió á los primeros cañonazos que le dispararon los ojos de Benito Gil, y ahora en lo que menos piensa es en ir á la iglesia. Se ha levantado, es cierto, con la aurora. Alegre y juguetona está como las golondrinas que revolotean al pasar por su ventaua, pero esa alegría no es la alegría de la virtud que siempre sonríe de la misma suerte en la prosperidad como en el dolor; sino ese placer del corazón que se torna en lágrimas de duelo, cuando el objeto que la causa desaparece de la vista. Si á Rosita, en ese momento en que alegre sonreía, en que con su vocesita de ruiseñor enamorado, entonaba una canción, la hubieran dicho: Benito Gil no vendrá esta tarde como lo ha prometido, todo ese fantástico gozo se hubiera derrumbado como un castillo de naipes bajo las manos de un niño.

La tía oyendo ya por el cuarto andar á su sobrina revolviéndolo todo, se levantó.



también, después de obligar á Rosita á que rezara, como de costumbre, las oraciones matinales.

Tocaron á misa las campanas, y la beata que por nada de este mundo se hubiera quedado sin oírlo; dijo apresuradamente dando ella el ejemplo:

—Vístete, muchacha, y vamos á misa,

—No puedo, tía; sin duda he dormido desabrigada y me duele muy recio la pierna derecha. Y para confirmar sus palabras, se puso á cojear por el cuarto, haciendo al mismo tiempo una cara que parecía de entierro.

La tía creyó al pie de la letra en la enfermedad de Rosita, y aun á trueque de llegar tarde á la iglesia, se puso á fajarle la pierna con media docena de bayetas sahumadas en alhucema.

—No muy duro, tía; le dijo quejándose Rosita. Allí, allí, es el dolor, en el hueso. La beata alzó las manos para no hacerla sentir, atando con el mejor cuidado el último trozo de bayeta.

—No te muevas hasta que yo vuelva de misa, el frío te puede hacer peor. De regreso vendré con nuestra vecina, la señora Ramona, para entre las dos entablillarte la pierna.

—Talvez no haya necesidad, no siento que nada esté roto.

—No importa; las tablillas no sólo sirven para componer lo roto, sino para prevenir roturas. Si la tía hubiera sabido en el estado de amor en que estaba su sobrina, y lo que iba á hacer esa tarde, es seguro, que en vez de la pierna, le hubiera entablillado el corazón.

—Hasta luego, añadió saliendo, y cuenta con salir al aire.

Rosita no salió al aire; pero tan pronto como se fué su tía, se levantó bonitamente y se puso á pasar revista á todas sus prendas de vestir. Quería llevarlo todo en regla. Cogió los puntos á sus medias; arregló cuidadosamente las tres únicas camisas que tenía; dobló con esmero sus cintas, y volvió á guardarlo todo, después de haber separado lo mejor que tenía para usarlo esa tarde.

Rosita no tenía baúl; era muy pobre para eso. Sus prendas las guardaba en una gran canasta de totora, y esto le tenía algo desazonada.

Benito le había dicho que vendría con el esclavo para llevar el cofre. El sabía muy bien que su amada era más pobre que los ratones; pero ella no quería parecerlo tanto. Una futura condesa con canasta en vez de baúl, le parecía ridículo y vergonzoso.

Dió las vueltas por el cuarto sin atinar cómo salir del atolladero, y al fin dijo con satisfacción: ya lo encontré.

Allí, en efecto, estaba el baúl de su tía, viejo como el de Adán, aforrado de baqueta y con centenares de tachuelas amarillas formando rosas y palmas.

No era nada decente el trasto de la tía; pues que ni siquiera estaba entera la baqueta que por una de las esquinas colgaba como mano de muerto, pero al fin era baúl, y Rosita se decidió á tomárselo en calidad de préstamo. Pensaba devolverlo un cofre de marfil cuando fuera condesa.

Por otra parte, le pareció muy justo que la tía contribuyera con algo á su fortuna, puesto que ella tenía resuelto darle después hasta esclavos para que le llevaran á misa en litera.

Se decidió, pues, á llevarse el baúl sin remordimiento de ninguna clase; pero el trabajo no estaba en eso, sino en la manera de apoderarse de él. ¿Cómo lo abriría para poner allí su ropa? Esto para ella era no sólo difícil, sino imposible.

El cofre tenía un enorme aldabón como de iglesia, que la tía aseguraba perfectamente con la llave, y ésta se la guardaba invariablemente en el seno.

Allá veremos, dijo Rosita, hablando consigo misma, puede ser que la ponga como hace algunas veces en su canasta de costura. Y como si un ángel le hubiera dicho que estaba donde ella suponía, se dirigió rápidamente á la esquina del cuarto donde estaba la mesa de labor. Abrió la canasta con premura, y entre muchos retazos de cinta, agujas y otras bagatelas, halló la que tan inquieta la traía; la llave del baúl.

Ah! dijo, tan pronto como sus manos tocaron el hierro frío; Ya está. Ahora no hay más que esconderla en otra parte. Y levantando una punta de la estera que cubría la habitación, la puso en un agujero, volviendo á dejarlo todo como antes.

Perfectamente tranquila con lo hecho, por lo que le respecta al cofre que debía cargar el esclavo negro, se sentó á coser para matar el tiempo de algún modo.

No había dado muchas puntadas en su labor, cuando se abrió la puerta dando paso á la beata y su vecina Ramona, que venía á curarle la pierna.

—Buenos días vecina, le dijo Rosita levantándose.

—Buenos días, hija mía, contestó la vecina; y viendo en pie á Rosita, añadió:

No hay que levantarse, no hay que levantarse. Las enfermedades de los huesos son muy peligrosas.

—¿Cómo sigues? le preguntó la tía.

—Lo mismo contestó la niña, que tenía absoluta necesidad de seguir enferma hasta la tarde, para que su buena tía no le lleva-

ra á la distribución, pero creo que no habrá necesidad de entablillarme.

—Ya lo veremos, repuso la señora Ramona, que, como todas las que se dan de médicas, quería hacer la dolencia de Rosita lo más grave posible, á fin de tener el mérito de haberla curado.

La beata obligó á su sobrina á que se acostara, y comenzó el exámen de la parte enferma.

—¿Aquí es el dolor? preguntó la señora Ramona.

—Sí, dijo Rosita haciendo gestos.

La vecina comenzó con tiento á hundir sus dedos arrugados en las carnes frescas y sobrosadas de la niña, á pretexto de tocar el hueso y los nervios, diciendo al fin con mucho descontento: el hueso está muy flaco y el tendón mayor casi arrancado.

—Entonces, vecina, ¿será bueno entablillarle? preguntó la tía.

—Inmediatamente, contestó ésta, antes que se acabe de arrancar.

Rosita hizo una mueca de disgusto, y se

tapó lo que para el exámen había dejado al aire.

Sabía que no le habían de dejar en paz por más que hiciera, y se resolvió á aguantar pensando en su Benito.

Inmediatamente las dos mujeres lo pusieron todo. Las tablillas estaban listas, las había traído doña Ramona.

—Usted, vecina, haga las vendas, dijo á la beata, yo voy á preparar la untura. Y sin esperar respuesta, se enderezó á la cocina doña Ramona.

—¿Cuántos días es de estar con las tablillas? dijo Rosa, por decir algo.

—Lo menos quince, contestó su tía. Eso depende de cómo vayas sintiéndote.

Hay veces que hay que permanecer con ellas un año.

—Y se puede uno levantar de la cama?

—¡Imposible! Ya ves con el hueso roto

—Si no está roto.

—Pero puede romperse.

No le gustaba mucho á la enamorada Rosa estar en la cama todo el día, pero

comprendiendo que cada vez que saliera la beata podría levantarse, no insistió más y guardó silencio.

—Aquí está la untura, dijo la señora Ramona, entrando con una gran cazuela de sebo derretido mezclado con incienso y resina elemí.

—¿Eso me van á poner?, preguntó Rosita incorporándose.

—Claro está, contestó la vecina. Esto es lo único que la puede curar. Y arregangándose la cbaqueta, quieras que no quieras, ayudada de la beata, volvieron á descubrir la gruesa pierna de Rosita.

Hábil curandera, la señora Ramona, extendió con mucha curiosidad capa sobre capa de sebo, hasta que quedó la pierna un dedo más alta de lo que era.

—Las tablillas, vecina, dijo á la beata cuando ya se cansó de emporcar la carne de la niña.

Pasóle la beata tres tablillas largas de dos palmos, y anchas como de tres dedos, y se pusieron á colocarlas entre las dos; la tía de arriba y la vecina de abajo, asegu-

rando las vendas como para no abrir nunca.

—Ya está, dijo la señora Ramona, haciendo el último nudo.

Ahora, Rosita, le prohibo que se mueva del lecho hasta mañana que yo venga á ver cómo ha amanecido.

La prohibición era inútil; porque tan largas eran las tablas y tan bien ligadas las dejó, que no sólo Rosita, sino un granadero, se hubiera visto perplejo sin saber cómo levantarse.

—Vecina, continuó dirigiéndose á la beata, de dieta tiene que comer ahora Rosita.

—¿Qué le daremos?

—Sopa de pan y pollo. Es preciso alzarle las fuerzas con cosas ligeras. Si hasta mañana amanece lo mismo, le pondremos en la cabeza un emplasto de vino con huevos batidos.

Y se marchó muy oronda creyendo haber recotado las sustancias más peligrosas que tiene la terapéutica.

La beata se quitó la mantilla, tan pronto como salió la señora, y doblándola con

cuidado, se dirigió á su canasta en busca de la llave del baúl.

—¿Rosita? ¿no has visto la llave del baúl? dijo la tía.

—¿No está en la canasta? respondió la interpelada con la mayor frescura.

¿Para qué la quiere?

—Para guardar la mantilla, dijo la beata, trasteándolo todo. Jesús, talvez la habré perdido en la calle? añadió aturdida.

—No se apure, cuando yo me levante se la doy buscando, y verá como la hallo sin gran trabajo.

—Y ¿mientras tanto? repuso la buena mujer, abriendo las manos y mirando á su sobrina

—¿Pero no dice que nada tiene que sacar? déjelo al baúl así hasta mañana; la llave no debe estar perdida del todo.

La tía gruñó un poco, buscó más, y al fin tomó el partido de su sobrina: dejarlo así hasta el nuevo sol, en que buscaría un herrero si la llave continuaba perdida.

Lentas pasaron las horas para Rosita, que cada vez que alguna nube opacaba el

sol creía que ya iba declinando; tal era la impaciencia que le devoraba.

En vano dijo á su tía que le diera la labor para coser un rato aunque fuera dentro del lecho.

La tía le alargó lo pedido, pero Rosita no pudo dar dos docenas de puntadas con concierto. Dejó la costura y se puso á soñar con los ojos abiertos en su Benito.

A eso de las tres dijo á su tía que se fuera á la iglesia, que ya era hora de la distribución.

—¿Estás loca muchacha? No son más que las tres, y el rosario comienza á las cinco.

—Creí que eran las cinco. Metida en la cama no se sabe ni que hora es. Y dió un golpe recio en señal de disgusto. Estaba calenturienta, y si tal situación hubiera debido prolongarse mucho tiempo, de seguro. Rosita Pantoja, se habría enfermado gravemente.

Hay momentos que duran siglos aún para los corazones más serenos. Afortunadamente la niña halló la manera de pasar com-

plotamente distraída las dos horas que faltaban, poniéndose á soñar en voz alta con su futura grandeza, y haciéndole soñar también á su tía. Por otra parte, le convenía saber la manera como iba á proceder su tía cuando se viese rica.

Rompió, pues, el silencio, haciéndolo á la beata esta pregunta:

—Dígame tía, ¿qué hiciera usted si tuviera mil onzas?

—Jesús! mil onzas; ¿para qué tanto? dijo asombrada la señora.

—Pero diga ¿qué hiciera con eso?

—Pues bien, nada. Déjame en paz, le contestó la tía. Como nunca hemos de tener . . . no hay para qué estar pensando en eso.

—Pero tía, en algo nos hemos de entretener; la cama me aburre, me da sueño, al menos conversemos.

—Si quieres entretenerte así, no hay inconveniente; te ayudaré á soñar. ¿Sabes lo que hiciera con mil onzas? le diera al señor cura la mitad para que le encienda todos los días á la Virgen ceras de á cuatro

pesos. Con el resto comprara urnas con todos los santos de mi devoción; y si algo sobrara, lo destinaría para comprarte un órgano á fin de que aprendieras la música.

Rosita vió que era muy poco enviarle mil onzas. Eso no le alcanzaba para nada, y resuelta á darle cuando fuera condesa, tanto cuanto bastase á hacerla feliz, aumentó la suma diciendo:

—¿Y con dos mil onzas qué hiciera?

La beata amaba á su sobrina, la veía aburrida y quiso entretenerla del mejor modo posible; por eso en vez de responderle con aspereza continuó:

—¿Con dos mil? Oh! ya era otra cosa; después de atender al culto de Nuestra Señora, compraría una casa lo más cerca que se pudiera de la iglesia. Nuestra bajilla fuera de plata. A tí te diera un gran espejo de plata bruñida, y saliéramos por las tardes á paseo en hombros de nuestros esclavos.

—Esclavos negros ¿verdad? le interrumpió Rosita.

Seguramente, negros: son más robustos, continuó diciendo su tía; y nos fuéramos á coger fresas en los jardines del marqués de Solanda, el cual al vernos tan ricos como él, nos invitaría á sus salones. Allí te sentarías tú al lado de la marquesa con tu zapatito bordado de perlas y tu mantilla de seda, mientras que yo con la abuela del señor marqués, nos fuéramos á visitar su oratorio; pasando así nuestra vida entre rezos y visitas.

—¿Y después? replicó Rosita, que seguía atenta las palabras de su tía, como que para ella en día no lejano iban á ser una realidad.

—Después? dijo la tía, algo cansada de tanto delirar; después . . . si alguno de esos grandes señores tuviera algún hijo de tu edad, y éste se enamorara de tí, yo no le negaría tu mano. Entonces serías noble, tendríamos haciendas por todas partes, y un obraje inmenso donde trabajaran miles de indios las bayetas purpurinas que tanto aprecian en el Perú.

Todos los nobles te visitarían con empeño; las señoras se juzgarían dichosas teñiéndote á su lado, y tú estarías entre tanta noble dama, como la luna en medio de las estrellas.

Todos te dirían ¡qué linda y qué joven es la marquesa Rosita! suponiendo que tú novio fuera marqués.

—Y dígame, volvió á interrumpir la niña, ¿cuál es más conde ó marqués?

—Conde, hija mía, las condesas usan diadema de piedras preciosas.

—Eso es, eso es, dijo Rosita, y en sus ojos negros brilló un rayo de alegría. Si, usan diadema de piedras preciosas y se sientan en trono.

—Yo no he visto, pero así debe ser allá en España.

—¿Se fuera usted á España?

—No; dicen que es muy lejos, que el mar es muy profundo é inacabable; no me iría.

—¿Y si me fuera yo adelante? insistió la sobrina, y le mandara un buque para que se venga?

—¿Quién sabe? talvez ni así; á menos de que tus parientes, algunos marqueses de alto rango, no vinieran á llevarme; en ese caso, talvez me animaría á dejar nuestra iglesia de San Blas y á nuestro señor cura que tan bueno es con nosotras.

Ya te he dado gusto, muchacha, poniéndome á disparatar contigo; ahora me voy á la distribución, añadio, mudando de tono, al oír un sonoro repique en la iglesia parroquial.

Algo frío, algo que no se sabe explicar, pero que siente que sube por el pecho haciendo latir el corazón acelerado, algo como si se encogieran nuestros músculos, sintió Rosita en ese momento embargada por el placer. Su tía la iba á dejar; el momento de ver á Gil se acercaba rápidamente; tenía gozo, tenía susto, y en medio de ese vaivén su carne estaba temblorosa, la garganta seca y el pulmón apenas respiraba.

La tía se puso la mantilla, y volviendo á mirar á su sobrina desde la puerta, le dijo: ¡Cuidado con dormirse! y se salió en seguida,

—No, tía, contestó Rosita con una voz gutural.

—La beata salió dejando la puerta abierta.

Rosita cayó de la cama entablillada y todo; y se fué gateando á la mitad del cuarto para de allí ver á su tía trasponer el zaguán.

La tía se fué de recto.

—Por fin, dijo Rosita, abriendo sus labios de granada y dando un suspiro enorme como sus esperanzas.

Sentóse como pudo y comenzó á quitarse las tablillas. Aflojó las vendas con rapidez, y, cuando ya no tuvo sobre su carne tan incómodos muebles, se puso de pié alzándose la ropa para que no se le manchara en el parche descomunal de sebo que le llegaba hasta el muslo.

Buscó agua y un trozo de jabón, y procuró asearse lo mejor que pudo. ¿Óómo iba á ir ensebada donde su amable conde?

Concluidos sus lavatorios, se vistió con esmero coquetón, aunque con grande rapidez. El tiempo de que disponía era corto para lo mucho que le era forzoso hacer.

Dirigióse en seguida al rincón del cuarto, alzó la estera y sacó la llave. De tres saltos se puso al lado del baúl, que lo abrió sin miedo, poniéndose en seguida á sacar cuidadosamente las ropas de su tía. Sacó todo, y antes de vaciar su canasta en el cofre, miró el fondo de éste por ver si quedaba algo. Allí estaba en uno de los rincones, un pequeño atadillo hecho en un trozo de paño y amarrado con un mundo de hebras de pita. Serán los silicios de la tía, pensó la niña, y ya iba á dejarlo tal como estaba, cuando reflexionando de pronto, se dijo á sí misma: nada se pierde con verlos, y cortando de una vez todas las ataduras, quedó agradablemente sorprendida, hallando en lugar de los silicios cuatro cucharas de plata, un par de zarcillos de oro y veinte pesos en dinero, única fortuna de la pobre beata, y fruto quizás de mucho tiempo de economía. ¿Qué hago de esto? se dijo, indecisa, entre tomarlo ó dejarlo.

Los zarcillos creo que me sentarán bien; no es posible parecer delante de Benito sin una alhaja de oro que me adorne, y debo

llevármelos. ¿Las cucharas? Estas deben quedar, pero, como vamos á estar escondidos, es probable que Benito no se haya acordado de una cosa tan necesaria, me llevaré dos; una para él y otra para mí; en cuanto al dinero..... aunque no lo necesitamos, me lo llevaré para que vea mi amado que no nos ha faltado con qué vivir; ya repondré á mi tía este pequeño hurtillo, mandándole las dos mil onzas que quiere para ir á cojer las fresas en los jardines del marqués de Solanda. Y sin más preámbulos metió dentro del baúl todas sus prendas de vestir, mas como todavía sobraba lugar, puso también las ropas de la cama apretando todo con la almohada.

Echó la llave temblorosa, y asustada se puso á mirar el zaguán, esperando el momento en que Benito se presentara en él. Las primeras sombras de la noche habían comenzado á extender su manto lleno de misterios y melancolía, cuando apareció éste embozado en su capa. No tuvo que silbar como él lo había prevenido, porque Rosita le salió al encuentro.

—¿El cofre? dijo Gil, señalando á su esclavo negro, que no era otro que Mora, perfectamente embarrado de carbón.

La niña contestó, que estaba en el aposento, y que mandase por él.

Hizo Benito una seña al esclavo; y éste que sabía de lo que se trataba, entró al cuarto.

Cargó con el baúl y salió con rapidez atrás de sus señores, que iban de bracero calle abajo.

Llegaron á la esquina de la Carnicería, y el negro poniéndose delante, dijo:

—Sigamos recto, evitando las calles concurridas, y tomó la delantera.

Gil y Rosita le siguieron en silencio, llegando á la Sala de Armas, triste quebrada, hace poco cegada por los esfuerzos del municipio, á cuya cabeza estaba el señor doctor Francisco Andrade Marín; y por una angosta vereda atravesaron también no con poco recelo.

La niña estaba temblando. Nunca había andado por tan lúgubres oscuridades, y á no ser por el brazo de Gil que la sostenía,

muchas veces hubiera dado en tierra. Tras puesta la quebrada, siguieron andando por la oscura y sucia calle llamada de la *Vieja*, hasta llegar al chorro de Santa Catalina.

Subieron el reborde que éste forma, y siguieron de frente una cuadra más, hasta que se hallaron en plena calle de San Marcos.

Torcieron á la izquierda, y siguieron andando, guiados por el esclavo que, ya casi cerca del panteón, se detuvo en una casa de pobre apariencia. Aquí es, dijo entrando el primero.

Rosita se apretó al pecho de su amante; tenía miedo.

—No temas, le dijo Gil, ¿quó estoy yo contigo? ¿No te amo? Y, abrazándola tiernamente, penetró en la casa, dejando á sus espaldas, la calle sola y pavorosa por su oscuridad.

Cuando la beata llegó á la casa, era casi de noche; pues el sermón del señor cura había durado más de lo regular.

—¡Rosita! dijo desde la puerta, ¿por qué no enciendes luz?

¿Dónde estás muchacha? y como nadie le contestó, anduvo algunos pasos por el aposento, buscando á tientas las pajuelas, como se llamaban los palillos azufrados con que se hacía lumbre, diciendo siempre: Rosita.....Rosita..... Encendió la vela con mil trabajos, y vió que su baúl había desaparecido lo mismo que la niña.

¿Se habrá ido mi Rosita con algún amante? se dijo pensativa, y volvió á contestarse, diciendo: pero ¿cómo, si estaba entablillada? Talvez se la haya llevado la señora Ramona para hacerle la segunda curación, pensó. Y agarrándose á esta débil esperanza, corrió donde su vecina. Esta se había también ido á la distribución y acababa de entrar en el patio de la casa en que vivía.

—¡Señora Ramona!..... vecina de mi alma, dijo la beata, ¿no ha visto á mi Rosita?

—¿A su sobrina? ¿No la dejé en la cama? contestó sorprendida la señora Ramona.

—Allí estuvo hasta la tarde, pero me fuí al rosario, y ahora que vengo no parece

por ninguna parte. Se ha ido, quién sabe dónde, dijo la pobre tía.

—¡Ah; mis remedios..... mano de santo! mano de santo!..... exclamó la señora Ramona, orgullosa. Vea usted, vecina, cómo en pocas horas le han sanado á Rosita, poniéndole en estado de irse de su lado. ¡Qué untura tan milagrosa! Y continuó abriendo la puerta de su aposento. ¡mano de santo!..... ¡Mano de santo!..... mientras la pobre beata, anegada en lágrimas, corría como loca, buscando á su Rosita por todas partes.

Entró por segunda vez á su cuarto, en el que había dejado la luz, y loca de dolor, pálida, desgredada, dejando correr en libertad por sus marchitas mejillas lágrimas de inmenso duelo, cayó de rodillas ante la imagen de la Virgen, diciéndole con voz ahogada: ¡Madre! ¡Madre! tu hija soy, devuélveme á mi Rosita! Y permaneció largo rato gimiendo á los pies de la que todo lo puede.

Al pié de esa misma imágen solía también arrodillarse su Rosa antes de entre-

garse al sueño, como si quisiera pedirle la bendición. ¿Qué va á ser de ella, tan niña, tan hermosa? ¿Qué va á ser de ella sola en el mundo, si no la defiendes? Y otra vez con mayor amargura, si cabe, volvió á gemir á gritos.

Vió las florecitas que su Rosa, la víspera no más, había puesto en lindos manojos á los pies de su Soberana, y se abalanzó á ellas, besándolas frenética, como si fueran las mejillas de la niña; y estrechándolas al corazón, comenzó á decir casi delirante: mi palomita, por qué te has ido? ¿Por qué me dejas sola cuando llego á la vejez?

La pobre mujer estaba loca; al irse su sobrina, se había ido de ese viejo corazón el último rayo de alegría. La muerte misma, no hubiera sido tan cruel como esa inesperada separación. Haberla amado con delirio á la que ella llamaba su niñita, y de la que se mostraba orgullosa delante de las vecinas, para perderla ahora de un modo tan violento, y acaso para siempre, era más de lo que esa alma tímida podía soportar.

Sintió que la cabeza le daba vueltas, que su voz se extinguía en la garganta, buscó

apoyo y cayó sentada al pié del lecho de la niña.

Se hizo la ilusión de que aun estaba allí; se hizo la ilusión de que estaba mirándola dormir; y cerró los ojos y se quedó acurrucada como un perrillo fiel, á las plantas de su dueño; hasta que el nuevo sol volvió á mostrarle que estaba frío, abandonado, el lecho de su Rosita.

CAPITULO VI

Recuerdos.

—Oye, Ramírez, tú estás enamorado; le dijo una tarde á su amigo y compañero de habitación, Luis de Mora.

—¿Me has visto venir roto la frente? contestó éste, quién sabe en qué aventura, como viniste tú hace algunas semanas, para que digas eso?

—¿Crees que sólo á los enamorados les rompen la cabeza?

—No; pero tú dijiste que esa herida que traías, era señal de amor, y te alegraste cien mil veces de verte así.

—No lo niego, Ramírez, que una hermosa joven hizo que me rompa la cabeza, y que gracias á la poca sangre que perdí en

esa ocasión, estoy á pique de conquistar una muchacha digna de que le sirvan diez princesas.

—¿Es bella?

—Con extremo; tiene mucho de parecido á Rosita Pantoja,

—¿Y rica?

—Eso no. ¿Cuándo has visto una buena moza que sea rica?

—Muchas he visto.....

—Eso quiere decir que tienes los ojos con telarañas, ó que yo para ver me dejo los míos en el baúl; pues siempre que he mirado la cara de una mujer con mantilla de seda, la he visto, si no fea, cuando menos pálida y sin expresión, á menos que no sea la expresión del orgullo; al paso que entre esos vestidos modestos, hay unas caritas que están diciendo con sus mejillas de rosas: aquí adentro va un infierno.

—Puede que tengas razón. Yo para mí creo siempre que la mujer cuanto más rica es más bonita; dijo Ramírez con indiferencia.

—¿Con la belleza del oro? Como estás más pobre que un gato, no tienes más idea que esa.

—No digo lo contrario, mi querido Luis; pero dime, ¿la que amas es tan pobre como la que ha conseguido Benito Gil?

—No tanto, ella tiene su casita; pero en cambio, en vez de tía beata, tiene un padre viejo y á lo que parece, un tanto huraño; lo que hace no poco difícil mi conquista.

—¿Y dónde vive?

—Alto, amigo, eso es mi secreto. Ya te he dicho que la historia de mi amor no la sabrá nadie, hasta cuando yo la declare en verso y en forma de leyenda.

—¿Cuándo será ese cuando? dijo Ramírez moviendo la cabeza de alto á bajo y riéndose.

—Muy pronto. Ya estoy acopiando el material.

—Al menos dí su nombre.

—Dí tú también el nombre de la mujer que amas.

—Ya te he dicho que no amo á nadie; la pobreza me quita hasta los bríos para esa

clase de aventuras que requieren al par que una alma de fuego, una carne bien nutrida.

—Es decir que eres apagado? preguntó riéndose.

—En mi corazón como en un crisol pudiera fundir á todas las mujeres de la tierra, pero, qué quieres? cuando pienso en que tengo hambre, todas mis llamaradas se convierten en trozos de hielo.

—Si es cierto lo que dices, entonces ¿á dónde vas todas las noches?

—Como tú, yo también tengo mi secreto, dijo Ramírez en voz apagada.

—No te lo exijo, amigo mío. Puedes guardarlo en lo más oculto de tu corazón, sin que esto sea obstáculo para que yo crea lo que me parece.

Sí, continuó Mora en tono convencido; hace ya ocho días que vivimos juntos y en este espacio de tiempo, no has venido cuatro noches á dormir aquí. El día lo pasas también quién sabe dónde. Tu cuarto es éste, yo vivo aquí como de posada, mientras Gil tiene necesidad del mío. Pues

bien, tú, tú el dueño, vienes sólo en són de visita por pocas horas, y nada más.

Ramírez estaba sonrojado. Miró á su amigo y guardó silencio, mientras éste seguía en tono serio.

—A veces he creído que te alejabas de tu habitación, porque te disgusta mi compañía.

Nunca, contestó Ramírez levautándose. Antes que amigo de Gil, lo fuiste mío y sabes lo mucho que te he querido.

—Entonces?..... dijo Mora, mirando de frente á su amigo.

Ramírez creyó prudente confirmar la sospecha de Mora, antes que franquearse con él.

Tenía mucha confianza en su amigo, pero aun al hombre más perdido le causa rubor confesar sus flaquezas.

Ramírez desde hacía algunos días, aprovechando de la momentánea separación de Gil, que con sus consejos hubiera procurado apartarlo de ese abismo, se había alistado en una *banda de ladrones* que se reunían en el socabón de Tumbaco. Por eso, ape-

nas veía de tarde en tarde á sus amigos, y y esto de prisa y como avergonzado.

¿Cómo, pues, hubiera dicho á Mora: amigo, no vengo á verte, porque soy uno de los reyes del socabón? Querer eso, era querer un imposible; y por esta razón, fingiendo lo que no sentía, dijo en tono serio, bajo y estrechando la mano de su amigo.

—Es cierto, Luis. Amo, pero guárdame el secreto. Amo á una mujer hermosa y rica. Nada aun he conseguido de ella, pero estoy á pique de hacerme de mucho.

—¿De veras? ¿y te da de comer? Ya ves,..... tñ que siempre te estás quejando de hambre.....

—Desde que la amo, desde que la visito, almuerzo y meriendo.

Ramírez no mentía. En el socabón de Tumbaco, si no dinero, había víveres en abundancia, y no faltaba un regular cocinero.

—Sea en hora buena, dijo Mora; pero oye, ¿tan largo te entretiene tu dama, que en ocho días apenas te deja una hora para venir á tu habitación?

—Vive en el campo, y para no cansarme en repetidos viajes, he buscado cerca de ella una choza donde pasar las noches.

Mora creyó todo lo que decía su amigo y se quedó satisfecho de haber adivinado por qué Ramírez se había alejado de ellos.

Otra duda le quedaba: y era lo cortesano por no decir amante, que se mostraba con Lelia cada vez que se ofrecía hablar con ella; y, á fuer de buen amigo, quiso disiparla también con algunas preguntas.

—Ramírez, le dijo: sé franco. ¿Si amas á esa mujer hermosa y rica, por qué galanteas á nuestra vecina?

—Por pasar el tiempo en algo bueno cuando vengo á verte.

—No era esto la verdad. Ramírez quería tomar confianza con la buena muchacha su vecina, para en seguida declararle su intento de llevársela al obscuro subterráneo que pensaba habitar de firme.

No había adelantado mucho, es cierto, en eso de hacerse amar de Lelia; no por que ella se hubiese mostrado desdeñosa; cierta clase de mujeres no desprecian á na-

die, sino porque el mismo no había querido seguir adelante, hasta no haber normalizado un poco su situación al presente bien precaria.

—A propósito, dijo Ramírez á su amigo, pasemos á saludar á nuestra vecina.

La casa no tenía más que tres piezas; dos á la derecha, una á la izquierda, y un gran patio á cuyo extremo había dos cocinas casi siempre frías. El cuarto primero que estaba á la derecha era el de Gil, habitado al presente por Ramírez y Mora, el segundo el de Lelia, joven desdichada y de mucha belleza, que se había entregado á los azares de una vida mundana antes de cumplir los diez y ocho años. La pieza del frente la ocupaba otra mujer, también hermosa, que apenas contaría veintiseis años, y entregada como Lelia á sus malas pasiones.

Ramírez y Mora se atusaron el cabello y salieron al corredor alumbrado en ese momento por un sol de fuego, próximo á hundirse en un lecho de oro al tocar en el ocaso. Las dos mujeres estabau sentadas

en un montón de piedras que había en el patio, contemplando con melancólica tristeza el hermoso espectáculo que se les ofrecía á su vista.

La puesta del sol en Quito, tiene encantos que arrebatan el corazón. El astro rey se hunde allí majestuoso tras los inmensos montes, como una princesa oriental que dormida en un lecho de oro, abandona descuidada su rubia cabellera á los vientos de la tarde.

Allí los últimos rayos de ese sol moribundo, que besa amoroso un cielo azul como la alegría, son más brillantes que las lágrimas de una virgen enamorada.

El coloso de los Andes, el Pichincha, se cubre poco á poco de tristes sombras, mientras el sol de mi tierra, como un niño que entre las ropas de la cuna, alza sus manecitas blancas, envuelto en nubes vaporosas y más sutiles que la espuma de los mares, abrillanta con sus últimos rayos de oro las modestas colinas del Oriente y el hermoso Yavirac, asiento en lejanos días, del sagra-

do templo que los Incas levantaron á su Dios.

Ramírez y Mora se acercaron callados á donde estaban las dos jóvenes indiferentes á todo, menos al encanto que sentían sus corazones en aquella hermosa tarde.

—Vecina, le dijo Mora á Lelia. Usted se encanta mirando el sol, y á mí me pasa lo mismo mirando sus ojos.

—¡Ah! señor Mora, contestó Lelia sonriendo y saludando á los dos jóvenes lo mismo que Carlota. Siempre es usted tan galán

—Ha dicho poco Luis, añadió Ramírez. Ver sus ojos, es nadar en un mar de fuego. A mí no me encantan, me queman.

¿De veras? dijo Lelia, mirándole con insistencia.

—No le mires así, replicó Carlota riéndose. ¿No ves como ya está echando humo?

—¿Humo? nó contestó Ramírez. No es mi levita la que se quema en los ojos de Lelia, es el corazón, y ese se vuelve cenizas sin hacer llama.

—Tiene razón la señorita Carlota, dijo

Mora, apartándose de Ramírez. Empieza á encenderse de tal manera que ya no hay forma de estar á su lado.

—Venga al nuestro, señor Mora, dijo Carlota; yo no quemo.

—Vamos á ver, contestó Mora, sentándose á su lado.

—Y yo, ¿dónde me siento? preguntó Ramírez.

—Al mío, dijo Lelia, con tal que no me encienda.

—Si usted es la candela, señorita Lelia; yo no soy más que la yosca. Usted sopla yo me enciendo.

—Entonces prometo no soplar.

Ramírez tomó asiento en una gran piedra, casi á los pies de Lelia.

Carlota dijo á los jóvenes:—¿Han visto ustedes las faldas del Pichincha alguna vez?

—Muchas veces, contestó Ramírez; yo conozco la colina de Tiuctiuco.

—Yo he subido mucho más arriba, añadió Mora; yo he visitado la chorrera que se ve desde aquí, y he tomado agua entre las mismas peñas.

—¿Y es eso muy bonito? preguntó Lelia.

—Nuestros cerros, nuestros peñascos y hasta nuestras profundas quebradas, tienen su belleza relativa, la belleza de lo grande.

—Entonces la chorrera es bonita? insistió Lelia.

—Algo, dijo Mora. Los peñascos de donde cae ese chorro de agua, tienen una oscuridad tan vaga que llena el corazón de melancolía; ese sitio convida á soñar con su aire frío, con sus brumas leves y con ese ruido sonoro y continuado que produce el agua al chocar sobre las rocas. Ratos muy agradables he pasado allí, sentado en una gran piedra circular llena de manchas rojas producidas quizás por el óxido de hierro, pero que el vulgo cree producidas por la sangre que allí se derramó.

—¿Algún asesinato? preguntó Carlota.

—Nó; los antiguos incas, así como tenían la costumbre de ofrecer sacrificios inocentes al sol y á la luna, los ofrecían también de sangre humana al espíritu de las tinieblas.

—Al demonio? dijo Lelia.

—Sí, contestó Ramírez, mientras Carlota preguntaba: ¿Y cómo eran esos sacrificios?

—Muy sencillos, respondió Mora. En cierto día del año, cuando la noche era más oscura, más tempestuosa, se dirigían al cerro los sacerdotes del diablo, acompañados de muchos devotos, que llevaban niños tiernos á sacrificarlos á tan sombría deidad.

Las dos mujeres se miraron haciendo ese movimiento crispador de hombros y cabeza, con el que se revela el disgusto y el miedo.

—Dicen, añadió Mora, viendo que su relato interesaba; que el mismo demonio en forma de una luz de rojo oscuro, les alumbraba el camino, mientras ellos subían gimiendo al lúgubre compás del rondador.

—¡Cierto! dijo Lelia. La música del rondador es tan triste, que siempre que la oigo me da gana de llorar.

—Dicen que el diablo fué el que inventó ese instrumento.

—El demonio? dijo Carlota. Y volvió á preguntar á Mora: ¿y cómo mataban á los niños?

—Los extendían desnudos sobre la piedra, y en tanto que los devotos daban vueltas al rededor de ella bailando y gimiendo, uno de los sacerdotes, con una hacha de oro, les cortaba la cabeza. Cuando todas las víctimas estaban sacrificadas, y la sangre corría en tibios hilos hasta humedecer la tierra, dicen que salía un fuego amarillento y consumía los miembros de los niños, lamiendo fatídico la piedra y sus contornos.

La indecisa claridad del cielo en ese momento, infundía pavor, haciendo el cuento de Mora, para las dos mujeres, más sombrío de lo que era en realidad.

Carlota y Lelia se acercaron á sus amigos cuanto pudieron. Estaban temblando, pero dominadas por esa curiosidad mujeril que, con miedo y todo, es capaz de abrir la boca al diablo para ver si tiene dientes, volvió á preguntar Carlota:

—Y acabada la fiesta ¿qué hacían?

—Oración, arrodillados y mirando al suelo; concluída la cual volvían á descen-

der del cerro, al despuntar de la aurora, entre los sonidos del rondador.

—Y es cierto, señor Ramírez, que el rondador lo inventó el diablo?

—Yo no sé, contestó; pero lo he oído decir.

—¿Cómo dicen que fué? preguntó Carlota, mirando en torno suyo con timidez.

El cielo estaba cubierto de estrellas, y tras las lomas de Echimbía, sobre un inmenso catafalco negro, como una hostia encerrada en una custodia de ébano, se levantaba la luna, convidando con su desmayada claridad á llorar de amor.

—¡Qué hermosa noche! dijo Mora, cuyo corazón de poeta se entusiasmaba con el silencio. ¡Quién pudiera mecerse allí en ese trono de nubes al lado de la mujer amada! Y sus labios se abrieron respirando con avaricia el aire frío, mientras sus ojos permanecían fijos en la casta diosa de las sombras.

Evidentemente, Mora, pensaba en ese instante en su amada, cuyo misterio no había querido aclarar á sus amigos; pero Le-

lia creyó que por ella lo había dicho, y se arrimó con delicadeza sobre el hombro de éste.

—No me gusta la luna, dijo Ramírez; es indiscreta. Prefiero ese silencio negro, tempestuoso, en que no se oye sino el ladrido moribundo de los perros y en que no se alcanza á ver ni el estoque que se mueve con ruidos metálicos dentro de la vaina.

—¡Qué corazón! dijo Lelia. ¿Para qué quiere una noche así?

Con mucha propiedad hubiera podido decir Ramírez, uno de los reyes del socabón; para asaltar á los transeuntes; pero se contentó con decir: para sólo ver los ojos de la mujer amada que brillan en la oscuridad como dos centellas de fuego. Y en tanto que esto decía, su codo tropezó intencionalmente con las rodillas de Lelia, mientras su cabeza permanecía levantada con un ademán soberbio.

Lelia indecisa entre esos dos corazones, se arrimó con más fuerza en el costado de Mora, y puso la mano sobre el hombro de Ramírez, diciéndole al mismo tiempo:

—Bien dijo Carlota que estaba usted echando humo.

—Y llamas también,—contestó Ramírez, tomando de la mano de Carlota y aplicándosela al corazón. ¿No es verdad que estoy quemando?

—Como un horno, contestó riéndose la interpelada. Y no queriendo quedarse sin el cuento del rondador, añadió: pero dejemos de eso, que si usted empieza á quemarse, aquí estamos para apagarle con un jarro de agua; y siga contándonos la historia del rondador.

—No la cuento porque se van á morir de miedo esta noche.

—Cuenta, señor Ramírez, dijo Lelia con un acento que parecía obligar.

—¿Ustedes lo quieren? bueno; pues allá vá.

Luis, añadió, dirigiéndose á Mora, ¿tienes un cigarrillo?

Mora sacó por duplicado lo que pedía su amigo, á fin de acompañarle.

Lieron los dos jóvenes sus cigarros de papel, diciendo á las muchachas con acento cortés: ¿Les incomoda el humo?

—A nosotros no nos incomoda nada de lo que hacen ustedes, contestó Lelia sonriendo.

Encendió la yesca Ramírez, y después de echar algunas bocanadas de humo, añadió. —Aunque la noche para ustedes está muy bella, siento un poco de frío y creo que no fuera malo meternos en el aposento.

—¿No dice que está ardiendo?

—Lo de adentro, sí; pero lo de afuera está helado.

—Démosle gusto, dijo Mora tomando la mano de Lelia y ayudándola á levantarse, mientras Ramírez hacía otro tanto con Carlota.

Encamináronse todos cuatro á la habitación de Lelia. Allí Ramírez encendió una pajuela y la aplicó á una vela de sebo.

—Señor Ramírez, dijo Carlota tan pronto como vió sentados á sus amigos, deseando obsequiarles algo. ¿Quiere calentar el cuerpo?

No hay inconveniente, contestó Ramírez, haciendo una venia.

—Siempre es bueno meter algo en el estómago, añadió Mora.

Las dos muchachas se levantaron. Carlota tomando la vela dijo:

—Con permiso, voy á dejarles á oscuras un momento.

—¿Gusta que le acompañe? preguntó Ramírez con galantería.

—Vamos, señor, contestó Carlota á la que no desagradaba la compañía de Ramírez; así era el miedo que tenía.

Ramírez ya en el umbral de la puerta dijo á su compañera con malicia:—Oreo que no está bueno dejar á este par de jóvenes á oscuras.

—Nada te importa contestó Mora riéndose.

—Se puede obviar la dificultad, haciendo que nos acompañe también Lelia, dijo Carlota.

— En ese caso vamos todos, insinuó Mora.

Y los cuatro se dirigieron, cruzando el patio, al cuarto de Carlota.

De un rincón no muy claro, sacó ésta una botella, un plato cubierto con un mantel y dos tazas; y entregándolo todo á Mora, le dijo:—A usted le toca señor Mora; el señor Ramírez lleva la vela.

—¿Y ustedes? replicó Mora en son de broma

—Nosotras acompañamos, contestó Carlota en el mismo tono; saliendo la primera de la estancia y dirigiéndose, seguida de los demás, al aposento de Lelia.

Allí sacó un anafre de hoja de lata y lo llenó de agua, poniendo en seguida unos trocitos de canela chicos y redondos como su dedo meñique.

—Fuego, dijo Ramirez, que durante ese tiempo había llenado de aguardiente la hornilla; y aplicó la vela.

Una llama azulina lamió por todas partes el jarro en que estaba el agua, haciéndola en pocos momentos hervir furiosa.

—El azúcar, dijo Lelia.

—Ramírez que atendía á todo, quitó el mantel que cubría el plato y lo presentó á su vecina,

—Puso ésta algunos terrones en el agua y comenzó á menear.

—Ya está, dijo al fin, matando de un soplo la llama que producía el alcohol.

—Ramírez acomodó las tazas y se comisionó de adicionar el aguardiente.

Iban á tomar el famoso *gloriado* de los españoles, mitad agua mitad alcohol.

—¿Cómo le gusta á usted Lelia? preguntó Ramírez inclinando la botella.

Esta presentó la cuchara, diciendo:—Un poquito, nada más.

Ramírez sirvió por gotas.

—¿Y usted Carlota? volvió á preguntar, risueño.

—Lo mismo; algunas gotas para dar sabor.

Ramírez hizo lo que se le pedía.

—Lo que es á Mora, yo sé como le gusta, añadió dirigiéndose á la mesa en que estaba la taza de éste; y en dos dedos de agua de azúcar le echó nueve de aguardiente.

Servidos todos, comenzaron á tomar á pequeños sorbos.

—Esto está intomable, dijo Mora haciendo descansar la taza sobre las rodillas. Es aguardiente puro.

—Si no he puesto más que una gota, contestó Ramírez.

Mora se acercó á Lelia y le dijo. Pruebe la gota que dice Ramírez, presentándole la cuchara llena de líquido.

—En efecto, dijo ésta haciendo un jesto, está muy fuerte.

—Mezclemos para que todo quede igual, dijo Mora poniéndose de rodillas delante de la muchacha, que presentó su taza sonriendo para que su amigo hiciera la mezcla.

—Protesto, gritó Ramírez; aquí está la mía que aún no tiene aguardiente. Y metió su taza entre Mora y Lelia que continuaban su operación, diciéndole:

—Tú tienes la culpa.

—Pero, Lelia, dijo éste, mezcle también con la mía.

—No alcanza para todos.

Ramírez se acercó á Carlota, diciéndole risueño: no hemos de ser menos. Mezclemos.

—No ha lugar: no mezelo, contestó ésta.

—Entonces no bebo, replicó Ramírez, arrodillándose como había hecho Mora, delante de Carlota.

—No importa, dijo riéndose, y rechazó la taza.

Ramírez volvió á insistir; y tanto fué y vino la taza que al fin se regó sobre las faldas de su vecina.

—¡Se quema! gritó Ramírez alzando cuanto pudo los trajes de Carlota, que empujaba colérica á su amigo, diciéndole:—Suelte usted, hombre, no me desnude así.

—Se quema, volvió á decir Ramírez sin atender, viendo que la taza de ella había corrido la misma suerte que la de él.

—Digo que me deje, gritó esta en medio de las carcajadas de los tres, pateando y bajándose las faldas con rabia.

—Pero, Carlota, dijo Ramírez retirándose; si no alzo se quema.

—¡Se quema!..... repuso Carlota remediándole. Nada le importaba á usted; y añadió en seguida, mirando á todos: y ahora ¿qué vamos á beber?

—Aquí está mi parte, contestó Mora con galantería. La dividiremos entre los dos. Y puso la mitad del líquido en la taza de Carlota.

—Usted á mí, Lelia, dijo Ramírez poniéndose de un brinco al lado de la muchacha.

Lelia dividió con Ramírez su ración.

—Ahora, señor, dijo Carlota concluyendo de beber su parte, y ya olvidada del incidente de las faldas, cuéntenos la historia del rondador.

Ramírez arrellenándose en su asiento, empezó de esta manera:

—Cuentan que en este mismo barrio de la Chilena, vivía al principio de la conquista, una mujer, casi una niña, hermosa como los arreboles de la tarde, alegre como una golondrina, y más ardiente que los rayos de un sol de agosto. Una muchacha, en fin, como ustedes dos, dijo Ramírez, haciendo á cada una de sus vecinas una gran reverencia.

, Esa hermosura, esa revolución andando, parece que no tenía nombre propio, pues

sólo la conocían con el nombre de la Primavera. Vivía sola, y entregada ciegamente á todas las locuras de su alma calenturienta.

Una tarde, estando sentada como de costumbre junto á su ventana, vió pasar por la calle un joven de bella figura, de airoso y seductor ademán; en fin, un hombre como yo; dijo con modestia el narrador.

Las dos jóvenes se sonrieron mirándose con malicia, y Ramírez continuó.

Los ojos de la Primavera se clavaron en ese bello mozo con una insistencia extraña, no le veía, le devoraba. Hizo ruido tosiedo, para llamarle la atención, y éste que no era rana, como luego verán, alzó la cabeza, y quedóse mirando á la Primavera con una mirada capaz de fundir los broncees.

Esos dos corazones estaban electrizados. Ella risueña, los labios entreabiertos, el seno palpitante, convidando con la mirada á que se acercara. El altivo, gallardo, revelando en su figura más bella que la de Adonis, el vigor de un Hércules, y pidiendo

también con sus ojos negros como la noche en los que brillaba una luz satánica, permiso para acercarse. Por fin, el joven, al que llamaremos Rodrigo, pues así se llamaba, rompiendo el silencio dijo á la bella con extrema cortesía: ¿se puede? Ella hizo una señal afirmativa con la cabeza, y él se lanzó como un loco al aposento de la Primavera.

Contar los éxtasis divinos que tuvieron esa tarde y los días siguientes, los besos de fuego que se dieron los dos enamorados, es inútil: se supone que no estarían mano sobre mano.

Al cabo de algunas semanas de locura, y cuando ella más amorosa que nunca, pues parecía cobrar nuevo vigor, nueva vida, en los brazos de su amante, acariciaba á su Rodrigo con una hambre famélica, le dijo éste fijando sus ojos en la Primavera:

—Dime, ¿si fuera el demonio me querías?

—Si el demonio fuera como tú, le adoraría.

—Pues bien; soy Luzbel, dijo el galán, oprimiendo con pasión la cabeza de su amada y mordiendo frenético sus labios.

No sabemos si la Primavera creyó ó no lo que le dijo su Rodrigo; la tradición sólo dice, que ella, poniéndose de rodillas, contestó:—¡Luzbel, yo te idolatro!

En esa vida de amor, pasó la pobre muchacha algunos meses, hasta que al fin, cayó enferma, aunque sin dolor ninguno. Su mal era desconocido; moría de amor, en medio de frenéticos transportes, acariciando á su Luzbel.

Una buena mujer, viendo á su vecina en cama, quiso darle algún remedio; pero ella se negó á tomarlo. Le preguntó si quería confesarse para llamar al señor cura, y dijo que no había pensado en tal cosa. Quedóse la mujer escandalizada; jamás había visto á nadie morir impenitente.

Salió del cuarto de la Primavera y fué á contárselo todo á un sacerdote, el cual, tan pronto como supo de lo que se trataba, echó á correr con la rapidez de que fué capaz, guiado por la vieja, ansioso de salvar

una alma para predestinar la suya. Habló á la Primavera, la exhortó con fe, mas ella se negó absolutamente á hacer penitencia. Decíale:—Piensa en Dios; y ella gritaba: ¡Demonio! ¡amor mío! ¿dónde estás?

—¡Te condenas! le dijo el cura con voz de trueno.

—Eso quiero; irme á los infiernos donde está mi adorado.

Y gimió otra vez llamando al demonio.

El clérigo abrió su breviario y se puso á exorcisar con la mayor devoción posible. Nada, la Primavera sólo quería á Luzbel.

Viendo que eran inútiles todos sus exorcismos, pensó el sacerdote y dijo: las reliquias pueden hacerle bien; y corrió á la iglesia á traer algunas.

En ese intervalo entró Rodrigo, que no era otro que el demonio. Abrazó á su amada con fuerza, y en medio de un beso largo y apasionado, la hizo rendir el último suspiro.

Cuando volvió el cura, la Primavera era un cadáver. Muerta en los brazos del demonio, no quiso enterrarla en lugar sagra-

do, y la mandó sepultar en las faldas del Pichincha.

Al otro día, algunas gentes que pasaban, vieron la tierra removida, y el cadáver de la hermosa mujer sobre ella.

Dieron parte á la autoridad, y esta mandó sepultarlâ otra vez.

¿Quién la sacó de allí?

Los mismos que el día antes, y muchos otros curiosos, fueron al despuntar la aurora á ver si la Primavera había sido otra vez desenterrada.

¡Allí estaba! sobre la tierra húmeda, hermosa aún á pesar de su palidez.

Corrieron á dar cuenta de lo que veían; y el pueblo quiteño se emocionó; pues á más de lo ocurrido, algunos pobres indios contaban que hacía dos noches seguidas habían oído sobre el sepulcro de la Primavera, el sonido tristísimo de un instrumento desconocido.

Mandaron el Obispo y los Oidores enterrar el cadáver á doble profundidad y encima se puso una cruz.

Quito entero corrió al tercero día para

ver con sus ojos lo que pasaba! ¡La cruz se hallaba caída en el suelo, la sepultura descubierta! Asomáronse á ella los curiosos; el cadáver había desaparecido! Su amante se lo había llevado dejando en su lugar algunas cañitas huecas unidas entre sí en forma de flauta de pan.

Era el rondador á cuyos melancólicos sonos Luzbel había llorado sobre su amada”.

Ramírez estaba satisfecho del efecto que producía su cuento en las dos oyentes, que, habiendo acercado sus sillas una á otra, miraban con recelo á un rincón oscuro del aposento, quizás temerosas de que el diablo cargara también con ellas; así era la vida que llevaban.

—¡Huy! dijo Lelia, crispándose toda, mientras su amiga preguntaba: ¿Será cierto que el diablo se la llevó?

—No hay dificultad en admitir eso, y lo creo firmemente, aunque dudo mucho de lo demás; pues, según mi cuento, algunos siglos antes de la venida de los españoles, conocían ya los indios el rondador.

—Es verdad, dijo Carlota.

—Pero eso es secundario, continuó Mora. Aquí lo principal está en los amores de Satanás y la Primavera; amores positivos, según mi entender; pues yo no dudo que el diablo ande lo mismo que una persona.

Esto talvez lo decía el joven convencido, porque en ese tiempo se creía en muchas cosas absurdas; pero aunque no hubiera dado crédito á nada de eso, lo habría dicho también con el objeto de aumentar aún más, si era posible, el miedo de sus vecinas. Hizo pues, del ojo á su amigo y continuó:

—Una noche estábamos con Ramírez paseando bajo el arco de Santo Domingo, cuando vimos acercarse á nosotros un hombre feísimo, bajito de cuerpo, con la barba hasta el pecho y los ojos como los de un gato. Tuvimos miedo, y nos retiramos á carrera suelta, pero él nos alcanzó de dos saltos, le dió á mi amigo un latigazo con el rabo, y desapareció en la portería del convento.

—¿Cierto, señor Ramírez? dijo Carlota con incredulidad.

—Como que estamos aquí sentados, contestó éste. El dolor que me produjo el rebazo, me duró casi un mes.

—Por esto que les cuento, creo firmemente que el diablo anda por todas partes. En esta misma casa yo le he visto muchas veces.

—¿Cómo? dijeron ambas mujeres á un tiempo.

—En forma de gato negro, pero enorme; paseándose silencioso por el corredor. Yo y Benito nos moríamos de miedo, y no obstante le estábamos espiando por el agujero de la cerradura. Ya cerca de amanecer, el gato se volvió como de fuego; llegó al montón de piedras que está en medio patio y desapareció.

Lelia y Carlota sesantiguaron con miedo.

—Yo en esta casa no lo he visto, añadió Mora; mas la otra noche que dormía solo, entre eso de la media noche, oí como que alguien abría mi puerta. No tuve valor para mirar, porque la sangre se me heló en las venas; me envolví la cabeza en la manta y empecé á encomendarme á Dios. El

ruido, no obstante, siguió infundiéndome pavor; movieron la mesa y las sillas, dando unos quejidos bajitos y muy lastimeros. Después oí que saliendo de mi cuarto, se dirigían al de usted, señorita Carlota.

Allí oí sollozos, gritos espantosos y un ruido como de azotes. Después de un rato y al momento que cantó el gallo, todo quedó en silencio.

Las dos mujeres se miraron con asombro. Estaban yertas.

Si alguna persona les hubiera dicho en ese momento que se confesasen abandonando para siempre su mala vida; no habrían dudado un solo momento en hacerlo, tal era el pánico que embargaba sus corazones.

En este momento el toque de queda cayó lúgubre sobre la dormida ciudad.

—Las diez, dijo Rarmírez levantándose.

—¿Vamos al cuarto? preguntó Mora.

—No; me esperan unos amigos para dar una serenata, y es fuerza que me retire al momento.

En vano quisieron detenerle Carlota y los demás; Ramírez permaneció inflexible y por fin se despidió.

También yo me retiraré con el permiso de ustedes. Me estoy cayendo de sueño, dijo Mora frotándose los ojos.

—No, señor Mora: no nos deje solas repuso Lelia en tono suplicante,

—Pero señoritas ¿dónde voy á dormir? la cama no alcanza para tres.

—Le ayudaremos á traer el colchón.

No le disgustó á Mora la idea, porque al fin mucho mejor es pasar acompañado que solo; así es que dijo: Andando; y tomó la delantera con la vela en las manos.

Las dos mujeres se agarraron miedosas de su casaca, y, como un racimo, riéndose y temblando, llegaron al cuarto de éste. Doblaron el colchón sin olvidar los demás accesorios, y con todo á cuestas, á pasos descomunales, entraron en el aposento de Lelia.

—Nosotras mismas le vamos á arreglar la cama, dijeron las dos vecinas. Y con ra-

pidez extraordinaria, en un abrir y cerrar de ojos, le dejaron todo listo.

Arreglado el huésped, se arregló también Carlota en la cama de Lelia y todos en estado de entregarse al sueño, mataron la luz.

—Cuéntenos un cuento, señor Mora hasta que nos coja el sueño, pero que no sea miedo, dijo Lelia que se moría por los cuentos, como le sucede á toda mujer aunque no sea quiteña.

—Allá va, contestó Mora extendiéndose boca arriba y cubriéndose con la manta hasta el pescuezo,

—Sabrán ustedes que una tarde dos estudiantes se fueron á pasear al Pichincha. Allí les cogió la noche, y entraron en la choza de una pobre india que les recibió gustosa. Ya iban á entregarse al sueño, cuando vieron á la vieja salir fuera llorando y dando gritos.

Movidos de la curiosidad salieron también los estudiantes y vieron á ésta desenterrando una calavera. Los mozos se quedaron asustados; y su espanto subió de punto cuando vieron que la india comenzó azo-

tarla con crueldad, diciendo al mismo tiempo:

“Muertos levantaos! aquí está nuestro enemigo”.

A los gritos de la india, de todos los matorrales comenzaron á levantarse una multitud de esqueletos que, trayendo una vela en la mano, hacían resonar sus huesos con un ruido espantoso: tac, tac, era todo lo que se oía en el silencioso monte.

En ese momento las muchachas y Mora, oyeron unos pasos lúgubres por el corredor; Lelia abrió los ojos, y al ver un resplandor fosfórico que se acercaba, ¡los muertos! gritó, presa del más grande terror, y como una saeta se lanzó á la cama de Mora, metiéndose bajo de la manta de éste. Carlota que ya había estado casi dormida, al oír el grito de su amiga, y ver la luz; se levantó también gritando: ¡El demonio! y corrió á ampararse como la otra bajo la manta del vecino, tirando tanto ambas mujeres por abrigarse y esconderse bajo ella, que, cuando Ramírez entró con la pajucla encendida, halló á su amigo en camisa sentado en me-

dio cuarto y á las dos jóvenes formando un sólo montón.

—¿Oónque esas tenemos? dijo Ramírez riéndose y aplicando su pajueta á la vela que estaba sobre la mesa.

—Señor Ramírez ¿por qué nos hace asustar? dijo Lelia sacando apenas la nariz.

—El había de ser! añadió Carlota en tono de reproche.

—¿Quién piensa en asustarlas? contestó Ramírez. Me había olvidado de pedirle á mi amigo prestada su cachiporra, y al regresar, como el zaguán es oscuro, tuve que encender una pajueta.

Lelia y Carlota al oír esto, riéndose del susto, se volvieron á su cama sin gana de pedir más cuentos.

Ramírez se llevó la cachiporra, y Mora después de arreglar como pudo su revuelto lecho, se metió en él.

—Apago la luz? dijo disponiéndose á soplarla.

—No; contestó Lelia; aunque se gaste durmamos con la vela encendida,

—Mora rodeó un papel por el candelero para que la luz se hiciera más suave y se volvió acostar.

Pocos minutos después la respiración tranquila é igual de los tres, indicaba que habían logrado conciliar el sueño,

CAPITULO VII

El señor conde.

Las siete de la mañana acababan de dar en las iglesias, cuando Benito Gil, embozado como siempre en su enorme capa al uso español, daba la vuelta por^o junto á la muralla del convento de la Merced, dirigiéndose apresurado al cielo, como él llamaba á su antigua habitación.

Desde que se la llevó á Rosita al aposento que Mora le cedió en el barrio de San Marcos, muy pocas veces había salido á la calle.

El amor es misterioso, le gusta la oscuridad y el silencio.

El chasquido de un beso, como el ruido de la seda rasgada por los dedos de un mer-

cader, es más limpio, es más armonioso en la soledad, que en medio del bullicio, en presencia de testigos, por lo general indiscretos por envidiosos. El mejor amigo deja de serlo, cuando ve á su compañero quemándose en el horno de unos labios de grana.

Benito Gil no dudaba de la lealtad de sus amigos, pero no quiso hacerles testigos de su dicha; tanto porque no se les escapara alguna broma indiscreta, como porque no le convenía que Rosita adivinase antes de tiempo, al ver los pobres vestidos de éstos, el misterio que le envolvía.

Antes de eso necesitaba apoderarse por completo del corazón de su amada, ó ir la preparando poco á poco, á esa niña tan mona, tan retrechera, y á quien amaba con toda la fuerza de su corazón juvenil, para decirle la verdad.

Una indiscreción en este caso le habría hecho odioso á los ojos de la niña. Por eso, como hombre de mundo, Benito Gil conducía el negocio con pies de plomo, dando tiempo al tiempo, y enloqueciendo más y más a Rosita con sus ardientes caricias.

Pero el tiempo no le ayudaba.

Había dado cinco pesos á su amigo Pérez Sevilla para que les atendiera en la comida, y éste le dijo la víspera, que ya no había fondos sino para tres días. Por esto, Gil, en busca de algún medio que salvara su situación se enderezó donde sus amigos á pedirles un consejo.

Llegó á la puerta de su pobre morada y dió dos golpes recios en ella, pero nadie contestó de adentro.

Talvez habrán pasado mala noche, se dijo; estarán durmiendo, y llamó más recio aún, sin obtener más respuesta que el silencio.

No están, se dijo á sí mismo, contrariado, y añadió pensativo: ¿dónde voy á buscarlos? Talvez Sevilla me dé razón de su paradero. Hizo ademán de salir á la calle, pero deteniéndose de improviso, murmuró: preguntaré antes á mi vecina. Puede que ella los haya visto. Y acercándose á la pieza inmediata, llamó á la puerta con una multitud de golpecitos menudos,

—¿Quién va? dijo una voz que, aunque mal humorada, tenía siempre no sé qué de argentino.

—¡Yo! Benito Gil, dijo de afuera.

Buenos días, señorita Lelia.

—Buenos días, señor Gil; voy al momento.

—No hay necesidad de que se moleste recibiendo repentinamente el aire frío, que puede causarle una enfermedad. Tenga sólo la bondad de decirme, si sabe el paradero de ese tunante que está ahora de su vecino.

—Gracias por la galantería, respondió Mora con voz estentórea. Aquí está el tunante del vecino que tanto buscas; y añadió: espera, me estoy vistiendo.

—Demonio! pensó Gil. Hace mal Luis de Mora, en buscar una querida entre semejantes mujerçillas buenas para un capricho y nada más.

La puerta se abrió, y Gil entró saludando con un buenos días general.

—No hay que extrañar, dijo Lelia, que el señor Mora haya dormido con nosotras;

nos contó unos cuentos tan miedosos que ni Carlota, ni yo quisimos separarnos de él.

—Lo creo, señorita, contestó Gil inclinándose; ojalá yo hubiera también estado aquí, para ayudar á esos cuentos, y tener la dicha de dormir en su compañía.

No soy envidioso; pero, en este momento, estoy con gana de estrangular á mi amigo que tan feliz le han hecho ustedes esta noche.

—No hay por qué tener envidia, dijo Mora. La noche que yo he pasado no se la doy á nadie, porque no querrán aceptármela; no por nada, sino porque he tenido que recibir sin interrupción, los besos y los abrazos de....., en fin, con perdón de ustedes, de las pulgas que me han devorado toda la noche, mientras las señoritas dormían que daba gozo el verlas.

Todos soltaron una carcajada. En efecto, Mora había dormido tal como decía, sintiendo á cada instante esos lancetazos, que hacen saltar sin querer aún en medio del sueño más pesado.

Los dos amigos siguieron conversando un momento más, y con un pretexto cualquiera, se despidieron de ellas, y entraron cogidos del brazo, en el cuarto de Gil.

—¿Qué ocurre? dijo Mora, tan pronto como estuvo á solas con su amigo.

—Que los recursos están al terminar, y es fuerza buscar un medio para seguir viviendo.

—¿Un medio? Yo no lo hallo tan fácilmente.

—¿Qué dice Pérez Sevilla acerca de esto?

—Ayer tarde me dijo que iba á buscar recursos. Nos dimos cita aquí para esta mañana, pero no viene.

En este momento se abrió la puerta, y penetró con franqueza Pérez Sevilla.

—Buenos días, señores, dijo haciendo un ademán napoleónico.

—Bien venido, contestó Mora.

—¿Qué tenemos? dijo Gil.

—Nada, no hay esperanza. El diablo que tiene en prenda tu espada, no quiere dar un real más sobre ella, y hay que buscar otro medio.

—Si no estuviera con Rosita, ya tendríamos recursos sobrados, dijo Gil; pues habríamos tentado alguna aventura. Pero, ¿cómo la dejo sola?

—Es verdad. Desde que por las noches no andamos contigo, nada nos sale bueno. Hay que volver á unirnos como antes.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. El inconveniente es Rosita Pantoja, verdad?

Gil hizo señas que sí.

—No quieres dejarla en el caserón de San Marcos sola y de noche. Pues bien; trasládala acá.

—¿Y Mora y Ramírez?

—Se van á San Marcos. Aquí Rosita, cuando se nos ocurra dejarla sola, tendrá compañía.

Gil se quedó pensativo unos momentos, y luego dijo.—Dices bien, y creo que no habrá más remedio que seguir tus consejos. La necesidad es poderosa.

—Aunque no fuera por eso. ¿Piensas vivir sin salir de casa para nada?

—No, eso no. Siempre es bueno tomar de vez en cuando al relente de la noche.

—Entonces ya que estás dispuesto, manos á la obra. Que venga esta tarde mismo repuso Pérez.

—Gil meneó la cabeza y dijo: ¡Imposible! todavía no la he desengañado.

—¿Sigue creyendo que eres conde?

—Más que nunca. Cada vez que vuelvo de la calle, me pregunta cómo dejo al marqués de Maenza. Le juzga ya como uno de sus más caros parientes.

—Malo. El desengaño va á causarle no pocas lágrimas.

—El mal trago pasarlo pronto, repuso Pérez Sevilla, Llorará y gritará como veinte, pero ¿qué hay que hacer?

—Tiemblo sólo de pensar en eso, dijo Gil; pero estoy resuelto á decirle la verdad. Tanto engaño me fatiga. Si me ama, quiero que me ame por lo que soy, no por un título ni por una fortuna imaginarias. Hoy mismo comenzaré la obra, aunque me desprecie y me aborrezca.

—Ya verás que nada de eso pasa. • Ella concluirá por conformarse con su suerte.

—Pero, ¿si no se conforma? insistió Gil.

—Entonces.....dijo Mora pensativo.

Yo no sé qué puedas hacer.

—Si no se conforma, replicó Pérez, es claro que no te ama ni te ha amado nunca. Si no se conforma, querrá como es natural que la dejes volver al lado de su tía. Pues bien, déjala, si llega ese caso.

—¡Mucho la quiero! ¡mucho la quiero! dijo Gil llevándose la mano al corazón y meneando la cabeza. Si no se conforma me hago otra vez conde no hay más.

—Cómo, dijeron riéndose sus amigos.

—Fácilmente: la desengaño y me agoto procurando consolarla: Si ella persiste, yo la digo entonces que todo eso es falso, y sólo con el objeto de ver si me amaba por mí mismo.

—Magnífico; si no te quiere pobre, la hacemos condesa otra vez.

—Entonces viene esta tarde? preguntó Pérez Sevilla.

—Voy á procurarlo cuanto pueda.

—No tengas recelo, dijo Mora, si no se resuelve, aquí estamos nosotros para ayudarte.

—Y si se resuelve ¿quién trae acá el baúl? Ramírez que pudiera servirnos para eso hace días que no le veo. ¿Qué es de él?

—Anoche estuvo aquí un rato, pero se despidió y se fué al toque de queda. Hace días que no duerme en casa.

Gil bajó la cabeza pensativo.

Mora siguió: Tanto exigirle, al fin me ha confesado que ama á una mujer rica, que vive en el campo, en donde ha buscado alojamiento también él por no cansarse inútilmente yendo y viniendo.

Gil no contestó, pero sus miradas adquirieron no se qué de triste. Bien sabía que la mujer que amaba Ramírez era el *socobón*, en el que había buscado alojamiento.

—¡Pobre Ramírez! dijo en voz alta, quiera el cielo ayudarle en sus amores ¿Y los tuyos cómo van? añadió dirigiéndose á Mora.

—Muy bien. La chica me ama con delirio, y pienso darle mi mano.

—Y llevarla á comer en la portería de Santo Domingo? continuó Gil riéndose.

—No tengo tu audacia; eso no. Yo me casaré, si, pero cuando mude de fortuna; contentándome, mientras tanto, con verla en su casa.

—Y se puede saber dónde vive?

—No se cansen preguntando. Ya he dicho que esa aventura no la sabrá ninguno de ustedes, hasta que no la ponga en verso.

—Yo la sabré antes, dijo Pérez Sevilla, porque espiaré tus pasos desde esta tarde, y veremos si no descubro.

—Vuelvo la cabeza muchas veces cuando estoy andando, y no es fácil que me sigas sin ser visto.

—Ya lo verás, ya lo verás, Morilla, yo te haré ver de lo que soy capaz, esta tarde mismo.

—Esta tarde, nó, dijo Gil. Tengo necesidad de que alguno se haga mi esclavo y cargue con el baúl de Rosita, si ésta quiere venir conmigo.

—No hay inconveniente, seré yo el que me tizne esta vez, contestó Pérez Sevilla

—¿Cómo me avisas?

—Con el muchachito que nos trae la comida te mandaré un recado.

—Entonces, lo que nunca, voy á permanecer en casa toda la tarde.

—No tanto, cuando el muchacho regrese, ya sabrás á que atenerte.

—¿Y entre el día podemos vernos para saber lo que ocurre? preguntó Mora.

—Talvez no, contestó Gil; pues al desengañarla, necesito todo el día para prodigarle mis consuelos. ¡Oh! si tuviera cinco pesos más

—¿Qué harías? preguntó Pérez.

—Dejar que el tiempo siga andando. Un desengaño tan brusco le puede costar una enfermedad. Ya verán lo que me va á pasar, siguió Gil, meneando la cabeza de arriba á abajo.

—Oye, dijo Mora. Voy á hacer un esfuerzo por conseguir los cinco pesos.

—¿Cómo?

—Yo no digo cómo; pero puede ser que á mi padrino, Fray Gaspar, le haga alguna cosa.

El nombre de Fray Gaspar fué para Gil una luz. Era amigo de Fray Juan de Tuñiño, religioso franciscano, y en ese momento se le ocurrió que el fraile podía darle ayuda.

—Yo también, dijo en voz alta, voy á hacer un esfuerzo por conseguir.

—Y tú, Pérez? añadió Gil.

—¿Qué voy á conseguir? replicó éste, tantas he hecho que ya no tengo ni calles por donde andar, soy muy conocido.

—Hazle alguna al notario, dijo Mora, haciendo un gesto picaresco.

—Al notario? Estás soñando. El notario es capaz de robarme á mí antes que dejarse él robar. Tú no le conoces; eso es imposible. Andate mejor donde Fray Baltasar, al que puedes hacerle sin peligro, alguna de las tuyas.

—Vamos á ver, vamos á ver, dijo Mora. Pero oye Gil, si consigo los cinco pesos, ¿cómo te aviso?

—Yendo á San Marcos. Yo te presento á Rosita. Le diré que eres un marqués, amigo mío,

—Perfectamente, dijo Mora, disponiéndose á salir.

—¿Te vas?

—Nada hacemos aquí, y yo me necesito al lado de mi padrino.

—Entonces vamos todos.

—Yo, no, dijo Pérez. Bueno fuera venir desde Santa Catalina á la Chilena por sólo hablar cuatro palabras con ustedes. Váyanse en hora buena, yo me voy á estar charlando un rato con Lelia; y se metió al cuarto de ésta, mientras Mora cerraba su puerta y se iba con Gil.

Cuando los dos amigos llegaron á la esquina de Santa Catalina; Mora se detuvo diciéndole á su compañero: aquí te dejo. Si mi idea surte el efecto apetecido, pasaré inmediatamente á verte, y si no, me iré con la música á otra parte,

—De cualquier modo que sea, nos veremos tarde, contestó Gil, y estrechándole la mano, tomó á la izquierda y se enderezó á su morada. Allí estaba Rosita, bella como siempre, esperando á su amado.

Tan pronto como éste entró, le dijo cariñosa:

—¿Te has paseado mucho?

—Desde niño tengo la costumbre de dar largos paseos matinales; me despejan la cabeza y aumentan mis fuerzas.

—¡Quién pudiera acompañarte! murmuró Rosita.

—Si no fuera por tu tía que puede hallarnos donde menos lo pensemos, no vacilaría en ir juntos por todas partes.

—Es cierto. Hay que contentarse con salir de noche, esto es cuando no se ve nada y el miedo arrecia.

—Miedo ¿por qué? le dijo acariciándole la mejilla.

—Por los muertos; vivimos tan cerca del panteón, que no los tengo todos conmigo. Oye Gil, ¿no se pudiera buscar otro retiro?

—Si este no te gusta, eso es muy fácil. Esta tarde mismo buscaré una vivienda más alegre.

En este momento la puerta se abrió, dando paso al muchacho que traía la comida habitual, el *heróico arroz de cebada*.

Rosita al ver la olla hizo una mueca de disgusto. Era pobre, y como tal, amiga también del arroz de cebaba, pero en casa de su tía siempre se variaba este manjar lo menos tres veces por semana. Una comida que se repite con frecuencia, empalaga pronto. Rosita estaba hasta los ojos, pero el cariño que tenía á Benito Gil, le hacía tolerar y comer hasta con cierto gusto tan pobre alimento. Por otra parte, ¿cómo hubiera pensado en quejarse, élla, muchacha pobre, cuando á su lado todo un conde comía sin remilgos el mismo manjar? No le había dicho el señor Benito á cada instante: sólo por tí, por tu amor puedo sufrir esta mala vida ¿y llevarla hasta con gozo?

¿Podía élla sin avergonzar á su amante proceder de otra manera? No, y por eso; por dejarle á Benito el gusto de saborear la pobreza, como él decía, se abstuvo hasta de sacar las dos cucharas de plata de las cuatro que halló en el baúl de su tía, y aceptó con gratitud las dos de madera que le presentó Gil.

—¿Sirvo? dijo Rosita, sentándose en el suelo.

—Sirve, contestó Gil, sentándose al lado de élla.

Los platos de barro dignos hermanos de las cucharas, se llenaron hasta el bordo. Rosita comía despacio y solo por no morir de hambre. Gil, con un apetito envidiable. Desde el primer día la olla había dejado en seco el señor conde.

Al principio la niña no hizo alto de semejante apetito; pero después de la primer semana comenzó á mirar con desconfianza la voracidad de *su excelencia*.

—Veo que te gusta mucho el arroz de cebada, le dijo la niña, llenándole otra vez el plato.

—Tanto, contestó, que desde que he venido á América no como otra cosa; así es que no sé cómo me vaya cuando lleguemos á España, y mi abuelo nos dé, como es de uso, las perdices con trufas.

—Ya volverá á acostumbrarse tu paladar; sobre todo, descuida Gil, yo haré poner en el buque algunos sacos de cebada

para que no te falte bruscamente tu alimento favorito.

—Creo que será lo mejor; es tan sano este alimento, que aunque no fuera por mí, lo llevaría con el exclusivo objeto de hacerle comer á mi abuelo.

Benito Gil al decir esto, se olvidó sin duda que la cebada era originaria de España.

—¿Supones que le gustará?

—Sobre gustos no hay nada escrito, pero aunque no le guste, siempre será algo nuevo que presente á sus convidados en su opulenta mesa, en la que no se sirven en platos como aquí.

—¿Entonces en qué?, ¿en pailas? dijo Rosita, abriendo los ojos.....

—No; allí todo es grande, majestuoso. Llega la hora de las carnes, pues bien, los pajes vestidos de blanco traen sobre una fuente de oro un buey entero y lo ponen en media mesa para que cada uno coma lo que le plazca.

Tal era el gusto y la prisa con que Gil embaulaba cuanta comida le traían, que no

juzgó imposible Rosita, se devorasen un buey entero entre el abuelo y el nieto, y se contentó con decir:

—¿Las cocinas serán inmensas para hacer todas esas cosas?.....

—Hum.....no se alcanza á oír de la una á la otra punta, contestó Gil, levántandose al ver que la olla había quedado como el primer día: esto es, limpia hasta el fondo. Ya verás, ya verás..... cuando estemos en Aragon.

Gil había traído la firme resolución de decirle la verdad á Rosita; pero llegado el momento, la voz se le anudó en la garganta. Tenía miedo. ¿Cómo desilusionar á ese tierno pimpollo que sonreía amoroso, soñando en tanta grandeza? El mancebo comenzó á pasearse sumamente contrariado, aunque sin darlo á entender.

Rosita para quien la conversación de su amado era miel sobre hojuelas, volvió á preguntar:

—Oye Gil, ¿cuándo vendrá el negro que mandaste al Perú en busca de los papeles?

—El Perú está muy lejos; ontre ida y vuelta se echa un año.

Rosita se quedó triste. Un año de arroz de cebada era imposible; no podría aguantar, aunque amara á Benito cien veces más de lo que le amaba; bien que en el corazón de ella, como en un vaso lleno de agua, no podía haber una gota más.

Gil miró á su amada y la halló pensativa.

—¿En qué piensas? le dijo.

—Dime, ¿y vamos á pasar aquí un año?

—No te he dicho que esta tarde buscaré otra pieza para librarte del miedo de los muertos? Y mudando bruscamente de tono, añadió cansado de tantas mentiras y resuelto á todo.

—¿Si fuera pobre me amarías?

—Sí, dijo ella, mirándole cara á cara.

—¿Compartieras conmigo amorosa, mi humildad y mi pobreza?

—Dividiera tu pobreza, hasta tu infamia, lo mismo que dividiera una corona. Los ojos de Rosita al decir estas palabras se pusieron brillantes, sus labios temblaron como una hoja de mosqueta, y su corazón comenzó á latir con frenesí.

Gil no pudo contenerse; su miedo había desaparecido por completo. Sentóse al lado de Rosita y besando una y otra vez sus labios purpurinos, le dijo con voz enérgica:

—Pues bien; no soy nada de lo que piensas.

—Rosita abrió los ojos cuanto le fué posible, quiso hablar, y la voz no salió de su garganta; se quedó inmóvil.

—Sí; continuó con tal rapidez que costaba trabajo seguirle. ¡Soy un mendigo, soy un huérfano abandonado que no tiene donde reclinar su cabeza! mis nobles blasones son mis dolorosos recuerdos!

En medio de tanto abandono nada tengo, sino este corazón en el que puede caber un mundo de amor.

Benito Gil había seguido el consejo de su amigo Pérez. El mal rato pasólo pronto. Le había dicho todo. Volvió á besar á su amada con delirio y se quedó mirándola con amorosa insistencia. Su cuerpo experimentaba á cortos intervalos temblores rápidos y su faz estaba descolorida.

¿Que pasó en el corazón de la niña oyendo esa declaración tan brusca que mataba en flor todas sus esperanzas? Qué pasó al ver rodando por el lodo de la miseria su diadema de condesa, sus esclavos, todo en fin lo que ella con tanto cariño acariciaba en su cabeza juvenil?

Rosita estaba inmóvil como una estatua, pero su semblante no tenía la palidez del de su compañero.

Sus mejillas aterciopeladas como una hoja de rosa, parecían próximas á dejar correr toda la sangre que las coloraba.

—¿No es verdad que no me aborreces? dijo Gil con esfuerzo.

—Pero, y el juramento que hiciste de no abandonarme?

—Ese juramento hecho sobre la espada de mis abuelos, no lo violaré jamás.....Te amo con delirio.

—Luego, ¿eres noble?

Rosita tenía razón de hacer esa pregunta, porque sólo las personas de alguna distinción llevaban espada al cinto.

—Si soy, dijo Gil, y abrazándose á su amada le contó su historia con voz dolorida.

La muchacha no desplegó los labios en todo el tiempo que duró el relato. Oía y pensaba, formando dentro de sí misma una postrera resolución.

Gil no omitió nada; ni la pobreza de su vida presente al lado de sus amigos, ni su negro porvenir; concluyendo al fin, con estas palabras:

—Todo lo sabes, amor mío, pisa si quieres este pobre corazón que está muriéndose de amor.

—Gil, te amo, dijo Rosita, y se apoyó sobre el pecho de su amante. Quererte por tu grandeza, por tu oro, habría sido egoísmo. Te amé por tí, por tu corazón, y ahora que te veo pobre, igual en todo á mí, me parece que te amo más. Sí, ¿á qué negarlo? Mientras te juzgué sobrino del marqués de Maenza, dijo sonriéndose, me sentía avergonzada considerando mi pequeñez, al paso que ahora me veo tu igual. Si nada puedes darme nada te doy tampoco.

—Me has dado el cielo. Amarte es estar en la gloria, poseer tu corazón es poseer una eternidad de amor y de felicidad.

—Yo también soy dueña del tuyo, ¿verdad Gil?.....

—Hasta la muerte, y en esto no te engaño; mi juramento se cumplirá entero; nuestra unión será santificada al pié de los altares, tan pronto como esta mala suerte deje de perseguirnos.

Rosita se quedó satisfecha y hasta alegre con esta promesa.

Perdía todas sus esperanzas, es cierto; su porvenir era oscuro como la noche, pero amaba y era correspondida. Por otra parte, la hermosa figura de Gil y su temperamento ardiente, eran bastantes para mantener la ilusión en el alma de una pobre joven que no había tenido más galanes que el gato de su tía. ¿Ni qué hubiera hecho despreciando á Benito al que se había dado sin reserva alguna?..... ¿A dónde se habría ido esa hermosura abandonada?..... Todo esto lo pensó Rosita en menos tiempo del que hemos tardado en escribirlo, y ale-

gre y risueña empezó á burlarse del señor conde.

Preguntó por la espada que tan airoso le ponía, por los amigos de éste, sin olvidarse ni del esclavo que había cargado con el baúl.

A todo contestó Benito Gil con su franqueza acostumbrada, ofreciéndole que esa misma tarde volvería á ver al negro, que no era otro que Mora, pues estaba resuelto á mudar de habitación sin pérdida de tiempo.

Riéronse y jugaron como dos niños, hasta que Benito viendo á Rosita absolutamente conforme, se levantó, diciéndole que tenía que verse con sus amigos.

No se opuso ella, advirtiéndole sólo que no tardara mucho.

Misteriosa como enamorada, deseaba que Gil saliera á la calle con el objeto de darle una sorpresa á su vuelta.

Tenía los veinte pesos que le descaminó á su tía y que hasta entonces no había hecho mención de ellos. ¿Qué eran veinte miserables pesos para todo un conde que

nadaba en oro?..... Y con una parte de ellos pensó hacer una gran comida en la que para nada se presentaría el arroz de cebada ni las cucharas de palo.

Para eso tenía ella las suyas de plata.

En la casa que habitaba no había hecho aún conocimiento con sus vecinas sino muy por encima; pero en teniendo dinero nadie se niega á servir, así es que suplicó á una buena mujer le ayudara á disponerlo todo, merced á una corta gratificación.

Terciada su capa del modo más airoso que le fué posible, salió á la calle Benito Gil, murmurando en el colmo de la alegría:

¡Qué muchacha la que me ha deparado mi buena estrella!

Y yo que pensé tendría necesidad de enjugar ríos de lágrimas, y de hacerme el sordo á las veinte mil maldiciones que saldrían de su boquita; me hallo ahora, con que no he necesitado sino poner en descubierto un poco del inmenso amor que por ella guardo en mi corazón.

Decididamente la mujer es un misterio que nadie podrá entender nunca.

Es mía, es mía, siguió diciendo con orgullo. Ese corazón de fuego es el único caudal que tengo en medio de mi pobreza, y su hermosura, la alegre luz que disipa la oscuridad de mis dolores. No la abandonaré nunca; pero, cómo vamos á vivir? añadió pensativo.

Allí veremos, se dijo á sí mismo consolándose. Lo que se necesita ahora es poca cosa, y puede ser que fray Juan me saque de apuros. Y haciendo punto final al monólogo, se dirigió apresurado al convento de San Francisco.

Llegó á la portería, y tomando el mugriento llamador jaló con fuerza, haciendo sonar por dos ó tres veces la campana del claustro.

Una cara pálida asomó por entre unas rejas de lata fijadas sólidamente á la puerta.

—¿Fray Juan de Tufiño está aquí?

—Aquí está, contestó la voz.

—Deseo hablarle al momento.

—¿Quién le busca?

—Benito Gil.

Cerróse la puerta, y Benito Gil quedó del lado de afuera contemplando indiferente los grandes cuadros que adornan la portería.

—Pase adelante, dijo por fin una voz débil con una especie de soplo como el que sale de una vegiga de viento.

Abrióse la puerta con medida, y Gil entró preguntando:

—¿En dónde está?

—En su celda; es la octava subiendo la escalera, le volvió á decir un lego cabizbajo y pálido como una bruma, á fuerza de hambre y penitencias.

Benito hizo una reverencia al portero y siguió el camino que éste le indicó con la mano.

Una vez frente á la celda octava, tocó débilmente su puerta, como aquel que quiere llamar y teme hacer mucho ruido.

Los franciscanos no hablan como los jesuitas. Estos, cuando llaman, contestan desde su asiento: adelante; al paso que los franciscanos abren ellos mismos, silenciosos, las puertas de sus pobres celdas.

El padre Tufiño hizo así. No contestó á los golpecitos de Gil, pero un instante después, apareció su bella figura sonriente en el umbral.

—Ola, Benito, dijo complacido al mirar á su joven visitante, ¿qué buen aire te trae por estos lugares?

—El deseo de saludar á su reverencia. Hace tanto tiempo que no tengo el placer de verlo.....

—Has hecho muy bien, querido Gil. Vamos, entra. También yo tenía deseos de verte. Y fray Tufiño introdujo cariñoso en su celda á Benito Gil.

No era ésta una habitación lujosa como podía creerse; la Orden de los Menores, por lo mismo que es rica en virtudes, carece si no de lo necesario, por lo menos de todo aquello que pudiera agradar.

El buen fraile no tenía en su habitación sino una mesa, lo más pobre que imaginarse puede; algunas tablas colocadas en orden de arriba á abajo llenas de papeles y libros viejos, la mayor parte en latín; tres sillones de baqueta, dignos compañeros del lu-

gar en que se sentaba á escribir, y algunos hábitos de jerga, colgados de trecho en trecho por las paredes del aposento.

Era maestro de novicios fray Tufiño, y, como allí no se conoce propiedad alguna, los jóvenes que horrorizados de las costumbres austeras del convento, se resolvían salir, dejaban allí las jergas para que otros más virtuosos las aprovecharan. Por eso tenía el maestro de novicios tantos hábitos en su celda. Cama no se veía allí, una cortina de sarga negra la ocultaba á las miradas indiscretas.

—Siéntate, querido Gil, dijo fray Tufiño dando el ejemplo, y cuéntame cómo te va por ese mundo.

No era Benito Gil un hábil comediante, pero bien sabía que á ningún religioso le gusta las conversaciones de olor mundano, menos el que celebren y se crean felices en medio de un siglo lleno de miserias y peligros; así es que se limitó á decir con aire dolorido:—¿Qué bien le puede ir á un huérfano, á un desheredado como yo, que no tiene más patrimonio que su pobreza?

—Es verdad, es verdad, pobre Benito. Tú estás ahora en la miseria, gracias á la poca economía de tus padres, de quienes fuí amigo por muchos años, y tienes razón de quejarte.

Pero oye, y graba esto siempre en tu corazón. La riqueza nada tiene que ver con la felicidad.

—Así será, padre Tufiño, pero no puedo negarse que sí se siente un bienestar indelible cuando se tiene dinero; y al decirlo se sonrió como dudando de las palabras del franciscano.

—Bienestar puramente humano, material, que se desvanece rápido al menor revés de la fortuna, al menor cansancio del corazón; y esto con justicia, querido Gil, continuó fray Tufiño acercando más la silla á su interlocutor; nuestro corazón no puede nunca dormir eternamente, embriagado con los resplandores de un bien caduco. No; la fortuna no puede satisfacerlo por completo, no ha nacido para ella, su fin es más noble, más inmenso, está destinado para el cielo y no puede quedarse en el camino.

—Sin embargo, el oro seduce tanto, que pocos son los que avanzan á donde usted dice.

—No digo que no; permanecen largo tiempo, á veces para siempre, fascinados por el brillo del oro; se quedan envueltos en sus vicios, pero felices, nunca. La satisfacción interior no la disfrutan; no la pueden disfrutar esos hombres; porque esa alegría celestial que produce el deber cumplido, es tímida como una paloma y se asusta y huye á los primeros ruidos mundanos. Por otra parte, ¿se puede hallar ni sombra de alegría en un corazón azotado perpetuamente por el grito de la conciencia? ¿Qué gozo le puede causar el pecado, si sabe que Dios lo ha prohibido, y que ese pequeño placer lo está conquistando con una eternidad de dolores, que no sabe si empezarán allí mismo en medio de sus locuras?

Gil inclinó la cabeza haciendo algunos movimientos que lo mismo pudieran servir para expresar la duda como el arrepentimiento; y se quedó silencioso en actitud meditabunda.

El padre Tufiño era un varón justo, candoroso y sencillo como todo hombre virtuoso. Conocía muchas de las buenas prendas que tenía Benito Gil, pero ninguna de sus maldades, y deseaba ardientemente que ese desdichado joven, dejando el regazo de Satanás, entrase por el camino del arrepentimiento. Muchas veces le había aconsejado con ardor que tomara el hábito de San Francisco, á lo que Gil contestaba siempre con un pensaremos humilde; no por nada, sino por no privarse de los cortos socorros que le daba el franciscano siempre que venía á visitarle; así es que en esta ocasión no quiso el padre Tufiño dejar de amonestarle en ese mismo sentido, y con aire cariñoso y risueño continuó diciendo á Gil, que en ese momento así pensaba en meterse á fraile como en dejar á su Rosita, por quien sufría con admirable paciencia el sermón de su protector, á trueque de conseguir algún dinero que poder disfrutar alegremente al lado de su amada.

—Oye, Benito; muchas veces te has mostrado indeciso entre el mundo y la Religión..... Dime; ¿qué esperas en el siglo?

—¿Qué puedo esperar?.....

—¿Amas tal vez? La pasión de la juventud es el amor.....

Benito Gil no contestó, pero mirando al fraile de frente, se llevó una mano al corazón.

El padre Tufiño al mirar el ademán del joven, comprendió que había puesto el dedo en la llaga, y se propuso curar á ese corazón enfermo con las aguas del desengaño. Le miró fijamente y continuó:

—Pero, ¿qué es el amor? sino una pasión maldita, un estercolero inmundo en el que se ahoga el alma en medio de torpes delirios, que no producen á la postre sino cansancio y dolor? ¿Qué les queda á esos corazones hambrientos de la materia después de una noche que ellos llaman de felicidad?

¡Nada! aridez por todas partes, disgusto y fatiga en sus miembros, y negras sombras de dolor dentro del alma.

¡Oh! cuan dignos son de lástima esos seres infelices, que en los brazos de una mujer asesinan su propio corazón, con los be-

sos inmundos arrancados á una carne calenturienta, por una pasión diabólica.

Su premio es la amargura, su fin la muerte eterna.

—No toda pasión es maldita? Ya ve usted padre Tufiño, el que se casa, por ejemplo.....

—Cierto; el que se casa, convierte con la ayuda de Dios, ese fuego espantoso en luz espléndida que alumbra su camino y le conduce amorosa á las puertas del cielo.

Si eso has pensado, en hora buena, levanta dentro de tu pecho un altar immaculado, sobre el que arda misteriosa la llama de tu amor.

Oásate, sí; pero no busques á Venús ni á Cupido por compañeros de tu lecho nupcial, sino á Jesús y á María que te enseñarán á ser sóbrio en el placer, amoroso y prudente á todas horas, y fuerte y resignado en medio de los dolores. Oásate; pero pide mucho al cielo; está siempre de rodillas suplicando se te conceda el que puedas amar cada día más y más á la que Dios te da por compañera. Sí, hijo mío; en el es-

tado del matrimonio más que en ningún otro, es necesaria la oración.

Una esposa es una antorcha que puede alumbrar, disipando tempestades, los pliegues más oscuros del alma; pero no creas por eso que la mujer á quien te vas á unir tiene la virtud de matar en tu carne el fuego de la concupiscencia.

Benito Gil quiso replicar. Abrió la boca; fray Tufiño le atajó tendiéndole la mano y diciendo: espera que ya voy á concluir.

—¿Te asombra lo que acabo de decirte?... pues nada hay más cierto. Nuestro corazón es un abismo sin fondo, un misterio impenetrable. Hechura de un Dios, es grande como El, y quizá por eso mismo no puede contentarse jamás. Puede amar á una mujer con una pasión loca, sacrificarle hasta su porvenir, pero en cuanto la consiga, en cuanto la mire suya, ese fuego irá apagándose poco á poco, y volverá á quedar el mismo; siempre soñador, siempre buscando el bien ajeno, sin encontrarlo nunca. Y esto no porque le falte otra hermosura con quien ultrajar á la que está ligado pa-

ra siempre, sino porque el nuevo objeto de sus ansias, después de conseguido, también le cansará; y en su nuevo batallar, sin darse un momento de reposo, buscará una dicha que se le escapa de las manos como un puñado de humo, y se hundirá más y más en el fango de un amor corrompido, hasta que la decrepita ancianidad ó la muerte hagan caer á ese corazón vencido talvez, pero satisfechó nunca.

Gil no sabía qué contestar; meneaba la cabeza con cierto embarazo, mientras sus ojos permanecían fijos en el suelo.

No creía en nada de lo que decía fray Tufiño. Su cerebro calenturiento estaba lleno de la imagen de Rosa, y no le parecía posible ni el olvido, ni el cansancio. Sin embargo no quiso interrumpir al franciscano, el cual mudando de tono, con un acento en que se revelaba cierta timidez, siguió diciendo:

—Pero demos por caso que nada de lo que te he dicho suceda. Supongo que ames, y que tu amor sea firme como las rocas que permanecen quietas y mudas por más que

el mar las azote iracundo; dime, ¿podrás vencer á ese fantasma que se llama pobreza, y que se presentará formidable á luchar pecho á pecho con tu amor?

Lo que no hace la pasión, esa locura del alma, suele hacerlo la miseria.

—Es cierto, dijo Gil cansado, viendo que iba á empezar otro sermón sobre la pobreza; pero no quiero ocultar á usted que hasta la presente no he pensado en casarme. Tal vez habré tenido un capricho, no pocas veces también mis ojos se habrán humedecido con las lágrimas del amor, pero jamás he pensado hacer á una mujer participante de mis miserias y mis trabajos. ¡Nunca! no soy tan villano para eso.

—Tienes razón. Es una cobardía que tarde que temprano el hombre la paga con creces; enlazarse á una joven cuyo único delito es habernos querido, para darle en pago de su amor trabajos y miseria.

No es la pobreza un crimen, pero sí es una circunstancia agravante que impide en muchos casos el matrimonio; y me alegro por quien soy de que no hayas pensado en tal cosa.

—Nunca, padre Tufiño. En todo pensaré menos en eso.

—Luego, ¿estás resuelto á entrar de religioso?

—Para entrar en un estado como ése, se necesita meditar mucho. ¿Quién sabe si seré capaz de soportar con valor todas las penitencias y privaciones que trae consigo la vida monástica? Pobre soy, al extremo de que muchas veces no tengo ni para almorzar, pero como no me he de meter de fraile por sólo buscar medros terrenales, me abstengo de contestarle por ahora de un modo definitivo.

—Piénsalo en hora buena. Lo que se hace con madurez de juicio y encomendándose á Dios, nunca sale malo.

Yo por mi parte sólo te diré que no te asustes mucho pensando en las tentaciones que aquí te puedo sugerir el demonio, ni en las duras penitencias que impone nuestra regla; para sobrellevar ambas con alegría, tenemos un amuleto precioso que nos endulza todos nuestros sufrimientos.

—¿Cuál?

—Este,..... dijo el padre Tufiño mostrando con orgullo el hábito que vestía.

Sí, continuó; bajo este santo sayal no hay tempestades que destrocen el corazón, ni enemigos que nos asesinen traídoramente; á su sombra todo es calma, todo es alegría, goces purísimos y largos, porque nada tienen de mundanos; luz hermosa que nos alumbraba siempre igual, puesto que está alimentada por la virtud que ni se acongoja en los tormentos, ni desfallece en los desamparos en que Dios quiere á veces abandonar á sus hijos, como por vía de prueba, ó por hacernos merecer mayores grados de gloria.

¡Oh! tú no conoces la virtud que en sí tiene el hábito de nuestra orden para acallar todos los tormentos de la vida.

Benito Gil entre incrédulo y convencido miró con curiosidad las jergas que estaban colgadas en las paredes del aposento, mientras que fray Tufiño, ya porque creyera en efecto que el hábito de San Francisco tenía una virtud especial para matar los gritos de la carne, ó ya también por aficionar á Be-

nito á esa clase de vestidos, se levantó con pausa y descolgando un hábito raído y que debía de dar más comezones que un sinapismo, dijo al joven con acento dulce:

—Vamos; pruébalo siquiera por un momento.

—Pero..... padre Tufiño.

—Pruébalo, insistió el buen religioso, y ya verás como te aficionas á él y no quieres dejarlo nunca.

Benito alzó con resignación los brazos y se dejó embainar la jerga sin decir una sola palabra, esperando que su complacencia aumentara el valor del socorro.

—¡Qué bien estás! dijo el religioso tan pronto como vió que Gil había desaparecido tras esa nube parda, bajo de la cual brillaban sus negros ojos, como dos diamantes heridos por el sol del medio día.

¿No es verdad que ya te sientes otro? añadió candorosamente, en tanto que su interlocutor se sobaba el pescuezo ya un tanto enrojecido con los frotamientos de la jerga.

—Es verdad; siento no se qué de dulce, de melancólico, que me obliga á llorar apartándome del mundo para siempre. Ah! quien me diera la paz de la virtud, de la inocencia, tan lejos ya de mí! Y el mancebo inclinó la cabeza con melancolía.

¿Qué pasaba por él en esos momentos?

¿Era en efecto la virtud del hábito la que le había hecho mudar en un instante de inclinaciones, ó era sólo el deseo de hacerse más agradable á su protector? El mismo no hubiera sabido qué contestar, y acaso hubiera seguido más adelante en sus devotas ideas, si unos leves golpecitos dados á la puerta de la celda, no le hubieran interrumpido tan oportunamente.

Fray Tufiño se levantó silencioso como siempre; abrió la puerta, y la figura del lego portero se dejó ver de Gil por segunda vez.

—Qué tenemos, hermano? dijo el Padre Tufiño.

—La señora de López que desea hablar al momento con vuestra reverencia en la sacristía.

—Voy al momento.

Y volviéndose á Benito, le dijo cariñoso:

—Espérame, hijo mío, no tardaré mucho.

Benito Gil hizo una grave reverencia, y volvió á sentarse, metido en su jerga, resuelto á esperar al Padre Tufiño, de quien aguardaba una gruesa limosna.

Pasaron algunos minutos en los que Benito por entretenerse en algo, se puso á hojear un libro viejo, cuando unos golpes más francos y rícos que los que había oído, le hicieron contestar: adelante.

La puerta se abrió con violencia, dando paso á un hombre de traje decente aunque vulgar, de rícos cabellos y rostro encendido por el calor.

—¿Está aquí el padre Tufiño? preguntó con voz apresurada.

—Ha ido á la sacristía á oír una confesión; no puede tardar mucho.

—Las confesiones siempre demoran, contestó el hombre, que sin duda medía las conciencias ajenas por los enredos de su laya, y yo estoy muy ocupado.

—En ese caso tenga la bondad de darme su nombre para decirle al padre Tufiño.

—Soy el maestro Ambrosio Maldonado, y vengo á pagar á fray Tufiño el valor del sermón y la misa que tiene que celebrar el domingo en honor de San José.

—Ah! ¿Es usted el maestro mayor de los carpinteros?

—Sí, y por eso me hallo tan apurado. Figúrese usted, hermano, qué tengo que ver por mí mismo el arreglo del altar de nuestro Santo Patrón, y entenderme con los músicos, y con el maestro de capilla. Tengo todavía necesidad de verme también con el polvorista, deseamos que ese día haya mucho ruido y muchas luces; en fin, queremos que nuestra fiesta sea sonada; y después de todo, disponer la gran comida con que pienso obsequiar á los de mi gremio; pondré lo menos cincuenta cubiertos. ¡Uf! si no me va á alcanzar el tiempo, continuó, frotándose la cabeza con las manos. Ya vé usted, ahora es viernes, y la fiesta es el domingo.

—Tiene usted razón. Estas cosas se necesitan disponerlas con tiempo para que salgan buenas.

—Seguramente; y el padre Tufiño que no viene!.....añadió, lanzando una mirada al corredor.

—No puede tardar; pero si está usted tan ocupado, puede dejar aquí el dinero y cualquiera otra cosita que tenga para nuestro reverendo padre.

—No tengo inconveniente ninguno; antes le agradezco el favor que en esto me hace, contestó sacando una bolsa con ochenta pesos. Dígnese contar el dinero, hermanito.....¿cómo se llama?

—Hermenegildo, para servir á usted.

—Pues bien; cuéntelos, hermano Hermenegildo.

—Guárdeme Dios. Los frailes menores no podemos tocar moneda alguna, écheme los usted en la capilla, dijo mostrando la funda con que los franciscanos se tapan la cabeza. Contado por usted, el dinero no puede faltar.



—Y eso sin que usted me alabe. El maestro Maldonado es el hombre más exacto de la tierra. Ahí está pues el dinero. Y diciendo y haciendo, soltó con cierto desenfado en la capilla del hermano Hermenegildo, los ochenta pesos con bolsa y todo.

Hízose Benito hácia atrás con el peso del dinero, pero volvió á enderezarse al momento y dijo:—Está bien. ¿Qué más le he de decir al padre Tufiño?

—Nada más, sino que el sermón lo haga bastante largo y que hable bien de nuestro Santo.

—Descuide usted. Ya tiene escrito veinte y cinco pliegos, y dice que va á escribir otros veinte todavía.

—¿De veras?

—¡Oh! si usted no sabe, maestro, lo que es nuestro reverendo padre para esos sermones. Ya verá como quedan todos completamente satisfechos, y usted sobre todo.

—Cómo así?

—Porque dice en el sermón que es usted un hombre muy bueno y digno imitador del Santo en lo que se refiere á la car-

pintería, que trabaja usted muy bien y que es digno de una indulgencia plenaria.

—Magnífico! contestó el artesano en el colmo de alegría, mientras que Benito á quien no llegaba la camisa al cuerpo, pues podía aparecer de un momento á otro el padre Tufiño, se esforzaba buscando en su imaginación el modo como despedir cuanto antes al maestro Maldonado.

Por fortuna suya, una campana que sonó tres veces en el extremo del corredor, le dió pretexto más que suficiente para hacer lo que deseaba.

—Nos llaman á coro, dijo Gil con aire misterioso. Nuestra vida no se reduce más que á rezar y mortificarnos día y noche.

—Entonces le dejo. Adiós hermano Hermenegildo.

—Adiós señor, contestó Gil desde el dintel, y se quedó mirando como el maestro Maldonado, después de cruzar el corredor con extrema ligereza, bajaba de tres en tres las anchas gradas de la escalera para perderse en seguida en la portería.

—Ya está afuera, se dijo satisfecho metiéndose la bolsa de dinero en la profundidad de uno de los bolsillos del pantalón.

Ahora aunque el padre Tufiño no me dé nada; con el dinero del maestro, tendremos lo bastante para algunos días: y completamente tranquilo, se dispuso á desnudarse de los jergas que le vistiera el franciscano, cuando entró éste diciéndole con acento cariñoso.

—Perdóname, Gil. Hay personas tan impertinentes, que no acaban nunca á fuerza de volver y revolver el mismo tema. Te has causado, hijo mío?

—No padre. Abismado en mis pensamientos y pidiendo á Dios me haga digno del hábito que ahora llevo, no he sentido trascurrir el tiempo.

—¡Ah! ¿con que te gusta?

—A qué negarlo? Este tosco sayal tiene no sé qué de santo, que le da á uno ganas de no salir de él jamás. Se vive tan bien aquí dentro.....

—Nunca te he visto como ahora, querido Gil. Quiera Dios mantenerte así siempre,

á fin de que, rompiendo de una vez con un mundo que no tiene en su seno más que amarguras, te consagres á sus altares.

Te he visto nacer, te tengo cariño, y deseo para tí el mayor de los bienes que puede el hombre desear sobre la tierra: la paz del alma.

—Gracias, dijo Gil, quitándose las jergas que tan bien le habían servido.

Siento no sé qué pena al quitarme este santo hábito, y sólo me conformo al pensar que acaso pronto le volveré á tomar para no dejarlo nunca.

—¡Dios lo quiera! murmuró como si hiciera una plegaria, y acercándose á su mesa, el padre Tufiño, sacó de un pequeño cajoncito ocho pesos en monedas de plata, que puso inmediatamente en las manos de Benito, diciéndole: somos muy pobres, pero en fin, toma; algo es algo; ayúdate con esto en tus necesidades y no te olvides que aquí te espera bajo el hábito franciscano, tu verdadera felicidad y tu mayor riqueza.

Benito Gil guardó ruboroso el dinero del fraile, sin alzar la vista del suelo, y ter-

ciándose su capa con cierto aire de matón, dijo besando la mano del padre Tufiño:

—Gracias padre. No olvidaré nunca el favor que debo á vuestra reverencia.

—Eso no vale nada: y si tus asuntos te obligan á quedarte en el siglo por algún tiempo, no te olvides de venir á verme con frecuencia. Ofrezco cuidar de tí del mejor modo que me sea posible.

—Así lo haré, repuso Gil; y haciendo una profunda reverencia, se encaminó á la portería con el corazón henchido de un gozo inmenso.

Tenía dinero y una muchacha guapa con quien gastarlo alegremente. Su felicidad en esos momentos era completa, y no la hubiera trocado por el poderío de un rey.

Cerróse tras de Benito Gil la puerta del convento, y éste después de mirar con curiosidad, como un objeto nuevo, la gran plaza de San Francisco, se encaminó orgulloso, casi altivo, á la casa donde vivía Rosita. En la calle del Correo detuvo el paso, y entrando en la Notaría preguntó por Pérez Sevilla. Desempeñó su espada que tanta ga-

llardía daba á su persona y después de darle cita á su amigo para las cinco de la tarde en el cielo, como llamaba á su habitación, se encaminó directamente á San Marcos. Poco le faltaba para llegar á la mansión de su amada, cuando vió á Mora que trasponía sin recelo el zaguán de la casa que ésta habitaba.

Sin duda ha conseguido el dinero que necesitábamos, se dijo para su capote. Vamos á ver cómo se presenta á mi Rosa; y apurando el paso entró también sin hacer ruido.

Mora tenía la seguridad de encontrar allí á su amigo, pero para el caso improbable de que no estuviese, había pensado darle un título; cosa que á nada le obligaba y que podría servir de mucho á Benito, en caso de que éste no se hubiera aún descubierto á su amada.

Así es que, sin andarse en meditaciones ni dudas, llamó con mano firme á la puerta de Rosita.

—Adelante, dijo ésta con una voz argentina.

Mora empujó la puerta, y con el sombrero en la mano, preguntó ceremonioso: ¿El señor conde de Gil?

Rosita sufrió un choque. Benito le había dicho que era un infeliz; y un joven de agradable aspecto y mucha finura, venía á llamarle todavía de señor conde. Se figuró que talvez serían amigos y preguntó:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con el marqués Luis de Mora.

La niña se sonrió con malicia. Conocía por lo que le había dicho Benito, quien era el señor marqués, pero no dijo nada; y se limitó á contestarle:—El señor conde ha salido de paseo.

—Habrá ido talvez á la casa de su tío el marqués de Maenza. Le ve é allí; porque también yo estoy invitado al gran baile de esta noche.

Una estrepitosa carcajada que sonó á sus espaldas, le hizo volver la cabeza sin prestar atención á lo que iba á decir Rosita, y al ver á Gil que ponía sobre su hombro la mano derecha, le dijo: ¡Cómo! señor conde.....

—Déjate de condes. Ya Rosita sabe lo que somos tanto tú como yo.

Vamos adentro. Y tomándolo de la mano, se acercó á la niña presentando á su amigo en debida forma, con estas palabras:

—Rosita: tengo el honor de presentarte al negro que cargó con tu baúl, y que es al mismo tiempo mi mejor amigo.

Mora hizo la reverencia de estilo, y tendió la mano, que Rosita estrechó con su franqueza habitual, contestando como pudo á las corteses galanterías de su nuevo amigo.

—Mucho te has tardado, dijo la niña, cuando ya todos hubieron tomado asiento.

—No ha sido mi culpa; tenía que verme con algunos amigos, y no he podido desocuparme antes.

—Para la mujer que ama, es un siglo media hora de ausencia, dijo Mora, que á todo tiro procuraba siempre meter su cuchara.

—No tal, señor Mora, replicó Rosa. Salió Benito á las once y vuelve á las cuatro; ¿tengo ó no razón de quejarme?

—Muchísima, señorita; y al ver la ausencia tan larga de Benito, estoy también yo con ganas de quejarme y de imponerle algún castigo.

—Si este es invitarme á comer, lo acepto resignado; porque creo que ya es hora de tener hambre.

—Entonces voy á castigarte yo, poniendo la mesa en seguida.

—Sea en hora buena; pero castígale también á Luis, obligándole á que participe de nuestro modesto plato.

Nada de ceremonias. Si la comida te parece escasa, échale un jarro de agua y en paz: estamos acostumbrados.

Rosita miró á los dos amigos sonriéndose. La sorpresa iba á ser completa cuanto agradable; así es que levantándose apresurada, dijo con malicia:

—Voy á hacer lo que mandas.

—Benito no está en lo justo, replicó Mora, asustado por la suerte que les iba á caer á sus tripas; yo acepto la invitación agradecido, pero creo que sería mejor comer menos, que bebernos un río de agua.

—Pierda cuidado, señor Mora, que para todos habrá sin echar mano del recurso de Benito. Y haciendo un gracioso saludo, dejó un instante solos á los dos amigos.

—Comeremos por última vez nuestro patriótico arroz de cebada, dijo Gil á su amigo.

Mañana en nuestro cielo de la Chilena, gran baile.

—¿Te mudas de habitación?

—Esta tarde mismo. A mi Rosita no le gusta la cercanía á los muertos. Tiene miedo de que se la lleven á lo mejor. Además, nuestro horizonte parece que se va despejando.

—Ya lo creo. A mi padrino he podido sacarle algunos pesos que pueden servirnos para algo bueno. Y Mora sacó del bolsillo ocho pesos, seguro de sorprender á su amigo con fortuna tan colosal.

—¡Phé! ¿Esa pequeñez? Vea usted, ocho miserables pesos! Y con aire soberano presentó ante los ojos de su amigo, que no se daba cuenta de lo que veía, la bolsa del maestro Maldonado.

—Pero, ¿de dónde tanto?.....

—San José me los ha dado, dijo con aire misterioso. Ya te lo contaré más adelante.

—¡Viva el garbo!.....somos ahora tan ricos como un canónigo; y por lo mismo te propongo, que, dando á los perros tu arroz de cebada, nos vayamos á celebrar tan dichosa fortuna con algo mejor. Echemos un nudo al estómago por una hora. Yo te invito la merienda.

—¿Dónde?

—En la hostería de la señora Romero. Ahí se come bien.

—Y ¿hay habitaciones separadas donde se pueda comer con una señora?

—No tiene más que el cuarto en que ella vive; pero se lo pediremos por algunas horas, á fin de estar á nuestras anchas con Rosita y con Pérez Sevilla á quien nos llevaremos de camino.

Perfectamente; vamos allá. Y asomándose á la puerta, dijo en voz alta: ¡Rosita!...

La chica se presentó con las mejillas rosadas por el calor, trayendo en sus manos

un mantel más blanco que la conciencia de un niño.

—No te molestes preparando nada. Hemos resuelto llevarte á comer en otra parte, donde estaremos mejor servidos, puesto que no nos falta dinero.

—¿Es decir que van á desairar mi mesa?

—Pero hija, ¿qué merienda ha de ser con solo arroz de cebada?

La niña meneó la cabeza y se puso á tender los manteles sin contestar.

A esta sazón entró la vecina trayendo una sopera que humeaba como un volcán.

—A la mesa, señores, y veamos si donde pensaban llevarmo se sirve mejor que aquí,

Gil quedó desconcertado. Veía sobre la mesa magníficas cucharas de plata en lugar de las que había usado hasta entonces; y el olor de las ollas le estaba indicando que iba á asistir á una comida suculenta.

Mora que sabía la pobreza de la niña, también se sorprendió de un cambio tan repentino, y mirando á su amigo con insistencia, le hizo una seña con la cabeza como si le preguntara: ¿qué es esto? y como

Gil se encogiera de hombros sin acertar á responder, se dirigió á la joven para que les librara de dudas.

La plata de Rosita les hacía cosquillas, pues que en esos tiempos como ahora, las muchachas bonitas no encuentran sin su porqué el dinero que á veces les libra de apuros.

Rosa Pantoja, con su franqueza habitual, contó la historia de sus veinte pesos, quitando así la desazón de Gil y haciendo que en el pecho de sus amigos volviera á renacer la alegría, á lo que ayudó no poco lo exquisito de los manjares que sirvió la niña.

El sol estaba próximo á desaparecer en el horizonte, cuando las tres personas que tan á gusto habían merendado, se levantaron de la mesa después de un rato de lánguido reposo.

—Pienso que es hora de ponernos en marcha, dijo Gil.

—¿A dónde? preguntó la niña.

—A nuestra nueva habitación.

—Creo lo mismo que ustedes, pero como no he de ser yo el que cargue otra vez con

el baúl, puesto que hay con qué pagar, voy á dejarlos solos por un momento.

—Aquí te esperamos, replicó Gil, y volviéndose á Rosa le invitó á que se pusiera el traje de calle mientras él se paseaba por el aposento arrastrando su larguísima espada.

A poco tiempo de haber salido, volvió Mora con un indio que por casualidad encontró en la calle, y echándose el baúl áuestas, dijo con acento de triunfo: en marcha! tomando al mismo tiempo la delantera.

Rosa y Benito después de cerrar la puerta, le siguieron de bracero.

Cruzaron plazas y callos casi desiertas, y al cerrar la noche llegaron al barrio de la Chilena, y por consiguiente á la pequeña casita donde Gil tenía su cielo, en el que se hallaba ahora Pérez Sevilla puntual á la cita.

Oyó éste pasos en el zaguán y seguro de que eran sus amigos, salióles al encuentro con el aire de un conquistador.

—Por fin! dijo al ver á Gil; ya me cansaba de esperarte. Señorita..... añadió en seguida descubriéndose al ver á Rosa, que

pagó su saludo con una leve inclinación de cabeza, dirigiéndose en seguida, como una prisionera, en medio de los tres tunantes.

Las dos vecinas que habían también oído los pasos en el corredor y el "señorita" de Pérez Sevilla, sacaron llenas de curiosidad la cabeza, ansiosos de ver á la nueva alhaja que traían sus famosos amigos; pero la noche que nunca es indiscreta, aunque no se lo pidan los amantes, veló la faz de Rosita, impidiendo que Carlota y Lelia pudieran ver la rosa de sus mejillas y la nieve de su frente.

Inútil discreción; pues Gil no tenía por qué ocultar á su amada tan fresca y tan guapa como un rosal en primavera; así es que, una vez instalados lo mejor que pudieron en el cielo, y deseosos de pasar allí una buena noche, salieron á invitar á sus vecinas para que se dignaran acompañarlos.

No se hicieron éstas de rogar, y tres á tres con la vihuela en la mano y algo de vino en la cabeza, esa banda juvenil dejó correr las horas entre carcajadas y cantos que hubieran borrado el entrecejo del hombre más sombrío.

CAPITULO VIII

Concejo General.

Bien distinta de la que acabamos de referir era la escena que en esos momentos pasaba en la casa de los jesuítas, mientras Gil y sus amigas se entregaban á todas las locuras del amor.

La campana de la casa había dado pausada y majestuosa cinco campanadas, cuyas sonoras vibraciones habían hecho salir de sus celdas á todos los hijos de San Ignacio.

—¿De qué se trata? dijo un jesuíta á su compañero, deteniéndose al extremo de un oscuro corredor.

—Parece que nos llaman á concejo. Veamos si el toque se repite.

El toque siguió repitiéndose pausado.

—Concejo es; vamos al salón. Y se dirigieron silenciosos á la gran sala cuadrada donde los jesuítas acostumbran reunirse para tratar los asuntos de interés general.

Cuatro inmensos candelabros en forma de cruz, alumbraban débilmente los sillones que poco á poco fueron ocupando los jesuítas; sin más ruido que el que pudiera hacer un gato al correr sobre una pieza de terciopelo.

El padre Mariscal fué el último que entró.

Al verlo, todos se pusieron de pié.

El padre Mariscal, con el boneto en la mano, cruzó por entre sus compañeros y fué á ocupar una silla descomunal puesta sobre una tarima.

Era Superior, y por lo tanto presidía el concejo.

—Señores, dijo con acento vibrante, supongó que ninguno de vosotros ignora el por qué de esta reunión. Se trata de los millones dejados por el señor de Soto para uso y provecho de la Compañía.

El silencio era sepulcral, nadie se movía. Atentos, callados, más parecían negros fantasmas evocados por el poder de algún conjuro que no hombres en cuyo seno se agitaba un corazón.

No obstante, siguió el padre Mariscal, para hacernos cargo en común de la gravedad del negocio que nos ocupa, voy á tomarme la libertad de contar otra vez la historia de esos millones. Y con voz sonora, aunque lenta, comenzó á repetir la declaración del señor de Soto que ya conocen nuestros lectores. Concluida la cual, añadió con cierta emoción: Lo difícil estaba en saber cuál fué la casa que en el barrio de la Chilena perteneció á la familia de los señores de Soto y Molina. Para esto he tenido que revisar uno á uno los polvorientos manuscritos que reposan en la Notaría de esta ciudad, en uno de los cuales hallé con el gozo que vosotros mismos os podéis figurar, que la casa indicada es la que tiene número 14, frente al cajón de agua. Averiguado esto, ordené á uno de los nuestros indagara á quién pertenece en

la actualidad dicha casa y qué clase de gentes la habitan. Esto no ha costado dificultad ninguna. La casa pertenece en la actualidad al maestro barbero Francisco Villareal, y la tiene dada en arriendo á gentes de no muy limpia conducta, en esta forma. El cuarto primero del zaguán, á la mano derecha, es decir donde debe estar enterrada esa inmensa fortuna, lo habitaba hasta hace algunos días un joven riobambeño, Benito Gil, con uno de sus amigos, Juan de Ramírez; al presente lo habita el mismo Gil en compañía de una muchacha cuyo nombre es Rosa Pantoja. En el cuarto segundo vive una joven Lolia Castro, de rara hermosura y de apenas diez y ocho años, entregada á todos los azares de una vida mundana y corrompida; el cuarto que está frontero á éste lo arrienda otra mujer, también hermosa, aunque de más edad, Carlota Coronel, entregada como la anterior á todos los caprichos de su ardiente corazón. Como cosa de menor interés aunque algo necesaria, os diré también que la madre de Carlota, sirvió algún tiempo

en nuestra casa en calidad de aplanchadora. Estas cuatro personas viven, como ya he dicho, en malísimo estado, y son visitadas por otros dos jóvenes tan pobres como ellos, Luis de Mora y Alberto Pérez Sevilla, tan calaveras, tunantes y amigos de lo ajeno, como el mismo Gil de quien son compañeros inseparables.

Ahora, señores, que he tenido el honor de relataros todo lo que sé, ¿cuál os parece el medio más apropiado para apoderarnos de esos millones?

—Ante todo, padre Superior. ¿Es indiferente el que el pueblo se entere ó no de nuestra fortuna? dijo un anciano poniéndose de pié.

—Eso es importantísimo. Nosotros debemos aparecer como pobres de solemnidad en todo caso, á fin de que las limosnas y el religioso respeto que nos guardan, no escasee. La cosa debe llevarse á cabo en el mayor secreto. Había pensado comprar la casa, con lo que se hubieran allanado todas las dificultades, pero como todos saben la prohibición absoluta que tenemos de poseer

nada, el Cabildo y el mismo presidente se opondrán con todas sus fuerzas á semejante compra. Este es pues un medio ilusorio.

—Creo que pudiéramos valernos del caballero Carrera.

—He pensado en él, pero resuelto á ocuparlo sólo en último caso. Es verdad que este señor enamorado de nuestra santa vida y costumbres, desea ser uno de los hijos de San Ignacio, pero todavía no lo es. Puede desanimarse en cualquier momento, y no me gusta que nuestros secretos vayan á manos de personas poco escrupulosas que pudieran vendernos.

—Creo lo mismo, dijo otro jesuíta, cuyos cabellos blancos estaban mostrando más que su ancianidad, su experiencia. No me gusta valerme de nadie para los asuntos de nuestra casa; y por esto voy á proponer otro medio más oculto y más sencillo. Vestidos de hábito nada podemos hacer: pues bien, elíjase un padre que durante algún tiempo viva en la calle como un simple ciudadano. Este procurará tomar en arriendo el aposento que dice el padre Superior,

y una vez cerciorado de que en realidad existe allí ese tesoro, lo saca de noche y cuatro de los nuestros dan con él en el convento.

El padre Mariscal se dió una palmada en la frente, su mirada brilló con un resplandor fosfórico; y levantándose dijo. El padre Bernardo tiene razón. Vale más servirnos de nosotros mismos que de nadie. Se necesita que uno de los nuestros haga el papel de un simple particular; pues bien, en otra circunstancia esto hubiera sido imposible, desde el momento que todos nosotros somos bastante conocidos en el pueblo quiteño; pero el padre San Miguel que llegó ayer de Popayán y á quien nadie ha visto, puede servirnos maravillosamente para el efecto. En vista de esta facilidad, adopto con toda mi alma el plan propuesto, modificándole en esta forma.

Que el padre San Miguel viva en la calle antes de procurar el arriendo de la pieza que nos hace falta, me parece inútil y hasta peligroso. Para dejarle así suelto por completo sería necesario, ó matar la

carne del padre San Miguel, ó hacer que las quiteñas pierdan la aterciopelada blancura de sus mejillas y lo airoso de sus cuerpos. Oreo en la virtud de todos; pero como Superior estoy en el caso de no poner á prueba la de ninguno; y por esta razón juzgo prudente retenerlo en nuestra casa hasta el momento oportuno. El arriendo de esa pieza puede hacerlo muy bien cualquiera de nosotros sin quitarse el hábito, diciendo que es para un caballero á quien los jesuítas asisten por pura misericordia. De este modo á nadie parecerá singular el que un hermano vaya mañana y tarde llevándole el alimento, con cuya medida lograremos estar siempre en comunicación con él sin exponerlo por completo á la perniciosa libertad del mundo. ¿Aprobáis lo que digo?

Un sí general se extendió por los ángulos de la vasta sala.

El Padre Mariscal dió las gracias con un leve movimiento de cabeza y continuó. Falta elegir el jesuíta que debe entenderse en el arriendo. Para esto creo que ningun-

no desempeñará mejor esa comisión que el hermano José. Es conocido de todos y su virtud y su bondad le han granjeado una reputación envidiable entre el pueblo. Debemos, pues, elegirle; tanto más, cuanto que para conseguir su objeto, tendrá talvez necesidad de poner en juego toda su dulzura.

—Padre Superior, soy portero, se atrevió á decir el hermano José, no queriendo servir en tan delicado asunto.

—Estais eximido de toda obligación,

—¿Y no correré algún peligro en el mundo?

—Vos no sois el padre San Miguel, estad tranquilo; tomo sobre mi conciencia todos vuestros pecados.

El hermano José bajó la frente dispuesto á obedecer en todo.

—¿Estamos acordados? volvió á decir el padre Mariscal.

—Creo, dijo el padre Centellas, que sería muy del caso elegir una comisión especial que se ocupe sólo en la dirección de este asunto.

—Lo había pensado también. Elegid pues cuatro de nuestros hermanos á cuya cabeza estaré yo.

Se oyó un murmullo largo, entre el cual se percibían de vez en cuando algunas palabras sueltas que salían de los grupos negros que habían formado los padres con el objeto de elegir acordes.

—Padre Superior, hemos elegido cuatro, dijo el padre Centellas, y dió los nombres de éstos.

—Está bien, dijo el padre Mariscal poniéndose en pié. Y dando por terminado el concejo, bajó majestuoso del escaño, uniéndose enseguida á los miembros de la comisión del entierro y yéndose derecho al lugar donde estaba el hermano José.

—Nada tengo que encargáros hermano, le dijo con voz acostumbrada á mandar. Trabad amistad con la gente de esa casa, y si para ello es necesario sacar algunos pesos, no dudéis en hacerlo, pero con gran prudencia y economía; somos pobres; en cambio dispondréis á favor de esa gente con loca prodigalidad de bendiciones y me-

dallas, caudal inagotable y propio de religiosos. El pretexto para entablar relaciones con esos tunantes, queda á vuestra elección, aunque sí será bueno que recordéis que la madre de Carlota Coronel fué nuestra aplanchadora.

—Padre Superior..... dijo el hermano lleno de embarazo.

—Id con Dios, hermano, replicó el padre Mariscal atajándole, y después de echarle una gran bendición, salió él primero. Los demás jesuítas no tardaron en imitarle. dirigiéndose cada uno á su aposento, donde pensaban abandonarse en brazos de Morfeo, soñando en los millones del señor de Soto; mientras Benito Gil y sus amigos, bailaban sin saberlo, sobre esos mismos millones que tanta angustia dñramaron en el corazón del padre Mariscal, cuando el moribundo se desmayó antes de indicar el lugar en que yacían

CAPITULO IX

En campaña.

El hermano José, en cumplimiento de las órdenes superiores, se había levantado con el alba, y después de oír, como de costumbre, fervoroso y arrodillado, la primera misa, salió á la calle con su manteo nuevecito y su sombrero de teja, mueble propio de los que visten sotana, dirigiéndose con paso tranquilo é igual al barrio de la Chilena. Llegado que hubo á la casa N^o. 14, el hermano José se santiguó tres veces, quién sabe por qué y no sin cierto temblor, hijo talvez de su genio corto, penetró en ella dirigiendo á todas partes miradas de curiosidad.

La casa parecía abandonada; tal era el silencio que en ella había.

Estará desierta, se dijo, y pensó retroceder, mas no queriendo dejar con escrúpulos su conciencia, llamó tímidamente á la puerta de Gil.

Nadie contestó á su llamada.

¿Habrán talvez pasado la noche fuera esos tunantes? volvió á decir; y como nadie podía sacarle de dudas, volvió á llamar con más fuerza.

—Quién vá! gritaron de adentro con una voz estentórea.

—Yo señor; buenos días, dijo el hermano cuya sangre se le enfriaba por momentos.

Sea porque entre sueños Benito Gil no hubiese conocido el metal de la voz que le hablaba, sea porque esta se pareciera á la de su amigo Ramírez, el hecho que volvió á gritar desde adentro:

—Empuja la puerta tunante y entra, que yo no puedo levantarme á abrirte.

—Adentro baladrón, gritó otra vez.

—¡Buen modo de invitarme! pensó el hermano, y obedeciendo á la orden dada,

empujó la puerta y avanzó algunos pasos por el interior del aposento.

—Buenos días, señor, dijo quitándose el sombrero.

—¿Qué se ofrece, padre? contestó sorprendiéndole la presencia de tan extraño visitante.

La cama no tenía colgadura, as tanto Gil como el hermano se veían tamente.

Al qué se le ofrece padre? Ros había estado al rincón, medio se : el antebrazo y alzó la cabeza pa padre, dejando al descubierto sus brazos y el desnudo seno por el c ba su cabellera como un chorro de

Decir cuál de los dos tuvo más sería imposible. El hermano abra ca como un asfixiado; quiso habl le salió del pecho uno como gruñi toroso, se le cayó el sombrero de la y su faz se puso roja como una coral. Rosita no bien vió que era to un sacerdote, cayó con rapidez las narices contra la almohada; jaló la

manta como pudo y desapareció por completo entre las costillas de Gil, que, único entre todos sin perder la serenidad dijo al hermano:

—No se asuste padre: es mi mujercita. Ya vé usted que la misma epístola de San Pablo manda que duerman juntos los casados.

—Sí, en efecto, señor.....perdóñeme, en fin, que yo no sé lo que me digo. Vendré en mejor ocasión. Hasta después. Y volvió las espaldas completamente desconcertado.

—Pero, dígame de una vez á qué ha venido?

—A nada, á nada.....hasta luego, señor. Y con los ojos medio cerrados por la vergüenza, oyendo unos risas comprimidas á su espalda, quiso tomar la puerta para lanzarse fuera; pero ciego por el rubor, se enderezó hacia la ventana y topándose al primer paso con la punta de un colchón, se cayó boca abajo sobre los que allí yacían.

—Ay! dijeron por entre las sábanas dos voces femeninas.

—Padre, usted se cae de intento sólo por tener el gusto de besar á una buena moza, dijo Mora, levantándose del sofá en que había estado durmiendo.

—¡Cuidado! que esa es mi mujer, gritó del otro extremo del aposento, en medio de una risa general, Pérez Sevilla, que también se había acomodado entre el escaño y algunas silleteras.

—Señores, tengan misericordia de mí; yo no soy sino un pobre hermano de la Compañía de Jesús, dijo el hermano José, que ya casi loco de rubor, en vez de agarrar su manteo, agarró las sábanas, sin atender á los gritos de las muchachas, que sujetando con energía la otra punta decían:

—Padre, no jale así que nos desnuda.

—Qué jalar ni qué jalar, dijo el hermano; venga mi manteo. Y con un supremo esfuerzo arrancó las sábanas y se lanzó al corredor como un espiritado, en medio de chillidos y carcajadas.

La puerta cerróse con estrépito tras el hermano, que viéndose otra vez solo, dijo limpiándose una lágrima de rubor que ha-

bía resbalado por sus mejillas, y meneando la cabeza de arriba á abajo: ¡Qué comisión Virgen Santa! ¡qué comisión! Dió en seguida algunos pasos, pero notando que algo se arrastraba tras de sí, volvió, miró atrás, y al ver que lo que traía no era el manteo, puesto que estaba perfectamente sujeto sobre sus hombros, sino de todas las ropas de una cama, soltólas asustado, murmurando: sólo esto me faltaba; ahora van á creer esos malvados que he entrado á robarles. Y retirándose de prisa, se quedó pensativo en el zaguán.

Espantado el sueño de los de adentro con semejante aventura, se vistieron del mejor modo posible con el objeto de ver si en efecto, el jesuíta había cargado con las sábanas.

El primero que salió al corredor, fué Luis de Mora. Allí encontró las ropas de la cama que las volvió á meter al aposento y alcanzando á ver en el zaguán al hermano José, se acercó á él con la sonrisa en los labios.

—Dispense usted, padre, lo ocurrido, le dijo cariñoso.

—No soy padre, señor, soy simplemente hermano; el hermano José.

—Pues bien, hermano José, tenga la bondad de dispensarnos.

—No hay de que. La culpa la he tenido yo que fui á interrumpir el sueño de ustedes; y después no supe por donde salir.

—A veces el mucho rubor perjudica.

—Así es; aunque había razón para tenerlo sobrado, al ver tantas mujeres y caballeros, replicó de una manera intencionada y ya un tanto sereno.

—No lo extrañe usted, hermano. Anoche celebramos un fausto acontecimiento para nosotros; se nos vino á la cabeza invitar á nuestras vecinas, y éstas después de un rato de amable conversación, tímidas como mujeres, y no sin razón, pues se oyeron unos ruidos misteriosos, prefirieron quedarse en nuestra compañía á tener que pasar quien sabe qué en sus respectivas habitaciones.

Y esto no crea que ha sido placentero para nosotros, no tal; pues por darles el mejor sitio, hemos tenido que pasar nos-

otros en un sofá no de lo más cómodo para entregarse al sueño, como ha podido usted mismo convencerse por sus ojos.

—Yo no he visto nada, señor; estaba tal... cuando no dí con la puerta..... Además, no hay por qué disculparse de un acto que en sí mismo no tiene nada de reprehensible.

En efecto; que una mujer por miedo busque compañía, á nadie le puede extrañar. Verdad es que mejor fuera no hacerlo, pero en fin, si la inocencia reina en todo eso y no hay peligro que el prójimo se escandalice, creo que muy bien puede pasar.

El semblante del hermano José había adquirido su plácida y habitual serenidad. La risa volvió á sus labios y un rayo de alegría iluminó sus dulces ojos. La virtud nunca se desconcierta por largo tiempo. Si al principio estuvo por dar al diablo su comisión y volverse á la portería de la casa, retenido allí por la obediencia á sus superiores y satisfecho con las explicaciones de Mora, permaneció en su puesto lleno de confianza y decidido á entablar una franca amistad con todos los vecinos de esa casa,

En su alma cándida no había aún sentado sus reales la malicia; todo le parecía bueno, santo y puro como su propio corazón.

Lo perdonó todo.

—De manera que no nos guarda ningún rencor? le dijo Mora.

—Jamás lo he guardado á nadie, señor... ¿cómo se llama usted?

—Luis de Mora.

—Pues bien, señor de Mora, no vuelva á acordarse de lo que hemos pasado hace un momento. De genio corto como soy, hice cuatro tontunas risibles y nada más; ustedes como jóvenes, á quienes no es posible pedir la prudencia de la serpiente, aunque si es fuerza que tengan la sencillez de las palomas, también hicieron la suya permitiendo que durmieran allí esas jóvenes.

Todos, pues, somos culpados; con que perdonémonos mutuamente, sin volver á mentar lo sucedido. Y el hermano José tendió su mano, que el joven estrechó cariñoso,

Nada tenía Mora de santo, pero el imperio de la virtud es reconocido hasta por los pecadores. Una mirada dulce, una conversación candorosa, quitan los malos deseos del corazón más corrompido. Se sentía atraído por la placidez del hermano, y deseoso de prolongar la conversación lo más que pudiera, iba á preguntarle por el objeto de su venida, pero el jesuíta no le dió tiempo saliéndole primero con esta pregunta.

—Y dígame señor, el qué estaba en la cama era el señor Benito Gil?

—El mismo.

—Y es ciertamete casado?

—No quiero mentirlo. Ante Dios sí; media entre ellos un juramento santo que mi amigo no romperá nunca aunque le arranquen el corazón; ante los hombres lo será muy pronto, si la mala suerte deja de perseguirles.

—Del mal el menos. Quiera Dios ayudar á esos dos jóvenes, no me olvidaré de ellos en mis oraciones.

Y usted señor don Luis!

—¿Yo hermano? soy soltero como usted y no me pesa; porque vivo á mis anchas sin responsabilidad de ninguna clase.

El hermano José bajó la cabeza, diciendo para sus adentros: hé aquí un pecador contento con su estado; bien me dijo el padre Mariscal que todos los de esta casa eran unos tunantes. Le tuvo lástima; y no queriendo dejar sin un rayo de luz esa alma oscura, añadió en voz alta:

—Dice usted que en el estado de soltero hay mayor libertad y menos obligaciones, es cierto; pero no me negará que hay también muchos más peligros que en cualquier otro. El sendero de la juventud es escabroso por sí mismo. En él hay pasiones que envilecen, abismos tentadores en cuyo fondo vive la muerte; pero si se encomienda á Dios como verdadero cristiano, no hay por qué temer en ningún estado. Poderoso es El para sacarnos del lodo y blanquecernos con su poder y gracia.

¿Tiene usted la costumbre de rezar?

Luis de Mora se sonrojó. Había rezado en su vida tan poco y mal que era lo mis-

mo que si no lo hubiera hecho, pero tuvo vergüenza de parecer impío delante de una persona virtuosa, y contestó:

—¿Quién no se encomendará á Dios?

—Eso me gusta; encomiéndose siempre, mas sin desfallecer; no digo que usted sea malo, no señor; pero si el justo, si el religioso que vive en soledad, necesita orar con frecuencia, implorando los auxilios divinos, el que vive en el mundo necesita mucho más; tiene mayores enemigos, las pasiones rugen desencadenadas en torno de él, y si esa alma no gime sin cesar á los pies del Altísimo para que la guarde, su perdición es segura. Pedid, pues, señor de Mora, y no os olvidéis de este consejo. Pedid! mas no vayáis nunca solo á los pies del Señor.

Somos demasiado malos para ser escuchados y necesitamos quien ruegue por nosotros.

—No echaré al agua el aviso. Desde ahora le prometo encomendarme á alguna beata para que pida por mí.

—Si esa es inmaculada y santa, hacedlo; sus oraciones no os serán inútiles, pero no

vayais á creer que os dije eso para que buscárais la protección de otro hombre; ante el trono de Dios el más santo es solamente un gusano; os lo dije para que todo lo hicierais por medio de la que tiene la esperanza del mundo, la salud de los que están en la agonía, de aquella que no se desdeña nunca de acercarse á un pecador y curarle con sus manos benditas las llagas del corazón; de esa hermosa bienhechora que se empeña en la salvación de sus hijos más que ellos mismos: de MARÍA.

Mora creyó que el hermano José no iba á terminar nunca, no obstante, respetuoso con él, le dijo con mucha cortesía: hermano: estas cosas, mejor se oyen estando sentados que de pié.

¿Gusta usted irnos adentro?

El hermano se quedó perplejo, ¿cómo entrar otra vez á donde esos jóvenes que se habían reído de él, donde esas mujeres á las que había desnudado sin misericordia? Tuvo impulsos de decir que no; mas, ¿cómo cumpliría entonces las órdenes de su Superior, que le había mandado entablar

relaciones con todos los de allí? ¿Es que por un necio rubor iba á perder una ocasión que acaso no se le volvería á presentar, para conseguir su intento?

En su alma luchaban desesperados la vergüenza y el deber, pero sobreponiéndose este último, ayudado de la virtud, le hizo mirar frente á frente á Mora, y decir con un supremo esfuerzo de voluntad: vamos, no tengo inconveniente.

Mora no había pensado introducirle al hermano en el cuarto de Gil, por respeto á Rosita; y por esto, habiendo visto que Carlota estaba ya en el suyo, se dijo para sí: vamos á que oiga ella el sermón. Y guiando al hermano José, le introdujo sin ceremonias.

Carlota se quedó corrida. ¿A qué venía ese sacerdote donde ella que jamás había tenido que ver con cosas de sacristía? ¿y por qué se lo presentaba Mora con tanta franqueza?

Por su parte el jesuíta, tampoco estaba muy á su gusto. Se veía casi por primera vez frente á una mujer hermosa y de mala

vida, como se lo había dicho el padre Mariscal, y el rubor por una parte, y la falta de trato por otra, le obligaron á guardar un silencio embarazoso que no sabemos cómo le hubiera roto al fin, si Mora que veía riéndose la situación de los dos, no hubiera entrado de nuevo en conversación con estas palabras:

—Es tan grata la conversación del hermano José, que he tenido el gusto de presentarle, que no he querido se privara usted Carlota, de oírle unos minutos.

Esto era decirle al hermano que reanudara su sermón, mas él no quiso hacerlo. El padre Mariscal le había dicho que la madre de Carlota fué por muchos años aplanchadora de la casa, y creyó más oportuno en esos momentos entrar de lleno en una conversación francamente mundana, antes que engolfarse en puros misticismos.

—El señor Mora me honra con esas palabras, dijo inclinándose, y le estoy por ello agradecido, así como por el favor que me ha hecho al presentarme á usted, á la que con tanto afán he deseado conocer. Y no

sin razón, añadió atajando á Carlota que iba á contestar. Los padres de la Compañía estimaron mucho á su mamá la señora doña Juana que, según he sabido, sirvió por largos años en nuestra casa.

—Es verdad, dijo Carlota; mi mamá cuidó casi hasta su muerte de la ropa de los jesuítas.

—Y con esos servicios le ha granjeado á su hija un amigo que le honra, dijo Mora que no pecaba de corto ni de grosero, señalando al hermano José.

—Ojalá esta señorita tuviera la bondad de juzgarme como tal; pues verdaderamente he deseado ser su amigo, no tanto por mí, sino por el encargo que he recibido de mis superiores.

Mora se sonrió, y como nunca el malo deja de mostrar la oreja cada vez que puede, dijo en tono chancero.

—Le habrán dicho talvez que nunca es por demás tener una amiga buena moza.

—No, señor; fea la señorita, tanto como ahora es bella, habría merecido siempre nuestra atención, Los jesuítas son agrade-

cidos, y nunca dejan de recompensar de la manera que les es posible, á despecho de su pobreza, los servicios que reciben. Doña Juana murió sirviendo á la Compañía, y ésta desea á su vez ser útil de algún modo á la hija de tan buena señora.

Benito Gil y Pérez Sevilla que habían visto al sacerdote, como ellos decían, dirigirse al aposento de Carlota, movidos por la curiosidad de ver si también allí se iba á caer sobre algún colchón, entraron donde su vecina con la franqueza de amigos; pero su sorpresa fué grande viendo al mismo que en el paroxismo de la vergüenza agarró las sábanas en vez del manteo, plácido y cortesano como pocos.

Carlota estaba encantada. Era pobre, y su corazón palpité de alegría al oír los ofrecimientos del hermano José.

Los jesuítas se interesaban por ella; estaba en el caso de esperar mucho; así es que después de las frases vulgares que se usan siempre en la presentación de un buen amigo, reanudó la conversación por el interés que para ella tenía, dirigiéndose al hermano, y diciéndole con cierta gracia:

—Yo también he deseado mucho presentarme al padre Mariscal á quien mi mamá tanto quería.

—Hubiera usted hecho muy bien, y así me habría evitado el venir yo á buscarla; bien que no me arrepiento de ello, aunque haya pasado lo que pasé; dijo riéndose, porque eso me ha proporcionado el honor de ofrecer mis servicios á todos estos caballeros, en especial al señor Gil de quien tengo el honor de ser paisano.

—¿Me ha conocido usted, hermano José?

—Personalmente, no, pero habiendo nacido en Riobamba, conocí al señor don Pedro de Gil y aun puedo decir que fuí su amigo por algún tiempo. Tenemos pues el orgullo, señor Benito, de haber nacido los dos en una tierra á la que sus hijos han hecho grande, á fuerza de valor y de nobleza.

—Sí, contestó Benito, que como buen riobambeño creía que su villa era la mejor del mundo; soy hijo de esa tierra cuyos vergeles floridos son la envidia del continente, cuyas mujeres voluptuosas y ale-

gres como una odalisca, blancas como la nieve del Chimborazo, á cuyo pié se levanta nuestra ciudad, esconden en su seno torrentes de pasión.

—Y de virtud, dijo el hermano, á quien no le gustó el giro que iba tomando la conversación. Las hijas de nuestra tierra, por lo mismo que son hermosas como los sueños de un poeta; por lo mismo que tienen ese corazón ardiente que no pudieran enfriar las aguas de nuestros mares, desdeñando los bajos placeres de un mundo corrompido, saben consagrarse á Dios con más puro corazón que en cualquiera otra parte.

—Mala tierra, dijo Mora. Allí no habrá más que monasterios.

—No tanto; señor Mora; allí hay de todo como en todas partes; Riobamba tiene en sus vergeles castísimas palomas que sedientas beben los torrentes de la divina gracia, guardadas del mundo en sus claustros benditos, pero tiene también tórtolas amorosas que arrullan en sus hogares á la sombra de la cruz.

—También aquí tenemos palomas de angelical pureza, y tórtolas amorosas tampoco nos faltan, y sino; vea usted, dijo Pérez Sevilla, señalando á Carlota.

—Tórtola sin hogar, dijo Mora mirando al hermano José.

—Y sin cruz, añadió Gil.

—La cruz á nadie le falta, señor Benito. Somos de tierra, y lo mismo la arrastra un pecador, que la sobrelleva un justo, contestó el hermano José, y dirigiéndose á Pérez Sevilla, continuó. La señorita no tiene hogar, es cierto; desde que murió su buena mamá, las desgracias han caído sobre ella; pero puede tenerlo mañana. Dios es misericordioso, y cuando menos lo esperamos nos tiende su mano protectora sin distinguir al justo del culpado, sino acordándose sólo de que todos somos sus hijos. Hoy mismo creo que la señorita Carlota no esperaba mi visita.

—Quién se iba á imaginar!..... dijo la joven.

—Y no obstante, continuó el hermano, debía usted esperarla. Los jesuitas no olvidan nunca á los que sirven en su casa.

—¿Ha servido usted Carlota alguna vez? preguntó Gil, que no habiendo oído el principio de la conversación, no sabía el por qué de los ofrecimientos del hermano.

—No; pero mi mamá sí, y por largos años.

—Y debido á los servicios de ella, los jesuitas la toman bajo su protección? volvió á preguntar Benito.

—No he dicho tanto. El padre Mariscal, nuestro Superior, me dijo ayer:—La señora Juana Coronel, me encargó que no dejara de velar por su hija Carlota, que hacía algunos meses se había separado de su casa. Infórmese pues dónde vive, y si la encuentra, hágale presente que los hijos de San Ignacio siempre se interesarán por ella procurándole algún socorro.

El padre Mariscal le había dicho al hermano que si llegaba el caso de tener necesidad de dinero; no vacilara en echar mano de él con prudente economía.

El hermano José pensaba del mismo modo, mas no teniendo un buen pretexto para explicar su venida á esa casa, ofreció con

largueza á nombre de sus superiores, seguro de que no lo tomarían á mal.

—La virtud, señor Benito, siguió el hermano, rara vez suele salir victoriosa cuando en rudo combate lucha con la miseria.

Todos los circunstantes, pobres como ninguno, sabían por experiencia la verdad que encerraban estas palabras, así es que movieron la cabeza en señal de aprobación; mientras el jesuíta siguió diciendo: por esto, Dios mismo, antes que ninguna otra cosa encargó la caridad, queriendo que el hombre, aun el más malo hallara su salvación por el amor.

—Ciertamente, dijo Gil, es la más noble de las virtudes.

—Y la que más mueve el corazón de Dios, replicó el hermano. Más fácilmente se salva el hombre por el amor que por la penitencia. Esta es dura y requiere muchos sacrificios por parte de nuestra carne que grita desesperada retrayéndose al dolor.

Todos guardaron un silencio tenaz. El hermano José siempre virtuoso, siempre bueno, creyó que ésta era la mejor oca-

sión para dar al viento las galas de su amante fantasía. Tomó aliento por algunos momentos, y con una voz melodiosa y blanda dió principio á un discurso, en el cual hizo resaltar de un modo brillante y admirable el poder de Dios y la amorosa misericordia de María.

Benito Gil y sus amigos siguieron sus palabras con ansia respetuosa, sintiendo latir sus corazones á impulsos de un algo desconocido.

El jesuita conocía á fondo el corazón humano y supo introducirse en el de esos jóvenes por medio de la dulzura y del amor. No reprendió sus vicios; eso lo dejaba para otra oportunidad, sino que procuró sembrar primero el grano de la devoción.

Media hora larga duró el discurso del hermano, al fin del cual y como para terminar, dijo fijando en los oyentes una mirada tenaz y bondadosa:

—¿Tenéis colgada á vuestros cuellos alguna imagen de María?

Todos se miraron las caras sonriendo.

—Yo usaba escapulario pero se me ha perdido, dijo Gil.

—Yo tenía un relicario de plata con la imagen de la Virgen, pero está empeñado.

Mora no sabía que pretexto dar. Se sonreía y miraba á todos. Carlota con los ojos bajos, el semblante teñido de rubor, no miraba á nadie. Estaba conmovida hasta el fondo, y de buena gana hubiera llorado al estar sola.

—Ya veo que ninguno de ustedes tiene nada que le recuerde á la Soberana de los cielos; y levantándose el hermano José, añadió: voy á tener el gusto de regalaros una medallita que espero no la dejaréis nunca perder.

El padre Mariscal le había dicho que diese medallas y bendiciones con largueza, y no se hizo de rogar. Sacó del bolsillo algunas medallas y comenzó el reparto.

—¿Verdad que la llevaréis siempre en vuestros corazones?

—Os lo prometemos, hermano José.

—Así sea, dijo éste, y les echó la bendición. En seguida tomó su sombrero disponiéndose á salir.

—¿Se va usted tan pronto?

—Ya es tarde; y en la casa tenemos un huésped á quien tengo que servir como paisano que soy de él.

—¿Es riobambeño?

—Sí, señor; don Alfonso de San Miguel.

—No le conozco, dijo Gil procurando reunir sus recuerdos.

—No es extraño. El señor San Miguel ha vivido mucho tiempo en Popayán, cuya ciudad talvez nunca hubiese dejado á no desear curarse de la enfermedad del pulmón que padece. Ahora está en casa, pues le han aconsejado el clima de Quito, pero no muy bien; el aire que se respira en el centro de una ciudad no es el mismo que se disfruta en una altura.

Si tuviera la dicha de hallar una habitación en esta casa, por ejemplo, no vacilaría un solo momento en traerlo.

—En efecto, dijo Gil. Esta casa aunque modesta, tiene mucho sol.

—Y un aire puro como pocas. A tanta altura no llegan los miasmas de la ciudad. Por desgracia, creo que todas las habitacio-

nes están ocupadas, añadió el hermano, queriendo cuanto antes sondear el terreno que pisaba.

—Todas, contestó Gil.

El hermano José bajó la cabeza pensativo. Temía hacer de buenas á primeras una propuesta que talvez sería rechazada, pero deseando al mismo tiempo llevarse alguna esperanza, dijo con resignación:

—Es lástima; pues con la venida del señor San Miguel á esta casa, habría tenido el placer de visitar á ustedes con más frecuencia.

Todos se miraron las caras. Deseaban complacer al hermano José, mas no sabían cómo.

Carlota, á quien más efecto había hecho el sermón, y deseosa de hacerse grata á la persona que lo había ofrecido sus socorros, dijo entrando en la conversación general.

—Yo no vacilaría en cederle este cuarto, si pudiera encontrar algún otro por aquí cerca. No quiero separarme mucho de mi amiga Lelia ni de mis vecinos.

—Gracias, dijeron todos, mientras el hermano se sonreía con todo el placer de que fué capaz.

Vió el cielo abierto, al juzgarse dueño de un cuarto en esa casa; no era el de Carlota en el que estaban sepultados los millones que el señor de Soto había dejado á los jesuítas, pero ya era algo, así es que, continuó lleno de esperanzas.

—Yo agradezco mucho, señorita Carlota; el favor que nos hace, y prometo darle buscando hoy mismo una habitación en la casa del frente, á fin de que no se aleje de sus vecinos.

—¿Y por qué, hermano José, no poner al enfermo en la casa del frente? dijo Pérez Sevilla.

—Porque ya es distinto; tiene una muralla de casas que le impedirían recibir el aire puro; al paso que ésta como situada á la izquierda, recibe directamente las brisas del Pichincha, sin que éstas atraviesen por ningún intermedio.

Desgraciadamente el cuarto que me ofrece la señorita no tiene ventana, cosa muy

necesaria para establecer una corriente de aire que lleve todo el mal olor que se desarrolla en las habitaciones.

Sólo el cuarto de Gil tenía ventana, y al decir eso el hermano, quiso saber de una vez si podía conseguirlo ó no.

—Sólo tu cuarto tiene ventana, dijo Mora á su amigo, como diciendo, dáselo.

Gil se quedó mirándole dudoso.

La cuestión era de vida ó muerte para el hermano.

—No será por mucho tiempo, dijo ansioso. El señor San Miguel, que al fin es nuestro paisano, y recalcó estas palabras; sólo piensa estarse un mes en esta ciudad.

Treinta días, señor Gil, pronto se pasan.

—Tiene usted razón; pero en este momento no le digo ni que sí ni que no. Tengo que consultarlo con Rosita.

—No hay inconveniente, dijo el hermano que no quiso insistir por no hacerse sospechoso. Tengo que volver esta tarde trayendo algún socorro para la señorita Carlota, y entonces hablaremos.

—Perfectamente, dijo Gil estrechándole la mano.

Despidióse el lego, y se fué para su convento alegre como unas pascuas.

Había cumplido las órdenes de sus superiores más pronto de lo que éstos pudieran querer, procurando al mismo tiempo enderezar por el camino de la virtud á esos cuatro corazones negros como el pecado mismo, puesto que eran pecadores.

Tan pronto como el hermano José salió de la habitación de Carlota, volvieron los jóvenes de la Banda Negra á tomar asiento cada uno donde mejor le plugo, puesto que todos ellos usaban de cierta confiada libertad en el cuarto de su vecina.

—¿Ya se fué ese padre? preguntó Lelia, colérica, entrando en este momento.

—Ya, dijo Carlota. ¿Por qué le tienes tanta rabia?

—Porque casi me ahorca. Y alzando la cabeza mostró en su linda garganta una mancha roja.

—¿Oreyó que usted era tambien sábana? dijo Gil.

—No, señores, se cayó sobre nosotras dos, y para levantarse, en vez de buscar en el suelo un punto de apoyo como era natural, lo buscó en mi pescuezo.

Pero estoy vengada, porque le mordí la muñeca á mi sabor, á ese padre sinvergüenza.

—No es padre, dijo Mora; es hermano, el hermano José de la Compañía de Jesús.

—¿Y á qué habia venido?

Púsole Gil al corriente de todo y concluyó diciéndole: Carlota le ha ofrecido cederle este cuarto.

—Hace mal porque yo no me separo de ella. Si quiere socorrerte, que te socorra aquí, continuó dirigiéndose á su amiga, que se ocupaba en hacer un grueso torzal de hilo para colgarse su medalla. Aunque parece que ya lo ha hecho; te ha dado un socorro de medallas.

—Ese obsequio lo hizo á todos, contestó Mora que estaba á su lado; y son muy bonitas, añadió presentando la suya.

Lelia miró con curiosidad, pero sin deseo de tener una semejante. No había of-

do el sermón del hermano José y estaba por lo tanto con el corazón tan árido como la víspera.

—No es que quiere llevársela á otra parte á Carlota para socorrerla, dijo Gil tomando la conversación desde el principio; aquí ó allá según nos lo ha dicho, le ha ordenado su Superior al hermano José, le procure algún dinero en pago de los servicios que prestó la mamá á los jesuítas.

El asunto del cuarto es enteramente distinto. Tienen un huésped enfermo en la Compañía, y ese huésped es riobambeño como yo.

—Que lo tengan allí, ¿qué más se quiere el enfermo? estará bien servido como nadie.

—Así es; pero desean hacerlo respirar un aire más puro que el que se respira en el centro de una ciudad populosa, y por eso se ha fijado el hermano en esta casa que está en las faldas del cerro.

Lelia no quería de ningún modo que viese un extraño á la casita en que sólo ellos vivían; pero tan buenas razones dió Gil,

que al fin se convinieron todos en que Carlota y Lelia fueran á la habitación que debía buscar el hermano José, que Benito Gil y Rosita ocuparan el cuarto de Lelia, y que Mora se viniese con sus trastos á vivir en el cuarto que dejaba Carlota. Eran amigos y deseaban estar juntos. Es verdad que Mora habia puesto algún obstáculo en mudarse de casa, no por falta de cariño, sino porque como él pagaba adelantado, y faltaban quince días para cumplirse el arriendo, no quería que su patrón aprovechase un solo céntimo. A esto contestó Gil que para evitar que el casero utilizase algo, era lo mejor desocupar el cuarto y no entregar la llave hasta el día señalado.

Todos aplaudieron tan buen consejo, y Mora se resolvió venir esa tarde misma, para lo cual se retiró en seguida acompañado de sus amigos que también deseaban dar un rato la cara al sol.

Lelia volvió también á su cuarto, y Carlota se quedó sola con grande alegría de su corazón, que deseaba llorar á sus anchas acosado por los remordimientos.

CAPITULO X

Golpe de gracia.

Sin fuerzas para nada la infeliz Carlota permaneció en su cuarto todo el día, llorando sus extravíos pasados, y resuelta á mudar de vida tan pronto como pudiera hacerlo. Mujer al fin, esto es más débil, más impresionable, sintió más hondo con el razonamiento del hermano José, y se propuso para en adelante ser una santa si eso era posible.

A eso de las cinco vino el hermano fatigado y alegre como de costumbre. Tocó la puerta de Carlota, y ésta sonriendo, le invitó pasar adelante, cosa que éste lo efectuó gustoso con el sombrero en la mano.

—Mucho se ha complacido el padre Mariscal, sabiendo el buen resultado de mis investigaciones, dijo después de tomar asiento poco distante de su interlocutora.

Le he dicho que usted vivía aquí con mucha escasez, y que por consiguiente era muy digna de nuestra atención, á lo que él há respondido generosamente enviándole ésto. Y sacó un pequeño cartucho en papel blanco. No es gran cosa, pero siempre le servirá de algo.

Carlota recibió el dinero que en efecto no era mucho, pues no pasaba de seis pesos, y se contentó con darle las gracias en voz apagada. No era de genio corto, pero al lado de un religioso, se sentía fuera de su centro, estaba como aturdida sin saber como salir del paso.

—Cada mes le traeré otra cantidad igual, continuó el hermano, sin perjuicio de lo que usted pueda ganar en nuestra misma casa.

A las mujeres de alegre vida no les gusta el trabajo. Carlota levantó la cabeza para preguntar qué clase de empleo le iban

á dar, un si es ó no es resuelta á dejar su mala vida, pero no determinada á volverse aplanchadora como su madre.

El hermano José no le dió tiempo á preguntar; y siguió diciendo con galantería:

—Debe usted saber manejar la aguja con primor, puesto que es quiteña.

—Sé algo, repuso con modestia.

—Pues bien, el padre Mariscal desea encargarle á usted el cuidado de las cosas de sacristía, tales como manteles, paños y demás objetos que se necesitan para la celebración de nuestros más sacrosantos misterios.

No es un trabajo pesado, y aunque lo fuera, no hemos nacido para vivir siempre holgando, sino para ganarnos un pan con honradez.

Carlota nada dijo, pero inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Se resolvió á aceptar: quería ser virtuosa.

El hermano por su parte, celoso del mayor bien de esa pobre pecadora, viéndola sola, se propuso cultivar su corazón con algunas cositas de esas que llegan al alma

como él decía, y bajando la voz para no ser oído más que de ella, siguió con una voz meliflua:

—Dulce es para todos ganar la vida con el sudor de su frente.

El pan que se gana por medio del trabajo, mezquino será, pero no amargo como el que nos dá el pecado.

El hombre soporta fácilmente la pobreza cuando se tiene los ojos fijos en el cielo; que ve nuestros sufrimientos y que siempre procura alegrarlos.

Padre es Dios, padre de todos, buenos y malos y no puede dejarnos perecer. Usted mismo Carlota ha visto su admirable providencia aun en medio de sus pecados que Dios quiere perdonarlos para siempre á cambio de un poco de dolor.

Ayer no más estaba usted abandonada; y hoy gracias á ese Dios á quien crucificamos diariamente con nuestras iniquidades, se le presenta un ancho camino para salir del estado en que vive, se le presenta el medio de ser buena.

Y va usted Carlota á despreciarlo? Tan pocos sinsabores tiene la vida del mundo que sienta dejarla? No, usted no siente eso. Usted se alegra de poder salir de ella cuanto antes; lo estoy leyendo en sus ojos, me lo está probando ese torzal que aprisiona su cuello, y en cuya punta supongo que estará la medalla de María que le di esta mañana.

—Carlota dijo aquí está, mostrándosela al hermano, y después de besarla, hizo que otra vez descansara sobre su seno.

—Ya lo sabía, continuó el hermano José; y esto me asegura en que su arrepentimiento será eficaz.

Pídale con fé, con insistencia y segura de ser oída; dé usted el primer paso que es el que más cuesta, apartándose de todo lo que puede servirle de tentación.

Le sirven de estorbo las personas jóvenes que viven en esta casa?

—Nó, contestó Carlota, con el acento de la verdad, pero tengo una amiga á quien amo con el corazón, pobre y abandonada como yo.

—Sí, la señorita Lelia Castro?

—Ésa es.

—No la conozco aún, pero creo que si ella ha de ser causa de su perdición, fuera mejor dejar esa amistad.

La frente de Carlota se contrajo, iba á contestar que nó, que eso le costaría talvez mucho, mas no pudo hacerlo porque el jesuíta hombre hábil como tal y que seguía con una mirada escrutadora los menores movimientos del semblante de Carlota, añadió con rapidez.

—No por esto quiero decir que la deje de un modo brusco; sino poco á poco, y esto cuando usted se haya convencido de que no puede ser buena á su lado.

Una buena amistad es un tesoro y es necesario procurar por cuantos medios estén á nuestros alcances conservarla. Por otra parte, ¿qué cosa difícil es que esa jóven amiga suya con sus consejos, con su ejemplo vuelva al buen camino del que tan pronto se ha separado?

Esto es cosa que se ve todos los días y no hay porque perder la esperanza.

—Sí; ella es buena. y puede ser que me oiga.

Ah! si le hablara usted!.....

—No faltará una buena ocasión en que pueda hacerlo, dijo el hermano, y deseoso de tocar en lo vivo de ese corazón que estaba en sus manos, continuó sereno, con un acento agudo como la punta de un puñal.

—Creo, hija mía, que la vida mundana es la peor de todas. ¿Qué hay en ella de dulce, de bueno, que pueda hacerla apetecible? El amor, en ese círculo sombrío no existe; esa pasión divina no vive dentro del lodo. El corazón se sentirá atraído hácia alguna persona, latirá talvez á impulsos de un fuego material que le halaga por un momento haciéndole estremecer de gozo, pero no sentirá nunca ese placer sagrado que endulza las mayores amarguras, que da la firmeza de la roca para resistir en obsequio del sér que se ama, por quién fuera poco sacrificar un porvenir y hasta la misma sangre de las venas.

—¿Ha amado así usted alguna vez?

Carlota bajó los ojos sin contestar.

—No, no he amado así.....El hermano hizo una pausa; parecía vacilante, fijó los ojos en la joven que estaba á su frente y resuelto á decirlo todo de una vez, continuó casi sin mirar á Carlota.

—Usted ha rodado hasta el fango sin sentir nunca el amor, y allí tampoco ha hallado usted más que desengaños y desprecios.

A las mujeres que se revuelcan en esa pocilga, á esos seres degradados no es posible amarlos.

Un relámpago de ira cruzó por los ojos de Carlota. El hermano José acababa de arrojarle á la cara toda la vergüenza de la prostitución; alzó la frente con fiera y se quedó mirándole de hito en hito.

El hermano José resistió á esa mirada, siguiendo con voz desgarradora.

—A esas mujeres se ama con el amor bruto de la materia que sólo busca el placer retirándose un momento después de conseguido, con el mismo asqueroso desdén con que uno se aparta de un montón de carne corompida,

¿Qué le ha quedado á usted después de esas noches de interminable orgía en que todos juraban amarla, en que todos trataban de conseguir un beso de su boca? ¿qué le ha quedado sino cansancio en el cuerpo y sombras de muerte en el alma?

La cabeza de Carlota volvió á bajarse agobiada por la vergüenza, y su corazón depuso la ira.

En dónde están esos nobles amadores que le hubieran ofrecido sin vacilar la corona de princesa, antes de satisfacer su concupiscencia, y que un momento después, solo tienen en sus labios una sonrisa burlona y sarcástica para pagar su amor. De mano en mano habéis pasado como una flor primorosa, todos han aspirado vuestros perfumes hasta la embriaguez, pero vos..... vos habéis quedado marchita, con el alma rebosando de amargura, con el corazón vacío. Dolores por todas partes; desprecio donde quiera y pobreza vergonzosa de la que nadie se compadece, porque es la pobreza del vicio.

El vicio, y el pecado son vuestros únicos caudales, y para amontonar esos tesoros que

el cerdo despreciaría, os habéis afanado tanto, habéis corrido tan loca por los espinosos caminos de la vida.

Carlota sintió un dolor agudo en el corazón; se cubrió la cara, y á través de sus hermosas manos se filtraron una multitud de lágrimas.

No más, hija mía; esa vida es espantosa, salvaos, tened lástima de vuestro pobre corazón que aún puede latir á impulsos de un amor inocente á la sombra de la virtud.

No os asesinéis vos misma con el asqueroso puñal del placer, que os envilece y fatiga, llevándoos sin remedio á consumir vuestros miserables días en un hospital devorada por la corrupción.

Jóven sois aún, todavía tenéis en vuestras mejillas el suave frescor de la adolescencia, volved en vos; mirad el abismo en que estáis caída y salvaos.

En el mar tempestuoso del pecado, rodeado de oscuridades, sintiendo en vuestras venas el frío de la muerte, estáis ya zozobrando sin hallar una mano protectora. ¡Hija, hija mía! ten compasión de tí.

El hermano José abrió los brazos como si quisiera por sí mismo salvar á Carlota del fango en que yacía. Esta lanzó un grito desesperado, las lágrimas corrieron con más abundancia de sus hermosos ojos entre dolorosos gemidos que se atropellaban en su garganta sin acertar á salir.

Quedóse mirando un rato á esa pobre mujer que temblaba de dolor y de vergüenza, escuchó silencioso sus gemidos, y considerando que ese corazón árido, seco, estaba en disposición de recibir el grano de la virtud, continuó con dulzura.

—Hay allá en lo más retirado del mundo un mágico país, alumbrado sólo por fantásticas auroras y por alegres crepúsculos vespertinos; allí las flores se alzan primorosas temblando con el peso del rocío, ofreciendo en copas de nácar y oro abundante bebida á las palomas de la montaña.

En esa encantada tierra donde ni quema el sol, ni la noche la entristece, no soplan huracanes tempestuosos, sino mansas brisas perfumadas con los aromas del edén. El ruiseñor la alegra con sus cantos, cuando

la luna sobre un trono de nubes marfilinas blanquea sus extensas soledades, como pudiera blanquear la faz de una virgen dormida á la sombra de un limonero.

Allí todo es calma; la sabrosa oscuridad de sus vergeles convida á soñar, la madre-selva con cuyo perfume los ángeles se embriagarían, forma cortinas de verdura bajo las cuales el corazón llora de amor, oyendo no sé qué torrentes de armonía venidos del cielo, más tierna que la blanda respiración de un niño en la cuna, más dulce y sabrosa que el primer beso de una virgen enamorada.

Todo es allí calma, todo hermoso con la poética hermosura de la felicidad.

Los gemidos de Carlota se habían apagado, su mirada melancólica recorría la estancia sin fijarse en nada, como buscando ese divino edén que el hermano José quería presentar á su vista tan bello, tan fantástico como los sueños de un niño.

—Carlota, ¿quisiera vivir allí?

Carlota no contestó, pero sus ojos se fijaron en el que le hablaba como esperando algo más.

—Ese país existe, y en él caben lo mismo la corona de los reyes que los harapos del mendigo; porque ese país es el mundo todo alumbrado con el sol de la virtud, que trueca los mayores desiertos en jardines encantados; ¿usted Carlota quiere estar en él?..... ¿quiere morir allí á los pies de María, que en este momento le abre sus brazos y le estrecha contra su seno virginal, perdonándole sus pasados extravíos y pidiendo sólo un poco de amor?

Carlota cayó de rodillas á los pies del jesuíta, y éste poniendo la mano sobre esa cabeza que tantas veces había ardido con el fuego del infierno, murmuró una oración. Está salvada, pensó para sí, limpiándose dos lágrimas que asomaron sin quererlo á sus pupilas. Hija, Dios la bendiga, dijo en voz alta, y con mano trémula bendijo á la pobre pecadora, levantándola en seguida con bondadoso cariño.

—Mañana le traeré á usted un libro piadoso “Los gritos del infierno”, que le hará para siempre aborrecer toda clase de pecados.

Una carcajada burlona que sonó en el corredor, hizo á Carlota volver la cabeza para ver quién pasaba, y al hermano, preguntar al mismo tiempo, ¿quién es?

—Debe ser el señor Gil.

El hermano José levantóse con premura. Interesado en la salvación de Carlota, había puesto en olvido por un momento las órdenes superiores.

El nombre de Gil se las hizo recordar con toda fuerza. Salió al dintel y dijo en voz alta á Benito y Mora que iban á entrar en el cuarto de Rosita:—Buenas tardes, señores.

—Hermano José, buenas tardes. Es usted muy cumplido! Y' atravesando el patio los dos jóvenes, estrecharon con franqueza cordial la mano del lego.

—¿Qué tenemos de bueno? dijo Mora.

—Nada; como el señor Gil me dijo que volviera tarde para saber si me daba ó no por un mes su habitación, y quizá por menos, vengo á saber el resultado.

—Por mí ya está dada, dijo Gil.

Un golpe de alegría hirió el corazón del hermano, que se llevó la mano al pecho, temeroso de ahogarse.

—Pero á condición, prosiguió, de que usted busque para mis vecinas un cuarto en cualquiera casa que no esté muy distante á ésta.

—¿Qué habla usted de distancias, señor Gil? si el cuarto que he buscado puede decirse que está aquí mismo. Mírelo usted; desde aquí se ve la ventana; y poniéndose en medio patio la señaló con la mano.

En efecto, el cuarto que había buscado, caía frente á frente del de Benito.

—¿Ese? dijo Mora.

—Sí, el que tiene las rejas pintadas de verde.

—¿Y está conseguido?

—Aquí está la llave.

—Pasemos á verlo, dijo Gil invitando á Carlota que soplabá afanosa en un pañuelo, aplicándose en seguida á los ojos para borrar las huellas de las lágrimas, sin querer que sus amigos supiesen que había llorado.

—Vamos, dijo Carlota.

Y los tres precedidos del lego, fueron á ver la nueva habitación.

Ancha y espacioso era ésta, tanto que Carlota quedó sumamente complacida con el cambio, y deseosa de mudarse cuanto antes.

—Ahora, señor Gil, dijo el hermano. ¿Cuándo le parece que puede venir nuestro paisano, el señor San Miguel?

—Mañana hasta medio día creo que estará todo listo.

—Si hace falta dinero para pagar al que tiene que acarrear sus muebles, cuente conmigo, dijo con timidez el hermano.

—No hace falta dinero, hermano, pues no soy yo el que me mudo.

—¿Entonces quién?

—Hemos hecho un convenio entre todos, por el que, mis dos hermosas vecinas, vienen á vivir en esta pieza, pasándome yo á la que actualmente ocupa Lelia Castro y mi amigo Mora al aposento de Carlota.

Al hermano José no le gustó semejante arreglo.

Hubiera deseado que no quedase hombre alguno en la casa, á fin de desenterrar los caudales con mayor comodidad; pero como nada podía contra lo resuelto por ellos, se conformó pensando que todo saldría bien con un poco de precaución.

—Entonces confiado en la palabra de usted, vendré mañana después de medio día con los trastos del señor San Miguel, dijo el hermano.

Mire, hermano, dijo Mora; no nos apuremos. El trasteo siempre es largo, y puede ser que no se concluya sino por la tarde. Venga usted mañana, pero sólo á ver como va la obra; si la hemos terminado mañana mismo se pasa el señor San Miguel, y si no, será pasado mañana.

—Así lo haré señores, dijo el lego en el colmo de la alegría; vendré mañana con mucho gusto, tanto más cuanto que mi venida no será sólo para ver, sino para ayudar en caso necesario.

He ofrecido además un libro piadoso á la señorita Carlota, y no puedo dejar de cumplir mi palabra. Luego inclinándose

con cortesía, añadió dirigiéndose á los dos jóvenes.

También á ustedes hago igual ofrecimiento.

La pequeña librería de la casa está á vuestra disposición.

—¿Tiene usted algún libro en el que se den las más precisas y mejores reglas para hacer versos? Necesito estudiarlas con urgencia, mejor diré volver á repasarlas, pues no me son del todo desconocidas, á fin de que una obra mía que pienso trabajar, salga lo más perfecta que sea posible.

—Tenemos á Quintiliano, pero está en latín.

—Comprendo el latín perfectamente, pero no gusto estudiar nada en esa lengua.

—Tú, latín? dijo Benito riéndose y abriendo los ojos cuanto pudo.

—Y por qué no? ¡Vaya! Cómo me río de tí! y voy á decir esto en latín para que veas que sé: *Manduco me flumen tibi!*

El hermano y Gil soltaron una carcajada soberbia.

—Poquito á poco, ¿porqué se ríen? continuó Mora con seriedad.

—Porque lo que usted dice, señor Mora, contestó el hermano limpiándose los ojos humedecidos por la risa, es: que se come el río del señor Gil.

—No hay tal, hermano, y para convencerle, voy á traducir palabra por palabra. *Manduco*, como; *me*, me; *flumen*, río; *tibi*, de tí. Cómo me río de tí.

—Quién te enseñó el latín? dijo Gil á su amigo Mora.

—El difunto cura de San Marcos, y después mi padrino.

—Pues te digo que has aprovechado y mucho, si para reírte de mí, quieres comer-te el río.

El hermano José no quiso hacerle ninguna broma, aunque bien comprendió que Mora con semejante latín, no estaba en estado de leer á Quintiliano.

—Dí lo que quieras, yo me entiendo y Dios me entiende; luego volviéndose al hermano José, añadió:

—Ya ve que es latín, no obstante, si á ese Quintiliano que usted dice, lo puede hallar en español, no se olvide de prestármelo, seguro de que le agradeceré mucho.

—Veré si lo puedo conseguir, dijo el hermano, y se despidió de todos, para ir á dar cuenta á sus Superiores del feliz resultado que había obtenido á tan poca costa.

—El cuarto de Gil, y por consiguiente los millones en él enterrados iban al otro día á ser de los jesuitas.

—Ya que nos hemos propuesto á mudar de cáscara, dijo Mora, debemos comenzar ahora mismo. Yo vivo lejos y quiero desde esta noche dormir en la casa del cielo.

—Pero sino está todavía desocupado mi cuarto, dijo Carlota.

—Ni usted ni yo tenemos gran cosa; somos pobres; conque mientras yo vengo con mis trastos, pase usted los suyos.

Carlota miró á Gil, y éste interpretando su mirada, le dijo:

—Me parece muy natural, yo le ayudaré.

—Entonces vamos allá. Voy á buscar algunos peones para que carguen con las

cosas pesadas; y sin aguardar respuesta, salió Carlota, y tras ella Gil y Mora cada uno á su destino.

Mucho era lo que tenían que hacer y necesitaban darse prisa.

Carlota siguiendo el consejo del hermano José que la dijo procurase antes de romper con Lelia, ver si se convertía, pasó al cuarto de ésta, aunque en el estado que estaba, á pesar de su miedo, se hubiera pasado sola, tal era la fe que tenía en la Reina del cielo, pasó decimos, con el objeto de ver entre las dos cómo arreglarían su nueva habitación.

—Tú has llorado otra vez, dijo Lelia con disgusto, preveo que vas á ser muy mala compañera.

—Si no he llorado, contestó Carlota esforzándose por sonreír.

—No has llorado,..... y tus ojos están más colorados que un tomate. Dime al menos la causa de tu pena, para consolarte, ó para llorar contigo si la cosa merece.

—Merece y mucho, pero no es tiempo.

Ven y verás el cuarto, es preciso arreglarlo entre las dos.

—Es que á mí ya se me ha quitado la gana de acompañarte, si no me dices la causa de tu dolor.

—Prometo decirlo en cuanto nos mudemos.

—¿Y estar alegre también?

—Eso depende de tí; si tú sigues los consejos que te daré después, estaremos siempre alegres, queriéndonos mucho y viviendo en un jardín alumbrado perpetuamente con una aurora inagotable. Carlota, sin saberlo, estaba copiando al hermano José.

La frente de Lelia se contrajo, clavó la mirada en su amiga y permaneció muda. ¿Estaba loca?..... ¿De qué jardín con auroras, de qué consejos le hablaba Carlota?...

—No te entiendo, dijo al fin, pero temo que ese hermano José te haya trastornado.

—Ya lo sabrás más adelante, ahora no se trata de eso sino del arreglo de nuestro cuarto.

Los peones buscados por Gil entraron preguntando qué era de llevar.

—Primero lo tuyo, querida Lelia, después irá lo mío.

—Entonces anda á recibir tú en la nueva pieza lo que yo voy mandando de aquí, á fin de que no nos roben nada.

A Carlota le pareció bien la idea, y se fué con Benito Gil que había ofrecido ayudarle.

Toda la tarde trabajaron con afán, sin ver coronados sus esfuerzos sino al toque de oración, en que las dos muchachas se dieron un abrazo de parabién al verse en su nuevo aposento, que, como tenía ventana, y con los muebles de las dos, quedó más alegre y más bonito que el que antes ocupaba cada una.

Mora que no tenía más que un baúl, dos silletas y la cama, junto con una mesa paticoja, de un tirón estuvo allí con todo, trayéndose la llave de su antigua morada, listo para poder dormir vecino de Gil.

Sólo éste no quiso pasar sus trastos al cuarto de Lelia hasta el otro día.

CAPITULO XI

Golpe del diablo.

El que á las nueve de la mañana del día siguiente hubiera pasado por la calle de la Chilena, se habría sorprendido de hallar una hermosa joven en la ventana de un cuarto que, la víspera no más estuvo desocupado. Era Lolia Castro, que á pesar de lo avanzado de la hora, continuaba con la espalda y el pecho cubierto por un modesto peinador, y con los ojos enrojecidos por el insomnio ó por las lágrimas.

Miraba distraída á los que pasaban, volviendo adentro de vez en cuando la cabeza, como para contestar á alguien que le hablaba desde allí.

—Te digo que eso no haré nunca, dijo con voz fuerte, y retirándose de la ventana se quedó mirando á Carlota que, sentada en un sofá, pálida y llorosa, trataba de vencer á su amiga.

Ya está dicho; tú quieres que me convierta, que vivamos juntas arreglando la ropa de los jesuítas; no, y mil veces no. Yo no sirvo para costurera ni lavandera de frailes.

—Pero, Lelia. ¿qué te da el mundo para querer seguir en tan miserable estado? Ves que muchas veces no hemos tenido ni para almorzar.

—Todo oficio tiene sus altas y bajas, no hemos tenido para comer algunos días, pero otros ha habido para vivir como princesas; acuérdate sino cuando el cuencano, ese hijo del conde Peralta, te regaló tres onzas sólo porque bailaste con el traje que tenía Eva en el Paraíso.

Carlota bajó los ojos llorando. Quería lanzar lejos de sí el recuerdo de su mala vida, quería olvidarlo todo para entregarse á la virtud, pero Lelia estaba allí inexorable

como su misma conciencia, leyéndole el libro de sus pecados.

¡Vea usted! lavandera, y de frailes! volvió á decir, haciendo tambalear una silla con su pié gordo y pequeñuelo como el de un niño.

¿Y cuánto pagan en ese oficio?

—Ya he dicho que no nos vamos á dedicar á eso, sino á la costura; bordaremos los manteles de los altares, haremos los roquetes también, y cuando se ensucien, es claro que tendremos que asearlos.

—Esto es..... tendremos que ir al río de Machángara, tú con la batea y el jabón, y yo gateando bajo una maleta de roquetes más grande que mi persona. Lolia se rió de un modo irónico, y añadió: ¿no te da vergüenza?

—No iremos al río; los lavaremos aquí, dijo Carlota exasperada con las bromas y el acento incisivo de su amiga.

—Lo mismo que lo mismo, no tendremos con qué pagar ni al aguador.

—Pues bien, si en todo hallas dificultad, no hagas nada, pero muda de vida, sé bue-

na, yo me encargo de trabajar por las dos.

—No quiero; yo estoy satisfecha con esta vida aunque me muera de hambre, caso que todavía no ha llegado.

—Pero, ¿y la vergüenza y el remordimiento?

—Vergüenza de qué?..... de que le acaricien,..... Vea usted á la hora que viene á tener vergüenza de que le han besado..... Remordimiento!..... yo no tengo remordimiento ninguno. El día que me enferme me confieso si puedo, y sino me voy al infierno; á mí qué me importa.

Carlota abrió los ojos con desesperación. En vano había luchado todo la mañana y parte de la noche por convencer á Lelia, ésta permanecía inflexible, satisfecha con su miserable estado y resuelta á seguir en él hasta quien sabe cuando.

—Pero Lelia tú estás loca?..... tú estás dejada de la mano de Dios! no sentir remordimiento por las iniquidades que cometemos, es estar entregada á Satanás; no sentir vergüenza por el asqueroso desprecio con que te arrojan una moneda pagando tu

cariño, es haber perdido el juicio. A fuerza de ser de todos nos hemos vuelto un montón de estiércol bueno sólo para el muladar.

Hoy no tenemos derecho al cariño de nadie, ni siquiera á la compasión. Los hombres no compadeceñ á las mujeres que no se portan con honradez.

Nos empujan al abismo, pero tienen buen cuidado de quedarse al borde, riéndose de nuestras desgracias.

La risa,..... el desprecio,..... he aquí todo lo que hemos sacado con nuestros cariños, en los años que hemos vivido en la maldad.

Dí, ¿quién te ama?,..... ¿Quién te ha amado?.....

—Porque no he querido consagrarme á ningún hombre en particular.

—Dos amantes has tenido, y ambos te han arrojado desdeñosos á la calle.

—No sólo á mí me ha pasado eso. Acuérdate que también á tí te plantó de una oreja en la calle el cura de Guápulo, porque te fuiste al campanario con el sacristán. Me sacas en cara lo que han he-

cho conmigo como si yo tuviera la culpa, y no te acuerdas de lo que hizo contigo el alférez Atienza.....

Bonito día fué ése; había más gente que en una plaza de toros al pié de la ventana, por la que el alférez comenzó á botar todos tus trastos, y por último te descolgó á tí envuelta en un colchón.

—Calla, no me mates así! dijo Carlota llorando. Quisiera olvidar para siempre mi mala vida pasada, y no quiero que me la recuerdes.

—Entonces,..... tampoco recuerdes tú la mía.

—Sí, yo lo he dicho sólo con el objeto de mostrarte que el mal camino en que estamos nos va á conducir infaliblemente al hospital aquí, y al infierno allá.

—Carlota! dijo con lástima su compañera; de alguna enfermedad hemos de morir; ¿qué extraño es que nos vayamos al hospital si no tenemos recursos en nuestra casa?..... y en cuanto al infierno, tienes mucho miedo, sin tener en cuenta que Dios es siempre misericordioso!

—¡Misericordioso con los que le temen!

—¡Con todos!

—Así es; pero no sé qué puedas esperar de ese Dios á quien pagas sus misericordias con las mayores ofensas é iniquidades.

No hablemos más, dijo levantándose. ¿Estás resuelta á seguir en la infame vida que ahora tienes?

—No tengo otro remedio, porque soy pobre. Dame plata y verás como la dejo

—Te he dicho que á trueque de verte buena trabajaré por las dos.

—Y no ganarás nada; el trabajo de la mujer sólo da para morirse de hambre con lentitud.

—Todo es preferible á vivir pecando.

—Dime, Carlota, replicó Lelia sentándose cariñosa al lado de su amiga. De cuándo acá se te ha metido en la cabeza la idea de convertirme? ¿Qué es lo que te ha dicho el hermano José que tan honda impresión ha hecho en tu alma?

—Me ha puesto de manifiesto el miserable estado en que vivo cubierta de infamia,

me ha hecho presente las ventajas de la virtud.

Ah! si tú le oyeras!

—Eso quiero, que venga con sus sermones; ya verá á donde le da el agua, y se rió de un modo singular.

—Hoy debe venir, ha ofrecido traermelo un libro piadoso que me haga detestar el vicio para siempre, y no es posible que falte.

Pero no pienses que tendrás valor para decir nada á ese santo religioso, te lo aseguro. En cuanto le oigas caerás de rodillas á sus pies detestando tus pecados. Yo le espero, para que te mueva el corazón; más, si permaneces terca á la llamada del cielo; entonces me separaré de tí para siempre aunque me duela.

Lelia se quedó mirándola.

Carlota no pagó esa mirada; tenía miedo de encontrarse con los ojos atrevidos de ese pequeño Satanás resuelto á todo menos á ser bueno.

—Si esa intención tenías, ¿por qué me obligaste á poner aquí mis trastos?

—Porque espero aún que la virtud nos una para siempre con más fuertes lazos que los del pecado.

Espera, ya vendrá luego el hermano José.

—Sí, ya vendrá el hermano José, gruñó con una voz sorda, y ya veremos como le va. Y resuelta á algo que no quiso decir, preguntó con indiferencia, ¿á qué hora te ofreció venir?

—Después de medio día.

—¿Estás resuelta á separarte de mí si no me convierto?

—Para siempre.

—Y sin embargo nos hemos querido bien, dijo Lolia mirándole con ternura. Más que amigas somos hermanas, todo ha sido común entre las dos, hasta nuestras penas.

Carlota la abrazó diciéndole.—No me separaré de tí, seremos siempre amigas, no puedo proceder de otra manera.

—Aunque sea mala?

—No me hables de maldad, no quiero oír eso en tus labios. Tú serás buena, yo lo fio.

—Lelia no contestó; se quedó mirando con aire distraído uno á uno los objetos de su habitación; por fin, encogiéndose de hombros y en medio de una sonrisa burlesca, dijo:

—Puede que tengas razón; allá lo veremos, y oprimiéndose las sienes con ambas manos añadió: Jesús, que dolor de cabeza el que tengo. Y tú tienes la culpa porque no me has dejado dormir.

—Puede que te pase almorzando. ¿Vamos?

—No quiero irme á ninguna parte, pero si vas á salir tú, mándame el almuerzo. Tienes con qué hacerlo; para algo ha de servir la plata de los jesuítas.

—Pierde cuidado, haré como lo dices.

—Y dame también comprando en la botica esa esencia que tú conoces, y que tan buena es para el dolor de cabeza.

—¿Esencia de azahar?

—Esa, y mándamela con cualquiera antes que la comida; con dolor de cabeza nadie come.

Aquí está un real para la esencia.

—No hay necesidad, dijo Carlota rechazando la moneda de Lelia; tengo lo suficiente. Y comenzó á vestirse con aseo aunque sin coquetería; para Carlota el mundo había acabado y no tenía necesidad de parecer bien á nadie.

—Hasta luego, dijo desde la puerta cobijándose su mantilla.

—Hasta luego contestó Lelia con aire indiferente al parecer, pero lleno de malicia.

Lelia no tenía dolor de cabeza ni de nada. Lo que tenía era despecho de perder una buena amiga, y quiso alejarla de todos modos para ver si podía verse á solas con el hermano José, á quien pensaba sin duda decirle cuantas son cinco.

Asonóse á la ventana y miró calle abajo: mucha gente transitaba por ella, pero ninguno tenía sotana. Puede que no tarde pensó mirando al cielo; poco debe faltar para las doce.

Se estuvo aún largo rato contemplando indiferentemente todo lo que pasaba, y con poca paciencia para estarse sola en el esta-

do de excitación en que se hallaba, resolvió pasar donde sus vecinos.

En la puerta de calle encontró á un muchacho que venía á carrera suelta con el remedio para el dolor de cabeza. Bueno le dijo, dándole las gracias.

Guardóse el frasco de la famosa esencia en el bolsillo y siguió andando.

—Buenos días, señor Gil, dijo entrando con alegre franqueza en el cuarto de éste, donde á la sazón se hallaban también Mora y Pérez Sevilla ayudando á desocuparlo.

Los tres jóvenes rodearon corteses á Lelia abrumándola con sus preguntas y galanterías á las que ella supo contestar con su coquetería habitual. Preguntaron también por Carlota, extrañando no verla en su compañía, y ella satisfizo su curiosidad contándoles de cabo á cabo la historia de su conversión y lo rabiosa que estaba con el hermano José por haberle robado, decía con amargura, una amiga de tantos años.

—Yo no puedo avenirme, dijo casi sollozando, á dejarla. Que se convierta en hora buena, pero que no me abandone.

—¿Ha procurado disuadirla?

—Toda la noche, sin haber conseguido nada, contestó con desaliento; y luego irguiéndose de pronto y sonriendo con cierto orgullo, añadió: Pero aún no he perdido la esperanza. Espero al hermano José.

—El hermano José, dijo Mora en voz baja, viendo entrar al jesuíta.

—Háganme salir sin que él me vea, dijo Lolia, poniéndose con lijereza á las espaldas de Gil.

Mora y Pérez Sevilla se adelantaron á recibir al hermano, y con suma cortesía lo obligaron á entrar en el cuarto ya casi vacío á pretexto de que lo mirase despacio dando así tiempo á Lolia para que se retirara como lo deseaba.

El jesuíta, satisfecho de la deferencia que le mostraban, colmó de elogios á los jóvenes, y deseoso de completar la conversión de Carlota con el libro que le llevaba; después de suplicar á todos permitiesen al señor San Miguel venir esa tarde misma, puesto que el cuarto estaba ya casi vacío, se retiró después de haber obtenido lo que deseaba y

llamó suavemente golpeando con los nudillos de la mano en la puerta de las dos mujeres.

Al oír una voz vibrante, que le dijo adentro; entró á la habitación con calma y con el sombrero en la mano.

El corazón de Lelia dió un salto dentro del pecho. Estaba frente á frente del hermano José. Sus mejillas tomaron las tintas de una rosa, sintió no se qué frío en las venas, pero no se movió; hermosa altiva se quedó mirándole.

—¿La señorita Carlota? dijo el hermano con timidez.

—Ha salido, y no debe tardar, si gusta espérele un momento.

—Será usted la señorita Lelia Castro, dijo sospechando que tan hermosa joven fuera más que la amiga, la hermana de Carlota.

—La misma, y estoy á sus órdenes contestó inclinando la cabeza y apretando á sus hombros el peinador.

El hermano José, como recordarán nuestros lectores, había prometido á Carlota

convertir á Lelia con un sermón capaz de mover las piedras.

La ocasión por lo demás no podía ser más oportuna. Estaban solos. Algo le escarabajaba en el alma del jesuíta viendo cerca de sí una joven, casi una niña, cuyos ojos negros revelaban mundos mil de amor y de pasión; no obstante, puso con tranquilidad su sombrero sobre la mesa, y volviendo á sentarse empezó, no el sermón que se había propuesto, sino un tiroteo de palabras insulas al parecer, pero que poco á poco le iban conduciendo al objeto que deseaba. Por fin después de largo rato entró en materia, ofreciendo á la muchacha una medalla semejante á las que había dado la víspera á sus vecinas. Le ponderó lo útil que era tener siempre suspendida del cuello alguna imagen de María á fin de librarse de las tentaciones, concluyendo, quizá por saber el grado de la virtud de Lelia, con preguntarle dulcemente.

—¿Acostumbra usted, señorita, tener alguna imagen devota en el seno?

Lelia había soportado con paciencia el sermón del hermano sin bajar la cabeza.

Los labios apretados, las mejillas rojas y sus negros ojos desmesuradamente abiertos en los que brillaba un fuego extraño, permaneció inmóvil como el tigre que acecha la presa que piensa devorar, esperando el momento oportuno.

La sencilla pregunta del hermano. ¿Acostumbra usted llevar alguna imagen en el seno? fué la señal de ataque.

—No tengo nada, dijo risueña; y para demostrar que era verdad lo que había dicho, abrió bruscamente el peinador. Un perfume suavísimo corrió en débiles ondas por la habitación.

La atrevida muchacha en vez de curarse la cabeza, se había curado el seno con la esencia de azahar.

El hermano José aspiró con avaricia ese perfume divino que parecía brotar á torrentes del pecho de esa joven seductora.

Abrió los ojos y los mantuvo inmóviles contemplando estático esa garganta de marfil y ese hermosísimo seno, en el que se alzaban orgullosas dos palomas de nieve coronadas por unos botones de fuego más pu-

ros y rojos que los labios de un niño; y al ver tan voluptuosa belleza pensó ser transportado bruscamente al paraíso.

La tierra huyó bajo sus piés, y creyéndose presa de un sueño celestial, dobló la frente sobre el pecho de Lelia, como para aspirar de una vez todo el perfume que despedía.

Desgraciadamente la joven hizo en ese instante un leve movimiento, y la punta de uno de sus pechos como una mariposa de oro salida de la fragua, tocó ligera los labios del hermano.

La cabeza de éste sufrió un temblor convulsivo que no fué capaz de dominar. Una lada misteriosa cerró sus ojos y le hizo permanecer así por breves momentos en medio de un delirio incomparable.

Cuando el hermano volvió á levantar la frente, estaba transfigurado; sus ojos despedían un haz de chispas luminosas, sus labios estaban cerrados con fuerza nerviosa, su semblante estaba lívido.

La sotana del jesuíta subía y bajaba bruscamente, indicando que el corazón de ese

hombre ya no podía caber en los ámbitos del pecho.

Quieto, inmóvil, devorando con los ojos la faz de la niña que mostraba en sus sonrisas la atracción de un abismo, parecía con su blancura y rigidez cadavérica una estatua de mármol acariciada por un incendio.

Aquí la medalla, dijo con voz ronca y con palabras que se hacían nudos en la garganta, extendiendo la mano y tocando el pecho de la joven, tan levemente, como pudiera haberlo tocado el ala de una golondrina.

Por su parte Lelia también rodeó su hermosísimo brazo por el cuello del hermano José, al mismo tiempo que depositaba en la frente de éste un beso matador.

Del pecho del hermano se escapó un grito, grito espantoso y talvez semejante al que lanzó Satanás al verse arrojado del paraíso.

Empujó bruscaamente á la joven, y con un esfuerzo irresistible se puso en pié, pero como si ese movimiento supremo hubie-

ra agotado el caudal de sus fuerzas, volvió á caer otra vez pesadamente junto á Lelia apoyando sobre el pecho de ésta su cabeza febricitante, al mismo tiempo que murmuraba: "no, no puedo más!"

Oyéronse por largo rato suspiros extortorosos salidos del pecho del jesuíta. Lelia Castro no se movía, sus mejillas tenían el color de la fiebre, en sus ojos brillaba la pasión alumbrada con los rayos del orgullo triunfador.

Oyéronse pasos cerca de la puerta, y el hermano, á un movimiento de la muchacha, levantó la cabeza con rapidez como si le hubiera mordido una víbora.

El pecho de Lelia estaba completamente húmedo; el desdichado jesuíta había dejado sobre un seno corrompido sus primeras lágrimas de amor.

La puerta se abrió bruscamente, y apareció Carlota en el umbral con la faz enrojecida por el sol de medio día.

—Buenos días hermano José.

—Buenos días Carlota, contestó el hermano con acento triste y apagado.

Carlota se quedó asombrada. ¿Qué ha pasado? se dijo así misma viendo las recientes huellas de llanto en los ojos del hermano, junto con el aire altanero de Lelia. Y como si lo que estaba pensando fuera una barbaridad, sacudió la cabeza, y avanzando al medio del aposento, dijo al ver el libro forrado de pergamino que descansaba sobre la mesa:

—¿Este es el libro que me ofreció?

—Sí, dijo el hermano levantándose y escondiendo el libro bajo el brazo; pero ahora no es tiempo de leer esos *disparates*.

—¿No es tiempo?

—Claro que sí; somos jóvenes y estamos en estado de gozar, no de emporcarnos las manos en estos pergaminos.

Lelia se sonrió, Carlota estaba asombrada mirando á uno y otro en el colmo del estupor. El hermano no veía á nadie; su voz era ronca, sus ademanes los de un loco.

Se levantó \ repentidamente, púsose el sombrero y dijo.—En fin, hasta luego; volveré tarde y acentuó el tarde como si quisiera decir de noche. Dió la mano á Le-

lia, y ésta le estrechó con fuerza por dos veces como saben hacer todas las mujeres cuando quieren decir, pero no con los labios, véngase que le espero.

Dió también la mano á Carlota que sólo estrechó respetuosa la punta de los dedos, y con pasos descomunales salió de la habitación cogiendo los lados del manteo que, con la rapidez de la salida, se desplegó como las alas de un cuervo que se dispone á volar.

—Lelia; el hermano José ha llorado, ¿qué le has dicho? preguntó con indignación Carlota.

—Nada, Ayer lloraste tú, y ahora le ha tocado á él.

—Pero por qué ha llorado?

—Y por qué lloraste tú?

—Porque su sermón me hizo llorar.

—Pues también mi sermón le ha hecho llorar, dijo Lelia riéndose. Ya se ve que no soy mal predicador.

—Aquí ha pasado algo que no me explico ni quiero explicarme. ¡El tan bueno, tan santo diciendo que los libros devotos son

disparates; es cosa que me escandaliza, que me aturde.

Qué has hecho? . . . y se acercó á Lolia cuanto pudo, aspirando con ruidosa fuerza el olor de azahar que despedía su amiga.

—Te has perfumado?

—Tenía el frasco en el seno y se me regó.

—Sin duda en el momento preciso en que él estaba aquí, dijo con ironía.

—¿Qué quieres? hay casualidades que no se repiten dos veces; y soltó una carcajada.

Carlota en el paroxismo de la ira, hubiera estrangulado á Lolia, y quizá pensó hacerlo según la actitud que tomó; pero ésta que vió los ojos centellantes de su amiga, y el temblor nervioso que le agitaba; asomándose á la ventana, gritó con voz fuerte.

—Señor Gil.

Benito Gil y sus amigos salieron al patio de la casa del frente, y uno de ellos haciendo seña con la mano le dijo: Qué hay?

—Vengan, contestó Lolia.

—Para qué llamas á nuestros vecinos?

—Para estar con ellos entretenidas hasta que te pase la cólera.

—Aunque no sea en éste momento, por ellos, pero de noche te ahorco, dijo con un tono lleno de venganza. Ya lo verás.

—Puede que pase, dijo Lelia para sí, y si no le pasa, amen . . . me voy á dormir en el cuarto de Rosa Pantoja, dejando á esta pantera que se pone celosa sólo porque una se perfuma el pecho.

Los tres amigos entraron preguntando

—¿Para qué nos llaman?

Carlota se sonrió. Por más iracunda que esté una mujer con otra, si en ese momento entra un jóven como cualquiera de los que componían la Banda Negra, no puede dejar demostrarse cortesana. Esto lo pide la educación y el cariño que tienen al sexo fuerte.

—Lelia tomó la mano de Pérez Sevilla y se lo llevó fuera del cuarto.

Al regreso, el joven se sonreía satisfecho. Carlota dirigió á su amiga una mirada de hiena, en la que estaba retratada no los celos ni la envidia, sino la venganza.

Haber hecho pecar á un justo, á un varón santo, le parecía un sacrilegio digno

de la hoguera. Pensó irse y delatarla al Santo Oficio.

Conversaron un rato los amigos y quisieron irse nuevamente. Pérez Sevilla no lo permitió.

—Irnos solos como vinimos no es propio de caballeros que tienen la honra de llamarse Banda Negra, y no lo consentiré nunca.

—Quedémonos entonces, dijo Mora.

—Tampoco. Yo no tengo dinero, pero, cuento con el bolsillo de Gil.

—Está á tus órdenes.

—Pues bien; me tomo la libertad de invitar á las dos señoritas á que tomen en tu cuarto un pequeño refresco.

Famosa idea, dijeron todos.

Yo no puedo asistir; estoy ocupada. Que vaya Lelia, dijo Carlota con seriedad.

—Ella no puede ir sin usted, replicó Gil que por algunos visajes de Pérez Sevilla malició de lo que se trataba.

—Ni yo he invitado á Lelia por sí, lo digo francamente, sino porque vaya usted. Venga esa mano Carlota, á un amigo que le quiere no puede decir que no.

—No voy señor Pérez; estoy enferma.

—Sino va con él irá conmigo, replicó Mora; y tomándole de la mano izquierda, única que tenía libre, se la apretó dulcemente, diciéndole:—También á mí me va á decir que no?

—A todos; no puedo ir.

—Eso no es cierto. Usted nos está diciendo que sí con el alma, aunque sus labios digan que no; por consiguiente no la escuchamos. Y pasando el brazo por la cintura de Carlota, comenzó Mora á empujarla suavemente. Sevilla hizo otro tanto, y Gil por las espaldas, tampoco se quedó corto.

Carlota se resistió un momento, pero eran tan apuestos los jóvenes que le obligaban, le decían tan finas galanterías, que, aunque propuso en su corazón no apartarse del camino de la virtud, se decidió á irse con ellos, y honrar con su presencia el refresco que Pérez Sevilla ofrecía á manera de *lunch*, como se dice ahora en galiparla.

No habían aún despachado como buenos y legítimos quiteños la enorme ponchera de chicha á la que Pérez Sevilla como prácti-



co en la materia había añadido tres docenas de huevos, una libra de azúcar y media botella de aguardiente para quitarle dizqué la crudeza, cuando otro jesuíta joven, aunque distinto del hermano José, se presentó á la puerta preguntando por el señor Gil.

—Aquí estoy padre; ¿qué se le ofrece? contestó el interpelado.

—Saber cual es el cuarto cedido para el señor San Miguel.

—Este, dijo Benito levantándose y acompañando al jesuíta al lugar que señaló con la mano.

En el corredor estaban algunos mozos con los trastos del señor San Miguel y en último término también éste.

El jesuíta hizo entrar los muebles al cuarto en que vivió Gil, y éste se llegó á saludar al recién venido.

El padre San Miguel tenía cuando más treinta años; no usaba patillas, aunque sí un bigotillo en extremo corto como el que nace después de ocho días de haberse afeitado. Sus ojos eran azules, el pelo casi rubio, y el conjunto de sus facciones sim-

pático y agradable. Su figura era tan airosa como la de Gil, aunque no tan importante.

—El hermano José ha tenido la bondad de decirme que usted es riobambeño como yo, razón por la que no he vacilado un momento en cederle mi habitación.

—Es muy honroso servir á un paisano como usted, dijo Gil inclinándose.

—Ciertamente; soy de Riobamba, pero el honor es mío, caballero, puesto que no merecía tan fina atención de parte suya.

—Aunque en un mismo reino, ésta para nosotros es tierra extraña, y ya que ~~hemos~~ tenido la fortuna de encontrarnos, debemos ser tan unidos como dos viejos camaradas.

—Pienso lo mismo, y en prueba de que acepto esa amistad que tenéis la bondad de ofrecermelo, aunque no lo merezca, he aquí mi mano. Y el jesuíta tendió la mano diciendo al mismo tiempo: Juan de San Miguel ofrece desde este momento sus cortos servicios y amistad al señor

—Benito Gil, que acepta agradecido tantos favores.

—¿Piensa usted estar mucho tiempo aquí?

—Cuando más un mes, y esto, si no recibo malas nuevas de mi familia que la dejó en el asiento de Ambato, con el objeto de que gozara por algunas semanas de una temperatura primaveral.

—Nuestra querida Villa tiene todo, señor San Miguel. Riobamba es un paraíso, pero su sol por espléndido que sea, no alcanza á catibiar el aire que se respira.

—Es verdad, el aire es frío, pero en cambio tenemos nosotros un horno en las venas.

—Y un mundo en la cabeza, añadió con orgullo;—y notando por el ruido hecho en el cuarto que habían comenzado á colocar los muebles en los sitios más convenientes, dijo mudando de tono. Perdone usted mi descortesía. Le he tenido charlando, cuando es natural que usted deseará ver por sí mismo como se arregla eso.

—Oreo en efecto que no será malo dar un vistazo por allá dentro, y más si usted tiene la bondad de acompañarme.

Gil dió algunos pasos con aire distinguido y se quedó en el umbral indicando al se-

ñor San Miguel que pasara primero; hizo éste una venia como se acostumbra entre gentes de buen tono, cuando un igual da la preferencia al entrar en una sala, ó subir una escalera, y siguió adelante con paso majestuoso.

En pocos minutos fueron colocados con el debido orden todos los trastos, que, á decir la verdad, no se reducían á gran cosa.

—Parece que ya está terminado, dijo Gil girando los ojos por todas partes. No hay más?

—No, dijo el hermano que viendo concluida su tarea, pidió permiso para retirarse.

—Hermano Benjamín, dijo el padre San Miguel, como enfermo que soy, me atreveré á suplicar á usted diga al cocinero me mande el almuerzo á las nueve y la comida á las cuatro. No me gustan esas grandes abstinencias, hasta las doce, ni me aprovechan tampoco; si se me ocurre cenar.

—Me lo dirá á mí, dijo Gil. La portería de los jesuítas creo que se cierra á las seis, y fuera inútil molestarlos á esa hora,

cuando aquí no faltarán manos primorosas que nos arreglen una cena frugal en poco tiempo.

El hermano Benjamín se retiró haciendo respetuosas cortesías á los dos nuevos amigos. Y el padre San Miguel continuó:

—¿Con qué, hay manos primorosas?

—Voy á enseñárselas teniendo el honor de presentarle á mis hermosas vecinas.

El padre San Miguel vestía el traje de seglar, y estaba por consiguiente en la obligación de proceder como tal. Retraerse, decir que no á la invitación de Gil, hubiera sido hacerse sospechoso; así es que cogiéndose del brazo de su amigo;—vamos á verlas dijo, ya que usted es tan bondadoso.

Ni á Rosita Pantoja ni á sus dos amigas, les pareció mal el nuevo vecino, cuyo trato cortés y distinguido cautivó, desde el primer momento, la voluntad de todos.

El padre San Miguel era alegre, ó cuando menos lo fingía, como un estudiante escapado del colegio. Bebió la chicha de Pérez Sevilla vaso tras vaso celebrándola mucho, y diciendo que sólo en Riobamba la

había tomado igual; en seguida y cuando ya los humos del alcohol habían calentado todas las cabezas, sacó media onza preguntando si había por allí á quien mandar por algunas botellas de vino.

—No, dijo Mora, pero yo me encargo de buscarlas.

—Entonces ahí va esa media onza, y disponga de ella como guste, señor Mora.

—Eso nunca, dijo Mora con nobleza; en el cuarto de sus amigos no puede usted gastar nada. Cuando nos invite al suyo haremos nosotros lo mismo.

—Pero esta moneda una vez que ha salido de mi bolsillo, no puede volver á entrar en él desairada, dijo, y volviéndose á Carlota que era la que más cerca estaba siguió con galantería: señorita, aceptadla como un recuerdo de tan agradable noche.

Carlota se resistió, pero al fin se vió obligada á recibir pagando con una sonrisa tan hermoso regalo.

Lelia se acercó á su amiga que ya estaba de buenas con las explicaciones que ésta le dió de que el hermano José no había tenido nada con ella ni tendría jamás.

—Dime, le dijo ¿ganarías así cuidando los roquetes de los jesuítas?

—Confieso que vas teniendo razón, contestó Carlota, en quien la débil llama de la virtud se iba apagando al soplo de una pasión carnal, marchita sí, pero no satisfecha.

La pobre mujer creyó buenamente que el jesuíta se había enamorado de ella: allí estaba la media onza para demostrarlo. El hombre no regala nada impunemente á una mujer; al menos así lo creen ellas, sin embargo el jesuíta no había tenido más intención al hacer ese regalo que mostrarse ruboso y caballero.

No estaba enamorado; tenía la carne sujeta á la razón; ni había venido para éso, así es que resistía con paciencia las sonrisas y las miradas que de rato en rato le flechaba Carlota pegándose á su futuro amante cuanto más podía.

La virtud naciente de Carlota acababa de morir en su corazón á impulsos del balazo de media onza que le disparó el jesuíta á quema ropa, sin saber el mal que le hacía á esa pobre mujer.

—Señores, dijo Pérez Sevilla; mi refresco se ha concluído y no podemos quedarnos así.

—Ya vendrá Mora, contestó Rosita.

—Sí, pero mientras viene, como no hemos de estar viéndonos las caras, voy á traer algo con qué calentar el alma.

—Y las orejas también; búscate una vihuela, dijo Gil.

—Ya lo tenía pensado. Vuelvo al momento. Y poniéndose el sombrero en mitad, de la cabeza con ese aire matón, tan propio del primer período de la embriaguez, pasó al estanco vecino á proveerse de una vihuela y de algo de aguardiente.

Buen músico, el Padre San Miguel, dejó á todos complacidos con sus tonadas esencialmente riobambeñas, tan llenas de melancolía como los desiertos páramos que rodean esa encantadora ciudad.

El aguardiente que trajo Pérez Sevilla y el vino que trajo Mora, ayudaron, por otra parte, de un modo poderoso al éxito del tocador. Sabido es que cuando el cerebro arde á impulsos del alcohol, el corazón se

impresiona más fácilmente, y juzga divino lo que en circunstancias normales apenas le parecería regular.

Todos le aplaudieron al Padre San Miguel, y Carlota, completamente enamorada le apretó del brazo con fuerza más que regular.

—Un rigodón, dijo con voz estentórea Pérez Sevilla, apoderándose de la vihuela y comenzando á puntearla.

El baile es el placer de los placeres.

¡Cuántas palabras de amor, cuántos besos que apenas tocan la frente, de una mujer, como pudiera hacerlo la brisa con el cáliz de una azucena, cuántos choques inesperados que tienen la fuerza de una pila eléctrica, no se sienten en medio de eso girar vertiginoso del baile que la música lleva hasta el delirio en un animado rigodón.

Benito Gil se acercó al nuevo huésped y por deferencia cortesana, le ofreció á su Rosa para las primeras vueltas.

Rosa, en efecto, era la más linda de las tres mujeres que allí había. Su frente brillaba con una luz purpurina, como un trozo de

nieve herido por el sol en el que de intento hubieran derramado algunas gotas de sangre. Sus aterciopeladas mejillas y sus salientes labios semejaban un precioso rubí blanqueado por los rayos de la luna. La negra cabellera de Rosita flotaba suelta por su marmórea espalda, dando á su persona un aire regio.

Estaba seductora, y el padre San Miguel aprovechando del cortés ofrecimiento de Gil, se levantó apresurado á tomar tan linda pareja, pero Carlota asiéndose del brazo, le dijo con la sonrisa en los labios.

—Alto, que usted está comprometido conmigo.

El padre San Miguel hizo un jesto imperceptible, y tomando la mano á Carlota, dijo á Gil.—Ya ve usted, no es posible desairar esta hermosura.

Benito Gil tomó del brazo á Lelia y Mora á la incomparable Rosita.

El baile comenzó lento, con ese paso en balance que hace inclinar el cuerpo indolente á todos lados como un navío acariciado por las olas de un mar sereno.

Pero de pronto el músico lanzó un ¡ahora! . . . formidable; las cuerdas gimieron entre sus dedos con una rapidez espantosa, haciendo que los bailarines asegurasen con fuerza las cinturas de sus parejas, y comenzaron ese girar que marea. El talón de los jóvenes dejó de tocar el suelo, la planta lo hacía todo, y las muchachas mecidas blandamente en medio de ese huracán, se abandonaron por completo en brazos de los bailadores para poder seguir mejor las caprichosas vueltas que hacían.

Sus modestos vestidos triplicaron la anchura; el aire que tomaban al girar les dió la forma de una inmensa campana, en cuyo centro se dibujaron graciosos unos piés pequeñuelos unidos suavemente á la robusta pantorrilla.

Ese baile tenía algo de fantástico. Carlota apoyada la barba sobre el pecho del padre San Miguel, enviaba con su aliento al rostro de éste, oleadas de fuego matador, sus ojos le devoraban, en tanto que los labios de esa mujer sonreían amorosos.

El jesuíta se sintió conmovido, pero na-

da dijo que alentara la esperanza de Carlota, antes bien, pensó disgustado de esa lucha, hacerle comprender en la mejor ocasión, que su alma era incapaz de todo amor.

¡Ahora! volvió á decir el músico hiriendo los entorchados de la vihuela. El rigodón se convirtió bruscamente en minué de paso corto y lleno de caprichos. Los bailarines respiraron á sus anchas, y después de algunas vueltas se sentaron fatigados.

—¡Vivan los bailarines! dijo Pérez Sevilla cogiendo una botella.

—¡Viva el vino! dijo el jesuíta y presentó su vaso.

Todos hicieron lo mismo.

—Carlota dijo al padre San Miguel: Ese vaso es suyo, y lo vamos á tomar juntos. El jesuíta estaba embarazado y aturdido con tantas muestras de cariño; sin embargo nada dijo, y presentó cortesano el vaso de vino del que apuró ella la mitad diciendo en seguida: ahora usted.

El jesuíta no se hizo rogar, y lo vació por completo.

—¡Ouidado paisano! dijo Gil que había visto lo que hizo Carlota.

Hay ojos. que matan.

El jesuíta se sonrió con desdén, y cogiendo la vihuela se puso á glosar por lo bajo. Tenía el deseo de decir á esa mujer que le asediaba, que no pensase en él, pero no se atrevió á decírselo en prosa sino en el lenguaje de Apolo, como para dorar la píldora.

—Un canto, un canto, dijo Rosita, que se moría por oír cantar.

—Allá vá, señorita, dijo inclinándose; y después de una pausa corta comenzó á cantar.

En vano dejas tu gentil cabeza
Sobre mi seno lánguida caer;
En vano se dibuja la tristeza
Sobre tu rostro angelical mujer.

Muerto al amor mi corazón ardiente
Que en otro tiempo palpité por tí,
Ni tus suspiros, ni tus besos siento,
Ni adora ya tus labios de rubí

Ni ese tu seno de marfil rosado
Que ayer besaba con ardiente afán,
Mi sangre hace latir, estoy cansado,
Cansado de quemarme en un volcán.

Atrás caricias de un amor impío
Que amargura no más dejáis en pos,
Cansado el cuerpo, el corazón vacío,
Sin fe, sin esperanza..... hasta sin Dios!

Un golpe recio dado en todas las cuerdas del instrumento, anunció que la canción había terminado.

—Muy bien!, dijeron los hombres en medio del intencionado silencio que guardaban las mujeres. Carlota más que ninguna, que esperaba un juramento de amor en cada verso, se quedó indignada mirando al jesuíta.

—Un trago!..... al cantor, dijo Gil por hacer algo, comprendiendo el mal efecto que habían producido los versos. Todos los vasos se llenaron otra vez.

Benito Gil tomó aparte al jesuíta y le dijo. Parece que esos versos no han sido cantados sin su porqué.....

—Ciertamente, contestó éste.

Quería con cierto disimulo decir á Carlota que no se acuerde de mi, pues no trato de buscar una amada entre mujeres perdidas y por eso lo hice.

—Según éso, ¿sois poeta?.....

—No, Señor Gil, dijo riéndose; cuatro palabras rimadas no dan á nadie ejecutorias de poeta.

—Pero los habéis improvisado?.....

—No del todo; son unos versos que compuse en mi adolescencia, cuando recién mi alma comenzando á despertar á los primeros albores del amor, se creía vieja y cansada de sufrir y amar.

Cosas de la juventud ¿verdad, señor Gil?

En esa edad seductora, por lo mismo que es inocente, se sueña en estar viejo; se creo haber llorado mucho, cuando las lágrimas no han hecho más que humedecernos las pupilas.

Pero ésto no es extraño, todos somos lo mismo.

—Atanacio Zaldumbide era adolescente como yo, y no obstante, publicó en la "Antología Ecuatorianá" una composición tierna, pero triste, muy triste, en la que lloraba los sinsabores de una vida que apenas comenzaba para él, y creyéndose ya viejo, lleno de desengaños, incapaz de remedio, terminaba con estas palabras.

“Sólo vivo de amargura,
Todo ha muerto para mí;
¡Qué pecho tan sin ventura
El pecho que vive así!”

Y no obstante, de la época en que escribió estos versos á la que leíamos extasiados con Teodoro Larrea El Mercader de Alejandría, cuando estábamos en el primer año de colegio, apenas había transcurrido un corto tiempo.

Todos hemos sido lo mismo, dijo bajando la cabeza con melancolía.

¿No ha sido usted también así?.....

—No, dijo Gil, no he tenido tiempo de soñar en esas amarguras quiméricas, por que el verdadero dolor me hirió en el corazón desde muy temprano. Y como si quisiera borrar los tristes recuerdos de su perdida grandeza, siguió con tono seguro aunque triste.

Vamos á brindar por nuestra prosperidad futura. Los dos amigos se dirigieron á la mesa y llenaron sus copas; pero antes de apurarlas, cuando apenas las tenían á la altura del pecho, se oyó en la puerta

una voz vibrante que decía: Benito.....
No hay una copa para mí.....?

—¡Ramírez, insigne Ramírez! gritaron todos los de adentro en el colmo de la alegría, al ver á su amigo de pié en el umbral de la puerta acompañado de otro joven.

La Banda Negra se había completado en ese momento.

—Señores, dijo entrando Ramírez, tengo el honor de presentar á ustedes al Señor Pedro Sánchez de Vela uno de mis mejores amigos después de ustedes.

Todos tendieron la mano al recién venido y le acogieron cariñosos.

En seguida Gil, tomando á Ramírez por la mano se lo presentó primero á Rosita y después al padre Sen Miguel.

Rosita sabía que Ramírez era también de la Banda Negra, y lo acogió con el cariño y confiada franqueza con que sabía recibir á los demás compañeros de Gil. Este no le había dicho nunca que Ramírez en fuerza de su pobreza, era uno de los Reyes del Socabón.

—Pero, Ramírez, ¿qué ha sido de tí,?

le dijo llenándole el vaso por segunda vez Mora, y antes de que contestara, fijándose mejor en su amigo, le dijo: qué elegante estás! parece que tu amada se ha entregado á tí con plata y todo.

Ramírez, ciertamente, estaba vestido con elegancia. Una primorosa esmeralda se ostentaba en su dedo meñique, y una gran espada pendía de su cintura ajustando un jubón de terciopelo negro.

—Hay algo, hay algo, dijo Ramírez satisfecho. No todo había de ser pobreza.

El joven Pedro Sánchez de Vela, presentado por Ramírez; estaba tan elegante, y si cabe mucho más que éste. Dejóse admirar de las muchachas conversando con todas; y á una seña imperceptible que le hizo Ramírez con los ojos, tomó resueltamente asiento al lado de Carlota.

Ramírez también bromeó con todos y fué á ocupar un asiento al lado de Lelia.

—¡Viva la alegría! ¡viva nuestro amigo! dijo Pérez Sevilla, y sin duda le gustaba el vino, pues cerró sus vivas echando mano á la botella, hizo por servirse, pero de ésta no cayó ni un dedo de vino.

¡Diablo! no hay dijo en voz alta y miró á Gil.

El jesuíta que oyó y vió todo como los demás, alegre con los vapores del vino, dijo antes de que se acercara Gil. ¡Alto! paisano; si no se me deja gastar á mí en esta vez, me retiro á mi aposento en seguida: deseo tener el honor de brindar á tan nobles amigos. Y tomó su sombrero y su capa para salir en busca de vino, pero el fanfarón de Ramírez que quería hacer ostentación del dinero que tenía, le cerró la puerta diciéndole.

—Ese gasto me toca á mí; soy un viejo amigo de estas señoritas, y estos jóvenes son casi hermanos; no puedo pues consentir que nadie les obsequie sino yo, tanto más cuanto que desde hace muchos días no tengo el gusto de verlos.

—Lo hará mañana, señor Ramírez; me he tomado la delantera y no cedo el puesto, dijo San Miguel.

—Que decida la suerte contestó Gil interviniendo.

—Perfectamente, contestaron San Miguel y Ramírez, y metiendo este último la

mano en el bolsillo, dijo sacándola cerrada.

¿Pares ó nones?

—Pares, dijo San Miguel,

—Ramírez abrió la mano mostrando á la vistá de sus asombrados amigos siete onzas de oro.

—He perdido dijo, el padre San Miguel sonriendo. Otra vez será, y añadió para sí, yo no sé que pensar de la riqueza de estos mozos.

El padre Mariscal me dijo que vivían de sus picardías, y algo más; que eran muy pobres, pero veo que no les falta una onza para tirarla alegremente.

¿Habrán hallado talvez el entierro? . . . dijo estremeciéndose. El lector sabe que no habían hallado nada . . . El pobre Ramírez era ladrón nocturno que se había afiliado á los terribles reyes del socabón, y tenía razón de tener dinero.

En cuanto á Gil, ya saben como se procuró los ochenta pesos que tan alegremente gastaba.

—Pérez, dijo Ramírez, desempeña mi lugar, estoy cansado. Anda y traete un

barril de vino; nada de botellas, á mí me gusta todo en grande: y le entregó dos onzas.

—No verás la vuelta, dijo Pérez Sevilla riéndose. Y añadió: préstame tu capa; porque hace frío.

—Y la espada también si gustas.

—No hay necesidad, es todavía temprano, no ha sonado aún la hora de queda. Y embozándose en la capa partió ligero.

—Yo también voy, dijo Mora.

—Juntos? preguntó Pérez Sevilla.

—No, yo voy al estanco vecino á ver si compro un par de botellas por separado, pues mientras tu vengas del centro de la ciudad, la concurrencia estará fría como el hielo.

—Toma para eso, le dijo otra vez Ramírez, dándole una onza.

—Tengo, no hay necesidad.

—Hazme el favor, insistió Ramírez, empujando hácia afuera á su amigo.

—En fin; si estas en posición de dar, te lo agradezco.

Ramírez volvió á sentarse al lado de Lelia y comenzó á enamorarla con ardor

cosa nada difícil sobre todo si, como nuestro enamorado Ramírez, se empieza el galanteo regalando la rica esmeralda que tenía en el dedo.

Sánchez de Vela había dado también á Carlota una linda sortija, que tuvo la virtud de hacer en un momento aborrecer al señor San Miguel, cuya seriedad y versos insultantes, no eran por lo demás muy dignos de ser amados.

Gil que vió el regalo de Ramírez y del otro joven, se dijo para sí: ¿á qué obedecen estas generosidades? y sin acertar á explicarse, tomó á su amigo de la mano en un momento oportuno y lo sacó fuera.

—Oye, le dijo: has venido sólo á visitarme?

—No, aunque ese ha sido mi objeto principal; quería verte y socorrer tus necesidades.

—Tienes mucho?

—No, pero, si lo bastante para vivir, siempre se trabaja de noche.

Benito Gil soltó la mano de su amigo creyéndole un asesino.

—No te asustes ni me desprecies, dijo Ramírez. La necesidad me obliga á vivir de lo ajeno, pero mis manos no se han manchado en sangre, ni se mancharán: seré ladrón, pero bandido ni asesino nunca . . .

Gil le volvió á tomar la mano cariñoso; él también, aunque de otro modo, vivía de lo ajeno.

—Me acabas de decir que no he sido yo el único objeto de tu venida, ¿cuál es el otro?

—Voy á decirte todo.

Nuestra banda se compone de once personas, ninguna gente vulgar, salvo un herrero, que, aunque de baja educación, es un tesoro por los servicios que nos presta, y vivimos en el socabón de Tumbaco, el cual gracias á mucho trabajo y dinero, hemos logrado hacerlo un palacio.

Allí tenemos salones regios, donde se come y se baila como verdaderos príncipes, pero nos faltan esas preciosas mitades del género humano para que alumbren nuestro oscuro palacio, endulzando al mismo tiempo en lo posible la vida que llevamos.

Tenemos algunas mujeres, pero como es natural, cada uno quiere la suya; y por eso he venido á conquistar á Lelia para que me acompañe.

—Y el amigo que traes es también de tu banda?

—Sí; ese joven, por su valor, nobleza y talento, es casi nuestro Jeje; puede llevarse al socabón muchas mujeres, pero entre todas quiere escojer una que no tenga rival. Por eso le he traído, para que vea si le gusta Carlota, Lelia nó; esa le he dicho que me pertenece, y sabe respetar la propiedad ajena.

—Creo que se dará por satisfecho con Carlota, según el afán con que habla á su lado.

—Así pienso también, y me alegro, pues creo que Lelia no me seguirá sino vá con su amiga.

Hay almas que no pueden irse á los infiernos sin llevar una compañera.

—Pero, no temes que Lelia venda tu secreto?

—Iré poco á poco. Esta noche sólo me concretaré á jurarle amor; en otra oportuni-

dad le diré alguna otra cosa, y por fin, cuando la vea segura, se lo diré todo.

—Puede que salgas bien, pero puede también que no, anda con cuidado.

—Eso corre de mi cuenta.

Los dos amigos se estrecharon las manos y se dispusieron á entrar.

—Espera, dijo Ramírez; tu debes estar necesitado de dinero: hazme el favor de aceptar este par de onzas.

—Tengo sobrado, àl ménos para algunos días.

El padre Tufiño ha tenido á bien darme unos ochenta pesos, dijo sonriéndose.

—Sí, pero al paso que vas no puede durar mucho. Hazme el favor; estás con Rosita y necesitas tener algo de repuesto. Y quieras que no, metió en el bolsillo de su amigo las dos onzas.

—Señor Gil, gritó Lelia, en este momento: basta de conversación secreta, y venga á tomar un vaso de vino con nosotras.

Los dos jóvenes entraron en seguida.

El vino traído por Mora, y después el que trajo Pérez Sevilla, animó los corazo-

nes de todos, haciendo reinar en cada uno de ellos la más franca alegría.

Comenzó de nuevo el baile con mayor animación, mientras en otro lugar no distante comenzaba una tempestad.

¡Ese es el mundo: cuando unos lloran, otros no caben de placer!

Benito Gil y sus amigos en cada sorbo de vino bebían un mundo de alegría.

El hermano José, en esa misma noche, y en ese mismo instante, en la copa de la amargura, estaba bebiendo un mundo de dolor.

Tan pronto como salió del cuarto en que esa maldita mujer le embriagó con el perfume y hermosura de su seno, el hermano se dirigió á la casa de los jesuítas.

Allí contó al Padre Mariscal el buen resultado obtenido, llenando de alegría á éste y á los padres que componían la comisión del entierro. En ese mismo instante llamaron al Padre san Miguel, y después de aconsejarle se portara en todo como un alegre estudiante, sin reusar nunca invitación ninguna que de parte de Gil ó sus amigos

viniera, antes bien ayudando á ella con su mismo dinero, lo despidieron después de ordenarle que sus investigaciones las hiciera sólo en el silencio de la noche.

Mandó el Padre Mariscal que le acompañara el hermano José, pero éste, calenturiento y nervioso, alegó un malestar general y fué preciso enviarle con otro. El pobre lego temía un nuevo ataque, y no quiso exponerse. Se retiró á su celda y allí permaneció leyendo hasta la hora de entregarse al descanso. Acostóse como pudo, creyendo que el sueño le aliviaría; pero en vano pasó algunas horas revolviéndose como un niño mal humorado, hasta que por fin se levantó diciendo con despecho: este calor no se aguanta; es imposible dormir.

En el silencio de la noche, su imaginación ardiente no podía dejar de pensar con cierto deleite, en las cosas que se le presentaron por la mañana, ricas de color y de poesía.

La faz del hermano José estaba roja como la de un ébrio, sus ojos húmedos, su corto cabello en un desorden completo,

Por el alma de ese desdichado lego cruzaban rayos de fuego, que al estallar junto al corazón hacían estremecer su carne con espantosas ondas de rabioso dolor.

Por su cerebro corrían las ideas con una rapidez desesperante, como una bandada de tigres pronta á desgarrarle el último nervio del pensamiento. Todo el interior de ese desventurado jesuíta estaba oscuro como una noche de dolor, y tuvo miedo; encendió su lámpara. Inútil medida; toda la luz del sol no alcanza á discipar la más leve sombra del alma.

Con las manos crispadas se paseaba en su aposento como una fiera enjaulada.

Su carne se estremecía de cuando en cuando con un movimiento rápido, dejando adivinar en las partes que no cubría la ropa, la exuberante vida de los nervios.

Me estoy ahogando, dijo con voz sorda y se llevó una mano al corazón. Sus mejillas se contrajeron mostrando profundas arrugas, y en sus ojos brilló la ira. ¡Quisiera arrancarte de aquí, dijo con voz reconcentrada; y clavó con fuerza las uñas de la mano derecha sobre su pecho!

¡Cuándo maldito de Dios, dejarás de atormentarme con tus latidos!
Y arrastrado por sus ideas que tan pronto le infundían rabia como desaliento, volvió á decir con cariño: pobre corazón, no me atormentes así; . . . ¡Lelia siguió con una voz que parecía el suspiro de una madre dolorida, ¡por qué te ví! ¡porque te atravesaste en mi camino arrancándome en un momento toda mi virtud, toda mi paz! ¡mujer maldita! ¡maldita, ¡ y sin embargo te quiero

Sacudió la cabeza con un movimiento poderoso, y fijando sus ojos extraviados en una imagen de María, dijo con dolorosa resignación ¡nunca! ¡prefiero morir á serte ingrato madre mía!

Cayó de rodillas ante la imagen de su Augusta Soberana, y en medio de abundantes lágrimas murmuró una oración.

¡Madre! ten piedad de mí! dijo angustiado; estoy próximo á sucumbir, ampárame bajo tu manto, no me dejes así, y siguió llorando en silencio postrado en el suelo.

Largo rato estuvo en esa humilde actitud que acaso no debió dejar nunca, pero

cansado de tan violenta posición se levantó por fin. Su semblante no había cambiado, estaba rojo como antes.

Comenzó otra vez sus interminables y rápidos paseos, con los ojos medio cerrados como el que no quiere ver lo que le rodea, sino algo que brilla en su corazón con una luz espantosa.

De pronto abrió la mano cuanto pudo alzándola bruscamente á la altura del hombro, sus miradas angustiosas se fijaron en todas partes.

Nada había tocado aquella mano material; pero su imaginación delirante, creyó que tocaba el seno de una mujer, por eso el pobre hermano la levantó nervioso.

Estoy loco, se dijo con amargura, y cayó sentado sobre la cama. Un suspiro largo y hondo salió de su pecho atormentado en esos momentos por la mano de Satanás que le hería sin misericordia una y otra vez con cien puñales de fuego. ¡Hasta cuando! . . . gritó con angustia, y se lanzó á la ventana abriéndola con ira.

Los cristales con el choque sufrido entro sus marcos, produjeron un ruido lúgubre

que se extendió lentamente en sordas ondas por los rincones de la celda. La noche estaba oscura como el alma del jesuíta, fría como su virtud; una ráfaga de viento le azotó colérica en la faz, pero éste no se movió.

Con los ojos desmesuradamente abiertos permanecía fijo devorando la oscuridad, viendo no la negrura de la noche, sino un hermoso fantasma, una mujer divina que avanzaba hacia él sobre un lecho de rosas, desnudo el nacarado seno y con la sonrisa en los labios. ¡Mi Lelia! . . . dijo con una voz desgarradora; y apretando las manos contra el pecho como el que está abrazando un cuerpo real, sus labios se agitaron con una rapidez increíble produciendo un mundo de amorosos ruidos como los que produce un beso. Te amo! te amo! . . . gritó con delirio. ¡Vale más caer y amar que vencer y morir.

Desamparado del cielo, en medio de una tempestad horrible, abandonado talvez hasta de la única que no sabe nunca desamparar, de María; esa pobre alma incapaz de todo acabó por sucumbir.

Satanás lanzó un grito de júbilo, y con su poderoso aliento sopló con más ira la hoguera que ardía violenta en el corazón del pobre jesuíta.

Todo había terminado para él. Vistióse con rapidez, puso sobre los hombros su negro manteo, y sin darse cuenta de nada; dividió en dos cada una de las sábanas de su cama; ató los extremos, cuidadoso, consultó la resistencia del género, y atando todo al marco de la ventana, se descolgó osadamente.

El trapo quedó flotando en la oscuridad como el ala de una paloma; y el jesuíta no bien tocó la tierra con sus piés, murmuró con cierta alegría: vamos á ser felices, y se dirigió con paso seguro á donde le llevaba el corazón.

El frío de la noche hizo que sus carnes se estremecieran muchas veces, sin embargo no acertó el paso, ni se abrigó con el manteo como pudo haberlo hecho.

Andaba con rapidez; quería llegar pronto. Cruzó la plaza mayor por el lado del palacio, y tomando á su derecha subió por la

calle de la Concepción. En esa calle había antiguamente un nicho en el que se veneraba una imagen de la Virgen del Rosario, que las monjas conceptas tenían cuidado de alumbrar toda la noche con multitud de bujías.

El hermano José vió las luces desde lejos, y caminó hácia ellas por la acera opuesta. Cuando se sintió frente á frente, se tocó el sombrero, pero no alzó los ojos; tuvo vergüenza y miedo de mirar la imagen de aquella que su corazón había amado con tanta ternura desde niño, y siguió avanzando aunque menos de prisa.

El aire de la noche soportado por algunos minutos, secó el sudor de su angustiada frente; los nervios del jesuíta se encogieron en busca de calor, su corazón mismo parecía que estaba próximo á dormirse, tal era el golpe lento con que latía.

El hermano José caminaba cada vez con más lentitud, los gruesos zapatos que llevaba, casi arrastrándose en las piedras de la calle, no daban ese golpe seco que en el silencio de la noche se oye á larga distancia

anunciando la seguridad del que camina, sino un sordo chas, chas, . . . semejante al que produce una escoba al correr sobre una estera.

Por fin, como la péndola de un reloj sin cuerda que después de oscilar débilmente unos momentos, se para de repente tembloroso, el hermano José, como si hubiera hechado raíces profundas en el suelo, se quedó parado, junto á la pileta de agua de la plazuela de la Merced.

Allí, quieto, derecho, y negro, parecía más que un hombre, una sombra evocada del abismo por algún poderoso conjuro.

¡Nunca! dijo con una voz firme como una montaña de mármol, y trocando el orden de las palabras que pronunció al salir de su celda, añadió decidido:

¡Vale mucho más vencer y morir, que caer y amar!

La frente del jesuíta se levantó con una fiereza altiva, como desafiando á todo el poder de las tinieblas: cruzó los brazos sobre el pecho indicando una resolución poderosa y se quedó callado.

Ese hombre no era el pobre abandonado del cielo, que una hora antes se sintió morir sin poder dominar las ardientes crispaturas de la carne, sino el vigoroso atleta que á la sombra del manto de María caminaba impávido en medio de la tempestad.

Su augusta soberana había permitido la angustiosa lucha en ese pobre corazón que amedrentado con los gritos de Luzbel, iba á caer rodando en el abismo; pero buena y generosa, cuando él quiso caer en fuerza de su debilidad. Ella extendiendo su potente brazo y le dijo, para, y esa alma se paró.

El hermano José dirigió una mirada fría al sitio en que, según sus cálculos, debía estar el barrio de la Chilena donde se encontraba Lelia. Una sonrisa amarga cruzó fugitiva por sus labios, y como el león, que, teniendo la víctima á sus piés se aparta desdeñoso sin devorarla, comenzó otra vez á bajar para la calle de la Concepción con una fiereza imponente.

Al llegar al nicho en que se veneraba la imagen solitaria de María, alzó los ojos con cariño, se arrodilló un momento lleno

de gratitud, dejando correr por sus mejillas una lágrima de amor, y fuerte y confiado siguió su camino hasta el pié de la ventana.

Las sábanas anudadas entre sí, seguían flotando en la oscuridad; agarróse á ellas y con un vigoroso esfuerzo de muñeca, comenzó á subir, llegando por fin á su celda después de unos momentos.

El hermano José no había vencido. Salió resuelto á caer, pero era lo mismo, puesto que María luchando por su hijo, le había impedido la caída dándole la victoria.

Las fuerzas del jesuíta estaban agotadas. Jaló las sábanas, y sin siquiera desvestirse, dejando el sombrero en una silla, se tendió sobre la cama diciendo para sus adentros: ¡no volveré á salir á la calle para nada!...

La experiencia me ha enseñado á costa de muchas y dolorosas fatigas que, bajo ningún pretexto, por más santo que se le suponga, conviene á un religioso tratar con las mujeres del mundo. Sí; tratar con ellas es meterse en la boca del león, y se quedó á poco rato dormido mientras Lelia y sus vecinas en el colmo de la alegría apuraban la última botella.

CAPITULO XII

De noche también se vé.

No puedo callar, la conciencia me lo veda, decía el caballero Carrera paseándose pensativo en su habitación, cuya ventana estaba situada al frente de la portería de los jesuítas. Parece increíble; y sino lo hubiera visto con mis ojos, talvez no lo creería ¡un sacerdote, un jesuíta andando de noche en busca de galanteos como un estudiante! ¿Serán todos así? La virtud, la moderación de esos hombres será sólo un velo para cubrir las miserias de su carne corrompida? ¡Imposible! para creer eso, es necesario juzgar sin caridad; Pero yo he visto, yo mismo, en

el silencio de la noche, descolgarse por la ventana una sombra negra, y esa sombra no era una triste fantasía, sino una realidad; esa sombra, era el hermano José, lo conocí perfectamente!

¿A qué salió? Tal vez debí seguirle hasta su vuelta para saber de verdad Sin embargo se puede asegurar que no fué para alguna confesión, puesto que no es sacerdote, ni para esos actos buenos hay necesidad de salirse por la ventana haciendo de las sábanas una escala. ¡Nó! Ese hombre, ese justo, en cuyo semblante brilla la inocencia y la virtud, es un hipócrita, tiene una querida á quien visita todas las noches, arriesgándose á deshonorar á los jesuitas en cuyo número es fuerza que me cuente, puesto que desco ser uno de ellos. Y por esto mismo debo decir al padre Mariscal lo que ocurre, á fin de que ponga un eficaz remedio á tanta maldad. Sí; estoy resuelto, dijo haciendo punto final á su largo monólogo, y parándose en mitad del aposento, gritó: Pedro, mi capa.

Presentóle su ayuda de cámara la prenda que pedía, y embozándose en ella, cruzó la

calle y llamó en la portería del convento.

El señor Carrera, vecino de los jesuitas, era muy conocido de todos estos, pues deseando desde algún tiempo atrás ser uno de los hijos de San Ignacio, estaba frecuentemente en la casa, edificándose más y más cada día con la conversación del superior y de otros padres amigos del caballero, así es que cuando llamó, el hermano portero no puso ningún obstáculo á su entrada.

Conocedor del terreno, el señor Carrera, hombre cuando más de cuarenta años, subió con rapidez la inmensa gradería de piedra que conduce al piso superior, y se dirigió recto á la celda del padre Mariscal.

Tocó con energía la puerta, y sin esperar la voz de adelante, empujándola rápidamente, se halló cara á cara con el padre Superior.

—¿Qué ocurre, señor Carrera? dijo el padre Mariscal un tanto receloso al ver entrar con tanta violencia al caballero.

El señor Carrera se quedó un momento silencioso. Hizo en seguida una profunda reverencia y con voz solemne contestó.

—La casa de los hijos de San Ignacio está deshonrada.

El padre Mariscal dió un brinco formidable, y preguntó con voz rápida y sonora.

—Explicaos.

—Hasta aquí los jesuítas han gozado en este reino de una reputación sin ejemplo.

—Es verdad. Pues bien, si lo que yo he visto anoche, continúa sucediendo, la buena fama de que esta corporación goza, va á rodar por el lodo.

—Imposible, dijo con energía; ¿Quién la mancha? que habéis visto?

—He visto á un jesuíta descolgarse por la ventana de su celda, pasar la noche quien sabe donde, y volver á la madrugada.

El padre Mariscal que se puso lívido, apretó los puños con fuerza y se mordió los labios.

—Estáis seguro de lo que decís señor Carrera? añadió con un acento insistente.

—Si, reverendo padre. Un agudo dolor del pecho me quitó anoche completamente el sueño, abrí la ventana de mi habitación, y me puse á respirar el aire frío

con el objeto de aliviar mi dolor. De pronto oí un ruido metálico pero débil en una de las ventanas de esta casa. Alcé los ojos. La ventana estaba abierta, dando paso á una oleada de luz, un jesuíta estaba allí de pié.

Pobre, dije, talvez sufre como yo; y le encomendé mucho á Dios con todo fervor. Oración inútil, ese religioso no estaba enfermo; pasados unos momentos se retiró de la ventana, volviendo en seguida con unos trapos blancos, que al desplegarlos, ví que eran sábanas. Atólas punta con punta rasgándolas por el medio con cuidado, y después de jalar á pulso, para cerciorarse de que el trazo resistía, amarró cuidadosamente al marco de la ventana, descolgándose en seguida sin temor ninguno.

Grandes eran los dolores que en ese momento padecía, sin embargo, sacando fuerzas de mi propia flaqueza, me determiné seguirle de lejos hasta conocerlo perfectamente. Orucé tras de él el pretil del palacio, y de las últimas gradas que miran á la iglesia de la Concepción, le alcancé á cono-

cer perfectamente al resplandor que daban las bugías, puestas á los piés de la Virgen.

Quise saber á dónde iba, pero mi dolor arreció y tuve que volverme de allí.

—El padre Mariscal respiró con cierta fuerza, al mismo tiempo que con gran placer, oyendo que el señor Carrera no había seguido del todo al jesuíta.

Quizá en ese momento se le ocurrió alguna idea capaz de salvar el honor de un hijo de San Ignacio; su semblante adquirió cierto color, sus labios medio se sonrieron, al mismo tiempo que preguntaba con ansioso interés:—Su nombre, su nombre; quiero conocer á ese málvado.

—El hermano José, dijo el señor Carrera con voz seca.

El padre Mariscal dió otro brinco, y dijo con asombro.

—¡El! El honor de la casa por su virtud, saliendo de noche á un galanteo, ¡imposible! . . . ¿está usted seguro, Señor Carrera?

—Como que estoy aquí sentado.

Le he visto con mis ojos.

—El un hipócrita! . . . un málvado . . . volvió á refunfuñar el padre Mariscal, es

imposible; Respeto sus palabras Señor Carrera, pero si no me consta no creo

—El que hace un cesto, hace un ciento.
Puede que vuelva á salir.

—Eso digo yo, y suplico á usted encarecidamente me permita espiar esta noche en su compañía desde la ventana de su habitación.

—No tengo inconveniente, reverendo padre.

—Se lo agradezco desde ahora, y si es cierto lo que usted me ha dicho? desdichado de él murmuró con voz ronca, no volverá á poner los piés en nuestra casa.

Al miembro enfermo se le corta de raíz para que no contagie al resto del cuerpo.

Oh! ya verá usted, señor Carrera, el modo como saben los jesuítas hacer justicia en defensa de su honor.

El señor Carrera se contentó con inclinarse sin responder; pensaba lo mismo, que se debía expulsar de la compañía al hermano José.

—No le encargo el secreto, dijo el padre Mariscal, porque usted es casi uno de los nuestros,

—Mucho tiempo hace que deseo ese dichoso honor, sin haberlo conseguido á causa de las graves ocupaciones que me retienen en el siglo.

—¿Ha concluido ya de arreglar todos sus negocios?

—Todavía no, pero creo que después de dos semanas estaré completamente libre.

—Entonces, después de dos semanas le recibiremos á usted gozosos en nuestro seno.

El señor Carrera se levantó.

Había puesto en conocimiento del Superior de los jesuítas el escandaloso modo de proceder del hermano José, y no teniendo nada que añadir se despidió ofreciendo esparar en su casa al padre Mariscal á la hora de queda, esto es á las diez de la noche.

—Ira de Dios! dijo el jesuíta tan pronto como salió Carrera, midiendo á grandes pasos su celda. Conque, el hermano José de cara angelical y de virtud acendrada, es también de los que tira el rabo al gato en el silencio de la noche Y yo que le ofrecí cargar sobre mi conciencia todos los

pecados que él cometiera ¡y calavera tunante! Lo haría talvez con el objeto de mandarme á los infiernos cargado de pecados ajenos á despecho de mis mortificaciones y ayunos. No! no puedo creer ni lo uno ni lo otro. Si creer que ese hombre que no sabe hablar más que de las florecitas, y que cuando era niño se comía dos cucharadas de dulce en vez de una; tenga moza, y viva amancebado!, es un absurdo.

Ese pobre hermano es incapaz de esas maldades; y creer que quiere mandarme á mí á los infiernos con sus pecados, es otra tontería, no le he hecho ningún mal, puesto que nunca le he ocupado en trabajos duros, ni le he prohibido la entrada á la despensa, cosa por la que generalmente protestan los legos contra sus legítimos Superiores, forzados de la necesidad.

No, aquí hay algo oculto que no alcanzo á ver, y que es preciso que el mismo hermano me lo declare.

Hizo sonar la campana, y al hermano que se presentó le dijo con voz breve:

Que venga el hermano José, quiero verlo al momento.

—A los pocos instantes se presentó el hermano José con su cara bondadosa y risueña como siempre.

Habrá pillito, dijo el padre Mariscal para sí. Vean ustedes la cara de gatita muerta con que me viene este baladrón, y alzando la voz dijo con cierta ironía:

—Qué paz tan dulce debe usted gozar, hermano, en el interior de su alma, cuando hasta en su semblante se la vé retratada.

—No me va mal, dijo el hermano con modestia, sin saber á dónde pensaba ir su Superior con semejante elogio.

—Y cuándo sentís más paz, de día ó de noche?

—Talvez de noche, cuando puedo entregarme más libremente á mis ejercicios de piedad.

Sí, pensó el padre Mariscal, se entrega á ejercicios piadosos al lado de la moza y con voz siempre irónica continuó el interrogatorio.

—¿Y se puede saber qué ejercicios piadosos son los que usted hace de noche?

—Varios, reverendo padre.

—Sí, sí sabes como anudar las sábanas y lanzarte á la calle por la ventana colgado de ellas dijo con voz iracunda y rápida.

El corazón del hermano dejó por un momento de latir.

A la primera palabra se puso blanco, y cuando el padre Mariscal terminó, el pobre lego estaba verde. Sintió frío y cerró los ojos sin poder resistir la mirada amenazante que le dirigía éste.

—¿Es esta la virtud que mostrais en esa faz virginal? ¡hipócrita!

—Padre, perdón, dijo el hermano y cayó llorando á los piés del padre Mariscal.

—Decídmelo todo, aun puedo salvaros.

—El hermano con su humilde franqueza se lo dijo todo, desde su tentación al lado de Lelia Castro hasta su salida.

—Pero esa mujer, dijo el padre Superior asustado, al mancillar el alma de usted, no ha deshonrado también su cuerpo?

—El hermano mostró con orgullo su sotana, llevándose al mismo tiempo una mano al pecho en el que tenía un escapulario de la Virgen del Carmen.

—Es verdad, dijo el padre Mariscal, mi pregunta es ociosa, puesto que os veo con el hábito de San Ignacio, signo seguro de la protección que os dispensa María. Levántese usted, añadió. Luchar no es caer. La caída envilece, el combate agiganta, no puedo pues trataros como á un criminal, y diciéndole al hermano que tomara asiento en vista de su estado nervioso, añadió el padre Mariscal puesto de pié, sin que esto quiera decir que esa lucha no nos haya deshonrado.

En una corporación religiosa no es necesario que todos sean malos para ser despreciados; no; basta con los excésos de uno.

El mundo es tal que si ve cincuenta justos al lado de un perverso, se inclina más á creer que los virtuosos son como este último, y no que este sea bueno como los demás.

Y con justicia la virtud nunca puede mostrarse tal por más que el hombre lo pro-

cure. Y la maldad sí Usted sólo ha delinquido al parecer, pero su falta va á deshonrarnos á todos.

El señor Carrera le ha visto, y le ha seguido también amparado por la oscuridad de la noche.

—Si me ha visto, él mismo pudo decir que regresé de la plaza de la Merced.

—Sólo le siguió hasta la esquina de la Concepción. No ha podido decirme más.

—Entonces iré á decirle la verdad pidiéndole que me perdone.

—Inútil remedio, puede creerle á usted, pero puede también dudar, es necesario llevar el convencimiento absoluto á su corazón por otro camino.

Está usted dispuesto á obedecer?

—Como siempre, reverendo padre, puede mandarme á la muerte seguro de que iré sin vacilar.

El padre Mariscal conocía perfectamente la ciega obediencia del hermano José y se quedó satisfecho.

Levantólo de la silla, y poniéndole una mano sobre el cuello, como para alentar

con esa confianza á su inferior, le habló algunos momentos en secreto.

—Hará usted lo que le mando, hermano?

—Mejor de lo que vuestra reverencia puede creer. Ya lo verá.

—Está bien, puede usted retirarse.

El hermano se retiró.

El padre Mariscal se entregó á sus tareas ordinarias murmurando con satisfacción:—Yo haré de ese mal un bien para todos, y alzando la frente con orgullo añadió, todavía esta cabeza tiene rayos deslumbradores.

Tranquilo, seguro del éxito el padre Mariscal no volvió en todo el día á hablar con el hermano.

Conocía el temple de ese corazón y juzgó inútil volver sobre lo mismo.

A la hora de queda, envolviéndose cuidadoso en su manto, se acercó á la portería.

El lego portero abrió las puertas respetuoso, pero asombrado. ¿Por qué salía á esas horas el padre Superior? . . . y sobre todo, por qué salía solo, contraviniendo á lo que mandaban sus estatutos? . . . sin embargo nada dijo.

En la casa de los jesuítas un inferior ni tiene voz para nada ni voto tampoco, sino cuando expresamente se le concede. Es un autómatas que se mueve sólo á impulsos de la obediencia.

—Voy sólo á la casa del caballero Carrera, dijo al hermano que se disponía á cerrar la puerta, y volveré tarde talvez después de las dos de la mañana.

Cierre usted la portería como de costumbre, pero coloque su cama junto á la puerta, no conviene en una casa como la nuestra esos recios aldabonazos que despiertan á los vecinos con curiosidad.

—Así lo haré, reverendo padre.

El padre superior cruzó la calle y entró sin pararse en antesalas á la habitación del señor Carrera.

Este le esperaba allí en la más completa oscuridad. Al oír los pasos del que entraba avanzó á su encuentro, diciendo:—Padre Mariscal?

—Yo soy, señor Carrera buenas noches, y ambos se estrecharon las manos casi á tientas.

—No he creído conveniente tener la vela encendida, á fin de no despertar sospechas en el hermano José, pero si queréis la encenderé.

—No, no, estamos bien así. Para estas cosas mejor es el silencio y la sombra.

El señor Carrera llevó al padre Mariscal junto á la ventana y haciéndole tomar asiento mientras él hacía lo mismo, dijo extendiendo la mano:—Por esa ventana, ahora oscura, salió el hermano José.

—Es la ventana de su celda, contestó en voz baja el jesuíta, y añadió como si le doliera en el alma la caída de aquel pobre lego.

¡Desdichado! Tantos años de virtud perdidos para siempre por una loca pasión.

—Todavía es posible esperar que no sea tan grande el crimen del hermano José. Puede que esté en los principios de esos amoríos, y por lo tanto en estado de poder enmendarse, dijo el señor Carrera, que al ver la pena profunda que aparentaba el padre Mariscal, creyó prudente atenuarle de algún modo, aunque el mismo se resistía á creer lo que acababa de decir.

—No, señor Carrera. El religioso que sin respeto ninguno se atreve á salir de su convento en altas horas de la noche es porque ya está enredado entre los lazos del vicio. Un paso tan atrevido, no se da nunca sólo con el objeto de conversar. No, eso es imposible Una conversación por mala que sea se la puede tener de día, y eso en cualquiera parte El hermano está perdido. A esas horas y con tanto riesgo, no se sale á decirle á una mujer que se le ama, sino á demostrarle el amor.

¡Inocencia, virtud, cuanto trabajo cuesta haceros vivir en el corazón humano!

—Verdaderamente que sin el auxilio de Dios eso es imposible.

Las tentaciones son muchas, y nuestro mayor enemigo la carne vive siempre con nosotros.

El padre Mariscal parecía no escuchar al señor Carrera. Con la cabeza baja, abismado al parecer en hondas meditaciones, se quedó callado.

Por su parte, el señor Carrera, respetando el silencio de su compañero, hizo también lo mismo; y abrigándose lo mejor que pudo en su inmensa capa, dejó rodar las horas con tranquilidad imperturbable.

De pronto, á eso de la media noche, una luz viva alumbró la ventana del hermano José.

El caballero tocó bruscamente el hombro del padre Mariscal, diciéndole: allí está!

El jesuíta abrió los ojos y se quedó con la boca abierta, mostrando una ansiedad que estaba muy lejos de sentir.

—Veamos en qué para, dijo en voz baja.

Una figura negra apareció en el hueco de la ventana fuertemente iluminada por la luz de adentro. Era el hermano José. Ató como la víspera las sábanas rotas y comenzó á bajar.

—Es fuerza seguirle, dijo el padre Mariscal, apretando de un modo nervioso la mano de su compañero; y alzándose de su asiento como una sombra, salió á la calle seguido del señor Carrera, en el momento

mismo en que el hermano la recorría de frente. Los dos espías dejaron que éste tomase algún adelanto, y comenzaron á andar con pasos medidos y callados, hasta la esquina de la Concepción, en la que, por temor de ser vistos á la luz de las bujías que ardían á los piés de la Virgen, se atrasaron aún mucho más. Cuando volvieron á emprender la marcha, el hermano José había desaparecido. Avanzaron presurosos hasta la esquina de la Merced, y, al ver que nada había tampoco que les orientase, dijo el padre Mariscal con voz sorda:

—Ira de Dios! hemos perdido la pista.

—Óhíst, dijo el señor Carrera, indicando con la mano el sitio de donde venía un ruido sordo como de rozamiento. Allí está, reverendo padre; el ruido es tras la cruz que está en la puerta de la iglesia; pero qué hace allí?

—Vamos á verlo. Puede que allí sea la cita con alguna mujer, que no puede tampoco mostrarse en público enamorada.

—Eso debe ser. Y con gran cautela rodearon el sitio indicado á menos de diez varas de distancia.

Allí estaba el hermano José. Su mujer era una cruz. Arrodillado ante ella, con las espaldas desnudas, desgarraba sus carnes con una disciplina de hierro, cuya sola vista daba horror.

—Hé allí la querida del hermano José, dijo el padre Mariscal á su compañero.

El señor Carrera no respondió. Con los ojos humedecidos por las lágrimas, la boca abierta, contemplaba mudo de asombro la escena que se le ofrecía á la vista. Al fin, sin poderse contener, se precipitó á donde estaba el hermano José, y postrándose en el suelo gritó:—Hermano, perdón! le he calumniado!

El lego lanzó un grito de sorpresa, y poniéndose de pié cubrióse rápidamente las espaldas.

—Hermano José, perdonadme, volvió á decirle sollozando.

—No hay de qué, dijo el padre Mariscal que llegaba en ese momento, puesto que usted sólo ha dicho la verdad.

Y volviéndose al hermano le preguntó cariñoso:

—¿Por qué ha salido usted á disciplinarse aquí?

—Padre superior, he tenido siempre la costumbre de amortiguar mi carne al pié de esta cruz dos veces por semana, los viernes, en memoria de la muerte de Nuestro Señor y los sábados por su sepultura. Ayer fué viernes

—Basta, dijo el Padre Mariscal, abrazándole. Temí hallar en usted un malvado y ahora me gozo doblemente puesto que hallo un justo á quien yo juzgué perdido.

El señor Carrera le vió anoche salir por la ventana y como no pudo seguirle creyó, con sobrado fundamento, que iba usted á alguna cosa mala. Lo puso en 'mi conocimiento y le hemos espiado hasta verlo salir, de lo que me encuentro sumamente complacido.

—Antes de delatar al hermano José, debí informarme á qué salía y esa es mi culpa, perdonadme hermano, se lo ruego por el amor de Dios. Y volvió á caer de rodillas el escrupuloso caballero besando la mano que el legó le tendía.

—Todo está perdonado, señor Carrera, y perdonado con todo mi corazón, dijo el lego estrechando la mano del caballero y obligándole á levantar.

El señor Carrera quiso abrazarle con el colmo de la alegría y la veneración al Hermano, pero no bien le puso el brazo en la espalda un ¡ay! involuntario de éste le hizo desistir de su empeño; la sotana estaba chorreando, tanto que la mano del caballero quedó mojada hasta la muñeca.

—Vamos de aquí, dijo el Padre Mariscal, el sereno de la noche puede hacernos daño y sobre todo á usted hermano.

—Pero si no he cumplido con el número de disciplinazos que tengo costumbre de darme.

—Lo prohibo que se dé uno más, así como le prohibo bajo santa obediencia á salir de casa por ningún pretexto aunque sea santo. Anoche le vió el señor Carrera, y si como él le hubiera visto otro, su reputación, á pesar de la pureza y santidad de sus actos, habría quedado perdida sin remedio. Deje usted esa costumbre que aun que san-

ta en sí misma puede serle dañosa por el peligro en que pone su honra.

—Así lo haré, contestó el hermano lleno de humildad y mansedumbre.

Los dos jesuítas y el caballero volvieron á desandar lo andado.

Cuando llegaron frente á la imagen de la Virgen del Rosario se atrasó de intento algunos pasos el señor Carrera, y mirándose la mano á la luz de las bugías la vió roja como si estuviera metida en un guante de escarlata.

El caballero quedóse quieto, lleno de asustado asombro. Vió las disciplinas con que castigaba su carne el lego pero no creyó que llegase á tanto su crueldad. Eso era casi haberse degollado. Cuando llegaron á la portería, no quiso el señor Carrera que se retirara el hermano José sin que lo permitiera antes besar otra vez su mano. Púsose de rodillas y hubo que concederle tal gracia á trueque de no verlo en tal actitud.

Tan honda era la impresión producida en el pecho del señor Carrera por la san-

gre del jesuíta, que de buena gana le hubiera adorado.

Entró el caballero á su casa lleno de gozo, y los jesuítas hicieron lo mismo en la suya yéndose cada cual á su celda.

—Hasta mañana, padre Superior, dijo el hermano.

—Hasta mañana, hijo mío.

El padre Mariscal encendió vela en su habitación y fué á desnudarse para dormir. Tendió las manos y ambas estaban también rojas como la del señor Carrera.

—Bien me dijo que cumpliría mejor de lo que yo pudiera esperar. Me alegro, me alegro. Se ve que es hombre de mucha resolución. Hizo mal en salir, pero con lo que ha hecho ahora ayudado por mí, padre de la invención, esa falta se ha trocado en un destello de vivísima luz no solo destinada á iluminar la frente de ese pobre hermano sino también la nuestra por aquello de *Honra de sus padres es el hijo bueno*.

Lavóse las manos el Padre Mariscal, sopló la vela y absolutamente satisfecho se quedó dormido como un lirón.

En cuanto al hermano José, pasó éste una noche terrible ocasionada por los dolores que él soportó con alegre resignación. No había sido tan necio para disciplinarse con semejante crueldad por dar gusto á sus superiores ni por alcanzar una reputación mezquina. Se creyó culpable delante de Dios como que en realidad lo era, y quiso expiar su falta martirizando su carne al mismo tiempo que daba á su Protector una muestra de gratitud por haberle salvado del abismo. Estaba, pues, satisfecho con sus dolores de los que no pensó en quejarse al otro día aunque si suplicó con instancia le permitieran no salir de casa por algún tiempo, cosa que le fué concedida sin dificultad.

CAPITULO XIII

En donde está el oro

Una noche pasada entre el baile y las botellas había sido suficiente para entablar una amistad estrecha entre el padre San Miguel, Benito Gil, sus amigos y vecinas. Al otro día todo era común, el jesuíta no quiso almorzar sino con éstos, quienes, por otra parte, procuraron también honrar al nuevo amigo con un almuerzo si no aristocrático por lo menos abundante; concluido el cual Benito Gil que tenía siempre la costumbre de refrescar su sangre por medio del baño, se levantó de su asiento diciendo á sus amigos:—Perdonadme, voy á dejaros un momento.

—¿Te vas? preguntó Rosita.

—Sí, á la casa de baños; y si gustas tendré gran placer en llevarte en mi compañía.

Rosa Pantoja aunque sin deseo de baño y quizás sólo por no quedar acompañada del señor San Miguel se dispuso á salir con su amante.

—Yo también le acompañara, dijo Lelia, pero la casa de baños está lejos, y sobre todo no estoy para vestirme.

—Pues bañarse en casa, contestó Pérez Sevilla.

—Eso quisiera yo, mas donde vivimos no hay patio para hacerlo. No es como aquí, donde nos podíamos bañar á gusto con sólo poner la tina de agua en el rincón de la derecha.

—¿Y por qué no puede ser ahora lo mismo?

—Por no molestarles, contestó Lelia deseosa de que le instaran algo más antes de aceptar lo que ella mismo tan ardientemente deseaba.

—Usted no puede molestarnos nunca, antes con usar de este patio, como mejor le

parezca, nos da una prueba de estimación, dijo Mora.

Si así lo creen, aceptaré, pero no el patio solamente.

—Comprendo; quiere usted mi cuarto? pues allí lo tiene. Nosotros nos quedaremos en este, si Gil lo permite.

—Está á las órdenes de ustedes, dijo sonriéndose Gil, y dando la mano al señor San Miguel se despidió de sus amigos dejándolos en su habitación.

Lelia también se despidió. Al salir, le dijo Mora:—¿No quiere que le ayude á pasar la tina de baño?

—No hay necesidad, señor Mora, el aguador la pasará en seguida.

—También yo me despediré, dijo el jesuíta.

—No hay razón para eso, señor San Miguel. Lo mismo que en su cuarto puede descansar aquí, y mejor aún, puesto que lo pasaremos conversando.

—Sea, contestó el jesuíta, y buscó una postura cómoda en el sofá.

—Cuidado con dormirse, dijo Mora. Les permito conversar, dormir nó, tengo necesidad de ustedes.

—Para qué? preguntó Pérez Sevilla, que se acomodó en el otro sofá del frente.

—Para que me ayuden con sus consejos en una obra difícil que voy á hacer en este momento. Y sacando un lapiz del bolsillo y una pequeña cartera en blanco, lo puso todo sobre la mesa.

—¿Vas á empezar ya el poema á tu adorada?

—No, de eso no es tiempo aún, sólo quiero hacerle un soneto, pero de los buenos, celebrando su belleza. Entiende Ud. de poesía, señor San Miguel?

—Algo, algo, contestó este, que no quiso comprometerse del todo, temeroso de que Mora le obligue á él á hacer los catorce versos. No sé mucho, pero le ayudaré á buscar consonantes.

—Mejor fuera que me ayude á buscar palabras nunca oídas que son las que dan fama á los versos.

—Buscaremos entre todos, dijo el jesuíta.

Mora' le dió las gracias y apoyando la frente en la mano izquierda, tomó el lapiz con la mano derecha sentándolo sobre el papel, y se quedó meditabundo.

—Yo quiero decirle que es muy bella, dijo el poeta, como si hablara consigo mismo, pero cómo se lo digo?

El jesuíta se sonrió pensando que Mora no acabaría nunca su soneto, si no sabía cómo decirle hermosa á su adorada.

Al fin después de algunos rasguños en el papel escribió este renglón:

Eres bella mi bien y te idolatro.

—Esa palabra no sirve para final de verso dijo Pérez Sevilla. ¿Dónde vas á encontrar tres consonantes seguidos en otro, que sean nobles y armoniosos? Yo por mí no encuentro más que uno; este: *cuatro*; que creo que no te servirá para nada, á menos que no le digas que es hermosa como *cuatro*.

—Es verdad, dijo Mora; y borró lo escrito volviendo á quedar como al principio.

Señor Mora, dijo Lelia, entrando otra vez, tenga la bondad de prestarme la llave de su cuarto.

—Aquí la tiene, vecina. Y le agradezco el favor que en esto me hace. Desde ahora voy á quererle mucho más á ese cuarto sólo porque le ha servido á Ud.

Lelia se sonrió haciéndole una mueca y fue á disponerse para entrar al baño. La tina llena de agua hasta los bordes estaba pronta á recibirla.

Esto parece que no va á salir bien, dijo Mora entre dientes borrando otro verso probablemente hermano del anterior. No me siento inspirado.

—Pero no la ama Ud? dijo el jesuíta.

—Hasta la punta de los pelos. La adoro; pero eso no basta: para hacer un buen verso, es necesario saber hacerlo.

—Ah! si Ramírez estuviera aquí

Ramírez y su amigo Vela se habrán ido pasada apenas la media noche. Ese sí que no es de los que se está con la boca cosida como ustedes.

—Para que no diga que estamos callados, allá va el primer verso, dijo el jesuíta.

Yo te adoro mi bien porque eres bella

Pérez añadió:

Cual cordero del monte de Bairad.

—Eso no pasa, gritó el poeta poniéndose en pie.

Decirle á una muchacha que es bella como un borrego es una estupidez que sólo puede caber en tu cabeza. ¡Vea usted este hombre! repitió:—¡Hermosa como un borrego!

—Tú no has leído la Biblia, dijo Pérez Sevilla incorporándose, mientras el jesuíta se reía en silencio. Los dos poetas le divertían sobre manera y no se arrepintió el haberse quedado. Sí; te lo repito, tú no has leído la Biblia; porque sino, supieras que el mismo Salomón dice hablando de la Sulamita: *Tus pechos son como dos cervatillos gemelos.* Lo que según tu modo de entender las cosas querría decir: Tienes en el seno colgados dos borregos.

El jesuíta soltó una carcajada.

—Eso sale, dijo Mora, muy serio, y yo nunca emplearía semejante comparación. Allá en la antigüedad y entre los judíos puede ser que haya pasado bien, lo que es ahora eso es simplemente una tontería.

—Tontería! dijo Pérez Sevilla con un tono que revelaba cierto desprecio.

—Sí; tontería, como esta otra del mismo Salomón, á que veas que yo también he leído la Biblia y más que tú. En el mismo Cantar de los Cantares dice:

Tu nariz es más bella y recta que la torre de David.

¿A qué no vas donde una joven á decirle: amor mío, su nariz se parece á la torre de la Catedral?

—Olaro que no, porque la Catedral no es como la torre de David.

—En efecto, dijo el jesuíta; la de David parece que era más larga.

—Alto, dijo Mora, mientras sus amigos se reían; ya tengo aquí todo el soneto. Y señalando la frente asentó otra vez el lápiz sobre el papel en ademán triunfador.

Un ruido insólito y creciente se dejó oír en la calle á pocos pasos de la casa.

—¿Qué es? dijo el padre San Miguel acercándose á la pequeña ventana.

Un hombre del pueblo penetró en este momento en el patio á carrera suelta segui-

do de cerca por un pelotón de corchetes. Quiso fugarse subiéndose á una pequeña tapia que tenía la casa por ese lado, pero no pudo, porque en el momento mismo de trasponerla fue acogotado por sus perseguidores.

Era un ratero á quien la justicia había sorprendido en sus maniobras.

El patio se llenó bruscamente de soldados y curiosos.

Lelia que en ese instante acababa de salir del baño, impulsada por el rubor, á la vista de tanta gente, no pudo cruzar el patio para llegar al cuarto de Mora, y con una rapidez digna de su vergüenza, se precipitó en el cuarto de Gil.

—Una nereida! dijo Pérez Sevilla abriendo los brazos.

—Es Venus, que acaba de salir de las ondas, dijo Mora mientras la muchacha se refugiaba en el rincón del aposento.

Pérez Sevilla cerró la puerta con llave para impedir la entrada á los curiosos.

El padre San Miguel hizo como que no veía.

Se acercó á la ventana y permaneció mirando lo que pasaba fuera.

Lelia era hermosa. Y así con su negra cabellera de la que se desprendían multitud de gotas de agua como una lluvia de diamantes, con los pies descalzos, los brazos robustos y llenos de color, bien hubiera podido creérsela una ninfa sorprendida de imprevisto al salir de las ondas.

—Mi soneto, gritó Mora, mi soneto, ahora sí que lo hago. Y se puso á escribir con rapidez mirando de vez en cuando á Lelia con la sonrisa en los labios.

Pérez Sevilla se puso á ayudarle. Tan pronto cogía uno el lápiz como lo dejaba el otro.

Lelia les envió una sonrisa y apretó los brazos contra el seno como para cubrirse de algún modo al mismo tiempo que inclinaba no sin cierta coquetería su encantadora cabeza.

La gente fue saliendo poco á poco y Lelia dijo: — Tenga la bondad, señor Sevilla, de abrir la puerta.

Un momento, que concluyo, dijo Mora.

El padre San Miguel estaba violento. Qué iba á pasar allí? Su faz se enrojeció súbitamente por la vergüenza, apretó los puños nervioso con tanta fuerza que las uñas penetraron hondamente en la planta de la mano.

—Es justo, dijo conteniéndose apenas, abramos la puerta á nuestra vecina. El traje en que está no es nada honesto.

—La hermosura es siempre honesta, replicó Pérez Sevilla.

Lelia es un modelo y no puede salir hasta no acabar nuestra obra.

Y siguieron riéndose y escribiendo mientras Lelia golpeaba el suelo como una niña caprichosa y contrariada haciendo al mismo tiempo una cara como que iba á llorar.

El jesuíta de buena gana hubiera dado de bofetadas á sus dos nuevos amigos. Tal vez quiso hacerlo, pero logró contenerse aunque dijo con voz iracunda:

—Señores, lo que aquí se está haciendo es impropio de un caballero; eso es infame.

Nadie contestó.

Luis de Mora tomó el papel en las manos y dijo en voz alta: ya están las dos cuar-

tetas. Atención, y con voz de fuego, con todas las retóricas apasionadas que el caso pedía, comenzó así:

*¡Qué hermosa estás! ardiente, enamorada,
Desnudo el seno muestras palpitante,
Dos montes de nieve en los que amante
Dejó el sol el color de la alborada.*

*¡Qué hermosa estás! tu carne sonrosada
De placeres hambrienta, sofocante,
Tiene el fuego de un horno y la brillante
Luz de una estrella en noche perfumada.*

Esto es soberbio, dijo Pérez Sevilla.

Lelia se sonrió como dando las gracias. No era mujer á quien le disgustaran las galanterías.

El padre San Miguel vió el agrado que mostraba esa mujer: y variando repentinamente de ideas dijo: — Yo concluyo el soneto. Y rápido escribió algunos renglones. Ya está, dijo; y después de leer rápidamente lo que ya hemos consignado, empezó sus tercetos con una entonación singular y amenazadora.

Los tercetos decían así:

*Gozar tu desnudez, dulce amor mío,
Que corto galardón, cuando al oriente
La aurora asoma tu gentil cabeza*

*Amantes ceñirán el negro hastío,
Y las iras de un Dios omnipotente
Prontas á castigar tanta torpeza,*

El jesuíta al decir las últimas palabras había extendido la mano señalando á Lelia con un soberbio ademán.

Esta se ruborizó, y tratando de disculparse dijo con voz que tenía mucho de cólérica:

—Yo no tengo la culpa, señor Sevilla, ábrame la puerta. Y la golpeó con fuerza.

—Qué puerta? yo no he visto puerta ninguna, dijo con desfachatez Pérez Sevilla.

—Señores, en nombre del pudor suplico que se abra esa puerta, dijo el padre San Miguel, pronto á llegar á vías de hecho caso de que los jóvenes se negaran á abrirla.

El jesuíta había creído que sus versos llegarían á despertar en el alma de los circunstantes algún temor á la justicia divina,

mas viendo que no habían producido, ni con mucho, lo que esperaba, estaba resuelto á arriesgarlo todo á trueque de que no continuase tan vergonzosa escena.

Señores, por última vez suplico se abra esa puerta. Y avanzó un paso con ademán resuelto.

Unos golpes dados en la puerta del lado de afuera contuvo á todos.

Llaman, dijo Mora.

—No abra, dijo Lelia, casi en secreto.

—Y por qué nó? contestó Pérez Sevilla. Aquí no se le impide la entrada á nadie.

Y comenzó á abrir la puerta con desenfado.

Lelia no tuvo más remedio que meterse debajo de la cama de Gil.

Entre usted, señor Román, dijo Pérez Sevilla al ver que quien había llamado era el casero.

Con mucho gusto, señor, contestó éste. Y entró con franqueza saludando á Mora y al jesuíta.

En pocas palabras le pusieron al corriente de quién era el señor San Miguel y del

cambio que habían hecho de habitaciones. El casero nada dijo. Con que le pagaran puntualmente los inquilinos, lo demás le importaba poco.

—¿Está aquí el señor Gil? preguntó á Mora á quien conocía más.

—No señor; pero no debe tardar mucho.

—En ese caso le esperaré á fin de evitarme el trabajo de volver á subir. Y como para indicar á lo que había venido, añadió como si hablara consigo mismo:—Ahora es primero.

—Lo había olvidado, dijo Mora riéndose. Los inquilinos siempre tenemos buen cuidado de olvidarnos de esa fecha.

—Cuando les dejan olvidarse, contestó con sorna, el señor Román. Yo no soy de esos. Y variando de tono preguntó con afabilidad: — Desde cuándo está aquí, señor Mora?

—Para cobrarme el arriendo? pues nada más que desde ayer, pero los veintinueve días que el cuarto ha corrido á cargo de Carlota se los pagaré también tan pronto como venga Gil.

—Doble motivo para esperarle, dijo satisfecho el casero.

—Mora tenía dinero y muy bien pudo dar en ese mismo instante lo que ofrecía, pero no quiso. Deseaba embromar al casero todo lo posible á fin de que Lelia pasase un buen rato debajo de la cama. El chasco que le daban sus vecinos era más allá de pesado. Estaba rabiosa y á duras penas contenía las lágrimas.—Y á usted, señor Román, cómo le vá en su barbería? preguntó Pérez Sevilla.

—No muy bien: Antes era el oficio de barbero una canongía, en poco tiempo era uno capaz de hacerse una fortuna, pero ahora . . . desde que los hombres han aprendido á afeitarse por sí solos, el oficio está muy decaído. Figúrese usted, señor Sevilla, que antes, hace unos doce años, yo y seis oficiales apenas alcanzábamos á servir á tantos caballeros, al paso que ahora . . . los tres que tengo, se pasan la mitad del día sin hacer nada.

—Parece que el señor Gil demorará mucho, dijo el jesuíta considerando que la po-

bre muchacha con el traje de baño húmedo sobre la carne no estaría muy á gusto deseando que el barbero se fuera cuanto antes.

—No importa, contestó el señor Román, las horas al lado de ustedes se me hacen tan cortas, que aquí me voy á estar hasta la tarde.

Lelia oyó perfectamente las palabras anteriores, y juzgándose incapaz de resistir ni dos minutos las mordeduras del frío, tomó una resolución atrevida, pero salvadora. La puerta está abierta de par en par. Fue sacando poco á poco la cabeza de debajo de la cama y poniéndose en pie, de repente con una carrera la más rápida que le fue posible salió del cuarto.

—¡Cómol quól gritó el señor Román, al ver esa joven medio desnuda escaparse corriendo. En veinte años de soldado no he visto una ova más sin vergüenza. Y precipitándose á la puerta gritó con más energía: más sin vergüenza; mientras Lelia atravesando el patio se encerraba con llave en el cuarto de Mora temerosa de ser castiga-

da por *sin vergüenza* como decía el señor Román.

—Mora y Sevilla se rieron con la franqueza de la juventud; para ellos la fuga de Lelia no dejaba de tener cierta gracia.

El padre San Miguel estaba serio; para él lo que habían hecho esos dos calaveras era infame y quizá no le faltaba razón.

El señor Román al ver desaparecer á Lelia en el cuarto del frente, se volvió á los jóvenes y les dijo con ira:

Pero, qué desórdenes son los que están pasando en mi casa?

—Ningunos, señor Román, dijo Pérez Sevilla. Lo que está pasando es lo más natural del mundo. Nuestra vecina tuvo deseos de darse un baño y en efecto lo hizo en el ángulo del patio; pero al mismo tiempo que ella salía del agua, se precipitó aquí un hombre y tras él muchos soldados seguidos de una multitud de curiosos; no tuvo tiempo Lelia de correr á mi cuarto que se lo había cedido para que se mudara, y movida por el rubor se entró aquí.

—Quiero creerles á ustedes, dijo el señor Román, porque ciertamente he visto en la

esquina á ese ratero llevado por los corchetes; pero cómo después de que ellos salieron no pasó esa joven á su cuarto?

—Porque llegó usted cuando iba á salir, y no tuvo más remedio que ocultarse.

—Sí, ciertamente, dijo dudoso el señor Román, parece que ustedes tienen razón.

—Sobrada, señor, y para acreditar nuestra honradez basta el tiempo que usted nos conoce como amigos de Gil en el que jamás hemos cometido desórden ninguno en su respetable casa.

—Tiene razón, dijo completamente convencido el señor Román, y me alegro porque hay cosas que repugnan hasta á los hombres menos católicos.

Mora hizo una seña con la cabeza y los ojos á Pérez Sevilla que muy bien hubiera podido traducirse por estas palabras: óigánle al católico; y deseoso de librarse del casero cuanto antes dijo á éste:—Oreo que Benito Gil demorará mucho, y como no es posible tenerlo á usted haciendo viajes, voy á pagarle de mi bolsillo.

—Le agradeceré á usted mucho, señor Mora

Luis de Mora sacó tres pesos del bolsillo y pagó por su amigo y por él mismo.

Hasta luego, señores, dijo el casero muy satisfecho; después de dar las gracias guardándose el dinero.

Los dos amigos y el jesuíta quedaron otra vez solos.

—¿Todavía está usted resentido con nosotros señor San Miguel? dijo Mora.

—No tengo razón, señores, la ofensa no ha sido á mí sino á Dios el que tarde que temprano sabrá castigar en ustedes lo que ahora se ha hecho.

Los dos amigos nada contestaron, pero se quedaron mirando frente á frente al jesuíta. Este continuó sin inmutarse. Dios es misericordioso hasta lo sumo con los pecados que se esconden tras la vergüenza, así como inexorable con los que se muestran en toda su desnudez. No lo echeis on olvido, señores, una muerte desastrada sigue siempre muy de cerca á esos pecados escandalosos.

Mora y Pérez Sevilla midieron iracundos al atrevido que así les hablaba, resueltos á castigar su osadía.

El jesuíta comprendió lo que pasaba en el corazón de esos jóvenes y no queriendo extremar las cosas ni exponerse á un lance talvez serio, añadió con precipitación:—No es esto profesía. Desde anoche me honro con la amistad de ustedes, y por esto lo dije. No me gusta que amigos á quienes estimo de corazón, se hagan acreedores á la cólera del cielo. Sin embargo, olvido lo hecho en obsequio de la amistad que ustedes han tenido la bondad de dispensarme y que yo deseo conservar.

No hablemos más, dijo con una sonrisa forzada. Hay cosas que es mejor borrarlas de la memoria.

Los jóvenes se dieron por satisfechos. Su satisfacción era noble y franca como el insulto. No obstante, Mora añadió:—No hablemos más, puesto que así lo quiere, pero eso no quita que hallemos en usted una virtud demasiado exajerada para estos tiempos en que no tenemos más divisa que el honor y las damas.

—No es mi culpa, contestó encogiéndose de hombros. Me enseñaron desde niño á

respetar á los otros respetándome á mí mismo, y no es ya ahora tiempo de procurar sumir en el olvido lecciones que juzgo sobremanera sabias y buenas. El jesuíta inclinó la cabeza al decir estas palabras; luego tomó su capa y su sombrero disponiéndose á salir.

Ninguno de los dos se opuso. Antes con el silencio tenaz que guardaron dieron á entender al señor San Miguel que haría muy bien retirándose.

Así lo comprendió éste, y saludando á sus amigos de una noche, hoy si no enemigos por lo menos indiferentes, se retiró del cuarto de Gil no para ir al suyo sino para salir á la calle en busca de alguna distracción que lograra disipar el disgusto que sentía su alma:

—Desde que supe que San Miguel era huésped de los jesuítas le tuve por un beato, dijo Pérez Sevilla. ¿Qué te parece, añadió encarándose con su amigo y cruzándose de brazos: espantarse de ver á una muchacha buena moza?

—Todos estos beatos son lo mismo; quieren ser buenos delante de otros y nada más.

Si él hubiera estado solo, te lo afirmo no se habría espantado.

—Desde ahora te prometo no ser más amigo de San Miguel. Le saludaré, conversaremos juntos, si viene el caso, pero dispensarle mi cariño jamás.

—Ni yo tampoco, dijo Mora, inclinándose á la mesa donde estaba el famoso soneto. Tomó el papel y después de leerlo por encima continuó: ¿Sabes que el soneto es muy bueno?

—Habría sido si ese riobambeño no lo hubiera echado á perder con sus tercetos místicos. Lo bueno son nuestras dos cuartetos en las que no dejo de tener una parte regular.

¡Así era el fuego inspirado que sentía!

—Yo estaba tal que si no me corta el vuelo San Miguel, en vez de soneto me sabía poema. Maldito riobambeño, á él le debo no haber hecho ahora una cosa digna de pasar á la posteridad; y recostándose con indolencia en un sofá cerró los ojos como para dormir.

—No te duermas, dijo su amigo; Lelia debe estar resentida con nosotros y es fuer-

za darle una satisfacción capaz de hacerle olvidar todo lo que le hemos hecho sufrir.

—Lo haremos cuando venga Gil.

—Piensas contarle nuestra aventura?

—Cuando esté solo, es muy natural, deseo saber qué tal le parece mi soneto.

Y volvió á cerrar los ojos perezoso.

Su amigo hizo lo mismo sin decirle una palabra; las profesías del padre San Miguel le tenían inquieto.

Este en cuanto salió á la calle, se dirigió sin rumbo fijo por donde le llevaba el capricho. No tenía ocupación ninguna; y sólo quería olvidar lo que á pura fuerza le hicieron ver sus amigos. Pero el olvido no es un esclavo á quien se llama cuando tenemos necesidad. Cierto es que la voluntad puede mucho, mas también es cierto que cuanto más trata el hombre de borrar alguna cosa, más hondamente se fija ésta en la memoria. El padre San Miguel no pudo olvidar nada; antes bien lo que él había hecho le obligó á pensar detenidamente sobre lo que debía de hacer.

Pienso que he hecho muy bien en protestar contra la falta de pudor de esos jóve-

nes, se dijo: todo católico está en el deber de hacer lo mismo, y con mayor razón un sacerdote como yo, tanto más cuanto que en nada he comprometido con mi indignación las órdenes del padre Superior. Me mandó ser amigo de esta gente por si acaso; bien, ya lo soy. Ha estado á punto de romperse nuestra amistad, pero la satisfacción que dí al último les dejó tranquilos. Se enfriarán nuestras relaciones, es cierto; seremos amigos lo que suele decirse de sombrero, pero esto antes que un mal me parece un bien. La mucha confianza les hubiera tenido con frecuencia en mi habitación en son de visita quitándome la absoluta soledad que necesito tener en el asunto en que nos hemos metido.

Esta noche mismo comenzaré mis investigaciones. Quiera Dios que el padre Superior no se haya equivocado. Y siguió soñando en el tesoro de un modo halagüeño al mismo tiempo que caminaba á la ventana. Cuando llegó la tarde pensó subir otra vez á la Chilena, y aún anduvo algunas cuabras, pero varió de parecer consideran-

do que era mejor no ir sino bien entrada la noche á fin de que sus amigos no fueran á su cuarto como de visita ó le invitasen al de ellos. Comió en una modesta fonda de la calle del Correo y se estuvo allí charlando con la dueño del establecimiento, la famosa Sabidora, mulata ibarreña de fama envidiable en aquellos tiempos, por los sabrosos platos que preparaba, y cuyas manos eran pagadas á peso de oro por los condes y marqueses cuando se trataba de algún espléndido banquete.

Ya cerca de la hora de las nueve se despidió de la Sabidora y se encaminó á su habitación.

La casita de la Chilena estaba oscura como un sepulcro. Nadie se movía, nadie respiraba. Hubiérase dicho al ver su silencio que el ángel de la muerte había fijado en ella su morada. No están aquí, pensó con cierto pavor, al considerarse solo entre aquellas paredes. Habrán ido talvez á continuar en otra parte sus bailes de anoche; pues parece que no les falta dinero; pero pueden también estar durmiendo; y por el

miedo que tenía juzgándose solo, se inclinó á creer lo último como que así era en realidad. Benito Gil y sus amigos reposaban tranquilamente en brazos del sueño sin acordarse para nada del señor San Miguel. Metió la llave en su puerta el jesuíta, y abriéndola cautelosamente, penetró á tientas en la habitación con los brazos hácia adelante para no caer. Iba á encender una vela, quizá para ver mejor lo que hacía, como también para calmar su miedo, pero no encendió. Estas cosas pensaba, deben hacerse en la más completa oscuridad. Y se dirigió á la cama como pudo, sacó de entre el colchón un agudo puñal y una larga varilla delgada y fina como el dedo meñique aguda y templada en su mayor dureza; y otra vez á tientas guiándose por la pared, llegó á la esquina del cuarto. Aquí debe estar uno de los cofres, pensó; en tanto que se ponía de rodillas en el suelo. Ayudado del puñal levantó un ladrillo y metió la varilla, que se hundió por entero. Un frío crispador le penetró hasta el corazón. El señor de Soto y Molina había dicho que las

cajas estaban enterradas á media vara solamente. La varilla tenía una vara, y al entrar toda no descubrió indicios de que adentro hubiera ningún cuerpo resistente. La tierra cedía sin trabajo.

¿Habrán hallado otros el tesoro, se dijo, y busco en vano? Todo puede suceder, no obstante antes de pasar á las otras esquinas exploremos esta en todos sentidos y volvió á levantar otro ladrillo á dos cuartas del primero. Nada, la varilla se hundía fácilmente con sólo apoyar en ella la mano.

Levantó un tercer ladrillo al lado opuesto, nada tampoco. La tierra estaba vacía. Iba á levantarse descorazonado para buscar en otro de los ángulos del aposento, pero se le ocurrió antes de hacerlo que talvez el dinero estuviera algo más adentro. Débil esperanza era esa, pero se asió á ella como un desesperado y comenzó á cabar con su puñal ahondando el agujero casi media vara. Metió otra vez, la varilla y cuatro dedos antes de desaparecer en el agujero, se quedó inmóvil, apoyó el jesuíta con fuerza las dos manos; la varilla no se mo-

vió. Aquí está, se dijo en medio de un suspiro profundo que le hizo arrojar todo el aire que tenía en el pecho. Vamos á la otra esquina. Levantó así mismo un ladrillo y volvió á meter la varilla que hundíendose en la tierra hasta la mitad, hizo alto bruscamente. También está aquí, dijo con mayor alegría. En los dos ángulos restantes practicó la misma operación y en ambos la baqueta de acero sólo penetró media vara. Alegre como ninguno volvió á colocar los ladrillos en el mismo puesto que antes ocupaban, y se dirigió á su cama acostándose en ella casi vestido. Todo está completo, se dijo, pero hallo que la gran caja en la que están los objetos de oro, ó ha sido enterrada á mayor profundidad que las otras, ó en algún temblor, y aún simplemente por su peso, se ha hundido un poco más. De todos modos á esa hondura yo sólo no la podré sacar nunca, necesito de otro compañero que me ayude. Y resuelto á participarle todo al Superior por medio del hermano Benjamín, se quedó también dormido como sus vecinos y quizá mucho me-



por. Ellos se dormían con la pobreza delante de los ojos y un mundo de iniquidades en el alma, y el jesuíta se dormía con muchos millones entre las manos y con la conciencia blanca.

Tres días después de lo que acabamos de referir, en una noche fría y lluviosa, Gil y sus dos amigos acompañados de Rosita, sentados al rededor de una mesa, se entretenían recordando sus interminables aventuras. Bien que la conversación parece que había llegado á su término; pero sólo se oían de vez en cuando algunas preguntas cortas contestadas con secos monosílabos. Al verlos nadie hubiera dudado que esos cuatro corazones estaban devorados por la melancolía. Benito Gil, con el codo izquierdo apoyado sobre la mesa, la frente descansando en la palma de la mano, se entretenía en acariciar la negra cabellera de Rosita que recostada en su hombro con los ojos cerrados parecía dormir. Pérez Sevilla con un pliego de papel y un lápiz estaba afanado haciendo algunas letras capri-

chosas llenas de flores y rayas que no terminaba nunca. Sólo Mora no tenía oficio aparente. Miraba por la ventana con insistencia por largo trecho la oscuridad de la noche y fijando sus ojos en Rosa hacía no se qué cuentas imaginarias en los dedos. Tal vez se entretenía escribiendo en la memoria su poema del que hasta la presente sólo el nombre conocían sus amigos. Las noches de invierno en Quito son melancólicas y poéticas como unos ojos negros agobiados por el dolor. Ese ruido sordo del aguacero que se escucha desde el aposento medio hundido en una silla, tiene no se qué de triste, de dulce que convida á soñar. A su misterioso influjo el velo del pasado se alza poco á poco, ante los ojos del alma, que contempla con amargura sus años perdidos. En esas noches todo se vé teñido con esa tristeza que hace llorar á los corazones sensibles al mismo tiempo que les entretiene. Los dolores, las angustias, la desesperación misma, vistas de lejos á través de los años no amargan, porque no se presentan vestidas con el color de la no-

che, sino con las desmayadas tintas del crepúsculo. ¿Por qué hasta el dolor cuando ya no es, se muestra á los ojos del hombre como una núbecilla de escarlata que cruza los espacios mecida por el viento lijera y caprichosa? ¿por qué sólo el porvenir, esa mañana que nadie conoce, se presenta siempre sombría, desesperante, aterradora? Será la incertidumbre misma la que hace más espantoso de lo que es? ¿será nuestra propia naturaleza que no puede avenirse á contemplar cara á cara esa esfinge misteriosa? Nadie lo sabe, sin que por eso deje de ser una verdad que el porvenir no es bello para ningún hombre de corazón que vive de sueños, que se alimenta con sus dolorosos recuerdos.

—Te van á criar canas á fuerza de hacer versos, dijo Pérez Sevilla viendo que su amigo le pedía el lápiz y el papel.

—Las canas también forman corona en la cabeza de un soñador.

—Eso no es tuyo, gritó su amigo. Ese pensamiento te lo has robado de Alberto Arias Sánchez, Cónsul del Ecuador en Valparaiso, y facedor de cuentecitos,

—Cierto que es de él, sin que por eso deje de ser bueno.

—¡Nunca, ese hombre cargante no tiene un sólo pensamiento sólido ni verdadero y sus cuentos son una atrocidad! Allá vá uno para muestra.

Entra en escena un rico empobrecido que al fin determina casarse con alguna de las muchas mujeres que le amaron en el tiempo de su opulencia, pero no sabiendo con cuál de ellas hacerlo, se vá donde un amigo á tomarle consejo y éste le dice muy serio: *Sólo tu madre te amó de veras.*

Rosita alzó los ojos y envolvió la faz de su amante en una mirada de fuego. Gil también la miró con una ternura inmensa, y apretándola contra su seno, dijo á Mora: Ya ves que no es así.

El amor no sólo existe en el corazón de las madres; si así fuera, la vida se haría imposible lejos de su regazo. El amor es el sol que alumbra y vivifica el mundo moral, como lo hace el astro del día con la tierra, y ni uno ni otro pueden faltar, so pena de que la humanidad volviera al caos. El sol

se oscurecería cuando el mundo roto en pedazos á la voz de Dios no necesitó de su luz; pero el astro del amor seguirá brillando como nunca; es eterno porque Dios mismo es amor.

Pérez Me convences con tu razonamiento, dijo *Mora*, nosotros los que sabemos amar como tú y yo, los que somos correspondidos, bien sabemos que la mujer, aun prescindiendo de la madre, tiene en su corazón abismos inmensos de cariño que le pueden llevar hasta el sacrificio, si fuera necesario.

Cuando encuentre de quién enamorarme, pesaré en justa balanza lo que dices tú y lo que dice Arias Sánchez. Lo que es ahora, estoy con él. No hay amor como el de una madre, digo juzgando por lo que me quiere mi abuela; pues, como ustedes saben, perdí la mía poco tiempo después de haber nacido. Diablos! este llover no pasa, añadió escuchando el ruido sordo de los chorros de agua al caer sobre las piedras. Voy á llegar calado hasta los huesos si no me prestas la capa, querido Gil.

—Esa está á tus órdenes, pero creo que harías mejor quedándote aquí conmigo. La

noche está triste, fría, y mejor la pasarás al lado de tu amigo que al lado de tu abuela.

—Acepto, si no me has de mandar al cuarto de Mora. Es peor que mi abuela; patea de un modo que no hay quién pueda dormir á su lado. La cama no le basta, tira las mantas al suelo y deja al compañero en camisa.

—Eres un mal agradecido, replicó Mora, siempre que hemos dormido juntos he procurado abrazarte como se abraza á un hijo querido.

—Reniego de tus abrazos así como de tus cariños.

—Sabe también acariciar, dijo Gil riéndose.

—Vas á ver cómo, contestó Pérez Sevilla. Una noche nos acostamos perfectamente vencidos por el sueño; cuando á eso de la media noche siento unas sacudidas en la cabeza que me hicieron despertar gritando. Era mi amigo que agarrado de mis cabellos así pensaba en soltarme como yo en hacerme santo.

—Soñé que estaba limpiando una capa nueva, dijo Mora en medio de una risa general. Ojalá y nunca hubiera soñado, pero á los pocos momentos de lo que acaba de contarles Pérez Sevilla, y cuando ya el sueño volvía á apoderarse de mí, siento unos terribles puñetazos que me partían las espaldas y que me hicieron caer cama abajo.

—Soñaba, dijo Pérez Sevilla, que alguien quería robarse tu capa y traté de defenderla.

—Duerme aquí, dijo Gil, acabando de reirse.

—Acepto; aunque el sofá no es muy cómodo.

Mora dió un bostezo formidable y levantándose dijo:—Ya que este ingrato prefiere dormir en un sofá antes que en mis brazos, me despido. El sueño me está acometiendo de un modo bárbaro. Buenas noches, señores. Y de tres saltos para evitar la lluvia, cruzó el patio y se encerró en su cuarto.

Pérez Sevilla también se acomodó en el sofá, y después de algunos momentos de con-

versación tenida debajo de las mantas, mataron la luz, y se quedaron en silencio.

Media hora después todos dormían en aquella miserable casa; todos, menos el jesuíta.

La comisión del entierro había determinado poner en descubierto esa noche los tesoros del señor Soto y Molina.

El padre San Miguel comunicó al Superior que uno de los cofres, quizá el más grande, estaba á vara y media de hondura, y que por consiguiente le iba á ser difícil si no imposible sacarlo solo. A esto contestó la comisión mandándole un robusto hermano en traje de seglar. Que el señor San Miguel tuviese amigos á nadie podía infundir sospechas. Todos son capaces de tenerlos, hasta los más infelices.

El hermano se presentó en la casa de la Chilena á eso de las cinco de la tarde, preguntó á Mora por el señor San Miguel y éste que estaba alerta, salió precipitadamente al corredor, y le abrazó con ternura á vista de todos, como se hace con un viejo amigo á quien después de largos años de ausencia se vuelve á ver.

Mora vió los abrazos y sin dársele un comino por las ternezas de los dos amigos, pasó al cuarto de Benito á estarse allí un rato agradablemente.

Los jesuítas encerrados en su habitación, aguardaron anhelantes la llegada de la media noche.

Cuando ésta llegó, notando que todo estaba sumido en el más profundo silencio, dijo el padre San Miguel al oído de su compañero:—Oreo que ya es hora de empezar.

Nada contestó el otro, pero levantándose sin hacer ruido se dispusieron á cavar la tierra provistos de largos cuchillos.

—Pienso, padre san Miguel, que la operación va á ser sumamente embarazosa, si no encendemos luz. Como no vemos, cuando uno mete la mano á sacar la tierra puede el otro seguir cavando y herir al compañero

—Pero la luz puede vendernos.

— Todos duermen, estamos completamente solos. Sin embargo por un exceso de precaución podemos tapar las rendijas de la puerta.

—No las tiene.

—Entonces taparemos el agujero de la llave con papel. El padre San Miguel se decidió á encender la vela, y el hermano con un trozo de papel previamente arrugado entre los dedos, tapó el agujero de la cerradura.

—Manos á lá obra, dijo el padre. No podemos perder un minuto de tiempo so pena de que nos sorprenda el día. Empecemos por lo más difícil: por el cofre que está sepultado más hondo.

—Empecemos, reverendo padre.

Y en medio del mayor silencio comenzaron después de quitar muchos ladrillos á cavar la tierra. El agujero comenzó á ensancharse rápidamente. La hoja de los cuchillos ancha de cuatro dedos, y sin punta, les servía perfectamente.

Al fin un golpe sordo les anunció que había dado con la madera del baúl. Quitaron toda la tierra de su superficie y vieron con ayuda de la luz, que apenas estaba descubierta una tercera parte de éste.

—Por aquí no sale, dijo el padre San Miguel, es preciso ensanchar el agujero por el lado derecho.

—Y por el izquierdo también, puesto que no asoma ninguna de sus esquinas. Y los dos jesuítas, sudorosos, enrojecidos por el trabajo, comenzaron á cayar. El hueco había adquirido la profundidad debida, esto es vara y media, y por consiguiente las cuchilladas no eran ya tan silenciosas, el aire las hacía sonoras á pesar de la finura de las cuchillas.

—No con tanta fuerza, dijo el padre; re tumba mucho. Dé usted á su cuchilla el movimiento de corte como quien rebana, pero no golpes.

El hermano hizo así aunque no por eso el ruido disminuyó mucho. Ya casi habían llegado al fin del trabajo, cuando Pérez Sevilla quizá por lo duro del sofá que le servía de lecho, despertó perezoso.

La tempestad había pasado por completo. El silencio era profundo, la oscuridad espantosa. Pérez Sevilla no quiso ver. La oscuridad con los ojos abiertos causa mareo

y terror, no es como la que disfruta el hombre cerrados los ojos, llena de nubecitas azules de diminutos diamantes y tan suave como las carnes de un niño; por eso cerró los ojos pero no pudo volver á dormirse.

De pronto llegó á sus oídos un ruido sordo como los arañazos de un gato. Paró la oreja y se quedó escuchando. El ruido seguía. Pérez Sevilla se incorporó en el sofá, y el ruido se volvió casi imperceptible, ¿Qué será?, se dijo, volviendo á acostarse junto á la pared, y dándose el mismo la respuesta, añadió:—Puede que sean ratones, que están haciendo de las suyas en el cuarto de San Miguel. Los golpes se hicieron más perceptibles y por último uno más sonoro, más hueco que los otros, hizo de nuevo levantar la cabeza á Pérez Sevilla. No, volvió á decirse, están miando la casa; y se levantó rápido aunque con el mayor silencio. Dió algunos pasos inseguros adelantando con cautela las manos á los pies para no caerse. Llegó á la cama de Gil; y antes de recordarle puso su mano en la boca de éste para impedirle hablar recio eⁿ

los primeros momentos, y le movió suavemente.—Gil, le dijo en el oído, Gil, levántate pero en silencio. Están minando la casa.

Benito quiso alzarse rápidamente, pero la mano de Pérez Sevilla le contuvo por el pecho. No hagas ruido, le dijo; no conviene que nos sientan.

Gil con suma prudencia fué levantándose poco á poco sin hacer sentir á Rosita, pero inútilmente, porque ésta como mujer delicada y nerviosa se había recordado al primer movimiento y tomándole del brazo izquierdo iba á preguntarle en voz alta ¿dónde vas? si Benito inclinándose en cuanto sintió la presión de su mano, no le hubiera dicho: silencio, no hay que hacer ruido.

Levantáronse los dos, y cojidos de las manos avanzaron poco á poco al sofá donde se había acostado Pérez Sevilla. Pegaron todos la oreja á la pared para oír mejor y todos percibieron un sordo tau, tau, acompañado de algunos ruidos como los que produce un papel frotado con otro.

—Están cavando, dijo Gil, y es en el cuarto de mi paisano San Miguel.

—Estarán enterrando algo? pregunto Rosita.

—Puede ser, contestó Gil, pero es preciso verlo.

—Todos se dirigieron á la puerta. Pérez Sevilla que llegó el primero intentó abrirla poco á poco; pero un ruido imperceptible que ésta hizo le contuvo la mano.

Toda puerta si se trata de abrir poco á poco produce ruidos más ó menos sonoros á cada pulgada que cede. Benito lo sabía y por eso deteniendo á su amigo arrimó el hombro fuertemente para que una de las hojas de la puerta pegase lo más posible contra la jamba, y de un golpe la abrió casi por completo en el mayor silencio.

La noche estaba fría pero ninguno se apercibió de ello, ni siquiera Rosita, y eso que estaba con los brazos y parte del pecho completamente desnudos. La curiosidad podía en ellos más que el rigor de los elementos.

Pegados á la pared uno tras otro llegaron á la puerta del señor San Miguel. Por las imperceptibles juntas de la madera adi-

vinaron que adentro estaba con la vela encendida, pero no pudieron ver nada. No obstante, el ruido continuaba más claro, más seguro. Gil no se había engañado. La persona ó personas de adentro estaban cavando.

—Ha tapado el agujero de la llave, dijo Pérez Sevilla, no hay cómo ver.

—Será que la llave está prendida?

—Todo puede ser, pero debemos cerciorarnos, contestó Pérez Sevilla é inclinándose al suelo comenzó á buscar al tanteo alguna paja ú otra cualquiera cosa que pudiera servirle para empujar el obstáculo que les impedía ver.

Inútil buscar, en el corredor no había una sola basura.

—Busquemos en el cuarto, dijo, pero Rosita detuvo á todos. Se había quitado la cinta que sujetaba sus cabellos y arrollándola fuertemente en espiral, comenzó á empujar el obstáculo con esa delicadeza propia de la mujer.

El papel cayó sin llamar la atención de los cavadores que de espaldas á la puerta

sólo atendían á su facna. Un rayo de luz débil salió hasta el patio. El obstáculo no existía.

Gil fué el primero que pegó el ojo por largo rato.

¿Oavan? preguntó su amigo, empujándole para ver también él, pero Benito no se movió, contentándose con decir á su amigo: espera.

Los dos jesuítas en ese momento acabando de ensanchar convenientemente el agujero, trataban de sacar el gran cofre de alhajas, sin conseguirlo, por más que bregaban.

Al fin viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, se dirigió á su cama y tomando uno de los gruesos pilares de ésta, volvió al agujero. Metió el pilar entre la tierra y el cofre y sirviéndose de él como de una palanca, con un esfuerzo supremo, levantó la punta del cofre; el otro jesuíta le ayudó también y ese gran baúl forrado de cuero que por todas partes se deshacía, aunque la madera estaba entera, dejando de descansar horizontalmente, se quedó de

punta. Lo demás fué fácil: pues, teniendo ya de donde asir pudieron, sin mucho esfuerzo, colocarlo casi al lado de la cama.

Gil que vió todas las maniobras se quedó paralizado; en ese hombre todo había muerto menos el corazón que latía hasta el punto de hacerle daño.

Pérez Sevilla le empujó nuevamente, y aprovechando de lo poco que había cedido la cabeza de su amigo, arrimó la suya y se quedó mirando.

Vió el montón de tierra que uno de los jesuítas volvía á poner en el agujero mientras el otro echaba algunos trapos sobre el baúl como para ocultarlo.

El cuerpo de Pérez Sevilla comenzó á temblar como el de un neurópata. Lo comprendió todo, estaban desenterrando una fortuna, y esa fortuna era de ellos.

Rosita, por lo que le dijo Gil, supo lo que adentro sucedía, pero como esas cosas no pueden satisfacer solamente oídas si al mismo tiempo no se vé, agachando la cabeza rosó son su frente las mejillas de Pérez que no se apercibió de nada, sino cuando su ojo

se oscureció del todo; había cedido sin sentir su puesto á la niña y hallándose al lado de Benito cogió la mano de éste apretándosela con una emoción profunda.

No tenían necesidad de hablar para comprenderse.

Uno tras otro siguieron observando sin cansarse nunca. Rosita al lado de Gil temblaba de frío. Al haber luz en esa hora se hubiera visto que sus brazos estaban rojos como una cereza. Vete á dormir, la dijo Gil; nosotros te contaremos todo lo que suceda. Y la acompañó hasta la puerta, regresando al lado de su amigo que seguía observando.

Los jesuítas, para terminar más pronto, temerosos de que les cogieran, se habían puesto á cavar en dos esquinas distintas.

Pérez estaba asombrado. Creyó que era una sola la caja, y al ver lo que hacían los de adentro, supuso que era mucho más como así era en efecto.

Todo el cuarto es oro, dijo á su amigo frotándose las manos, al ver cómo sacaban cada uno de los jesuítas un cajón pequeño pero al parecer sumamente pesado.

En seguida se dirigieron al último ángulo del aposento y también hicieron lo mismo; de éste sacaron el último cajón. Bien que éste y uno de los anteriores no pudieran ver Sevilla ni Benito á causa de la posición que ocupaban, sino cuando les iban escondiendo los jesuítas debajo de la cama.

—Han concluído, dijo Gil, mirando á su vez.

Los primeros cantos del gallo anunciaron que la aurora estaba aproximándose.

Los dos jesuítas hablaban en secreto, pero por los jestos y ademanes comprendió que el amigo del señor San Miguel se disponía á salir tan pronto como rayara la primera luz de la aurora, pues se dirigió una vez á la ventana con el objeto de ver si estaba amaneciendo.

—Vistámonos, le dijo Gil á su amigo, es necesario estar listos para todo.

Los dos jóvenes entraron á su cuarto, allí estaba Rosita tan despierta como á las doce del día. El gran baúl forrado de cuero le quitó el sueño por completo.

—¿Qué hay? preguntó á Gil levantándose.

—Que todo mi cuarto ha estado empedrado de cajones de oro, y yo no lo sabía, dijo tirándose el pelo, pero es lo mismo, puesto que están en mis manos.

Pérez se vistió apresurado y acercándose á Gil le dijo: ¿qué te parece?

—Lo sabes tan bien como yo, es inútil responder con pérdida de un tiempo que necesitamos economizar como avaros. Vas á salir á la calle en este momento?

—¿Para qué? Deja que la aurora me alumbre el camino.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar, que la aurora te coja aquí.

He visto en los jestos de los que están adentro que uno de ellos, quizá los dos, tratan de salir en cuanto amanezca, y es necesario que tú, situado á cincuenta varas de aquí los espíes y sigas sus pasos hasta ver dónde paran. Bueno es saber con quiénes vamos á habérnoslas, si con frailes ó con hombres como nosotros. ¿Crees que sean jesuítas?

—Creo, porque un jesuíta me ha pedido el cuarto y un jesuíta le trae la comida.

—Puede que tengas razón, dijo Pérez Sevilla pensativo.

—Los seguirás, pues, y no regreses hasta cuando no hayan dado las ocho de la mañana; quiero, si por acaso se queda uno de ellos, evitar que sospeche al verte venir tan demañana. Además es necesario que vengas comprando un puñal del mejor temple que puedas conseguir.

—No tenemos bastante con tu espada y con tu daga?

—Somos tres, y es fuerza estar todos armados. Voy á darte el dinero para que compres lo que te digo.

—No hay necesidad; tengo todavía el resto de las dos onzas que Ramírez me dió el otro día.

—Entonces anda, y no te olvides de comprar, lo mejor que encuentres.

—Compraré un puñal de Toledo.

—Si no hay más, bueno; pero si te es posible escoger, busca una daga milanesa. Son de mejor temple, más largas y más agudas que lás de Toledo.

—Así lo hare, dijo Pérez Sevilla, y al momento de salir preguntó:—Si por acaso lo encuentro á Ramírez, le llamo?

—No; pero le preguntas dónde le podemos ver en caso de necesidad.

Si son sacerdotes no necesitamos de ayuda; ellos no saben más que rezar y cederán á los primeros golpes; si particulares como nosotros, entonces ya es otra cosa.

Pérez Sevilla salió sigilosamente y fue á colocarse en la esquina, resuelto á no moverse de allí hasta ver si salían ó no los desenterradores del tesoro.

CAPITULO XIV

Emociones

Benito Gil no se había engañado: tan pronto como los primeros resplandores de la aurora comenzaron á blanquear el horizonte, el jesuíta que había acompañado al padre San Miguel durante la noche, tomó su sombrero y salió á la calle.

Pérez Sevilla le vió salir y retrocediendo algunas docenas de pasos por la calle transversal, se quedó inmóvil junto á una puerta todavía cerrada.

El jesuíta, metidas las manos en su enorme gabán y casi cubierto el resto con un ancho sombrero de Manabí, bajó con paso rápido por la angosta calle de la Chilena y

solo se detuvo á la altura de la muralla de la Merced: allí torció á la izquierda y siguió su camino con la misma rapidez.

Pérez Sevilla le seguía á la distancia. Resuelto á no dejarse ver y á inquirirlo todo, continuó andando por los desiertos alares hasta que llegó á la calle Angosta; allí el jesuíta volvió por casualidad la mirada y se encontró con el joven. No habiendo visto nunca á Pérez Sevilla, el compañero del padre San Miguel no tenía por qué sospechar, así es que siguió andando perfectamente tranquilo. Hacia la mitad de la calle de la Compañía volvió otra vez la cabeza y otra vez miró á Pérez Sevilla, ¡Vaya una casualidad! se dijo: cualquiera diría que me siguen, pero, bah! quién me va á seguir? y penetró resueltamente en la iglesia. El joven temeroso de perderlo entre la oscuridad del templo y algunos devotos, apretó tanto el paso que cuando volvió la cabeza el jesuíta, al momento de entrar en la sacristía, se halló cara á cara con el atrevido mancebo. La frente del hijo de San Ignacio se arrugó de un modo

apenas tiene materia para ser absuelto.

Una vez en la calle el mancebo comenzó á dar vueltas sin rumbo fijo, hasta que viendo por fin abierta la armería real, entró en ella y compró un agudo puñal milanés que guardó apresurado entre las ropas. Ya está todo, se dijo; ahora vamos á dar cuenta á Gil de quienes son los cavadores.

Benito Gil desde el momento que salió su amigo, se puso también en estado de salir á la calle, pero mudando de opinión volvió á tenderse en la cama vestido y se cubrió con su manto.

—Amárrame la cabeza con un pañuelo, dijo á Rosita.

—Te sientes mal?

—No, pero conviene que yo haga el papel de enfermo, dado caso que venga el señor de San Miguel.

Rosita hizo lo que Gil le mandaba. No tenía opinión ni voluntad; lo que pensaba su amante lo adoptaba ella sin vacilación; lo que él hacía estaba bien hecho.

profundo y por sus ojos cruzó un resplandor sombrío. Se quedó inmóvil.

Pérez Sevilla avanzó resueltamente sin fijarse en nadie, y viendo un sacerdote sentado junto á un reclinatorio, del que acababa de levantarse un hombre de la plebe, se arrodilló apresurado y comenzó un acto de contrición dolorosísimo.

En tan humilde actitud no podía ver la faz del que tan tenazmente perseguía; pero sí los pies, y esto era suficiente.

Al jesuíta se le quitó hasta la más leve sospecha. La causa de haberle seguido desde la calle Angosta hasta la sacristía, estaba explicada. Venía á confesarse; así es que sin recelo alguno dijo al sacristán que le abriera la puerta falsa y penetró en el convento.

Pérez Sevilla, como es de suponerse, no se confesó sino algunos pecados ligeros, levantándose en seguida, con gran contento del padre Mariscal, que al ver alejarse al joven decía para su capote:—Dicen que la juventud está perdida, pero no es así. He ahí un joven virtuoso, casi un santo, que

— Anda y despierta á Mora, volvió á decir Gil, cuando ya era completamente de día; y si el señor San Miguel te pregunta cómo estoy, dile que muy mal.

El señor San Miguel no se presentó en el corredor como era de costumbre, ni dió indicios de estar levantado, así es que la joven fue y vino sin ser vista, en compañía de Mora.

— Qué ocurre? dijo entrando. ¿Estás enfermo?

— Trae una silla y siéntate á mi cabecera. Tú, Rosita, ponte á la ventana para saber quién viene.

Una vez sentado Mora lo más cómodamente posible, Gil empezó á decirle todo lo que habían visto en esa noche. Luis de Mora se resistió á creer. Se está bromeando, dijo entre sí; pero fue tal el tino que empleó Gil, que aunque no del todo convencido, comenzó á escuchar con interés.

En este instante entró Pérez Sevilla, el cual mostrando el puñal que acababa de comprar, corroboró con buenas palabras lo

que su amigo había contado á Mora. Este ya no dudó más. Se sonreía en el colmo de la dicha, quería levantarse, pasear, hacer algo, en fin, para demostrar su gozo. Gil le contuvo por el brazo diciéndole:—Espera, oigamos antes á nuestro amigo para saber qué se resuelve.

—Lo que tú sospechaste salió á la letra, dijo Pérez Sevilla. El que salió de aquí era un jesuíta.

—Tanto mejor, la gente de sotana no me inspira miedo y creo que nos saldremos con la nuestra.

—¿Cómo piensas que debemos apoderarnos de ese dinero?

—He aquí mi plan, contestó Gil incorporándose. Yo estoy enfermo, á fin de que ustedes puedan permanecer la mayor parte del día á mi lado sin despertar sospechas. Conviene no perder de vista al señor San Miguel, por sí acaso intente sacar con disimulo á la luz del sol esos cajones.

—Eso no puede suceder. Los jesuítas son seguros y prudentes como la avaricia:

no harán nada sino en altas horas de la noche.

—Así lo espero, y por esto, no he dicho sino que debemos estar alerta. Cuando llegue la noche . . . si no podemos alejar con un pretexto cualquiera, con una noticia inesperada al señor San Miguel, entonces le apretamos el pescuezo hasta dejárselo chato, y asegurándole la boca con una mordaza, se constituye uno de nosotros como centinela mientras los demás trasladan el tesoro á otra parte.

—Muy bien, digo en el caso de que el jesuíta esté solo, pero como es natural suponer que vendrán algunos sacerdotes más para trasladar esos millones, tu plan es irrealizable.

—Si tal sucede, en cuanto veamos que van á salir con los cajones, nos oponemos todos puñal en mano. Hacemos gente á fuerza de gritos; se arma aquí una de todos los diablos, en la que siempre podremos pillar siquiera un cajón, y lo demás se lo llevará la justicia.

Los tres amigos se apretaron las manos mutuamente. Estaban decididos; y si sus

planes no eran del todo astutos como los de sus enemigos, tenían en cambio sobre ellos la ventaja de la certidumbre. Los jesuítas lo fiaban todo de la astucia, éstos de la fuerza. Se habían puesto en el último caso, esto es de que nada pudieran conseguir, y resuelto oponerse puñal en mano. Los jesuítas, pues, estaban perdidos. Esa inmensa fortuna que legítimamente les pertenecía por herencia, era imposible que pudiera llegar á sus manos. Tenían, es cierto, la probabilidad del vino opiado; pues el padre Centellas, siempre precavido, había dado el consejo de adormecer á los jóvenes caso de que no se pudiera otra cosa, á fin de proceder con entera libertad; y para esto, preparó él mismo dos botellas de excelente vino con una fuerte cantidad de opio; pero ni la Banda Negra pensaba estar de baile esa noche, ni el jesuíta usarlo sino en caso de que ellos mismos no se durmieran.

Rosita hizo una seña á los jóvenes, y éstos se separaron inmediatamente de la cama de Gil. Había oído ruido en el cuar-

to vecino y supuso que el señor San Miguel iba á salir.

Su sospecha fue fundada. A pocos momentos el jesuíta, que á pesar de la mala noche no quiso entregarse al sueño, comenzó á dar largos paseos por el corredor gozándose con un hermoso rayo de sol. Vió el cuarto de Benito abierto, y juzgando estarían ya levantados, entró con la franqueza de amigo á saludar á sus vecinos.

La alegría estaba pintada en todos los semblantes. Para todos esa inmensa fortuna era una realidad, todos creían tenerla en sus manos: los jesuítas y la Banda Negra; así es que hasta Benito, á pesar de la enfermedad que aparentaba, recibió á su vecino con marcada amabilidad. Todos reían, todos se abrazaban, y hasta Mora en el colmo del gozo, cosa que nunca había hecho, habló de su amada con cierta franqueza, dando á sus amigos hasta el nombre de ella.

—Tengo ya el material acopiado, dijo; la noche que aquí tuvimos el baile fué la

última de mis amores. Estaba ebrio é hice una de las mías. Mañana pondré en verso mis aventuras.

El jesuíta se sonrió y juzgando á Mora incapaz de rimar cuatro renglones; por pasar lo que faltaba del día entretenido en algo, le dijo muy cortesano:

—Aunque no soy un poeta distinguido, por saber sus aventuras antes que nadie, me tomo la libertad de ofrecerle mi pluma.

—No me disgustaría verme cantado por otro, precisamente porque yo mismo no podría nunca decirme, como debo, que soy gallardo, hermoso y todo lo demás.

—¿Eso quiere decir que acepta mi ofrecimiento?

—No; será causarle á usted una molestia inútil por algunos días.

—No tal, señor Mora; tengo alguna facilidad para hallar las consonantes, y si usted me entrega ahora el material, prometo que antes de que se oculte el sol, estará terminado mi trabajo.

—No resisto, señor San Miguel, dijo Mora, entregándole un pliego escrito en sus

dos terceras partes. Aquí está el material, pero ruego á usted que no se lo enseñe á ninguno de mis amigos.

—Lo prometo; y para quitarles la tentación, voy á despedirme en este mismo momento. Y el padre San Miguel despidiéndose de todos se entró en su habitación.

—Me admira tu audacia, dijo Benito Gil. Esta noche vamos á estrangularle, y no obstante quieres que antes cante tus amores.

—El lo ha querido, contestó Mora encogiéndose de hombros y buscando una postura cómoda en el sofá.

—Señores, todo el día aquí es imposible permanecer y si no me necesitan para nada, pido permiso para retirarme algunas horas, dijo Pérez Sevilla interrogando con la mirada á sus amigos.

—Anda, dijo Mora, pero vuelve pronto á fin de dar también yo mi paseo.

—Pueden salir los dos, repuso Gil. Rosita mientras tanto estará en acecho.

—Hasta luego.

—Hasta luego, dijo Gil tendiéndose otra vez en la cama y obligando á Rosita que se sentara á su lado, estaba nervioso, desesperado. Ansiaba y temía la noche deseoso de acabar pronto la obra comenzada.

A la una de la tarde volvieron sus amigos y ya no pensaron en salir más.

El padre San Miguel tampoco salió de su aposento en todo el día, hasta eso de las cinco de la tarde hora en que se presentó en el cuarto de Gil á dejar la historia de los amores de Luis de Mora puesta en verso.

Dióle las gracias éste en pocas palabras, y el jesuíta volvió á retirarse. Hay momentos en que toda conversación incomoda, desespera; y los habitantes de la casa número 14 estaban en uno de esos momentos.

Las horas iban pasando y con ellas creciendo la ansiedad. Gil y sus amigos ya no se hablaban sino con los ojos. Su hora terrible comenzaba á acercarse.

A las once de la noche, Gil se puso en pié con la espada en la mano.

Sus amigos le imitaron en silencio asegurándose antes si el puñal de cada uno salía perfectamente de la vaina.

Rosita al lado de ellos dejó correr por sus pálidas mejillas abundantes lágrimas, y juntando las manos se puso á rezar. Iban á cometer un crimen, y no obstante la pobre niña, en su inocencia, hasta para eso pedía la protección del cielo.

—Pérez, le dijo Gil á su amigo, despídate y sal haciendo el mayor ruido posible. Lo demás ya lo sabes. Si el Padre San Miguel sale creyendo tu noticia, bueno; sino . . . aquí le acogotaremos nosotros.

Pérez Sevilla se despidió en voz alta de sus amigos y con pasos retumbantes salió de la casa. Llegado que hubo á la esquina, se detuvo allí unos minutos y asegurando el puñal en la cintura, regresó á carrera suelta.

El jesuíta oyó perfectamente los pasos que se aclaraban por momentos y puso atención. Acá vienen, se dijo, instintivamente arrimó el hombro á su puerta para defenderla.

Pérez Sevilla entró á escape y dando furiosos golpes en la puerta de Gil, gritó lleno de zozobra:—¡Hora! levántate! al Padre Mariscal acababan de darle de puñaladas en la esquina! Levanta, ayuda á perseguir al asesino.

El Padre San Miguel al oír tales gritos abrió de golpe su puerta. Esperaban á los jesuítas que debían venir por el tesoro ¿qué extraño que el Superior hubiera querido acompañarles, ni qué difícil que algún bandido le haya dado de puñaladas? Cerró con llave su puerta, y sin cuidarse de si le seguían ó no, se lanzó á la calle como un loco.

En cuanto salió el Padre San Miguel, los tres amigos y Rosita empujaron la puerta de éste con tal violencia, que hicieron saltar la cerradura. El cuarto estaba con luz. Se dirigieron á la cama y sacaron de uno de los rincones las tres cajas pequeñas que en un abrir y cerrar de ojos fueron puestas en el cuarto de Gil. En seguida con un esfuerzo regular cogieron el gran cofre y lo llevaron también.

—Rosita, traete la vela y alumbrá, dijo Gil.

Una vez en el cuarto, Pérez Sevilla dijo con satisfacción:—Ahora que venga á reclamarlos.

—No, dijo Gil, aquí no están bien: cargue cada uno con el suyo y vayan á esconderlos en otra parte.

—Si salimos, nos sorprende el jesuíta.

—Salgan por el tapial.

Mora y Pérez Sevilla cargaron cada uno con su cajón.

—Queda uno, dijo Gil. ¿Puedes tú Rosita?

—Puedo, contestó ella, y cargó sobre sus espaldas uno de los cajoncillos.

—¿Y tú? dijo Pérez Sevilla, mirando á Gil.

—Yo me quedo cuidando éste, contestó poniendo el pié sobre el gran cofre, con un ademán resuelto, y paso lo que pase, aquí me hallaréis.

Pérez Sevilla llegó el primero á la tapia y trepando encima saltó su cajón al otro lado, hizo lo mismo con el de Rosita y con

el de Mora, bajando él enseguida con sus dos compañeros.

Un minuto después todo estaba en el mismo silencio que antes.

La puerta del padre San Miguel abierta de par en par, la de Gil cerrada y dejando escapar por sus rendijas un rayo de luz.

El padre San Miguel llegó como un loco á la esquina en busca de los heridos, pero no halló nada más que una sombra negra, inmóvil arrimada á la esquina. Se acercó á ella. Era el hermano Benjamín que por su orden permanecía allí á fin de que pudiera prestarle ayuda en un caso dado.

—¿Dónde está el padre Mariscal?

—En la casa, contestó el lego con asombro.

—¿No le han dado de puñaladas aquí mismo?

—Desde las siete no me he movido de esta esquina y sin embargo no he visto nada.

Un rayo de luz cruzó por la frente del jesuíta.

Lo comprendió todo, y cogiendo al hermano por el cuello le dijo:—Corra usted sin detenerse, y dígame al padre Mariscal que nos han robado, que venga á ayudarme.

El hermano lanzó un ay! espantoso y ayudado por un tremendo empujón que le dió el padre San Miguel, se lanzó á la carrera en busca de sus Superiores. El padre San Miguel corrió también con violencia á la casa, llegó á su puerta y al encontrarla abierta de par en par, lanzó una maldición espantosa y se precipitó en el cuarto como un loco. Palpó los rincones en la oscuridad, y no hallando nada, armado de uno de los cuchillos que les sirvió á los dos religiosos para cavar, se enderezó al cuarto de su vecino cuya puerta abrió de una terrible patada. Quiso entrar con la misma violencia, pero se quedó parado al ver á Gil frío inmóvil y con la espada en la mano.

—Tú me la pagarás ladrón, gritó el padre San Miguel.

—El ladrón sois vos, que habéis venido á mi cuarto á robarme lo que tenía enterrado. Fraile sacrílego, irregular.

El jesuíta tenía su cuchillo, pero no se atrevió á atacarlo, el estoque de Gil le daba pavor; pero resuelto á no dejarlo salir tampoco, cueste lo que cueste, después de algunas bravatas por una y otra parte se retiró al corredor y se quedó esperando.

CAPITULO XV

Cuerpo á cuerpo

—Ira de Dios! gritó el padre Mariscal apretando los puños con rabia al oír lo que el hermano Benjamín acababa de contarle. Bandidos, porque no fueron á robar á los frailes de Santo Domingo, que tienen millones y no á nosotros que no tenemos ni sobre que caernos muertos. Pero ya verán, ya verán quienes son los jesuítas. Y tomando su sombrero tiró con fuerza del llamador.

Que me sigan, dijo, todos los que estaban destinados á traer ese dinero. El Padre Mariscal estaba furioso; cerró la puerta de su celda y más que á pasos á saltos

comenzó á bajar la 'escalera. Al llegar á la portería ocho hombres metidos en grandes ponchos de bayeta de castilla le salieron al encuentro.

—Fuera esos ponchos, gritó iracundo. Necesito hombres expeditos para todo y no enfundados en ese mundo de bayetas que dificultan toda defensa.

Los jesuítas como verdaderos autómatas se quitaron los ponchos y salieron á la calle siguiendo de cerca á su Superior.

—Necesito un hombre de corazón, dijo el padre Mariscal, con voz rápida, volviéndose á los que le seguían.

—Todos los somos, contestó uno de los ocho, adelantándose. /

—Sí, pero tenemos las manos consagradas, y es fuerza valerlos de otro. Llame-mos al señor Carrera.

Y sin esperar aprobación de nadie puesto que era el jefe, dió algunos golpes tremendos en el portón de la casa del caballero.

—Quién va? dijo una voz soñolienta que parecía salir de algún aposentillo situado en el zaguán.

—Decid al señor Carrera que el padre Mariscal desea verle al momento, dijo el jesuíta.

El caballero, que había oído los golpes y el nombre de Mariscal, saltó de la cama casi desnudo, y sacando la cabeza por la ventana, dijo:—Voy al instante, Reverendo Padre.

Un minuto después la puerta se abría dando paso á todos, pero de estos sólo el Superior subió quedándose los demás en el zaguán.

—¿Qué ocurre, padre Mariscal? dijo el caballero saliéndole al encuentro abrigado con una manta.

—Una desgracia, señor Carrera, que talvez solo vos podéis remediarla. Una persona caritativa que murió en nuestra casa, tuvo á bien dejarnos algún dinero que tenía enterrado. Ayer lo pusimos en descubierta, y ahora, casi en el momento de traerlo á nuestra casa, unos malvados nos lo roban.

Vamos señor, á ver si aún es posible recuperarlo.

—Al instante, Reverendo Padre. Y poniéndose los vestidos que halló más á mano, gritó:—Pedro, mi estoque y mi capa.

Oiñóse el caballero su larga espada y al momento de bajar, dijo otra vez: trae también mi daga, puede hacernos falta, si son muchos.

Recibió de manos del paje lo que pedía y salieron todos á la calle casi corriendo. Su paso no era el de un hombre que se apura, sino del que huye.

Devoraban las calles unas tras otras, guiados por el hermano Benjamín que conocía perfectamente el terreno. Aquí, dijo parándose en la casa donde vivía Gil.

El pelotón entró apresurado. El padre San Miguel al verlos dió un grito de alegría diciendo:—Venid, aquí está.

Los jesuítas quizá por tener sus manos consagradas ó por miedo también, dieron un paso atrás. El señor Carrera avanzó lentamente sin temor alguno, y abriendo la puerta de Benito Gil le dijo con imperio:

—Devuelve, ladrón.

—Venid caballero, este es el camino. Y tendiendo Gil el brazo hizo que la punta de su estoque mirara terrible al pecho de su contrario.

El caballero se sonrió. Dobló la capa arrollándola sobre el brazo izquierdo con el objeto de parar algún golpe imprevisto dado con la daga, tiró enseguida de su espada y avanzó dos pasos hasta colocarse en mitad del aposento. Los jesuítas en la puerta apenas respiraban. Iban á presenciar un combate espantoso, casi un duelo, pero terrible, á muerte. Benito Gil inmóvil, sereno, con la mirada fija en el caballero, parecía una estatua. Solo su estoque se movía de vez en cuando como la lengua de una serpiente.

—Acércate, gritó Carrera con la espada casi recta.

—Venid, le contestó Gil sin moverse. El mancebo sabía muy bien que en los combates á espada, el que espera tiene más ventaja que el que acomete, en los tres primeros golpes, y no quiso perder esa peque-

ña superioridad, pero el caballero, que adivinó el por qué de esa inmovilidad, fue entrando poco á poco como el tigre haciendo que su espada se arquease al mismo tiempo como un látigo. Los aceros se encontraron medio á medio indicando con su ruido de lima que el combate había comenzado. El señor Carrera, hombre maduro y por consiguiente con toda la fuerza de su edad, cargó sobre Gil con una multitud de tajos y de revoces que apenas podía parar el contrario. La espada de éste se arqueaba por momentos como si fuera á romperse, apenas podía sufrir unos golpes tan recios. Gil se creyó perdido y comenzó á ceder hasta que su espalda tocó con la pared.

—Sacad ahí, gritó el caballero, que juzgó perdido á su enemigo, pero este, haciendo el último esfuerzo para salvar su tesoro cargó á su vez sobre el señor Carrera con una rapidez pasmosa; sin embargo no pudo impedir que los jesuítas entrando sacaran casi á rastras el enorme baúl. El señor

Carrera no le daba tiempo á nada, era fuerte como un león, ligero como una culebra.

El padre San Mignel entró también en busca de los cajones chicos, pero no los halló, y volvió á retirarse sin ofender á Gil á quien pudo herir á su salvo, mas no lo hizo, ya porque no quisiera derramar sangre con sus manos consagradas ya porque siendo también caballero tuvo á mengua el mancharse con un asesinato. Salieron los jesuitas con el cofre áuestas después de registrar toda la casa sin fruto ninguno.

El caballero Carrera y Gil se quedaron solos. Los Reverendos Padres no juzgaron prudente asistir á un duelo. Eran religiosos y podían ser sorprendidos por los vecinos; tenían además necesidad de conducir su dinero que podía correr nuevos peligros si asomaban como era probable los amigos de Gil, y partieron todos menos el Padre Mariscal que se quedó en la esquina esperando á su protector.

El combate entre los dos caballeros había llegado al segundo período, se hizo lento, daban y recibían las estocadas con calma,

pero asegurándolas más, dos veces la espada del señor Carrera había resbalado como una centella amagando la garganta de Gil y dos veces también la de éste había rozado levemente las ropas del pecho del caballero.

El sudor corría por sus frentes, y la boca no alcanzaba á recoger el aire necesario para dar fuerza á los pulmones. Diestros tiradores y de serenidad admirable, la victoria estaba indecisa, no obstante la mayor ligereza propia de la juventud de Benito.

—Cede, le gritó el señor Carrera, tirándole una estocada á los ojos.

—Nunca, dijo Benito, y haciendo un supremo esfuerzo, creyendo ya á su contrario en el último estado de cansancio comenzó otra vez el combate con tal rapidez de quites y de golpes que apenas podían los ojos seguir los movimientos de las espadas. Cada golpe de punta era contestado con un revéz, cada amago con un quite cesando y avanzando á su turno, más parecía un juego que una pelea, si los haces de chispas que saltaban de las espadas oscureciendo á los

combatientes, no hubieran anunciado que ese duelo era á muerte. Por fin al señor Carrera se le ocurrió dar un golpe de fuerza desgarrando el hombro de Benito; paró éste el golpe, más como vino con tanta fuerza su espada se arqueó hasta el extremo de abrazar la del caballero. Los aceros quedaron temblando un décimo de segundo. Benito conoció al momento que su estoque estaba ligado, y, hombre de mirada penetrante, creyó que era una famosa ocasión para desarmar al caballero. Tiró con todas sus fuerzas para encima, y el señor Carrera que comprendió de lo que se trataba, tiró también de frente con el mayor esfuerzo que pudo. Las espadas formaron un arco perfecto, y no pudiendo desligarse ni ceder más, se rompieron casi en el pomo.

Estaban desarmados. Echó el caballero mano á la daga, Benito que había dado la suya á Mora se creyó perdido; no obstante, joven de valor temerario, sin ceder un paso, cruzó los brazos sobre el pecho, y alzó la frente con altanería.

El señor Carrera se quedó quieto; bravo y leal sabía matar defendiéndose, pero no asesinar á mansalva. No me sigas, le dijo á Gil con voz ronca, soltando la empuñadura de su espada que aún tenía en su derecha, puesto que el puñal lo había cogido con la izquierda. No me sigas, porque es probable que te halles con la punta de mi daga. Y andando de espaldas para evitar un golpe traidor, salió á la calle.

Benito Gil no le siguió. Era inútil, hacía casi media hora que se habían llevado el cofre, y era imposible alcanzarlos. Además ¿con qué armas les iba á seguir? Se quedó inmóvil largo trecho, y cuando oyó que los pasos del señor Carrera se perdían poco á poco calle abajo, se limpió el sudor, y sentándose en el sofá rendido de fatiga, murmuró:—No he visto hombre como él.

Milagro es no haber perecido esta noche entre sus manos. ¡Ladrones! me han robado una fortuna; pero aún con lo que nos queda tendremos lo bastante, si nuestra mala suerte no hace también que Pérez y Mora lo pierdan todo. No, no, volvió á

repetir después de un momento de vacilación, como si quisiera arrancar de su cabeza el más leve temor. A ellos nadie les ha perseguido, son diestros, son valientes y la imaginación de Pérez Sevilla es inagotable para un caso de apuro. Sí, la parte que ellos llevaron á estas horas está ya en salvo. Y respiró con verdadera satisfacción, sin acordarse del peligro que había corrido ni del que podía correr más adelante.

Benito Gil no se engañaba. Tan pronto como Pérez Sevilla y sus compañeros se vieron al otro lado del tapial, esto es campo abierto, comenzaron á bordear la falda del Pichincha. A cincuenta varas se detuvieron delante de un callejón oscuro, abierto á la izquierda.

—¿A dónde vamos? dijo Pérez Sevilla.

A San Marcos. Tengo en mi bolsillo la llave del cuarto que ocupaba hasta cuando vine á vivir con Gil. Y no queriendo que solo sobre su persona recayese la responsabilidad de lo que iba á hacer, le dijo á su amigo:—¿Te parece bien?

—Perfectamente.

—Entonces salgamos por aquí al barrio de la Chilena.

—Guía tú; pero buscando las calles más solitarias. Creo que fuera bueno tomar la del Carmen bajo; tiene una gran acequia descubierta en toda su extensión que puede servirnos para arrojar los cajones en caso de apuro y volverlos á hallar enseguida.

Mora se puso á la cabeza; en seguida se colocó Rosita y por último Pérez Sevilla.

Después de otras cien varas de marcha silenciosa y nada rápida, cuando entraban en plena calle del Carmen, Rosita dijo deteniéndose:—No puedo más, voy á caerme.

La frente de Mora se arrugó en la oscuridad.

—Avance un poco más; ánimo, la dijo en voz baja.

—No puedo, me siento morir. Y al mismo tiempo doblándose sobre sus rodillas quedó sentada junto á una puerta. El cajoncillo resbaló lentamente á su lado.

—Los dos amigos se quedaron parados.

—Talvez pueda yo. Echame lo encima dijo Mora á su amigo. Pérez Sevilla hizo

lo que le mandaba. Mora quedó casi arqueado con el peso. Ahora corramos, dijo, á fin de ganar lo más pronto posible alguna calle solitaria mientras me duran las fuerzas. Rosita tomó la delantera, llevando en sus manos los puñales de Mora y Pérez Sevilla. Caminaron así tres cuabras más hasta llegar al puente de Rojas; allí se detuvieron otra vez. Ayuda tú, dijo Mora á Pérez Sevilla.

—Apenas puedo con el mío, es imposible dijo éste.

—Ya he descansado lo bastante, señor Mora, y puedo cargar otra vez aunque sea solo por una cuadra.

—Entonces sigamos de frente.

—Rosita se opuso. Vamos á salir á la Sala de Armas, dijo temblando.

Si esa no es calle, es un precipicio oscuro, no vayamos por allí, tengo miedo.

—Entonces, dijo Mora, que juzgó prudente darle gusto á Rosita, sigamos á la derecha.

Silenciosos, ligeros, con el puñal á la cintura, pues que Rosita había tenido que de-

volverlos para cargar su cajón, subieron los jóvenes por la calle de San Agustín hasta llegar á Santa Catalina.

Allí Rosita se paró otra vez. Estaba rendida.

Mora volvió á ponérselo á la espalda el cajón de ella y dió algunos pasos por frente á la iglesia para tomar en seguida la calle de San Marcos. Un soberbio canto acompañado de algunas vihuelas lo hizo retroceder espantado.

—Son los frailes de Santo Domingo que están dando serenata á las monjas, dijo retrocediendo apurado. Todos le siguieron en silencio. La calle de San Marcos estaba guardada por los frailes.

—Vamos por Santo Domingo. Yo conozco una calle excusada que sale recto á San Marcos, desde la Loma chica.

—Es un rodeo muy largo ese; salgamos mejor al Chorro de Santa Catalina; y sabiendo que lo seguirían inmediatamente, tomó la delantera Luis de Mora.

El viaje desde la Chilena se había hecho en las mejores condiciones por calles abso-

lutamente solas y oscuras. Del chorro, caminaron aún unas cien varas, y Mora dijo, por aquí, señalando la calle que estaba á su derecha. Rosita se acordaba de ella perfectamente; pues que Gil la llevó también por allí en su fuga.

—¿Sale á San Marcos? dijo Pérez Sevilla al ver ese oscuro callejón, que ni siquiera estaba empedrado, lleno de lodo y charcos de agua.

—Allá sale, contestó Rosita, siguiendo á Mora. De repente oyeron un ruido sordo como la voz de muchos hombres en la esquina. Los amigos de la Banda se detuvieron pegándose á lado de las casas cautelosamente.

Colocaron los cajoncillos en el suelo contra la pared, y ellos se pusieron delante puñal en mano resueltos á defenderlos.

—Rosita, dijo Mora, tome usted la llave del cuarto en que estuvo con Gil. Arrímese á esta puerta añadió, y suceda lo que quiera, no se mueva de allí para nada; si nos hacen huir ó nos matan y los cajones no son descubiertos, los tomará usted, y

procurará esconderlos uno después de otro. De aquí al cuarto no hay más que cuadra y media y muy bien puede hacerlo.

Ocúltese al momento, dijo empujando á Rosita, viendo que el grupo de donde salían las voces estaba cuando más á treinta pasos; pero ésta no pudo moverse. El brazo de Pérez Sevilla la tomó con fuerza, diciendo en voz regular como quien sigue una conversación interrumpida:

—Tu eres la que no me quieres, amor mío; siempre desdeñosa y esquiva cuanto más me muero, y abriendo los brazos besó la cabeza de Rosita muchas veces de un modo ruidoso. El grupo estaba á tres pasos de distancia. Eran cuatro soldados y un sargento que rondaban aquella parte de la ciudad.

—Retírense caballeros, dijo el que hacía de jefe; no es permitido transitar á estas horas de la noche.

—Estamos ya de camino para nuestra casa, contestó Pérez Sevilla.

—Entonces sigan adelante, dijo el sargento, y continuó su camino diciendo á uno de sus compañeros:

—En estos sitios desiertos, nunca faltan mujeres prontas á hacer alguna diablura.

—Para algo han de servir las calles oscuras, mi sargento, dijo un soldado medio borracho en son de broma.

El sargento y sus soldados se alejaron rápidamente.

Los jóvenes tomaron cada uno su carga y con el último esfuerzo, en unos cinco minutos más de marcha, dieron en la casa de San Marcos.

Allí se pararon junto á la puerta arriando los cajoncillos otra vez.

—¿Cómo abrimos esta puerta? dijo Pérez Sevilla.

—Yo sé el secreto. No tiene llave sino un grande cerrojo que se puede abrir perfectamente.

Cogió una hoja de la puerta y empujándola hacia adentro, tomó también la otra haciéndolas ir y venir alternativamente ya hacia adentro, ya hacia afuera, con mucha suavidad y ligereza.

El cerrojo empezó á ceder poco á poco produciendo esos ruidos tan peculiares del

hierro al correr sobre un anillo. La puerta se abrió en silencio.

—Adentro, dijo Mora, en medio de la más completa oscuridad; y al tanteo buscó en el lado izquierdo del zaguán la puerta de su antigua morada.

Metió la llave sin hacer ruido y jadeantes, sudorosos, penetraron los tres en el aposento.

—Ya está, dijo Mora con satisfacción. Ahora es nuestro.

—No tanto, replicó Pérez Sevilla, puede ser descubierto el tesoro. Enterrémoslo á nuestra vez.

Su amigo aprobó la idea. Y con los puñales comenzaron á hacer un gran agujero en una de las esquinas del lugar donde se hallaban.

—Alto, dijo Mora, sintiendo correr por su muñeca el puñal de Pérez Sevilla—Me vas á herir. Yo cavaré sólo, saca tú la tierra.

—Eso es perder tiempo. En ese caso me pondré á hacer otro agujero en la esquina opuesta.

—Dices bien, no debemos enterrar los tres cajoncillos en el mismo sitio.

Y Mora y Sevilla comenzaron cada uno por su lado á trabajar con ardor. Rosa Pantoja se arrodilló delante de Mora para ayudarle á sacar la tierra.

La tarea era un tanto difícil, puesto que no veían.

Después de dos horas de trabajo, Pérez metió la pierna en su agujero, éste le dió casi en la cintura. Está bueno se dijo, y colocó en él el cajón que había traído. Echó tierra y pisó con fuerza, colocando encima los ladrillos al tanteo. Mora tuvo que ahondar un poco más, puesto que su agujero debía servir para dos.

Pérez Sevilla quiso ayudarle.

—No hay necesidad, dijo Mora; ya está bueno y metió también los dos cajoncillos, puso toda la tierra que pudo y encima, como su amigo, también los ladrillos.

—Sobra tierra.

—Echémosla á la calle, dijo Rosita.

—Pero en qué la llevamos?

—En mis faldas.

—Vamos á llevar muy poco. Mejor es en la mantilla, y tendiéndola en el suelo con franqueza pusieron toda la tierra sin dejar ni un grano.

—Afuera con ella, dijo á Pérez Sevilla, que sin hacerse de rogar cargó con la maleta y fue á dejarla en el panteón de San Marcos.

Ahora marchemos; Gil puede necesitar-nos.

Rosita dió un salto, durante la fuga, casi se había olvidado de su amante, pero la voz de Pérez Sevilla le hizo despertar, y esa alma se puso desesperada de considerar que su Gil podía haber sido hasta asesinado por los jesuítas.

Echó Mora llave á la puerta, y ahora, no como á la venida, buscaron las calles más públicas para regresar. Eran ricos; llevaban en su compañía una joven hermosa por quien debían velar solícitos, y temieron el asalto de algunos tuantes ó bandidos. Sin embargo no había por qué temer, pues los cantos del gallo anunciaron la venida de la aurora.

Cuando llegaron á la Chilena eran las cinco de la mañana.

Cada uno más apurado que otro, por ver antes lo que había sido de Gil, se precipitaron en el cuarto.

La vela estaba pronta á consumirse y alumbraba débilmente el cuerpo de un hombre tendido en el sofá.

Pérez Sevilla que no vió el gran baúl y sí á su amigo inmóvil en un sofá le creyó asesinado, y se precipitó sobre él gritando con angustia: ¡Benito de mi corazón! mientras Rosita abrazaba llorando, los pies de su amante.

—Al grito de Pérez Sevilla, dió Gil un tremendo bote haciendo presa del hombro de su amigo.

—¡Calla! dijo éste. Yo te creí muerto. ¡Qué susto el que me has hecho pasar!

Todos se abrazaron contentos y Rosita se sentó sobre las faldas de Gil, obligada por éste.

—¿Y el cofre grande? preguntó Mora.

Gil no contestó, contentándose con mostrarles las espadas rotas.

—Te has bañado?

—Cuerpo á cuerpo, lo menos por tres cuartos de hora, y si no se rompen nuestras espadas creo que no me hubieras vuelto á ver más, dijo, hablando con Rosita á quien apretó contra su corazón. El jesuíta que me atacó era un hombre formidable.

La niña besó á su amante con delirio y juró no separarse de él. Si hubiera estado aquí, no te habría pasado nada, le dijo, con acento cariñoso.

Gil se sonrió. ¿Qué era la ayuda de una mujer? pero la niña completó su pensamiento diciendo: Me hubiera enredado entre las piernas de él para que se caiga y le venzas.

—Eso no se hace entre caballeros, le contestó Gil sonriendo; y contó á sus amigos todo lo que le había sucedido.

¿Y ustedes? preguntó concluído su relato.

—Perfectamente, dijo Mora. El tesoro está en salvo y enterrado en mi antigua habitación.

—En San Marcos?, dijo Gil, y como recordando añadió: Ah! verdad que tenías la llave de ese cuarto. ¡Qué consejo tan

acertado el que te dí al decirte que no entregues la llave al casero hasta que no se cumpla el mes. Quién hubiera creído que esa llave iba á ser nuestra salvación?

—Y ahora, qué hacemos? dijo Pérez Sevilla. Porque yo estoy con gana de irme otra vez en cuanto sea de día, desenterrar mi parte y largarme cuanto antes.

—Todos debemos hacer lo mismo, contestó Gil, pero no ahora. Consideremos que esto que hemos pasado es sólo el primer acto del drama. Es preciso considerar que los jesuítas nos espíarán sin dejarnos á sol ni á sombra, prontos á aprovecharse de cualquiera indiscreción nuestra. Además ¿cómo te vas con semejante peso? pero aunque pudieras irte, somos amigos y la suerte de uno debemos correrla todos. Dejemos que pase la tempestad. Allí nuestro dinero está seguro, no hay para qué apurarse, tanto más cuanto que para vivir solamente un mes, por ejemplo, tenemos fondos.

—¿Cuánto tienes tú, Pérez?

—Nueve pesos que me sobraron de las dos onzas de Ramírez.

—Yo tengo treinta y dos, dijo Mora, con la onza de Ramírez y el dinero de Rosita que se lo pedí.

—A mí también me regaló dos onzas nuestro amigo, que unido á la del padre Tufiño, hacen ochenta y dos.

—Total 123, dijo Mora.

—¿Te parece poco para un mes? preguntó Gil á Pérez Sevilla.

—No; pero un mes es cosa larga. Que sea sólo quince días.

—Puede ser mucho menos, quizá sólo tres ó cuatro, según las circunstancias, dijo Gil.

—¿Y nos iremos todos? preguntó Pérez Sevilla á Benito.

—Eso no lo sabemos. Si todo pasa en silencio, si los jesuítas dan por bien perdido lo que está en nuestro poder, entonces no hay para qué fugarse. Viviremos aquí mismo, ricos, felices al lado de nuestras mujeres; porque yo en cuanto quedemos tranquilos lo primero que hago es casarme con mi Rosa.

—Y yo con mi Sofía, dijo Mora; la amo con delirio y ahora que tengo dinero tendré cara limpia para pedirla á su padre.

—Yo me casaré con mi abuela, dijo Pérez Sevilla.

—Ya buscarás una tan buena como las nuestras, le contestó Gil riéndose, y volviendo á acomodarse en el sofá.

—Vas otra vez á dormir?

—Todos lo necesitamos, dijo Mora. Es preciso recobrar las fuerzas con algunas horas de sueño, para que nuestros enemigos no nos hallen débiles ni cobardes. Y cogiendo del brazo á Pérez Sevilla se lo llevó á su cuarto.

Rosita cerró la puerta del suyo entregándose en seguida al sueño que tanta falta les hacía.

CAPITULO XVI

Las zorras

En el momento en que vamos á introducir á nuestros lectores á la casa de los jesuitas, acaban de dar las dos de la mañana.

El padre Mariscal de pie al lado de un gran baúl todo revuelto, está haciendo la cuenta de lo que han podido recaudar de manos de Benito Gil.

—Ciento cincuenta mil pesos, dijo con voz sorda á los circunstantes silenciosos y mudos como una estatua de piedra.

Ciento cincuenta mil, repitió, de más de un millón que nos dejó el santo señor de Soto; esto es desesperante.

—Y creo que no habrá más remedio que tener paciencia, se atrevió á decir el sabio médico padre Centellas.

—¡Nunca! somos jesuítas. ¿Quiénes son ellos para vencernos? Hoy hemos perdido la partida, pero mañana será otra cosa.

—¿Intenta vuestra reverencia

—Jugar el todo por el todo. El fin justifica los medios. Tengo ya mi plan. Y fijándose detenidamente en los jesuítas vestidos de seculares que estaban allí, los contó uno á uno. Siete, dijo como hablando consigo mismo. Siete brazos á quienes sólo les falta la cabeza. Llamad inmediatamente al padre Cabrera.

A los pocos instantes á pesar de lo avanzado de la hora, se presentó el padre Cabrera envuelto en su manteo.

Era este un jesuíta de apenas veintiocho años, y que aun no había hecho su cuarto voto. Nacido en la ciudad de Guayaquil, tenía en sus venas la sangre ardiente de los hijos de la costa. Lo robusto de sus miembros, el olor fuerte que despedía todo su cuerpo y la piel morena y fina que le cu-

bría, revelaban á primera vista un hombre de fuerza y resolución. Los labios gruesos, casi negros, acusaban una voluptuosidad sin límites, sus ojos negros de mirada á veces ardiente, á veces melancólica, la frente alta y la cabeza completamente redonda estaban mostrando con señales inequívocas, un hombre de hierro capaz de todo, al mismo tiempo que un soñador. El padre Cabrera al lado de las mujeres debía ser temible por su talento y su pasión. Y acaso por eso mismo el padre Mariscal lo eligió entre otros muchos jesuítas.

—Tome usted asiento, le dijo con voz serena el Superior. Tenemos que hablar.

El padre Cabrera obedeció sin despegar los labios.

—De la inmensa fortuna que debía esta noche venir á nuestras manos, sólo esto hemos podido obtener, dijo con desprecio, señalando el baúl; lo demás á pesar de nuestras precauciones, ha ido á parar á manos de Benito Gil y sus amigos, y es fuerza recuperarlo á toda costa.

—¿Cueste le que cueste? dijo el padre Cabrera levantándose.

—Cueste lo que cueste, repitió el Superior con resolución.

—Mande vuestra reverencia; estoy pronto á obedecer.

—Es necesario apoderarnos de todos esos ladrones y obligarles á morir ó á devolver lo ajeno. Le parece á usted esto difícil?

—No, reverendo padre; si se me permite emplear la astucia ó la fuerza, según las circunstancias, y si me da al mismo tiempo algunos hombres que me acompañen.

—Podéis disponer de los siete hermanos que están aquí presentes.—¿Os bastan?

—Sí.

—Necesito apoderarme también de Rosa Pantoja, la querida de Benito Gil. Ella es débil como mujer, y cederá en el caso de que esos bandidos se cierran en no descubrirnos el lugar en que han depositado nuestro tesoro.

—Me apoderaré de todos.

El padre Mariscal comenzó á sonreírse con satisfacción.

—Si me apodero de todos ellos, á dónde debo llevarlos?

—A los hombres á nuestra casa de ejercicios situada en el Belén, á la muchacha aquí; deseo entenderme personalmente con ella.

—Está bien, dijo el jesuíta. Haré todo cuanto en hombres cabe para salir airoso de mi comisión.

—Tengo un plan que voy á poner en conocimiento de usted, entendiéndose que puede modificarlo según las circunstancias, pero esto lo haré después de medio día. Ahora lo que conviene es que usted deje esos hábitos y salga á la calle acompañado de los demás antes que le sorprenda la aurora; pues Gil y sus amigos es natural suponer que espíarán todos nuestros movimientos.

—¿Debo llevar espada?

—Eso queda á su voluntad.

—Entonces la llevaré.

—Una cosa le encargo á usted particularmente, y es que cuando estén ellos ya presos, procure darles alguna muestra de

amistad á fin de que aun en el caso de que se frustren nuestros intentos, nos quede siempre el camino de la amistad suya para lo futuro.

—Es imposible vernos burlados, padre Mariscal.

—Así lo creo; sin embargo haga usted lo que le digo. Ahora tome usted algo de dinero. Voy á darle mucho por si acaso, pero no se olvide delante de Gil, de aparentar gran pobreza. Y entrando á su dormitorio, volvió á salir con un cinto de cuero en la mano. Aquí hay treinta onzas, dijo; no sé en qué pueda emplearlas, porque no conozco los medios de que usted se valdrá, pero se las doy convencido de que en una empresa arriesgada como ésta, es prudente tener en la cintura algún dinero.

El padre Cabrera se ciñó el cinto, y con voz conmovida dijo:—Adiós padre Mariscal, postrándose de rodillas.

—Adiós, le dijo el superior y le dió con grave ternura la bendición, acompañándole en seguida hasta la puerta.

—Veremos si se burlan de mí, dijo con acento reconcentrado. Valientes y astutos son esos bandidos, pero acabo de soltarles siete perros de muestra y un guayaquileño que vale por cincuenta. El sabrá hacer de ellos lo que mejor le plazca, y si no me apresuraré á admitir cuanto antes al señor Carrera á fin de que nos ayude como en casa propia. Bostezó largamente el padre Mariscal, satisfecho de todo lo que había mandado y procuró entregarse al descanso, antes de continuar en sus tareas habituales que no eran pocas, desde el momento que sobre sus hombros cargaba la pesada y difícil máquina de la Compañía de Jesús, extendida por todo el reino de Quito.

CAPITULO XVII

El misterio de Mora

—Esto es inadmisibile, gritó Mora acabando de leer el pliego que el padre San Miguel había escrito sobre el material de Mora. Yo quería un poema y me sale con una leyendita de mala muerte que ni tiene invocaciones ni esas palabras de nervio que enardecen la sangre de los lectores. ¿Me entiendes Pérez?

—No entiendo nada, contestó éste con mal humorado acento, dando media vuelta sobre la cama. Déjame dormir.

—¡Dormir! cuando son las once del día, voto á mil diablos. ¿A qué hora piensas almorzar?

—A ninguna hora, hasta que te vayas de aquí; no quiero verte, no quiero oírte siempre recitando versos que no me importan.

—Es que el jesuíta á quien yo creía un sabio ha hecho unos versos así tan á la pata llana, que no pueden pasar.

—Me alegro mucho, dijo Pérez Sevilla al finalizar un tremendo bostezo, envolviéndose en las sábanas lo mejor que pudo.

—¿Te alegras de que mi material haya sido profanado?

Pérez Sevilla no contestó.

—Digo si te alegras de que mi amor haya sido tratado con tan poca cortesía.

Esta nueva pregunta quedó también sin respuesta. Pérez Sevilla deseaba dormir un rato más, ó por lo menos estarse metido en la cama, dejando que su imaginación se deleite á su gusto en la gran fortuna que le esperaba.

Mora un poco impaciente con el terco silencio de su amigo volvió á decir en voz alta.

—Estoy entre sordos ó entre mudos? Bueno su alteza. Pérez Sevilla no se digna contestarme, pues yo le haré hablar mal que le pese, y alzando las mantas cogió uno de los pies de su amigo y comenzó á tirar de él, gritando:—Levántese comastrón.

—No me levanto, dijo Pérez Sevilla agarrándose con fuerza á uno de los pilares de la cama.

—Vamos á verlo. Y soltando el pié que tenía asido, quitó de un tirón todas las ropas de la cama.

—Ni así no me levanto.

—Pues allá va otro cañonazo; y cogiendo por la mitad del colchón comenzó á tirar de él entre los gritos y maldiciones de Pérez Sevilla que iba quedando poco á poco sobre las tablas desnudas.

—Gil que hacía rato estaba ya levantado, al oír los gritos del uno y las carcajadas del otro, cruzó el patio movido de curiosidad y dijo entrando en el cuarto de Mora:

—¿Qué ocurre que gritan de esa manera?

—Ayuda Gil, gritó Mora; ayuda á jalar el colchón para que su alteza se levante.

—Mejor es levantarlo á él mismo, contestó éste y mientras Mora echaba mano á los pies, él hizo lo mismo con la cabeza, levantando en seguida á Pérez Sevilla que decía colérico:

—Reniego de la amistad de ustedes para siempre; porque esto no hacen los amigos sino los verdugos. Y todo porque no he querido oír los versos de Mora.

—¡Que tal cinismo! dijo Mora cruzándose de brazos y paseando por la habitación. Decir que he querido leerle versos á él, que no entiende de nada, volvió á repetir señalándole con la mano temblorosa. Lo que te dije solo fue que los versos del jesuíta eran pésimos, y que mi material estaba perdido.

—De lo que me alegro mucho, ojalá el padre San Miguel hubiera hecho con tu lindo material los versos más malos entre los peores del mundo.

—Verdad que ayer de noche el jesuíta te entregó el poema, dijo Gil acentuando con énfasis la palabra poema y alzando la cabeza con desdén,

—Qué poema ni que niño muerto, si eso no sirve. Y yo que creía en la ciencia colossal de los jesuítas.

—Y es fuerza creerlo aunque ahora sean nuestros enemigos por el dinero que hemos *recaudado*, (este era el nombre que entre ellos daban al robo hecho la víspera) son hombres de mucha ciencia.

—Los versos del padre San Miguel no lo demuestran, replicó Mora aferrado á su opinión.

—Haces mal de juzgar por ellos. Ese ofrecimiento fue por puro compromiso. ¿Qué inspiración, que nada podía tener en un asunto ajeno? Y aunque hubiera sido propio, por una sola producción y hecha en tan corto espacio de tiempo, no se puede juzgar del numen poético del individuo.

—No me convence nada. Los versos están mal hechos y se acabó; pero tan mal hechos, volvió á decir, que estoy con gana de dedicárselos á Arias Sánchez, como él hace con sus cuentecillos.

—Arias Sánchez? dijo Pérez Sevilla como recordando. ¿Ese que dijiste que era Cónsul del Ecuador en Valparaiso?

—El mismo.

—¿Y dónde está el Ecuador?

—Yo que sé donde diablos está, dijo Mora alzando los hombros con tono agudo y displicente. Cuando mandan los conservadores dicen que está en el convento de San Francisco. Cuando mandan los liberales dicen que está en la punta de un cuerno. Lo que yo creo es que la República del Ecuador está en los infiernos.

—Vamos á lo que importa, á los versos del jusuíta. Leelos, dijo Gil.

Allá van, pero conste que se los dedico á Alberto Arias Sánchez, aunque no lo conozco.

—Dedícaselos á quien quieras; eso no importa; una dedicatoria no hace ni más ni menos buena una poesía.

Empieza.

Mora se plantó en medio del cuarto y con voz sonora comenzó á leer el secreto de sus amores.

SOFIA

I

Del agrío monte en la cuesta
Hay una casita alzada
Más blanca que la alborada,
Más risueña y más enhiesta
Que allá en la oculta floresta
Aparece la paloma,
Cuando la aurora se asoma
De gualda y oro vestida
Mostrando en su luz teñida
La cresta de alguna loma.

Madreselvas olorosas
Visten la humilde cabaña,
Y la vecina montaña
Le da sus brisas sabrosas,
En las noches calurosas
Cuando el angel de ese nido
Tras el rosal escondido
Fija su ardiente pupila
En la luz suave y tranquila
De algún lucero perdido.

A tan magnífico edón
No lleva sendero alguno
Que fuera por importuno

Evitado con desdén;
Pues que lleva mal ó bien,
Por piso caliente y fino,
Al cansado peregrino
Hacia la cumbre del monte,
Que limita el horizonte
De seco arroyo el camino.

En ese nido de amores
Modesto, dulce y risueño
Que adoraran con empeño
De Abril y Mayo las flores;
Del mundo y de sus dolores
Huyendo, allí su mansión
Don Enrique de Garzón
Fijó al declinar el día,
Y con él su hija Sofía.

—*En el cerro de Ichimbía*, dijo riéndose Pérez Sevilla. Ya conozco á tu amor y sé también donde vive. Buen gusto, Morita, continuó. Te has enamorado de una guapa muchacha, pero hija de un viejo que no aguanta pulgas. Ahora sí que me va interesando tu historia.

—Si te interesa no me interrumpas, contestó Mora y concluyó el verso diciendo:

Y con él su hija Sofía
En la edad de la ilusión.

Y un año hará que ese roble
Allí al renuevo sustenta
Y de su savia alimenta,
Pagando, puesto que es noble,
Á su amor con amor doble:
Por eso cuando declina
El sol su luz purpurina
Y fresca asoma la tarde,
De su hija haciendo alarde
Va el viejo por la colina.

O sentado en la ladera
Deshace tardo y contento
De su hija por dar al viento
La opulenta cabellera,
Que deja flotar ligera
Como grímpola dorada,
Del favonio acariciada
En las tardes de verano;
Mientras la niña al anciano
Le mira amante y callada.

Horas bellas y dichosas
Se pasan para la niña
Con el viejo en la campiña
Cogiendo lirios y rosas

En las tardes misteriosas
Cuando el sol en el poniente
Se despide sonriente
Cediendo el paso á la luna,
Que tras la niebla importuna
Modesta asoma la frente.

¡Y cómo no han de pasar,
Si la angelical Sofía
No ha sentido hasta este día
Su corazón palpar,
Si sobre ese airado mar
De la pasión en que flota
El alma perdida y rota,
No tendió nunca las alas
Ni nadie admiró las galas
De aquesa linda gaviota?

II

Su tibia luz hechicera
Iba el sol á declinar,
Cansado de iluminar
La casita retrechera.
Los montes y la pradera
Tienen ya tintas de duelo,
Y cubiertas de aureo velo
Melancólicas y bellas,

Se dibujan las estrellas
En la bóveda del cielo.

Alegres cual los que más
Iban el cerro bajando
La niña alegre saltando,
El viejo á tardo compás;
Paróse al punto detrás
De una ancha peña Sofía,
Por dar susto y alegría
Y verle correr ligero
A su padre que, mañero,
Más despacio descendía.

Pero de pronto sintiendo
Algún estorbo á su lado
Retiróse con cuidado,
Y atrás la vista volviendo,
¡Cuál fue su sorpresa viendo,
Con honda y amarga pena,
De sangre y de polvo llena,
Muerto talvez ó dormido,
La faz de un hombre tendido
Y medio oculto en la arena!

¡Padre! azorada gritó
A don Enrique que al punto
Hallóse de su hija junto,
Pues tan grave salto dió

Que sobre el muerto cayó
De cabeza el caballero;
Mas vuelto á alzarse ligero
Exclama ¡cielos! qué es esto?
Y dice:—muchacha presto
—Padre, qué!,—agua primero.

Y mientras corre Sofía,
Presa de triste emoción,
La mano en el corazón
Puso por ver si latía,
Y al sentir que todavía
Le agitaba blandamente,
Comenzó á limpiar la frente
Lleno de amante cuidado
Con un pañuelo mojado
En la vecina corriente.

No era tan grave la herida
Que á don Enrique asustara;
Pues sólo tenía en la cara,
Salvo la sangre perdida,
Quizá de alguna caída,
Uno que otro rasguñón
Y en la frente un gran chichón;
Mas como el mozo no vuelve,
El viejo al fin se resuelve
A llevarle á su mansión.

Don Enrique á la cabeza
Echó mano, y á los pies
Sofía, que en esta vez
Sirve con harta torpeza;
Quizá porque mucho pesa
El cuerpo del desmayado,
Quien abriendo por un lado
El ojo á su conductora
Miró y dijo:—en buena hora
Quién es como yo llevado?

Y quedando más inerte
Aunque le temblaba el gozo,
Dejaba el taimado mozo
Cual si estuviera a la muerte,
Que Enrique con brazo fuerte
Del pecho le levantara
Y que la virgen cargara
Del cuerpo con lo restante
Y á su mano palpitante
Por ir mejor apretara.

A la casa al fin llegaron
Y con un empuje fiero
Sobre una cama de cuero
Al mancebo colocaron,
Y solo allí le dejaron
Mientras iban á buscar
Algo con qué restañar

La sangre del moribundo,
Cuyo letargo profundo
No iba nunca á terminar.

Mas no fué así, que sintiendo
La mansión quedar silencio
Con grandísima prudencia
Fué los párpados abriendo
Y se dijo sonriendo:
Bendita curiosidad
Pues por ella en la oquedad
Del peñasco dió mi frente
Y aunque el batacazo siente
Contento estoy en verdad.

Sin él no estuviera aquí;
Pues cuando me ví inundado
De la sangre, avergonzado
En el suelo me tendí;
Mas la niña vino á mí,
Creyóme muerto sin duda:
Dícele al padre que acuda,
Yo al verme en tan duro trance,
Mi papel dejo que avance
Pidiendo á la suerte ayuda.

El camino ya está hecho,
Y dejar fuera locura
Esta dichosa aventura

Comenzada á mi despecho;
Y más cuando aquí en el pecho
Por esa mujer divina
Ardiente pasión germina.
Sigamos, pues, en mis trece
Que la fortuna se ofrece
Sólo al que largo camina.

Llegó Enrique con premura
Y sorprendiéndose al ver
Que el mozo tarda en volver,
Un gran vaso de agua pura,
Con mano firme y segura,
Derramóle en la cabeza.
¡Ay! dijo con gran pereza
El grandísimo taimado,
Y el cuerpo volviendo á un lado
Miró á todos con tristeza.

Y dijo: Señor no sé
Cómo á esta casa he venido
—Fácilmente, ya se vé
Del peñón habéis caído
Y yo al miraros tendido
Y como muerto, llevado
De mi amor al desdichado,
Con planta segura y presta
Con vos descendí la cuesta
Y aquí estáis bajo techado.

Una venda le alargó
En este punto Sofía,
Y el mozo que no perdía
Ocasión, fino besó •
La mano que ella tendió;
Rauda la sangre agolpada
Por el pudor, nacarada
La faz de la niña puso,
Quien con ademán confuso
Bajó al suelo la mirada.

Y púdica y temblorosa,
La niña, muy suavemente
Ató la venda á la frente
Con sus manitas de rosa;
Y cual madre cariñosa
¡Está bien!, dijo.—Muy bien
Contestó el joven á quien
Le pesó que se acabara
El pretexto con que entrara
En ese risueño edén.

Pues una vez ya curado
Y sin más que hacer allí
Dijo cortés: hasta aquí
Señor, os he molestado.
La vida me habéis salvado,
Aunque no por mi querer,
Y sólo me angustio al ver

Que esta deuda contraída
No podré con esta vida
Que os debo satisfacer.

Yo nunca nada esperé
Contestó atento el anciano
Estrechándole la mano,
Y puestos ambos de pié;
Por un favor que bien sé
Hay estricta obligación
De hacerlo sin distinción;
Mas, pues sois agradecido
No lo echéis nunca al olvido
Guardadlo en el corazón.

—¿Cómo os llamáis?—Luis de Mora
—Y yo Enrique de Garzón,
Soy quiteño del Mesón.
—¿Y esta niña encantadora?
Por su rostro será Aurora.
—No tal, su nombre es Sofía
Y esta niña es hija mía,
Consuelo de mis dolores,
Flor de mis muertos amores
Y en mi vejez alegría.

Y cortés acompañando
Al mancebo hasta la puerta
Que tras él la dejó abierta,

Quedaron ambos mirando
Como iba alegre bajando
Luis la empinada colina
Que en la hora vespertina
Amoroso iluminaba
El sol que ya se ocultaba
Con una luz purpurina.

III

Un mes ligero ha corrido
Desde la herida de Mora,
Quien audaz á toda hora,
Al tiempo que él ha podido,
Sin dejar nunca ha venido
Con un calor africano
De la salud del anciano
Que no le importa á informarse
Y un momento alegre á estarse
Con la niña mano á mano.

Joven de buen parecer
Y emprendedor como pocos,
El más loco entre los locos
Si se trata de obtener
El amor de una mujer,
Pronto la casta inocencia
Que guardó la adolescencia

De esa niña seductora;
Al pasar como una aurora
Dejó oscura su inocencia.

Por eso hoy triste y llorosa
Sobre el pecho blandamente
Inclina su nívea frente
Como se inclina una rosa;
Por eso la niña hermosa
Que ayer no más retrechera
Con su padre en la pradera
Jugaba á la luz del día,
Hoy con angustia sombría
Ansiosa la noche espera.

Y es que en la noche callada
El oculto rondador,
Viene á jurarle su amor
A la triste enamorada,
A alumbrar con su mirada
De fuego ardiente, maldita,
Esa hermosura marchita
Presa de horribles dolores,
A acallar con sus amores
Esa conciencia que grita.

Amor encantas, fascinas
Al sentir el fuego blando
Que vas dulce prodigando

Si al corazón te avecinas
Con guirnaldas peregrinas
Adornas nuestra cabeza
Que ya á enloquecer empieza
En los placeres cobarde,
Sin mirar en que más tarde
Su dicha será tristeza.

Encantas por un momento,
Y al compás de tus canciones
Palpitan los corazones
Y se aduerme el pensamiento.
Pero ¡ay! raudo que el viento
Que cruza por la montaña,
Tronchando la débil caña,
Te partes sin que el quebranto
Te ablande ni el triste llanto
Que las pupilas empaña.

Te partes y se derrumba
Sobre el hombre la amargura,
Te partes y queda oscura
La vida como una tumba.
Rabioso y potente zumba
En ese nido ya frío
El huracán del hastío,
Que solo iracundo grita
En alma que está marchita
En pecho que está vacío.

IV

De alegre noche á deshora,
Harto de amor y de vino,
Por el áspero camino
Avanzaba Luis de Mora;
Queriendo á su encantadora,
Obsequiar, como es razón,
Con una amante canción
En su viola acompañado,
Que revelara el estado
De su amante corazón.

Cantó como un ruiñeñor,
Mas no estuvo el mal en eso
Si no que rendido al peso
Del vino el mal seductor,
Y ansioso acaso de amor,
Sin fijarse en lo que hacía,
Ni el peligro que corría,
Su vihuela rasguñando,
Siguió imprudente llamando
A su adorada Sofía.

Oyóle el viejo y alzando
La voz preguntó, ¿quién vá?
—Quien de frío muerto está
Contestó Mora cantando.

Abrió la ventana dando
Al diablo Enrique al burlón,
Y á Luis al ver de plantón
Dijo iracundo: ¡qué hacéis?
—Señor, estoy como véis
Pagando la curación.

Fiero lanzóse á la puerta
Aquel irascible anciano
Con el estoque en la mano;
Mas el mozo que ya alerta
Estaba, por la desierta
Colina rauda volaba,
Mientras la niña lloraba
Medio escondida en su lecho
Con rabia apretando el pecho
Por el amor que guardaba.

Se escapó el malvado, dijo
Enrique, volviendo á entrar;
Pero oyendo sollozar
A su hija casi á su lado,
Añadió en tono asustado
¡Cómo! qué tienes mi bien?
¡Lloras? verdad ¡mas por quién
Ese llanto, esa agonía?
¡Dímel ay! dímelo Sofia,
Mi encantadora, mi edén.

¿Amas quizá á Luis de Mora?
Con tantas lágrimas rojos
Me están diciendo tus ojos
El afán que te devora.
¿Callas? sí! calla en buena hora
No, no me digas jamás
Que por él muriendo estás.
—Padre le dí el corazón
Deshonrada . . . Maldición
¡Oh Dios, oh Dios! dónde estás?

Horas que el pesar bañó
Las de esa noche menguada
En que una sola mirada
Ninguno se dirigió;
Horas en que no rompió
Su silencio sino el ruido
Leve, triste, comprimido
Que vago se desvanece,
En el punto que aparece
De algún sollozo perdido.

La barba oculta en la mano
La frente al pecho caída,
Inmoble, acaso sin vida
Deja que el cabello cano
Cubra su faz el anciano;
La niña al pie sin alzar
Del suelo por no mostrar .

El dolor que le está ahogando,
Silenciosos y llorando
El sol les volvió á mirar.

Al concluir Mora los últimos versos que leyó con un tono seco y apagado, se enjugó una lágrima furtiva.

—¿Dices que los versos son pésimos, dijo Gil, y sin embargo te veo llorando?

—Es mi historia, y á esa niña la amo con una pasión ardiente.

—¿Es verdad todo lo que dicen los versos? preguntó Pérez Sevilla, que por la primera vez en su vida había escuchado silencioso.

—Punto por punto. El jesuíta no ha hecho sino rimar lo que yo decía en prosa.

—Pues bien, has hecho mal, dijo Pérez Sevilla, en tono serio. Has hecho mal, hundiéndolo á un pobre viejo y á su hija en un mar de amarguras. Aplaudo tu genio dejándote conducir por ellos como un muerto, aplaudo tus amores propios de nuestra edad; pero repruebo el que tú mismo hayas descubierto á su padre la deshonra de su hija.

—¿Qué quieres? el vino se me fué tanto á la cabeza esa noche que bebimos con el padre San Miguel, que no fuí dueño de mí, no supe lo que me hacía, é inconsciente descubrí un secreto que debí guardarlo en el fondo del alma.

—Debes dar una cumplida satisfacción.

—En eso he pensado siempre; amo á esa mujer, la idolatro, y sólo Dios sabe el abismo de dolor que he tenido que devorar considerándola infanada ante los ojos de su propio padre. Quiero satisfacer. Y desde el otro día que sucedió lo que les he leído, pensé portarme con honor; pero cómo? un pobre, un desdichado no puede resarcir nunca esa clase de daños; su corazón no es cosa que valga mucho para que se le acepte. Hubiera querido darle mi mano, pero su padre, antes que llamarme hijo me hubiera atravesado el corazón. Ahora, no, ahora somos ricos y bien me aceptará.

—Sí, ricos, murmuró Gil, así parece, pero vivamos alerta, porque ese oro puede conducirnos á la tumba.

—No me inspiran miedo los jesuítas. Ya viste, según tú mismo nos lo has refe-

rído, que el padre San Miguel no se atrevió á tocarle y estando armado.

—Ese era uno solo; pero cinco ó seis . . .

—Nos batiremos hasta morir defendiendo lo que con tanta audacia hemos conquistado; sí, hasta morir, añadió con resolución y tendiendo el brazo con imperio, no tanto por mí sino por ella.

—Yo también cuando me vatía, no pensé en mí sólo, sino en mi Rosa á quien quiero verla feliz, tanto cuanto puede serlo una mujer.

—Yo defendo ese dinero porque es mío, dijo Pérez Sevilla; y no tengo el menor miedo de perderlo, aunque me ataquen todos los jesuítas de la tierra.

—Cuerpo á cuerpo nadie los teme, dijo Gil, pero si nos tomaran por la espalda.

—Es cierto; repuso Mora pensativo, una traición rinde al hombre más audaz; mas como nos vamos á prevenir.

CAPITULO XVIII

Un riobambeño más

—Te digo que no podemos ser espiados, decía Gíl, conversando con sus amigos, sentado en uno de los bancos de la plaza grande, como se llamaba entonces la plaza mayor

Mora se encogió de hombros sin contestar.

—Puede ser, pero ese silbido mistetioso que oímos al salir de casa, te puedo decir que me ha quitado media libra de confianza. 'Además ese silbido no lo hemos oído allí solamente, pues casi de cuadra en cuadra se ha venido repitiendo.

—Es verdad, dijo Mora, pero puede ser una coincidencia y nada más,

Todas las noches silban los muchachos lo mismo.

—Mas no de esa manera, y para probarte que no es infundado mi temor, sigamos andando.

Todos hicieron como Pérez Sevilla lo decía.

Entraron al portal del Arzobispo, y al salir por la parte de la Concepción, oyeron un silbido agudo y lejano lanzado á sus espaldas.

—¿Ves? dijo Pérez Sevilla, apretando el mango de su puñal, somos espiados, pero, ¡ay de ellos!

—Todavía no me convenzo. Andemos otra cuadra más, dijo Gil, y siguieron á la derecha por la calle de la Concepción. Al llegar á la esquina, otro silbido que parecía venir de la iglesia misma de la Concepción se dejó oír como la vez primera.

—Bajemos por aquí, volvió á decir Gil, y tomaron á la derecha con intención de salir á la calle de la Platería. Al llegar á la esquina el silbido se repitió á sus espaldas como las dos primeras veces.



—Es verdad, dijo Gil, están siguiendo nuestros pasos, y regresaron á la esquina que acababan de dejar.

Buscaron por todas partes, sin hallar ninguna persona sospechosa. De vez en cuando pasaba algún caballero haciendo crugir la espada contra las piedras de la calle, ó algún plebeyo metido en su poncho.

Los jóvenes volvieron á bajar y el silbido se repitió tan pronto como llegaron á la esquina.

Bueno, dijo Mora, quédate tú Gil, para ver quién silba, mientras nosotros subimos otra vez á la esquina de la plaza, de allá te silbaremos al llegar. Subieron por la calle de la Platería, desembocaron en la plaza sin oír silbo ninguno.

Llamaron á Gil como habían convenido y tan pronto como éste se reunió con sus amigos, el silbo sonó idéntico á la vez primera.

—¡Ira de Dios! dijo Gil, ahora veremos si los jesuítas son tan hombres como nosotros.

—¿Crees que nos asalten?

—No, son sacerdotes y no se atreverán á dar un escándalo mayúsculo, sabiendo como saben que les costará muy caro, puesto que estamos armados; ellos quieren cojernos á traición.

—Si me asaltan, dijo Pérez Sevilla, soy capaz de no dejar un fraile sobre la tierra, y sacó su daga milanesa cinco dedos afuera como asegurándose que corría fácilmente sobre la vaina.

—Aunque nos armen un lazo; creo que no será en estas calles, son bastante concurridas, dijo Mora. Aquí no me dá cuidado, pero del barrio de la Merced para adelante, sí; propongo, pues, retirarnos antes de que se haga más tarde, pero con precauciones; uno por la acera derecha, otro por la izquierda y otro por el centro de la calle; así aun cuando uno sea sorprendido, los otros pueden prestarle ayuda.

—Muy bien pensado, dijo Pérez Sevilla.

—Sí, pero antes deseo dar un golpe atrevido, dijo Benito Gil. Los jesuítas nos siguen de trecho en trecho, eso es claro; pues bien, entremos en una fonda á tomar café,

ellos como á lugar público también entrarán, y así lograremos conocerles las caras y el disfraz que usan para podernos guardar mañana y aun hoy mismo de esas aves negras.

—A pajaros negros Banda Negra, dijo Mora, queriendo hacer un refrán. Gil dice muy bien, vamos á la fonda.

—A cual?

—A la de la Sabidora, en la calle del Correo, contestó el interpelado y se dirigieron á élla, sin más preámbulos.

La fonda estaba desierta. La mulata sentada junto al mostrador y un joven de rostro trigueño, ademán resuelto y mirada altiva, que en uno de los cancelos del lado izquierdo comía tranquilamente un plato de carne, eran los únicos vivientes que allí se veían.

—Café y pastas, dijo Gil, sentándose con sus amigos casi frente al joven, en un cancel opuesto.

Un sambito pequeño sirvió, al momento, con mucha gracia lo que pedía la Banda Negra.

El joven trigueño no se movió siquiera. Alzó los ojos y miró á los tres caballeros con una indiferencia glacial. Nada en él había de sospechoso.

Pocos instantes después de la entrada de Gil y sus amigos, entraron también dos hombres de poncho arremangado sobre el hombro, sombrero de paja caído hácia la nuca, y al parecer ébrios.

—Media botella de anisado, dijo uno de ellos, con imperio.

Ponga botella entera, gritó el otro, ya somos cuatro. En efecto acababan de entrar otros dos cholos, tan borrachos, al parecer, como los primeros.

Benito Gil y sus amigos clavaron los ojos en los que con tanto garbo pedían aguardiente.

—Serán estos? dijo en voz baja á Pérez Sevilla,

—No lo creo. Oye como echan ajos y beben aguardiente; si fueran frailes no harían tal.

Dos minutos después de lo que acabamos de contar, entraron otros dos hombres

más, y tomaron asiento en un cancel inmediato al de los cholos.

—Alita, alita, dijo uno de los que entraban con un tonito de canto.

¿A cuántas tazas de café dá por medio?

—Son del Norte, dijo Gil, sonriéndose, mientras la Sabidora contestaba:—A una, señor, pero con pan y copa de aguardiente.

—Entonces sírvanos, volvió á decir el que llevaba la palabra. Alzando al hombro su gran poncho de bayeta de castilla y poniendo entre las piernas un enorme sombrero de paja manabita de dos tercias de alto.

—Más aguardiente, gritó otra vez uno de los cholos que estaban en el cancel inmediato, acompañando su pedido con algunas maldiciones.

La Sabidora se negó á servirle, exigiendo primero el pago.

Uno de ellos puso un peso sobre la mesa, y la dificultad desapareció.

Tres hombres asimismo de la plebe y casi ébrios se presentaron á la puerta de la tienda.

—Una botella de alpargatas, dijo uno de ellos, con una voz estentórea.

Sin duda la Sabidora sabía todos los usos de la plebe; pues sin turbarse en lo más mínimo, preguntó: ¿con reata ó sin reata?

—Con reata, contestaron.

La negra cogió una botella de aguardiente en la que puso una punta de mistela de almendra, y la puso en el cancel donde habían tomado asiento los tres últimos, que sin duda eran conocidos de los otros; pues se saludaron con una seña, diciéndose:—yuyen . . . ¿ cómo estás?

Gil dijo á sus amigos:

—Creo que estos no son jesuítas.

—Así me parece, dijo Pérez Sevilla, y si son, no puede negarse que saben admirablemente su papel.

Las copas habían menudeado mucho entre los de la plebe y los hijos de Pasto, Todos hablaban en voz alta sin entenderse ninguno.

El joven trigueño después de haber comido con gran cachaza su plato de carne, pidió una taza de café.

Callado, triste, parecía meditar; aunque de vez en cuando cruzaba por sus negras pupilas un rayo de fuego.

De pronto se oyó una voz estridente salida de uno de los cancelos, que decía:

—Estos *levas* se hacen los que toman café, para hacer ver que valen mucho.

—Todo *chulla* es así, gritó otro, mirando á Gil de un modo amenazador. Vienen á tomar café robando á las madres.

Las dos palabras, *chulla* y *leva* son los dos peores insultos que conoce el pueblo quiteño para herir á los jóvenes de medio pelo y aun á los aristocráticos que usan levita.

Gil y sus amigos lavantaron la cabeza con altanería.

El joven trigueño alzó también la cabeza iracundo. Vestía tan noblemente como Gil, y el insulto, por consiguiente, le tocaba.

—Una copa de aguardiente, dijo con imperio y voz iracunda.

Sirvieron lo que pedía, y éste la apuró de un solo trago.

—Ahora veremos si un leva me desprecia á mí, dijo otro, de un cancel inmediato, y tomando una copa de aguardiente, se plantó delante de Gil, diciéndole grosero: quiero que tomemos los dos esta copa.

—No tomo, dijo Gil.

—No la toma?

—No.

—Pues allá vá. Y lo arrojó con ira el contenido de la copa en la cara.

Gil y sus amigos, lanzaron una poderosa interjección, y empujando la mesa con inusitada violencia, se plantaron en medio de la sala.

Un golpe seco, poderoso, retumbó en medio de una algazara general. Gil había castigado al insolente dándole un terrible puñetazo que lo hizo caer de espaldas.

—Misericordia! gritó la Sabidora, queriendo contener á unos y otros; pero en vano. Todos los que estaban en los cancelos inmediatos se levantaron iracundos y arremetieron á los jóvenes con furia.

Gil y sus amigos, armados de todo lo que había en el mostrador de la Sabidora;

contenían á sus contrarios disparándoles á la cabeza plátos, tazas y botellas, á cuyos disparos contestaban los otros batiéndose á puño limpio, pero con tal furia, que los tres jóvenes pensaron en hacer uso de sus aceros; tal era la multitud que les rodeaba; sin embargo, eso no pasó de pensamiento; pues el joven trigueño, comenzó por las espaldas de los atacantes á repartir cintarazos con tal furia, que sus enemigos comenzaron á caer uno tras otro; quienes rotos la cabeza, quienes con los brazos y el cuello quebrantados.— ¡Aquí compañeros! Somos pastusos, gritó uno de los que gastaban sombrero alto y poncho de castilla, y arremetieron al joven desconocido sin temor á sus golpes quizá por creerse en salvo tras la muralla de bayeta que les protegía.

—Adentro alitas, gritó un segundo.

—Somos pastusos, repitió un tercero.

—Soy riobambeño, gritó el joven, y dando de plan con su estoque sobre la torre de paja que llevaban en la cabeza, logró herir á dos de los más valientes, que al verse en tal estado, comenzaron á retirarse aturdi-

dos con los terribles cintazos del joven triguicño, como de los puños limpios de Mora y de Pérez Sevilla.

El combate estaba resuelto. El montón de gente no pensó más en defenderse; quiso huir y comenzó á ejecutarlo rápidamente. Al salir el último, Pérez Sevilla llevado de una sospecha más fuerte que su voluntad, dió un salto y tomando del cuello al último de los pastusos, que embarazado con los ponchos y las bufandas, no pudo salir tan pronto como quisiera, le obligó á volver la cara sin fuerzas para defenderse.

—¿Quién eres? dijo el joven, iracundo, echándole mano á las barbas—¿quién eres? ó te envaso este puñal. Y al mismo tiempo levantó su derecha armada con el hierro matador

¿Eres jesuíta?

—Sí, dijo el desconocido, temblando.

—Pues toma—y tiró las barbas con tal furia, que se le quedó todo el mazo en las manos, descubriendo el pálido y azorado semblante del hermano Benjamín.

—Diablo! el hermano Benjamín, dijo receloso.

Benito Gil se acercó en este instante, y al reconocerlo también, le dijo con ira reconcentrada: Anda y dí á tus superiores, que ni todos los jesuítas juntos son capaces de habérselas con nosotros; y dándole un violento empellón lo echó á la calle.

El campo había quedado por los de la Banda Negra, que al verse solos se acercaron otra vez al mostrador, donde el joven riobambeño estaba ocupado en vendarse la una mejilla que había salido no muy sana de la refriega.

—Le damos á usted las gracias, dijo Gil, tendiéndole la mano.

No hay por qué darlas, señores, he cumplido con mi deber y nada más. Así como los de la plebe se unen para atacar, debemos también estar unidos para defendernos, dijo el desconocido estrechando, cada una de las manos que los jóvenes le tendían,

—Sin su ayuda, quién sabe en que hubiera parado esta pendencia, dijo Gil,

—En la victoria, indudablemente, contestó con indiferencia el joven.

—Tal vez, dijo Pérez Sevilla; pero eso en nada se opone á mostrarnos agradecidos de usted y desear su noble amistad.

—Mi amistad vale bien poca cosa, señores, soy uno de los muchos hijos á quienes la fortuna deshereda porque quiere; sin embargo, ya que ustedes la desean, yo la ofrezco con todo mi corazón; é inclinándose ante Gil, le dijo tendiéndole otra vez la mano:

Alejandro Cabrera, un servidor de usted.

—Benito Gil, dijo con la misma cortesía, presentando en seguida á Mora y Pérez Sevilla.

—En el combate le oí decir á usted que era de Riobamba.

—Sí, señor, de allí soy; aunque mi acento y el color de mi cara sean enteramente guayaquileños.

—En efecto, dijo Mora, que comparó rápidamente la blancura de Benito y su cabello rubio con el negro pelo y la tez trigueña de Cabrera; nadie diría que ha nacido al pié del Chimborazo.

—Mis padres son hijos de Guayaquil, dijo Cabrera, pasaron á Riobamba por motivos de salud y allí nació yo y me crié hasta la edad de catorce años. Volviendo otra vez á la ciudad de mis mayores, después de muerta mi madre, he pasado en ella hasta la edad que tengo.

—Entonces somos paisanos, dijo Gil.

—Me honro mucho de serlo. ¿Es usted riobambeño?

—Allí se meció mi cuna.

—Doble motivo para estimarlo de corazón y ofrecerle lo poco que valgo.

La dueño de la fonda, que durante toda la conversación recogía los restos de las tazas y platos esparcidos por el suelo, dijo iracunda:—Ahora ustedes van á pagarme todo esto ó llamo á la policía.

—No se afija, señora, le pagaremos todo.

La Sabidora, consolada con la promesa, comenzó sus cuentas.

—El señor, dijo, señalando á Cabrera, me debe de un plato de carne, una taza de café y una copa de anisado, por todo, real y medio.

Cabrera se quedó vacilante, casi avergonzado.

Buscó en sus bolsillos, y no hallando nada, dijo con tono embarazado:

—No se apure, señora, por esa pequeñez, ahí le dejo en prenda mi capa que vale mucho más de lo que yo y los señores hemos gastado. Téngala hasta mañana.

—Eso no, dijo Gil—el gasto corre de mi cuenta; y tiró una onza sobre la mesa, diciendo á la Sabidora:—Cóbrese usted.

—Pero señor Benito . . . dijo Cabrera:

—No hablemos de eso, señor Cabrera: ojalá yo pudiera mostrar á usted mi agradecimiento y mi cariño en algo mejor que en esa miserable cuenta.

La Sabidora puso sobre el mostrador lo que sobraba de la onza en magníficos pesos españoles.

—Baje usted cuatro botellas de vino, dijo Pérez Sevilla y cobre de allí mismo; esta noche es para nosotros noche de fiesta.

—Entonces llévase toda la onza y vengán más botellas, dijo Mora.

Seis botellas más fueron puestas sobre el mostrador.

— Ayuden todos, dijo Pérez Sevilla, guardándose en los bolsillos, tres de las primeras botellas. Mora hizo otro tanto y dijo á Gil.—guarda el resto.

Gil no se hizo repetir la orden haciendo desaparecer bajo la capa otras tres botellas.

—Vamos á tener el honor de invitarlo á usted, señor Cabrera, á pasar una mala noche en nuestra compañía.

—La compañía de ustedes se hizo para aumentar quilates al placer, dijo Cabrera, con galantería. Acepto, señores. Y dejando que tomen la delantera Mora y Pérez Sevilla, siguió andando al lado de Benito Gil.

— Hemos escarmentado y los jesuítas para siempre, dijo Mora á su compañero; con la lección de ahora, creo que no volverán á molestarnos jamás.

— Así lo creo yo también, y por eso quiero divertirme esta noche. Me creo libre, completamente libre de todos ellos, y de un modo tan feliz é inesperado, que yo mismo no alcanzo á explicarme cómo.

— Hay cosas así, dijo Mora, cogiéndose del brazo de su amigo, y continuaron ade-

lante por las desiertas calles de la ciudad, seguidos de Benito Gil y del padre Cabrera y dueños de una fortuna que nadie, en adelante, se atrevería á disputarles.

Al descubrir la farsa de que habían sido víctimas, se habrían creído perdidos sin remedio; perdidos por su culpa, pues ellos mismos con su imprudente arrojo de querer descubrir, entrándose en una hostería, la cara de sus enemigos, le habían proporcionado al padre Cabrera el medio de poner en práctica su atrevido plan, coordinado durante el día en ese mismo figón.

Esto pensó, en efecto, que el mejor pretexto para adquirir la confianza y amistad de Gil y sus amigos era buscarles una pendencia en la que él saldría á su favor, pero no acertaba el sitio en que ésta era preciso se verificara.

La Banda Negra le abrió camino con su imprudencia y quedó otra vez cautiva de los jesuitas, no bajo un padre como San Miguel, todo modestia y virtud, sino de un guayaquileño atrevido y valiente, capaz de emplear todos los medios, por violentos que

fuera, á trueque de no perder un ápice en el concepto de sus superiores y de sacar á éstos triunfantes, cosa ya enteramente fácil, puesto que ganado el cariño de los tres amigos, no tendría más que atraerlos con cualquier pretexto, de esos que entre amigos nunca faltan, para llevarlos á alguna casa, por ejemplo, donde apostados los jesuitas, podrían coger prisioneros y amordazar á su sabor á los tres amigos. Todo pues, estaba casi hecho y asegurado, tanto más, cuanto que él para proceder con conocimiento íntimo de la situación, había comenzado por mostrarse pobre y abandonado, como ellos, á fin de que, compadecidos, obligarles á mostrarse generosos, llevándole á la casa que habitaban, como en efecto lo hicieron, no por imprudencia, puesto que en este caso de nada podía acusárseles, ya que habían procedido con toda la cautela posible, sino debido á su mala estrella y á su generoso corazón.

CAPITULO XIX

Lo que había sucedido

—Dispense usted, padre Centellas, dijo el señor Carrera, ya despidiéndose, la cosa urgía y era fuerza molestarles.

—A mí jamás me molesta un amigo como usted. Ofrecí el otro día darle por escrito el plan curativo que debía seguir su señora hermana y ha hecho muy bien en venirlo á recordar.

—Bien conozco su bondad, reverendo padre, y por eso vine á estas horas, aunque dudoso de hallarlo dispuesto.

—¡Qué poco ha estudiado nuestras costumbres, señor Carrera, dijo riéndose, cuándo supone que nos acostemos con las gallinas!

—Esta no es hora de gallinas, reverendo Padre, van á dar las nueve.

—Pues bien, á esta hora, acabamos recién nuestro recreo, después del cual tenemos que ir á la capilla á rezar el rosario, y en prueba de lo que digo, vea usted, añadió, mostrando hácia al extremo del corredor algunos sacerdotes que se dirigían callados á la capilla. Van á rezar.

—Entonces, no seguiré siéndole molesto, tanto más, cuanto que tengo por mi parte necesidad de levantarme con la aurora á despedir á mi hermana.

—Decididamente parte mañana?

—Sí, reverendo Padre, y muy por la mañana, á fin de evitar en cuanto sea posible la acción del sol. Conque dice usted. . .

—Que observe puntualmente todo lo que dice el papel que acabo de darle, sin hacerse más remedios que los indicados, y esto con prudencia. La tisis no se cura con remedios, sino con buen aire y buenos alimentos. Muchos baños, muchas distracciones, en las que se ejerciten las fuerzas con moderación, bastan para que el enfer-

no adquiriera una mejoría notable. Con respecto á los alimentos, cuidará usted de decir á la persona encargada de velar por su señora hermana, que le dé sustancias grasas en abundancia. Las materias hidrocarbonadas impiden hasta cierto punto los gastos de la economía, y es fuerza no descuidarse en esta materia, pero vuelvo á repetirlo:—con prudencia. Si la grasa acarrea trastornos intestinales, si perturba la digestión de los otros alimentos, que deje de usarla en seguida; pues le será más perjudicial que útil.

El canto es también de gran utilidad en estos casos. Aumenta la capacidad pulmonar y permite respirar á los enfermos con más desahogo. En cuanto á la falta de apetito de que se queja, se le puede remediar con estas pildoritas que van aquí, y le alargó una pequeña cajita. Son de arsénico, cuya propiedad, como es sabido, es la de levantar las fuerzas digestivas del estómago. En el papel está indicado la dosis y las precauciones que debe tener al tomarlas.

—Muy bien, muy bien, padre Centellas, dijo el caballero, despidiéndose, pero antes de alejarse un solo paso del sitio en que estaba, oyó la voz del padre Mariscal que le decía á sus espaldas:

—Muy de noche nos viene á visitar el señor Carrera.

—No es visita, padre Mariscal.

Había olvidado de pedirle al padre Centellas el plan curativo que ofreció darme para mi hermana; y como ésta parte al amanecer, me he visto forzado á molestarle á estas horas.

—Ha hecho muy bien, dijo el padre Mariscal con galantería; los jesuitas estamos sólo para servirle; y mudando de tono continuó:—Y de sus asuntos cómo van?

—Hoy me dijo el notario que estaban ya concluidas todas las diligencias necesarias para la partición de bienes entre mi hermana y yo.

—Y no han tenido tropiezo?

—Ninguno.—Mi hermana como se queda en el mundo ha preferido tomar todo u haber en bienes raíces; yo en metálico á

fin de poderlo disponer según las circunstancias.

—Y á cuánto ha ascendido la porción de cada uno? dijo con curiosidad.

—A treinta mil pesos, fuera de algunos objetos de plata que puedo calcularse en tres mil.

—No es floja suma, y con ella muchos bienes se pueden hacer, dijo el padre Mariscal ansioso por saber el destino que iba á dar el caballero á esa fortuna.

—Así es, reverendo Padre Se pueden aliviar muchas necesidades, y procuraré hacerlo del mejor modo que pueda dándole á los pobres.

—Todo? preguntó con inquietud el Superior.

—Sin quedarme con un solo centavo.

El padre Mariscal deseaba con todo su corazón que los bienes del caballero pasasen á formar parte de los bienes de la Compañía, pero hombre de mucho tacto y prudencia juzgó hasta vergonzoso pedirselos, así es que contestó con sequedad:—Ha hecho usted muy bien, y Dios no dejará de

juzgarle con tanta más misericordia cuanto haya sido su afan por aliviar las necesidades de los que sufren. Bajó un momento los ojos al suelo como buscando alguna idea y sin encontrarla calló. Quería dar á entender al señor Carrera que no diese nada á los pobres sino á él, pero no quería decirselo. Hay cosas que aún al más ambicioso le causan vergüenza. Por fortuna el padre Centellas que, como jesuíta, pensaba de un modo idéntico al padre Mariscal, dijo con tono solemne:

—Por desgracia no siempre es fácil saber dónde está la verdadera necesidad.

—Haz bien y no mires á quién, se aventuró á decir el señor Carrera, á modo de defensa.

—Eso no es exacto, señor Carrera. El bien cuando pasa de cierto límite se convierte en mal, si no para el que lo hace puesto que Dios juzga sólo por la intención, al menos para el que lo recibe. Si á un pobre, á un mendigo, que tiene el vicio de la embriaguez, por ejemplo, le dais una limosna abundante, Dios os la recibirá, sí,

pero no por eso será menos cierto que ese infeliz habrá hallado con vuestro dinero el medio de ofender á Dios con su vicio y con todos los pecados que de él resultan.

—Tiene usted razón, padre Mariscal y esto que me dice me enfría un tanto en el deseo que tenía de hacer limosnas.

—Además, añadió, resuelto á seguir atacando la débil trinchera que había puesto el caballero, recordad lo que el mismo Jesús dijo cuando una piadosa mujer ungió los divinos pies con el unguento precioso. Judas quería que éste se venda y con su producto se dé limosnas á los pobres; pero Jesús qué le responde?

A los pobres siempre los tenemos con vosotros, mas á mí no siempre me teneis. Cap. XII v. 8, dando á entender, según comprendo yo, que aunque es bueno dar y mucho á los pobres, no es menos laudable dar á su Divina Magestad, á quien, ciertamente, no siempre tenemos la dicha de poseer, una vez que nuestros pecados nos alejan de él á cada paso.

—Tiene razón vuestra reverencia, dijo el caballero que no comprendió la malicia

con que el padre Mariscal había citado el texto truncado, interpretándole en seguida á su manera. Y añadió vacilante: ¿Entonces qué debo hacer?

—Voy á contar á usted un caso que le sucedió á nuestro Padre San Ignacio, dijo el padre Superior, sin contestar directamente á una pregunta por extremo embarazosa, pues si decía d'ólo todo á Dios, podría creerse interesado, y si á los pobres, perdía del modo más ruin ese caudalejo que tanto apetecía.

En la ciudad de Valencia, en España, se venera á una imagen de María, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Desamparados. Un día que pasaba San Ignacio por frente á su capilla, movido á lástima al ver la multitud de menesterosos que gemían á los pies de tan Noble Soberana, echó mano á su bolsillo resuelto á repartírselo entre todos conforme le alcanzase. Son mis hermanos, dijo, y tengo obligación de aliviar sus miserias. Sacó la primera moneda para empezar el reparto; pero vió que unos eran tullidos, otros cojos, unos mozos,

otros viejos, y temeroso de cometer una injusticia con esos infelices, volvió á decirse:—Son mis hermanos; pero María es madre, y estando olla presente no puede tocarme á mí el repartir ese dinero.

Subió las gradas del altar y poniendo en manos de la Santa Imágen su repleto bolsillo, la dijo nuestro Santo, lleno de amor y de fe:—Tuyo es, ahora Señora, dá como te plazca y á quien quieras.

Salió el Santo seguro de que dejaba en buenas manos su dinero; pero no bien había dado algunos pasos en la calle, se detuvo oyendo el alboroto que hacían los pobres al salir. Regresó San Ignacio y sin poder persuadirse de que tan pronto hubieran sido socorridos, preguntó uno por uno si habían sido favorecidos y todos le dijeron que sí, mostrándole cada uno una moneda, aunque de distinto precio. El último que salió fue un hombre sin lesión ninguna corporal, robusto y casi joven. Esto contra lo que era de esperarse, llevaba casi la mitad del saco. ¿Le ha dado á usted todo eso? el preguntó, nuestro Santo, con curiosidad,

Sí, porque aunque parezco joven y robusto, tengo mujer y una multitud de hijos á quienes alimentar y vestir, cuando los demás que acaban de salir sólo tienen necesidad de ver por sus personas y nada más. ¿Comprendéis? dijo el padre Mariscal, en tono cariñoso al caballero, que sin ese ejemplo y sin nada, iba á darse el mismo en cuerpo y alma á la Compañía, y hubiera dado su dinero á la más leve indicación.

—Comprendo, reverendo Padre, y deseo aprovecharme de las lecciones que nos dá nuestro gran Santo de Loyola, dijo haciendo ya como suyo á San Ignacio. Yo le dejaré todo en manos de María, es decir, en las de vuestra Reverencia, para que inspirado por ella, haga lo más digno de alabanza, de ese dinero, pues no es creíble que si coloco materialmente en las manos de su adorada imágen, quiera repetir el milagro con un pecador como yo.

—Sí, no es creíble, dijo el padre Mariscal, ahogando un suspiro de satisfacción, y añadiendo en seguida:—¿Cuándo piense usted darnos el placer de tenerlo definitivamente entre nosotros?

—No tengo en el mundo más que una hermana, y ésta, como sabeis, tan delicada, que cada noche temo no amanezca. Quisiera entrar cuanto antes, pero deseo también ser útil de algún modo, por amor y obligación á mi propia sangre. No es esto decir que quiero estar muchos días en el siglo; no, dijo sonriendo. Dios ha querido que aborrezca con todas las fuerzas de mi corazón esos placeres mesquinos que sólo sirven para enlodar el alma, pero he resuelto aguardar aún algunos días, hasta ver si con las aguas termales y el aire puro de la villa de Otavalo, recobra mi hermana algunas fuerzas.

—Yo espero que sí, dijo el padre Centellas.

La enfermedad no está en su último período, en que el estado de miseria fisiológica de los enfermos hace perder toda esperanza. Sufre mucho, es verdad, pero tiene aun fuerzas para resistir, y es probable que si éstas aumentan con un tratamiento sabiamente dirigido, en vez de ir á la muerte, pueda obtener su completa curación. Las

producciones tuberculosas tienen dos tendencias opuestas; una á la cicatrización gradual, otra á la perforación pulmonar. ¿Cuál de estas dos tendencias dominará en su señora hermana? Esto es lo que no sabemos de un modo positivo, aunque yo fiado en la Omnipotencia Divina, me inclino á la primera, en vista de su estado. Además, si el padre Mariscal me dá su venia, tendré mucho gusto en pasar á Otavalo por algunos días á fin de prestarle los socorros necesarios.

—Desde hoy, padre Centellas, cuente usted con mi permiso para emprender ese viaje cuando le plazca.

El señor Carrera, lleno de alegría y de gratitud, estrechó las manos de los dos jesuitas, diciendo: — Gracias, con un acento en el que se revelaba la más profunda emoción.

—¿Cuándo piensa partir? dijo el padre Mariscal á su compañero.

—No sé, contestó éste, pero una vez que vuestra reverencia me concede el permiso

pedido, creo que no debo demorar mucho.

—Hoy lunes, dijo el señor Carrera; ¿por qué no ir hasta el domingo?

El padre Mariscal hizo un gesto de aprobación que no pasó desapercibido para el padre Centellas, por lo que contestó:—Iré el domingo, si hasta ese día mi buena suerte me permite aislar el principio activo de los huesos.

—¿Todavía lucha usted con esa dificultad? dijo el señor Carrera, que no alcanzaba á comprender cómo un sabio, un jesuíta de aquellos tiempos, para quienes, según el vulgo, querer era poder, demorarse tanto en una cosa tan sencilla.

—Y lucharé quien sabe hasta cuando, contestó el padre Centellas; no tengo una pauta segura para caminar derecho á mi objeto; los métodos de investigación tengo que irlos inventando yo mismo, con lo que sufro no poco retardo, pero estoy tan adelantado en mis trabajos, que casi me atrevería á asegurar no pasará del domingo.

—Y espera usted mucho de ese nuevo medicamento que va á salir de sus manos? preguntó el padre Mariscal.

—Mucho—Los huesos se forman de la parte más rica de la sangre, y es natural que éstos me den un restaurador poderoso que en vano se trataría de buscar en las sustancias animales ó en las de origen mineral.

Dios le oiga á usted, padre Centellas, dijo el caballero, acomodando la capa sobre los hombros y despidiéndose de los dos jesuítas á quienes no quería ser molesto.

—Le acompañaré hasta la portería, dijo el padre Mariscal, sin duda por no ir á rezar, y poniéndose á la izquierda del caballero, cruzó con él los largos corredores del piso superior de la casa, comonzando á bajar lentamente la ancha gradoría que conduce al patio bajo.

—Es tan grata esta vida de soledad, de silencio y de virtud, que sólo el que la conoce puede apetecer, el bullicio óstreposito del mundo es siempre lleno de peligros, dijo el padre Mariscal, sonriéndose con dulzura.

Iba á contestarle el caballero dándole en todo la razón al jesuíta, pero al querer hacerlo, vió en la pequeña sala que sirve de

habitación al portero de la Compañía, un grupo de hombres de la ínfima clase del pueblo llenos de sangre y con los vestidos desgarrados.

Abrió la boca, se quedó mudo.

El padre Mariscal le hablaba de silencio y de virtud y sus ojos veían una cosa muy distinta.

— Ah! dijo, parándose de repente, y mirando al jesuíta con un asombro difícil de contar.

Por la frente de éste cruzó una ola de disgusto que la hizo arrugarse en todos sentidos, mordióse los labios con cierto despecho mal disimulado, y también se quedó inmóvil murmurando por lo bajo, como para ser oído de sólo él, pero con intención manifiesta de que le oyera también su compañero. — Qué significa esto? y viendo al hermano portero que, con ademán humilde, puesta la mano en la aldaba, esperaba el momento oportuno para dar paso al señor Carrera, le dijo con una voz llena de curiosidad:

—Hermano Ohávez. ¿Por qué tenemos ahora tanta gente en la portería?

El hermano Ohávez se puso pálido, la cabeza le dió vueltas, y sin saber qué contestar, dijo con voz balbuciente:—Vuestra Reverencia sabrá que

El padre Superior, hombre de recursos para todo, vió el peligro en que estaban de desprestigiarse ante los ojos del caballero, é interrumpiendo al hermano, que probablemente hubiera dicho alguna barbaridad, dijo con voz casi alegre:

—Esta es cosa del hermano José. Apuesto que se halló á estos pobresitos en la calle y los trae para asistirlos por su mano.

Dice vuestra Reverencia muy bien, repuso el hermano, alumbrado ya por el padre Mariscal, sobre lo que debía decir. El hermano José, que no puede ver dolor ni miseria en hombre alguno, sin procurar aliviarla, halló á estos señores, así como los vé, en la plaza de San Francisco, y creyendo que no podrían hallar socorro más pronto, en ninguna otra parte, los ha llamado aquí.

—Y dónde está el hermano?

—Fue hace un momento á llamar al padre Centellas, para que viniera á hacer la primera cura á los heridos.

—El lo hace, está bien hecho, dijo el padre Superior. La virtud procede siempre por inspiración divina y es fuerza sufrir todo lo que quiera el hermano José.

—Tanto más, reverendo Padre, que nosotros en su lugar habríamos hecho lo mismo.

—Tiene usted razón, repuso el jesuíta. Antes que todo es la caridad. Ojalá todos los hombres nos amáramos en el mundo como hermanos. Ciertamente, sólo el amor bastaría para hacer de esta tierra de maldición un paraíso.

Apretó por última vez la mano que el caballero le tendía é hizo ademán de volver á subir la escalera, aunque no se movió del sitio. Con el oído atento, tras la puerta que acababa de cerrarse, esperó que los pasos del señor Carrera se perdieran en la calle y acercándose al grupo, preguntó afanosamente:

—¿Qué es esto, hijos míos; qué ha sucedido con ustedes?

—Esto lo ha mandado el padre Cabrera, contestó uno de ellos, ó por mejor decir, nos ha hecho el mismo, tratándonos como á verdaderos enemigos.

—¡Como á enemigos! dijo el padre Mariscal lleno de asombro. ¿Está loco el padre Cabrera? En seguida viendo que algunos tenían graves heridas en la cabeza y en la cara, añadió con cariñoso cuidado: Basta uno para que me informe, el que se sienta menos quebrantado. Los demás subid á la enfermería.

Los hermanos comenzaron á salir uno á uno, cabizbajos y doloridos, mientras que el padre Superior, con el afán de una madre cariñosa, los iba contando con los ojos. Falta uno, dijo con precipitación. No érais siete?

Todos se miraron las caras, reconociéndose unos á otros.

—Falta el hermano Marín, dijo el Superior, ¿dónde está?

—No lo hemos visto, reverendo Padre, contestó el hermano Benjamín.

—¿No estaba con vosotros?

—Hasta el momento de la refriega sí, después, no.

—Dios mío, Dios mío! defiéndelo, gritó el padre Superior, alzando las manos al cielo. No permitas que su sangre caiga sobre mí y sobre el padre Cabrera, que es quien ha ordenado esto. Luego volviéndose al hermano Benjamín, que no había tenido otra pérdida que las barbas postizas dejadas en manos del iracundo Pérez Sevilla, le dijo:—Siéntese usted, hermano, y cuénteme con los mayores detalles posibles, lo que ha pasado esta noche. Vosotros no os detengais más, hijos míos; subid á la enfermería.

El hermano Benjamín se dejó caer sobre un banco, y después de limpiarse el sudor que corría por su frente, á pesar del frío de la noche, comenzó á decir con una voz gaucha y preñada de lágrimas:

—Tres horas después de haber salido de aquí, nos mandó el padre Cabrera que cui-

dásemos, de distancia en distancia, el barrio de la Chilena, hasta la muralla de la Merced. Allí permanecimos todo el día sin ver á nadie que se pareciese á Benito Gil, ni á sus amigos. A las cinco el padre Cabrera apareció y llamándome aparte, me dijo que su deseo era que en algún lugar oculto los atacásemos de un modo irresistible, hasta arrollarlos: que él saldría entonces en defensa de ellos tratándonos á nosotros como á enemigos; que resistiésemos un tanto, tratándole á él como á cualquiera de los otros. Deseo, me dijo, sacar alguna herida en la cabeza ó en la cara, á fin de que sea mayor el agradecimiento de esos ladrones. No hay, pues, que guardarme respeto. Dadme firme, que con ello no cometeréis ningún pecado y aun cuando lo cometierais, están ya todos absueltos de antemano.

En esto de la conversación estábamos, cuando vimos salir con aire recatado á los tres señores que nos robaron. Comenzamos á seguirles, indicando con un silbido á los que estaban distantes que la presa se

acercaba. Aunque ya estaba resuelto el ataque, el padre Cabrera no quiso dar la orden. Espero, me dijo, saber primero á dónde van. Tengo sospechas de que no han salido con el único objeto de tomar aire, sino para cuidar su tesoro, y es necesario averiguarlo.

—Bien, muy bien, dijo el padre Mariscal, lleno de satisfacción; pues comenzaba á ver claro el plan del padre Cabrera.—El padrecito se porta como quien es.

Y mudando de tono, añadió:—Se realizó la sospecha del padre?—No, porque llegando á la plaza grande se sentaron tranquilamente en uno de los bancos de piedra que allí hay y permanecieron largo rato conversando en voz baja. Puede que hayan salido de pasco únicamente, me dijo el padre Cabrera, pero como son viciosos, es probable que antes de volver á sus casas busquen alguna fonda en donde calentar el cuerpo con un poco de aguardiente.

—Bien pensado, dijo el padre Mariscal. Y fueron á la fonda esos ladrones?

—Al principio no hicieron más que dar algunas vueltas. Les había llamado la

atención nuestros silbidos y trataron de descubrirnos, aunque en vano. Otra vez vueltos ellos á la plaza, el hermano Dueñez oyó decir: "Sabidora", y apretando el paso cuanto pudo se lo comunicó al padre que estaba allí cerca. Entró éste con algunos minutos de anticipación, no sin antes haberle dicho al que le dió la noticia que los atacásemos allí, con cualquiera pretexto. Entraron los ladrones, nosotros también. Nos hicimos los ébrios y buscamos camorra sin perder tiempo. Eramos siete y en un momento comenzamos á arrollarlos á pesar de los botellazos que nos disparaban, cuando en lo mejor del combate, se levanta el padre Cabrera y cae sobre nosotros con una crueldad inaudita. Comenzamos á retirarnos, no tanto por lo que él nos había ordenado, como por sernos imposible parar tan furibundos cintarazos. Dímosle, no obstante, algunos puños, como él nos lo había ordenado, y ya de vencida, salimos dos á la calle en completa fuga, menos que doblado por la mano de . . . pare-
qué se llama Pérez Sevilla, tuve que ha-

cer alto, cogióme de las barbas, afortunadamente postizas, y tirando á derecha é izquierda, me dijo desenvainando su puñal: —Responde: ¿Eres jesuíta?—Yo le dije que sí, y él tirando con más fuerza de mis barbas, me dijo: Toma, y me las arrancó. El hermano Benjamín! dijo como incrédulo, otro de ellos, Benito Gil, y se acercó también al oír mi nombre, y con voz iracunda, dijo: Anda y dí á tu superior que todos ellos reunidos no son capaces de luchar y vencer á la Banda Negra.

—Banda Negra! dijo el jesuíta, que seguía el relato con un interés inmenso. Y qué hicieron en seguida?—Gil me arrojó á la calle de un empellón y no pude ver más.

—Que desgracia, que desgracia, repitió el padre Superior, pensativo . . . No dudo de la habilidad del padre Cabrera; pero una vez que usted á fuerza de miedo ha declarado que eran jesuítas, creo que todo está perdido.

—Yo pienso que no, reverendo Padre. Ellos saben que nosotros somos jesuítas, en hora buena; pero no saben que un jesuíta mismo los ha defendido.

—Ciertamente, repuso vacilando. Puede que tenga usted razón. Y volvió á que-
darse meditabundo.

Un golpe sonoro se oyó de pronto en la
portería, y después otros y otros.

—Abrid hermano, veamos quién es el ne-
cio que viene á estas horas á molestarnos.

El portero abrió un poco la puerta, y
por allí se precipitó el hermano Marín, que
tanta pena y susto había dado al padre Ma-
riscal con su pérdida inesperada.

—Buenas noches, padre Superior, dijo al
encontrarse de manos á boca con el padre
Mariscal.

—Hermano, hermano Marín ¿qué es es-
to? dijo el padre Mariscal, estrechando al
lego entre sus brazos.

¿No le ha pasado nada?

—Nada, absolutamente.

—¿Cómo?

—Voy á contar desde el principio todo
lo que nos ha sucedido, á fin de que vues-
tra Reverencia tenga conocimiento de todo.

—Es excusado, replicó el Superior, ya
sabemos todo hasta el momento en que to-

dos salieron á la calle; si usted, pues, ha visto algo, empiece desde allí, que es lo que nos interesa.

—He visto mucho, reverendo Padre; pues procuraré esconderme bajo de una mesa á fin de poder mirar todo lo que acontecía. Ví rodar heridos á nuestros queridos hermanos, y no me moví. Ví salir de fuga á la calle y tampoco saqué mi espinazo.

—Adelante, adelante. ¿Qué sucedió después?

—Gil y los demás se hicieron amigos de mucha confianza con el padre Cabrera; compraron algunas botellas de vino y se fueron á pasar alegremente la noche.

—Magnífico! admirable! dijo el padre Mariscal. Esos bandidos, esos fanfarrones que se llaman Banda Negra, están otra vez en poder nuestro, y no así como quiera, sino bajo las cadenas del padrecito Cabrera, que sabrá hacer como guayaquileño todo lo que cabe para recobrar nuestro dinero.

—No está usted también maltratado?

—Yo no, dijo el hermano Marín, todo el chubasco lo pasé escondido.

—Yo sí, replicó el hermano Benjamín. Aunque no tengo un solo rasguño en la cara, me veo con el cuerpo tan decaído, que ya no puedo más.

—Entonces á la cama, también. Es necesario dormir un poco á fin de que mañana estéis, los que no tienen herida ninguna, aptos para hacer cualquiera cosa de las que mande el padre Cabrera. Y tomando del brazo al hermano Benjamín, le condujo personalmente hasta cerca de la enfermería. Con un baño que se le dé á usted con aguardiente y alcanfor, creo que mañana volverá á estar más fresco que una lechuga.

CAPITULO XX

Pactos

—Es usted demasiado esquiva, decía Ramírez á Lelia, sentado perezosamente junto á la ventana, mientras que la muchacha, casi á su lado, se mordía las uñas sonriendo aunque con visibles muestras de embarazo.

—Pero si no me dá el tiempo necesario para pensarlo. Usted me propone que lo acompañe quién sabe dónde. Bueno; eso no importa, con un amante iría á los confines del mundo. Soy resuelta y no me inspiran temor ni la pobreza ni las privaciones; pero, ¿me ama usted realmente? Y Lelia alzó los ojos mirando con fijeza á su amigo, como si quisiera leer en el fondo de su corazón.

Quiso éste contestar, jurándole sin duda, que su amor era inmenso, como sería eterno.

Lelia le puso en la boca una de sus lindas manos, diciéndole al mismo tiempo, con una sonrisa capaz de cautivar al más yerto corazón:

—Antes de contestar á mi pregunta, díga me primero: cómo van sus amores con esa dama misteriosa que tan rico le ha puesto?

Ramírez se sonrió con desdén.

—Fue un pretexto, dijo, para justificar mi alejamiento y nada más.

—Esa es otra. Entonces ¿quién le ha dado tanto dinero?

—Mi audacia y mi valor. Me ví pobre, tan pobre, que me moría de hambre, y busqué el medio de crearne una fortuna sin necesitar de nadie. No la he conseguido aún, pero estoy en camino de hacerla.

—Y quiere que yo le ayude?

—A ganarla? no; pero sí á conservar lo que tenga. Usted sabe muy bien sin que yo se lo diga, que un hombre solo está sujeto á muchos peligros.

Lelia se sonrió máliciosamente, comprendiendo perfectamente la clase de peligros á que aludía Ramírez.

—Necesito, siguió éste, un corazón que me ame con locura, una mujer de sangre de Venus y alma de fuego; un algo en fin, como usted, Lelia querida. Para domar mis pasiones necesito tener á mi lado una hermosura fantástica y ardiente como la suya.

—Comprendo, dijo Lelia, con tono coquetón, inclinando la cabeza sobre el hombro de su amigo. Usted quiere que le den un mundo de fuego, de pasión y de cariño; y hasta ahora no me ha dicho qué es lo que me va á dar en cambio de tanto amor. Su dinero sólo no me satisface. Para entregarme así en cuerpo y alma á un hombre, fuera preciso que él supiera también amarme hasta el delirio.

—Así la he querido siempre.

—No me consta, pues nunca ha hecho por mí sacrificio alguno.

—Voy á hacerlo en este mismo instante revelándole el más terrible de mis secretos,

El origen de mi fortuna y el por qué la amo á usted.

—No me lo diga, señor Ramírez, ya lo sé yo misma. Y al decir estas palabras se quedó mirándole con fijeza.

—Usted procedo de acuerdo con el señor Núñez de la Vela, y éste se lo ha dicho todo á Carlota.

Ramírez se levantó de un salto; su faz se puso ligeramente encarnada y los labios contraídos.

—Y Carlota acepta, siguió con precipitación la muchacha; y bajando la voz añadió: si acepto yo.

—Pues bien, el disimulo es inútil; lo sabe todo y no hay para qué pedirme una confesión que me avergüenza.

—No se la he pedido. Sólo quiero saber si su amor será eterno como me lo ha dicho.

—Si usted no me pide el secreto de mi vida, puesto que lo sabe, tampoco hay para qué exigirme el juramento de mi amor. Dueña usted de mis secretos podría echarme en una cárcel, dueño de los suyos, po-

dría perderla. ¿Quiere más seguridades?
¿Acepta ó no?

Lelia á su vez se quedó pensativa. Desde el momento que ella dijo á Ramírez que poseía sus secretos, la cuestión estaba planteada de un modo decisivo, en el que no cabían medias palabras ni reticencias inútiles. Sabía perfectamente que iba á ser la querida de un ladrón. Carlota le había dicho la manera cómo iban á vivir en un subterráneo, y ella pensándolo todo se quedó dudando.

—Acepto, dijo al fin, tendiendo la mano á Ramírez. Acepto, á condición de que usted con su amor fino y leal me haga olvidar las interminables horas que allí tendré que pasar.

—Mi amor no le faltará nunca, Lelia de mi corazón, dijo estrechándola en sus brazos y comiéndosela á besos. Tengo una alma ardiente y sé amar con locura.

—¿Y cuándo vamos al socabón? preguntó Lelia alegremente.

—Veamos qué dice nuestro amigo Núñez de la Vela. El es casi nuestro jefe, y

es fuerza contar con él. ¿Ha venido ahora?

—Hace casi dos horas que salió con Carlota.

—Entonces le esperaré; no puede tardar. Y tomando la vihuela que estaba en uno de los sofás, se puso á puntearla de un modo melancólico.

—En nombrando al rey de Roma dijo Lelia al oír unos suaves golpecitos dados en la puerta.

—Adelante, gritó Ramírez, con voz de dueño de casa.

La puerta se abrió dando paso no á Carlota sino á Gil y sus amigos, acompañados del padre Cabrera.

Grande fue la alegría de Ramírez al hallarse con todos ellos, y no fue menos la de Benito mirándose frente á frente con uno de los terribles reyes del socabón.

Los jesuítas le tenían inquieto. Temía ser asesinado, y no teniendo á quién volver los ojos, pensó en Ramírez y los suyos. Le manifestó la enemistad que tenía con los hijos de San Ignacio, sin decirle el por qué y el temor que tenía de caer en sus redes.

Si algún día, le dijo, desaparecemos de aquí yo y nuestros amigos, cree que los jesuitas nos han aprisionado ó muerto, y vénganos.

—Así lo haré, contestó Ramírez. Si te matan, asaltaré ese convento con todos los míos, puñal en mano y no dejaré con vida un solo fraile.

—No te descuides, pues, de venir todas las noches á hacernos una visita.

—Eso es difícil; no obstante, todos los días haré que otra persona pregunte por tí, á fin de saber cuanto antes si te sucede algún contratiempo.

Los dos amigos se estrecharon las manos, y por no hacerse sospechosos volvieron á tomar parte en la conversación general, en la que el padre Cabrera descollaba de un modo notable. De hermosa figura, noble y seductor ademán, el jesuíta cautivó en un momento todos los corazones. Su franqueza y la miseria que supo aparentar tan bien, obligaron á Benito y sus amigos á ofrecerle con placer no sólo su amistad sino hasta sus modestas habitaciones; ofrecimiento que el padre Cabrera, después de algu-

nas reticencias, aceptó loco de alegría, diciendo que sin ellos esa noche la habría pasado como otras muchas en la calle, pues no tenía dónde reclinar su cabeza. Las botellas de vino, llevadas por todos ellos, contribuyeron también por su parte á aumentar el calor y el cariño en esos corazones; tanto que á las dos de la mañana se trataban casi todos como hermanos.

—Señores, propongo un bridis por nuestro noble amigo Cabrera, dijo Pérez Sevilla, empuñando una botella.

—Si no nos servimos el casco, no se qué nos sirvamos. La botella está vacía, dijo Mora riéndose.

—Diablo, no me había fijado en eso.

—Yo tengo vino, dijo Rosita.

—Tú, vino? ¿de dónde?

—Cuando ustedes se fueron, por entretenerme en algo, entré en el cuarto del padre San Miguel y hallé sobre la mesa dos botellas.

El padre Cabrera sabía que esas botellas eran de vino con opio, que se le habían dado al jesuíta San Miguel para que las

empleara en caso de necesidad, y por esto dijo con precipitación, antes de que Gil dispusiese talvez otra cosa:

—Ese vino debe ser excelente, puesto que ha sido de un fraile. A los sacerdotes les gusta siempre tomar la sangre más pura de las cepas. Propongo por lo tanto que las guardemos para celebrar con ellas alguna de las nuestras.

—Admito, dijo Pérez Sevilla.

—Entonces voy á proveerme en el estanco de más combustible, replicó Mora.

—No hay para qué dijo Ramírez, que deseaba quedarse solo para acabar de arreglar sus asuntos mano á mano con Lelia. Va casi á amanecer, y creo prudente retirarnos.

Benito Gil, por una seña de su amigo, comprendiendo las intenciones de Ramírez, apoyó la idea y dando el brazo á Rosita, se fue con sus amigos y el padre Cabrera á su modesta habitación.

CAPITULO XXI

Prisioneros

A las diez de la noche del día siguiente, Benito Gil, Mora y Pérez Sevilla, despreciando el sueño, que acaso no hubiera cerrado en ese momento sus párpados, puesto que les había acompañado ya casi todo el día, se empleaban como á porfía en celebrar las nobles prendas que adornaban á su nuevo amigo, el padre Cabrera, ausente en ese momento.

—Silencio. ¿Han oído? dijo Mora, volviendo la cara hácia la puerta, mientras que con la mano derecha tendida, parecía ordenar á sus amigos una inmovilidad absoluta.

Un ruido de pasos bastante perceptible, se dejó oír en esos momentos.

—Alguien que pasa á la carrera, dijo Gil con indiferencia. Pero el ruido se acentuó más oyéndose casi en el zaguán.

—Entran, dijo Mora, poniéndose de pie.

—¡Ladran! dijo alguien en el corredor con voz sofocada. Y al mismo tiempo abriéndose las puertas con violencia, penetró el padre Cabrera seguido á pocos pasos de un fraile de Santo Domingo.

—Detenedlo, dijo Cabrera con precipitación, poniendo sobre la cama de Gil su capa, en la que, á juzgar por la manera como estaba robozada, se escondía algo voluminoso.

—¿Qué quiere aquí? dijo Gil con voz imponente al pobre fraile, cerrándole el paso.

—Ese ladón que me roba. ¡Socorro! dijo en voz alta, pugnando por desacirse de la mano de Pérez Sevilla, que lo había tomado con fuerza irresistible de la muñeca.

—No lo suelten, volvió á decir Cabrera tomando otra vez su capa, y por consiguiendo lo que guardaba dentro. No lo suelten lo menos media hora y si chilla tapadle la boca.

—Se me va ¡ladrón! socorro, justicia, gritó el fraile desesperado.

—Ahíva el socorro repuso Mora, plantándole la almohada en la boca, mientras Pérez Sevilla y Gil le obligaban á caer de espaldas en la cama y Rosita cerraba la puerta.

—No hay que gritar, frai como se llame, dijo Pérez Sevilla, porque al menor ruido le aprieto el pezcuezo basta dejárselo chato.

—Pero si no he hecho nada, señores, replicó casi ahogado bajo la almohada.

—Silencio, dijo Mora, conteniéndole del pecho, mientras los otros dos le aseguraban las piernas. La resistencia era inútil, y el fraile calló á su pesar aguantando por media hora larga las burlas de todos. Al fin calculando que ya Cabrera había tenido tiempo suficiente para perderse de vista, le dijo Gil con voz seca:—Puede usted levantarse.

El fraile no se hizo de pencas para hacerlo, y todo él bañado por el sudor, dijo con voz que la emoción y el coraje hacían temblorosa.

—Mañana veremos ante la justicia.

—No sé de lo que se trate, replicó Gil, pero tampoco le aseguro á usted que saldrá bien ante esa señora, cuando lo pregunten que hacía usted á estas horas.

—Visitando á la querida, añadió con desprecio Pérez Sevilla. Mañana si usted se mete á valiente, la presento yo primero ante el tribunal á su mujer y á sus hijos, y á sus nietos y á toda su parentela.

Pérez Sevilla no había conocido nunca tal fraile, pero en ese tiempo estaban tan relajadas las costumbres monásticas, que no dudó un punto de que el sacerdote que tenía delante tuviera todo lo que él decía; tanto más cuanto que la hora no era de las más apropósito para juzgar favorablemente de un religioso.

—Hijos . . . mujer? refunfuñó el fraile. Ya lo verán, ladrones. Y salió á escape, temeroso de que le impidieran por segunda vez perseguir á Cabrera.

—¿Qué le ha hecho nuestro amigo á este fraile? dijo Pérez Sevilla riéndose y cerrando otra vez la puerta.

—Yo no sé, contestó Gil; pero creo que nos hemos comprometido.

—Ya vendrá el mismo á decírnoslo, dijo Mora, y volvieron todos á sentarse, haciendo mil conjeturas sobre lo que le pudo robar y el peligro que indudablemente iban á correr si tomaba en el asunto cartas la justicia. Así pasaron una buena pieza, hasta que otra vez volviendo á abrirse la puerta, apareció triunfante el jesuíta con la capa hecha atillo entre los brazos y diciendo con voz satisfecha:—Buenas noches, señores.

Todos se levantaron de un salto retirando sus silletas, y rodeando al jesuíta le preguntaron con interés:—¿Qué hay?

—Esto, contestó Cabrera, sacando de entre la capa que dejó caer al suelo, una gran bolsa de cuero.

Todos los circunstantes se miraron asombrados y hasta Rosita, que casi nunca tomaba parte en las conversaciones, dijo asustada:—Eso es plata? mientras el jesuíta se sonreía con orgullo.

—Dejemos á un lado esa bolsa, dijo Gil, á quien no le seducía un poco de dinero puesto que tenía en sus manos una gran fortuna según sus cálculos, y díganos todo con franqueza, á fin de guardarnos del peligro que nos amenaza.

—No hay peligro ninguno, señores, ya lo van á saber todo, pero antes cerremos con llave la puerta de calle, no sea cosa que se le ocurra á ese fraile volver con algunos más.

Hicieron como decía, y vueltos al cuarto otra vez, dijo Cabrera sentándose al lado de sus amigos.

—Como ustedes saben, salí á boca de noche con el objeto de ver á una chica de muy buen palmito que vive en la calle de Santa Bárbara. Desgraciadamente mi objeto no se logró por más que estuve de plantón dos horas largas. Ella tiene familia, y probablemente aun cuando oyó por varias veces el canto del gallo, que es la señal convenida entre nosotros, no pudo burlar la vigilancia de sus tías. Iba ya á regresar, y en efecto me puse en marcha,

cuando ví venir hácia mí una figura blanca que tenía esta bolsa pecadora entre las manos, y señaló la que había dejado en el sofá. Al momento se me vino que era dinero y dí en seguir á su dueño con cautela, pensando el pró y el contra de lo que intentaba. El fraile comenzó á subir por la calle de San Juan, aprisa y descuidado. La calle estaba sola, la noche oscura, y la obligación que tenemos de ver por el día de mañana, dijo haciendo un jesto picaresco acompañado de una sonrisa, me obligaron á correr tras el fraile á quien tomé de improviso por el cuello gritándole: ¡date ladrón! El buen religioso abrió los brazos asustado soltando la mosca, que yo envolví en mi capa echando á correr como un endemoniado. Lo demás saben ustedes mejor que yo, pues aquí se quedó el reverendísimo, mientras yo corrí á esconderme tras el cajón de agua desde donde le ví salir á carrera suelta, sin duda alguna en busca mía.

—Buen golpe, dijo Pérez Sevilla riéndose. Vamos á ver cuánto contiene este

bolsón; y con la franqueza de amigo se enderezó al sofá.

—Buen golpe dí, pero estamos comprometidos, repuso Gil con disgusto, y es preciso irnos cuanto antes. Puede llegar la justicia de un momento á otro traída por el fraile.

—No hay que cuidarse de eso, dijo con desembarazo el jesuíta. No vendrá nadie, yo lo aseguro.

—Conoce usted al religioso?

—No le he visto nunca, pero oigan ustedes las razones en que me apoyo para no temer á nadie.

Que el fraile se dirigía donde una mujer no cabe duda, puesto que iba solo y por calle sospechosa. Que iba ranclado, también; la hora que es nos lo asegura. Sin contar, pues, con otra cosa que con lo dicho, el padrecito, por guardar su mismo honor, no se atreverá nunca á presentarse ante los tribunales.

—Eso está claro, dijo Mora tratando de convencer á Gil que ya comenzaba á sonreirse algo tranquilizado. Además, hay

otra razón que nos favorece. Los frailes no tienen bolsa aparte, y para conseguir ese dinero, este ha tenido que robárselo al padre procurador cuando menos, y no querrá verse en descubierto no solo ante la justicia sino ante sus mismos hermanos.

—Tienes razón, dijo Gil, soltando una carcajada. Estamos seguros y el golpe ha sido de mano maestra. Vamos á ver cuanto hay.

Trastornaron el contenido del bolsón sobre la mesa, y cada cual comenzó á contar por separado haciendo pequeñas filas de pesos que Rosita iba alineando como soldados en formación.

—Seiscientos cuarenta, dijo Gil después de contar los montoncillos uno á uno.

—Hay lo suficiente para tres meses, dijo Pérez Sevilla cogiendo entre los dedos una fila de monedas y haciéndolas chocar rápidamente.

—Yo no tengo baúl, dijo el padre Cabrera, donde guardar esto, y aunque lo tuviera, como el fondo es común, debo estar á disposición de todos en manos de la señorita Rosa.

—No hay inconveniente respondió Gil que lo guarde ella, aunque nosotros no pensemos aprovecharnos de su generosa oferta. Ese dinero es enteramente suyo.

—No esperé que me trataran así después de haberme admitido en el número de sus amigos, replicó el padre Cabrera avergonzado, y no poco resentido.

—Tiene razón, dijo Pérez Sevilla, dirigiéndose á sus amigos, desde anoche le hemos ofrecido nuestra amistad; es de los nuestros, y todo debe ser común entre nosotros.

Benito Gil á quien se le había quitado hasta la más leve sombra de duda en vista de lo hecho por el padre Cabrera á quien le profesaba un cariño verdadero, contestó tendiéndole la mano:—No dije eso sino con el objeto de que usted pudiera utilizar todo en lo que mejor le parezca, pero si lo ha de tomar á mal, acepto en hora buena, y disfrutaremos ese dinero en común, á condición. sin embargo, de que hará usted otro tanto con lo que nosotros tengamos mañana.

—Convenido, dijo el jesuíta, ya verán los atrevidos y continuados golpes que doy, sin escrúpulo, á lo que ustedes tengan. Soy capaz de dejarles sin blanca en una semana.

— Eso no nos asusta, repuso Gil lleno de confianza, estamos á punto de ser bastante ricos para que nos duela el tirar cien onzas, y como si temiera haber dicho más de lo necesario, añadió sonriéndose:—No somos de lo peor y alguna vieja puede darnos lo suficiente.

— Esperémoslo todo de nuestra buena suerte contestó el jesuíta con indiferencia como sino hubiera oído ese *á punto de ser ricos* que le llegó al corazón. Sí, repitió esperémoslo todo, pero sin dormirnos en la paja. Lo digo porque ustedes tienen enemigos y á lo que parece terribles, por lo mismo que son cobardes.

Rosita se puso pálida, Gil y sus amigos arrugaron las frentes con disgusto, y dirigiendo una mirada penetrante á Cabrera, le preguntó Gil.

—¿Cómo sabe usted eso?

El padre Cabrera soportó con serenidad esas miradas amenazadoras, y con aire serio dijo dirigiéndose á Gil:—Mientras ustedes estaban aquí con el fraile, y yo escondido tras el cajón de agua, pasaron dos hombres por junto á esta casa. Venían del lado de arriba y deteniéndose un momento, dijo uno de ellos:—¿Aquí es donde viven esos bandidos? Sí, le respondió el otro, y entonces el primero siguió. Gil ha escapado de Carrera por un milagro, anoche escaparon también, pero ya veremos si escapan tercera vez esos ladrones; los tengo muy bien espiados y en cuanto salgan un punto fuera de la ciudad, doy con ellos en los infiernos. Gil y sus amigos casi no respiraban. Inmóviles, anhelantes, seguían una á una las palabras del jesuíta. No pude oír más, continuó éste, porque aun cuando siguieron conversando, estaban ya á cierta distancia y caminaban de prisa.

—Ellos son, dijo Gil con ira. Ellos son, y estamos amenazados talvez de muerte; pero si creen que vamos á retroceder, están engañados. Luego volviéndose á Cabrera

dijo:—Es cierto, tenemos enemigos, señor Cabrera, y estos son los jesuítas. Cabrera se levantó espantado preguntando á todos: ¿pero que les han hecho ustedes?

—Eso no lo podemos decir ahora, pero prometo decírselo tan pronto como nos veamos libres de ellos. ¿Podemos contar con usted, amigo mío?

—Como con ustedes mismos, respondió el jesuíta, desde este momento les pertenezco en cuerpo y alma.

—Gracias, dijo Gil, apretándole la mano.

—No esperaba menos de usted, añadió Pérez Sevilla y hasta la misma Rosita asustada con lo que había oído, y temerosa por lo que le pudiera pasar á su amado, tomando la mano de Cabrera le dijo con acento conmovido:—Ayúdenos señor Cabrera, puesto que somos amigos.

—Ese es mi deseo, replicó éste, y volviéndose á Gil preguntó. ¿Qué debemos hacer?

—Salgamos á ver si es cierto que nos espían. Y tomando su capa imitado por sus amigos, se puso junto á la puerta.

—¿Me quedo sola? dijo Rosita toda azorada.

—No temas, contestó su amante; el peligro no está aquí, pero para mayor seguridad echa llave la puerta de calle tan pronto como estemos fuera.

—Es que tengo mucho miedo.

—No vamos más que á recorrer esta calle en toda su extensión, volveremos pronto. Y dándole cariñosos golpecitos en la mejilla de la niña, se dispuso á salir.

—Estás desarmado, dijo Mora asegurando su puñal.

—Tienes razón, desde que se quebró mi espada no he podido comprarme otra.

—Tengo espada y daga, dijo Cabrera. Elija usted, señor Gil. Y abrió el embozo en actitud de desceñir sus armas.

—¿Qué tal tirador es usted con la espada? preguntó Gil antes de elegir.

—Soy ligero, pero de pulso poco firme.

—Entonces demo su espada; pues me creo tirador como pocos.

El jesuíta alargó el arma que pedía Gil, y este se la aseguró en la cintura con rapi-

dez. Salgamos, dijo, y tomó la delantera seguido de sus amigos.

Rosita les siguió atrás, diciendo una y otra vez, no demoren mucho, porque me voy á morir de miedo.

—Cierra la puerta, dijo Gil sin contestar directamente á su amada, pero no te duermas. Al primer golpe que oigas corre á abrirnos.

—Descuida, estaré alerta; respondió la niña . . . y cerró la puerta mientras sus amigos tomaban calle abajo.

—Puesto que debemos buscar por todas partes, creo que sería conveniente marchar separados, dijo Mora.

—Yo cuido la acera del frente, repuso Pérez Sevilla, Gil y el señor Cabrera el centro de la calle, y tú ésta.

Perfectamente respondieron todos; y colocándose en el orden dicho, comenzaron á caminar en silencio. Allá en la esquina veo un bulto negro, dijo Gil en voz baja al jesuíta, así que hubieron llegado á la mitad de la calle, y llamando á sus compañeros añadió:—Allí están.

Todos se unieron en seguida, y cerciorados de que era cierto lo que decía Benito, siguieron andando con las armas en la mano.

—¿Los vamos á matar? preguntó Cabrera?

—No, pero sí á escarmentarlos, contestó Gil.

A veinte pasos se pararon todos. El bulto negro no se movía.

—No son hombres, dijo Pérez Sevilla, es una carreta, y siguieron andando sin parar.

En efecto lo que tanto recelo les había inspirado, era una carreta cargada de alfalfa. Dos bueyes uncidos á ella permanecían inmóviles dando de vez en cuando sonoros y lentos resoplidos.

—No hay nadie, dijo Mora, buscando por todas partes. Sigamos andando otra cuadra más. Todos se pusieron otra vez en marcha. Al llegar á la esquina un silbo agudo hirió sus oídos. Los espías, gritó Gil y tornando la espalda se disparó á la carrera seguido de los suyos. El silencio era completo, la calle estaba desierta; en vano buscaron por todas partes con

la más minuciosa escrupulosidad, no había nadie. Sin embargo el silbido había sonado á sus espaldas.

—¿Por qué dice usted, señor Gil, que son sus espías los que han silbado? preguntó Cabrera.

—Porque anoche, de cuadra en cuadra se repitió lo mismo antes de ser atacados.

—Entonces regresemos, repuso el jesuíta, no les demos ocasión de que nos asalten, no sabemos cuántos son y estamos mal armados. Un puñal no es lo mismo que una espada.

—Sí, regresemos, apoyó Mora, no conviene dejar á Rosita sola, pueden apoderarse de ella mientras nosotros estamos aquí.

—Ella está segura, contestó Gil, sigamos avanzando, es fuerza escarmentar de una vez á esos bandidos.

—Estoy pronto, dijo Cabrera, pero no lo aconsejo. Recuerden ustedes las palabras que les dije en el cuarto.

Los tengo ospiados perfectamente, y el día que salgan un punto fuera de la ciudad, los mando á los infiernos.

Ellos están resueltos á todo, deben ser muchos, y vamos perdidos. Oreo que aquí la fuerza no nos es necesaria sino la astucia. Sus enemigos esperan cogernos á todos, porque saben que todos andamos juntos; pues bien, su plan fracasará con sólo separarnos. A la hora que salen dos, los otros dos nos quedamos en la casa. Así nunca podrán hallarnos á todos reunidos y dejarán de perseguir á ustedes.

—Tiene usted mucha razón, contestó Benito Gil. Vamos á la casa. Los cuatro amigos tomaron otra vez calle arriba y entrando pocos momentos después en el cuarto de Gil. El jesuíta dió un suspiro de satisfacción. Estaba sereno, pero un observador menos preocupado que la Banda Negra, habría observado que estaba pálido, casi lívido. Sus labios se agitaban de vez en cuando de un modo nervioso, en tanto que sus ojos moviéndose sin cesar dentro de las órbitas, despedían centellas de fuego.

Por captarse de un modo completo la confianza de los jóvenes había ideado el

robo al fraile de Santo Domingo que en suma no era más que otro jesuíta disfrazado con ese hábito, y por evitar sospechas, así como también por aparecer inocente ante Gil y sus amigos, caso de que nada consiguieran con el lazo que les había tendido, forjó la mentira de los dos embozados que tan creída fué de todos. Ese habil jesuíta jugaba con la Banda Negra como pudiera hacerlo un gato con una manada de ratones. Les había hecho andar un rato mostrándoles la manera de librarse de sus enemigos; ahora iba á cerrar sus poderosas manos y aplastar á todos. Todo lo había dispuesto admirablemente; doce jesuítas de los mejores por su fuerza y expedición para todo, estaban agazapados tras la tapia de la casa por donde Pérez Sevilla sacó los cajones de oro, y no le faltaba al padre Cabrera más que terminar lo que con tanta astucia y valor había comenzado.

—Hace frío, dijo el jesuíta embozándose en la capa y tomando asiento junto á sus amigos en un sofá. Luego como aquel que se acuerda de improvisó de una cosa que

tenía olvidada añadió dirigiéndose á Rosa: Creo que usted me dijo anoche que tenía dos botellas de vino.

—Aquí están, contestó ella, sacándolas de un rincón del cuarto.

—Pues á probarlas, señores, dijo Cabrera alegremente, que el frío no es para menos.

Benito Gil tomó una botella y comenzó á destaparla, diciendo con indiferencia: Dejemos á nuestros enemigos que pasen la noche al raso, mientras nosotros bebemos á su salud.

Bebemos por ellos, dijeron todos riéndose mientras Rosita ponía algunas copas sobre la mesa. Gil las llenó hasta el borde, y cada cual tomó la suya.

—A la salud de los jesuítas, dijo Cabrera apurando la suya con un placer manifiesto y con la mirada fija en sus compañeros, esperó ansioso á que concluyeran también. Las copas volvieron á quedar sobre la mesa completamente vacías, ménos la de Rosa que sólo había bebido la mitad,

—Señorita, usted no nos acompaña como es justo á celebrar nuestros triunfos? dijo con voz salámera el jesuíta.

—Bebe poco, respondió Gil.

—Pues por la amistad que nos une con el señor Gil, y espero que será eterna, voy á suplicarle concluya su copa y el padre Cabrera se la volvió á presentar á Rosita que por dar gusto á su nuevo amigo la apuró hasta las heces.

Un fugitivo relámpago de alegría cruzó por las pupilas del jesuíta. Todo estaba concluído. El vino cargado de opio que le dieron al padre San Miguel, acababa de ser utilizado de una manera perfecta. Es verdad que el padre Cabrera había bebido también, pero eso no le daba cuidado, dormiría como los demás y asunto concluído.

—Dijo usted bien, señor Cabrera, que á los religiosos les gusta siempre tomar la mejor sangre de cepa. Pocas veces he bebido un vino de mejor gusto que éste.

—Tan bueno me ha parecido á mí que estoy tentado á echarme encima la otra botella, contestó Mora.

—Pues que no quede en tentación, una vez que ella está pronta á dejarse beber, repuso Pérez Sevilla; y destapándola sin tardanza, volvió á llenar las copas.

El jesuíta sabía perfectamente que á los jóvenes no había que hacerles fuerza para que beban, pero á Rosita sí, y por esto desentendiéndose de los demás, tomó dos copas y acercándose á la niña le dijo con galantería: Pocas veces se tiene la fortuna de brindar con una joven como usted.

—Y con un vino tan bueno, añadió Pérez Sevilla riéndose.

—Por la salud del señor Gil, dijo Cabrera á la niña con una sonrisa obligadora. Si no toma todo por él no sé por quién tomará.

Rosita le envió una sonrisa amorosa á Benito y apuró la copa entera como también los demás.

—Este vino tiene mucho cuerpo, dijo Mora volviendo á poner su copa en la mesa. Deja un gusto muy agradable en el paladar, pero sube á la cabeza.

—Si este es vino de misa, contestó Cabrera riéndose, qué alcohol va á tener?

—Así será, señor Cabrera; pero afirmo que me ha dejado casi mareado.

Todos se burlaron de la debilidad de Mora y entre chanzas y pullas pasaron no poco rato.

—Se burlan de mí, dijo con lengua balbuciente; pero ustedes tampoco pueden más, y lo que es Rosita miradla . . . ha caído la primera, añadió soltando una carcajada estridente.

—Benito Gil probó á levantarse, pero sus piernas se negaron á sostenerle y volvió á caer en el sofá. Sus ojos se cerraban por momentos, su faz estaba descolorida.

—Amigos! estamos envenenados, gritó haciendo un esfuerzo sobrehumano, pero ya nadie podía oírle. Cabrera había caído de la silleta al suelo donde no tardó en seguirle Pérez Sevilla, Mora estuvo tumbado en el sofá con la cabeza y los brazos fuera. Benito Gil hizo aún otro esfuerzo más, queriendo echar llave á la puerta, se levantó tambaleando, pero tropezó en el cuerpo de Cabrera y cayó de bruces en el suelo sin conseguir su objeto. Con la mirada vaga

en la que estaba pintada la desesperación, permaneció un momento mirando á todos, hasta que por fin cerró también los ojos rendido á la fuerza del narcótico.

Un minuto después sólo se oían por todas partes ronquidos estertorosos.

Poco tiempo después de lo que acabamos de referir, una sombra negra metió cautelosamente la cabeza en el aposento, y al ver á todos caídos y en el más profundo sueño, retirándose al patio con presteza dió dos palmadas.

—Son nuestros, dijo á los que entraron por el tapial. Despachemos pronto. Y entrando de nuevo en el aposento continuó: La muchacha á la Compañía, el padre Mariscal desea entenderse con ella. Los hombres á nuestra casa del Belén.

—¿Y el padre Cabrera? preguntó uno al que hacía de jefe.

—También con ellos, es preciso que al despertarse se hallen todos reunidos, aunque después lo separemos. Esta es la orden que me ha dado el superior.

A prisa, á prisa, volvió á decir. Dos para cada uno de ellos y á la carreta sin

demora: pueden sorprendernos. Cargaron los que habían ontrado, con los dormidos, y abriendo sigilosamente la puerta de calle comenzaron á bajar con paso rápido, aunque con el mayor silencio.

La calle estaba desierta, la noche oscura. — Al llegar á la carreta, arrojando algunos haces de alfalfa, colocaron á los jóvenes sobre los restantes, que habían dejado de intento. Subieron en seguida cinco jesuitas, y el que hacía de jefe, dijo á los tres que permanecían en media calle:— Ustedes con la muchacha á la Compañía sin perder un solo momento.

¿Están todos?, añadió dirigiéndose á los de la carreta.

—Sí, contestó uno de ellos.

—Pues andando. Y cogiendo una garrocha con punta de hierro, punzó á los bueyes que comenzaron á moverse con pasos lentos. Las ruedas produjeron sobre el empedrado un ruido desagradable que poco á poco fué alejándose, hasta que al fin se desvaneció del todo en la oscuridad.

CAPITULO XXII

Terror

El padre Mariscal dió un rugido de alegría así que vió entrar por las puertas del Convento á la linda Rosa Pantoja, en tal estado de rigidez y frialdad que más parecía muerta que dormida.

—Acostadla sobre un sofá, dijo, en el salón de visitas, y que vayan dos á arreglar el aposento destinado á ella con todas las cosas que he dicho.

Y guiando él mismo, con un caudil en la mano, entraron en la sala de visitas.

Acostaron á la niña lo mejor que pudieron, y al ver con más detenimiento la blancura mate que bañaba sus mórbidas mejis-

llas, volvió el superior á decir á uno de los que salía:—Llamad al padre Centellas, pero al momento, veo en tal estado de prostración á esta pobre muchacha que temo no amanezca. Y poniendo el candil sobre una mesa, comenzó á pasearse con su gravedad habitual, enlazadas las manos á la espalda.

—¿Qué ocurre, padre Superior? dijo entrando con premura á la vasta sala el padre Centellas.

—Que esta niña se nos muere y es fuerza administrarle algún remedio. Ved la palidez que tienen sus facciones. Y tomando de nuevo el candil se acercó á Rosita mirándola, si no con ojos codiciosos, al menos con cierto placer.

—Probablemente el padre Cabrera, para asegurar el éxito les ha hecho beber las dos botellas, que repartidas entre cinco personas corresponden á cien gramos de vino, por lo menos, y cien gramos de vino, siguió el padre Centellas como si hablara consigo mismo, corresponden á treinta centigramos de opio puro; sí, eso es. Alzó en

seguida la cabeza y mirando al padre Mariscal con ademán tranquilo, le dijo:—No hay cuidado, padre Superior, la dosis de opio que esta chica ha tomado aun contando en ella con un exceso de irritación nerviosa, no puede causarle la muerte. Dejémosla dormir tranquilamente después de aflojar todo aquello que pueda impedir el libre juego de los pulmones, así como la circulación: Y con la delicada presteza de un hombre de arte, comenzó á abrir la chaquetilla.

—Vuestra reverencia encárguese de las ligas, dijo el padre Centellas sin dejar su obra.

—Hágalo usted mismo, reverendo padre. Yo no entiendo de medicina, contestó el Superior y se apartó receloso del lado de la chica, cuyo pecho enteramente libre de todo embarazo, mostraba desnuda su espléndida hermosura. El padre Centellas se sonrió levemente, mirando el escrúpulo de su Superior y comenzó á hacer lo que éste había rechazado á pretexto de no saber una jota de la ciencia de Esculapio.

—Ya está, dijo al fin. Ahora creo que lo mejor será dejarla tranquilamente reposar hasta el nuevo día.

—¿Oree usted, padre, que en cuanto despierte estará en estado de hacerse cargo con lucidez de todo lo que pienso decirle?

—No; y por mí, creo que no debe intentar conmovérsela hasta la tarde. Su inteligencia entorpecida con los últimos restos del opio, necesita algunas horas de calma para poder apreciar en su justo valor la situación en que está colocada.

—De esta muchacha espero yo mucho más que de los que tenemos asegurados en nuestra casa de ejercicios. Es mujer, y por consiguiente débil. Cederá; sí, cederá á mis primeras amonestaciones: lo espero de su carácter y del fondo de virtud que tiene toda mujer; pero quisiera asegurar el éxito por otros medios. Deseo que mis palabras sean apreciadas por ella en mucho más de lo que valen. ¿No hay alguna sustancia, padre Centellas, que exalte su fantasía de un modo favorable para nosotros?

—El opio mismo que ha tomado es uno de los más poderosos excitantes del cerebro y creo que bastará; no obstante, si quiere poner á esta joven en condiciones más favorables aún, entonces siga mi consejo. En vez de exaltar la fuerza nerviosa procuremos deprimirla hasta el extremo de hacerle perder casi la voluntad. Un temperamento nervioso es enérgico por su naturaleza misma, y todos los grandes hombres, todos aquellos que han logrado distinguirse en el mundo lo han tenido.

—Seguiré su consejo, padre Centellas, ¿qué piensa usted administrarle?

—El bromuro de potasio. Esa sustancia tiene la propiedad de deprimir como ninguna las fuerzas del eje cerebro espinal. A su influjo el hombre cae en un estado de melancolía profunda, de aburrimiento, y si la dosis se eleva hasta una onza sobreviene la amnesia y la afasia. Hablan y escriben una cosa por otra y la pérdida de la memoria es casi absoluta.

—Pero qué provecho podremos sacar de una joven embrutecida así?

—Ninguno, y por eso no llegaremos á esa dosis, contentándonos con darle una cuarta parte. Creo que eso bastará si se procura por medio de objetos materiales que ella pueda ver y aumentar su melancolía.

—Eso corre de mi cuenta. Ya lo están disponiendo todo. Y separándose algunas varas de su compañero, comenzó á pasearse con suma agitación. Están en nuestras manos, dijo en voz alta; después de poco, esa fortuna estará otra vez en poder nuestro, y no obstante, sin saber por qué, me siento desazonado, triste, el corazón me late de un modo que me hace daño.

—No es para menos la emoción, ¿gusta que le suministre algún remedio?

—¿Cuál, reverendo padre? dijo deteniéndose.

—El mismo bromuro de potasio ó el eter.

—Opto por el eter, que espero me hará dormir algunas horas. Vamos á su celda; y apoyándose en el brazo del padre Centellas dejó que éste tomara el candil para alumbrar el camino.

—¿Cree usted, dijo ya en el corredor, después de cerrar con llave el cuarto en que dormía Rosita; cree usted, padre Centellas, que todo nos saldrá bien?

—Indudablemente. Tenemos presa la Banda entera, y si hoy no, mañana sí. El hambre les vencerá.

—Y si no les vence? . . .

—Éso es imposible. Resistirán un día, dos, pero cuando ya sus fuerzas comiencen á flaquear á impulsos de la fiebre, cuando sus ojos delirantes miren espantados una muerte segura, yo se lo fío, padre Superior, no resistirán, y tendrán á dicha confesarlo todo para poder tornar á la vida.

—Sí; tiene usted razón, y debo desechar todo temor al menos con respecto á nuestro triunfo, que lo que hace al porvenir . . . lo es muy oscuro, dijo meneando la cabeza. ¿No le parece á usted que esos hombres querrán tomar de nosotros una venganza capaz de satisfacerles? Cree usted que ellos no serán capaces de todo á trueque de hacernos daño, ya sea en nuestras personas ya en nuestros bienes?

—Eso el tiempo sólo puede decirlo, respondió el padre Centellas empujando la puerta de su celda; pero no creo que ellos nos hagan mal ninguno. Bienes de fortuna no los tenemos en lo absoluto; hablo por lo que aparece, ya sabe que nuestro instituto no posee en ninguna parte casas ni haciendas sobre las que pudieran caer nuestros enemigos, sino todo en metálico, y éste depositado en las casas más fuertes del mundo, casas manejadas de un modo indirecto por nosotros mismos. En cuanto, pues, á nuestro dinero, me parece que no tenemos nada que temer, y por lo que hace á nuestras personas, ¿cree vuestra reverencia que van á matarnos á todos? eso es imposible. Matarán uno, dos, á los que ellos conocen, al padre San Miguel, por ejemplo, pero no pasarán de allí, y aun esa muerte en vez de causarnos temor debemos, si no desearla, al menos aguardarla tranquilos. Muerto uno de nosotros, la justicia se encargará de ahorcar á sus asesinos, librándonos para siempre de ellos. Vamos, deseche todo temor, siguió con

acento bondadoso y al parecer suplicante, poniendo en una copa de agua azucarada algunas gotas de éter; hoy está vuestra reverencia muy nervioso, y por consiguiente en extremo impresionable. Dígnese tomar esto, dijo presentándole la copa, y procure dormir algunas horas que bien le hacen falta.

El padre Mariscal apuró el líquido hasta las heces y despidiéndose del padre Centellas se encaminó á su celda, con el objeto de entregarse al descanso, pero le fué imposible conseguirlo. Agitado, nervioso, no pudo cerrar los ojos hasta la venida de la aurora. Temía la proximidad de un peligro que él mismo no acertaba á explicarse. Todo estaba en sus manos pero dudaba de todo. Desesperado, ansioso de que pasaran las horas lo más pronto posible, se fué al jardín á matar el tiempo en algún trabajo manual, recreándose con el perfume de las flores. Allí le avisó un hermano que Rosita había despertado ya y el padre Mariscal, contra lo que hubiera podido creerse, ordenó que se le diera de almorzar todo

lo que mandara el padre Centellas. Del jardín pasó á la biblioteca hasta la hora de entrar al refectorio, donde comió poco y mal, en medio del mayor silencio. Después se fué á la sala del billar en compañía del padre Centellas; y así ocupado ya en una cosa ya en otra, pasó como pudo el día hasta cerca de la oración. Ya es hora, dijo al ver que el sol se hundía melancólico en el occidente. Dígnese padre Centellas decir á cualquiera de los nuestros que conduzca á la muchacha al cuarto destinado para ella. Iré en seguida, y se dirigió á su celda con pasos precipitados.

El padre Centellas no quiso decir á nadie nada, sino que tomando la llave del salón de visitas, fué él mismo á conducir á Rosita á la pieza preparada de antemano para recibirla.

—Se puede, señorita? dijo abriendo la puerta, con voz dulce y compasiva.

La niña alzó la frente; sus miradas frías no revelaban emoción ninguna; sus ojos estaban secos aunque rojos, quizá por lo mucho que había llorado durante el día; las

lágrimas también se acabau. Caída, amortiguada, no respondió una sola palabra, ni dió indicios de haber oído.

—El bromuro comienza su efecto, pensó, y acercándose á la niña le dijo en el mismo tono que la vez primera, tomándole la mano:

—Salgamos de aquí, señorita.

—¿A dónde me lleva? dijo Rosa con un acento apagado.

—A la celda del padre Superior.

—¿Estoy pues, en el convento de los jesuitas?

—Desde anoche, señorita. ¿Vamos?

La niña se levantó azorada, tímida y se dejó conducir sin resistencia por los oscuros corredores.

—Aquí es, dijo su conductor parándose ante una puerta que empujó á medias y en seguida añadió: pase usted adelante.

Rosita vaciló un momento, pero impelida por la mano del padre Centellas, traspuso el umbral dando tiempo al jesuita de volver á cerrar con llave la puerta.

Un grito horrible se escapó del pecho de la pobre joven, al verse otra vez encerrada. Golpeó la puerta, gimió y suplicó á voces desesperadas sin que á sus lamentos respondiera otra cosa que el eco de sus mismas palabras que rodaba lento por la alta bóveda de su prisión.

La estancia en que la habían encerrado era siniestra, espantosa. En la pared frontera á la puerta se alzaba un Crucifijo del tamaño natural, enérgicamente alumbrado por dos grandes cirios que ardían al pie de la cruz. En medio del aposento, alzado sobre una mesa de poca altura, se extendía fúnebre un negro ataúd en cuyas cabeceras ardían con luz amarillenta cuatro cirios también negros. Tan triste ajuar, si podemos llamarlo así, estaba completado por un modesto reclinatorio y una silla de paja.

La niña, después de los primeros gritos se quedó temblando, horrorizada. Las lágrimas se negaron á mostrarse en las pupilas; la voz murió en la garganta. Y pálida, delirante, con los ojos extraviados, no

quiso desprenderse de la puerta y cerró los ojos por no ver.

En ese mismo instante el padre Mariscal seguido de un hermano, volvió á abrir la puerta que cerró tras sí de un modo violento, empujando por el pecho hasta la mitad de la estancia á Rosita que trataba de salir.

—Padre, perdón! dijo la niña cayendo de rodillas á los pies del padre Mariscal y juntando las manos en actitud suplicante. Padre, perdón! volvió á decir ahogada por los suspiros, dejando que un raudal de lágrimas hasta entonces ocultas, bañaran su pálida faz. Padre, padre, no me matéis así!

El padre Mariscal se limpió la frente con su pañuelo; y después de hacer una profunda reverencia al Crucifijo, dijo con voz grave:—Nadie trata de hacerle el menor daño, levántese usted. Y tendiéndole la mano le ayudó á alzarse.

—Pero, por qué estoy aquí?

—Siéntese usted, hija mía, en ese reclinatorio, dijo el jesuíta, voy á decírsele todo.

La niña obedeció en silencio. El padre Mariscal sentóse también en la silla, y después de un silencio angustioso, comenzó á decir:—No ignora usted que hace algunos días uno de los nuestros, el padre San Miguel desenterró un tesoro que nos pertenecía, en el cuarto cedido por su amante para dicho padre.

No debe ignorar tampoco, puesto que usted fué uno de los actores, que de las cuatro cajas solo una pudimos recaudar, después de un terrible combate con Benito Gil. ¿En dónde paran las otras tres? Y al decir estas palabras con el mayor imperio de que fué capaz, clavó sus ojos de águila en los de Rosita y esperó en silencio la respuesta.

La muchacha contestó con sequedad:—
No las he visto.

—¿Supo usted de ellas al menos?

—Tampoco, nunca he sabido nada.

El padre Mariscal se estremeció. Por su arrugada frente cruzó una sombra, sus manos se crisparon como si hubiera oprimi-

do un trozo de hielo, pero se contuvo, diciendo con solemnidad:

—Está usted en nuestras manos. Usted y Gil.

—No las he visto, contestó ella con voz ronca.

—Hija mía, volvió á decir el jesuíta, suavizando la voz cuanto la emoción le permitía. Usted, criada en la virtud, no ignora ni la misericordia ni la justicia de ese Dios á cuyo pie estamos. Y señaló el crucifijo al que también miró Rosita de un modo suplicante. Los pecados de los hombres le llagaron así, los pecados del mundo le coronaron de espinas. Decidme, si hubiérais estado allá donde Cristo moría entre espantosas congojas por redimirnos, decidme, os habríais atrevido á hundir en su sacrosanto pecho el hierro homicida? No; pero, ¿qué más hacéis en este momento permaneciendo en vuestro pecado? ¿Acaso no está usted desgarrando sus entrañas, oscureciendo su hermosísimo rostro con la asquerosa baba de la iniquidad y como burlándose de ese mismo Señor que á despecho de

las ofensas que le hacéis, todavía os llama y os dice: Hija, hija querida: mírame moribundo, agonizando en una cruz por redimirte; mírame cargado de los pecados de la humanidad y no aumentes su peso con los tuyos; mírame azotado, escarnecido y tu piedad de mí? Rosa, Rosa, oveja descarriada, vuelve al aprisco, vuelve á los brazos de tu dueño que há tanto tiempo que te espera. Y vos, y vos hija mía, ¿qué le vais á contestar á ese Padre, á ese Dios inmenso, que enamorado de vos os llama con ternura? Vais á escupirle, á escarnecerle otra vez? ¿Vais á arrojaros en los brazos de Satanás, diciéndole apártate de mí? No, nunca, hija mía; tened compasión de vos misma y miedo á las iras de un Dios que puede reduciros á ceniza al ver vuestro desprecio.

Ven, ven á sus plantas; confiésale tu pecado y Él te tenderá sus brazos lleno de amor y misericordia, y te estrechará contra el corazón.

El padre Mariscal al concluir estas palabras se levantó de su asiento y trabando

de la mano de Rosita siguió con acento tierno y amoroso. Ven, ven á sus pies, pobre paloma prendida en los lazos de Satanás; ven á pedirle perdón por tus extravíos, y Él, que sólo quiere que le pidan para dar, te abrirá generoso los tesoros de su misericordia.

Rosita y el padre Mariscal dieron algunos pasos y cayeron de rodillas á los pies de Nuestro Señor. Por las mejillas de la niña corrieron dos gruesas lágrimas, su cuerpo se estremeció tembloroso, y doblando la frente sobre el pecho permaneció en silencio, mientras el padre Mariscal humilde, rendido, puestos los brazos en cruz, siguió con ternura:

—Padre, Padre! héla aquí á esta pobre alma descarriada, que viene á pedirte temblando de rubor un rayo de vuestra divina misericordia. Niña es, y más que la malicia, el engaño la precipitó en el pecado que ahora viene contrita á llorar á vuestras plantas. Apíadate, Señor, apíadate de esta infeliz que no tiene más recurso que tu grande misericordia, y concédeme á mí,

Señor, el presentártela regenerada en las aguas de la penitencia. La mano derecha del padre Mariscal bajando lentamente se apoyó sobre la cabeza de Rosita.

Héla aquí, Padre; yo la recibo en tu nombre, confiado en tu misericordia y en su dolor y le abro las puertas del cielo. Hija! santificada estás á los pies de Jesús; ven toma mi bendición. Y poniéndose de pié, el padre Mariscal, bendijo á Rosita que doblada á sus pies no pensaba ni respirar.

—¿No es verdad que te arrepientes de haber vivido en el pecado?

—Sí; dijo la niña en medio de sollozos.

—Entonces ven y que una sincera confesión, te vuelva la gracia que perdiste, pobre paloma inocente.

El jesuíta había despertado en el alma de Rosa con sus palabras un dolor inmenso, profundo, capaz de valerle hasta la salvación, pero ese dolor era general, por todo, y de ningún modo particular; así es que, cuando la invitó á confesarse, ella contestó con visible turbación:

—No estoy examinada.

Tu dador basta, yo supliré el examen con mis preguntas y tomándole otra vez de la mano la obligó suavemente á caer de rodillas en el reclinatorio, sentándose él al mismo tiempo en la silleta.

—Vamos, hija mía, la dijo con ternura acariciando su cabeza.

¿Cuánto tiempo hace que no te has confesado?

Rosita no contestó! Muda, inmóvil, permaneció un momento pensativa. Momento supremo en que el padre Mariscal temblaba, dominado por una violenta emoción que no era dueño de reprimir. No pudo, dijo al fin la joven con voz lánguida, sentándose en el reclinatorio. No estoy examinada.

—Te examinaré yo, dijo el bondadoso padre Mariscal. Empecemos por los pecados de consecuencia, que no alcanzan perdón si no se restituye, tales como la calumnia, la venganza, etc. Dime, hija mía: ¿has robado?

Rosita levantó la cabeza como si le hubiera mordido una serpiente; sus mejillas

se enrojecieron de súbito y con voz entera y vibrante dijo:—No:

El confesor tuvo impulsos de ahogar entre sus manos á esa muchacha, en quien ni el bromuro ni el opio habían podido enfriar su corazón. Esas medicinas habían aniquilado hasta cierto punto su valor físico, pero su alma estaba intacta, siempre ardiente, siempre enamorada.

—El sacrilegio que usted está cometiendo en este momento puede ser castigado de un modo terrible. No se juega con Dios impunemente.

—Pero si no quiero confesarme, reverendo padre.

—Es decir que usted prefiere á la grata presencia de todo un Dios, la abominable compañía del demonio?

—No le dicho eso, contestó temblando. Yo amo á Dios y le temo, pero lo que usted me pide es imposible, yo no sé nada.

—Supone, hija mía, que ese Dios á quien ultraja, permitirá que goce usted de ese dinero sin contratiempo alguno?

—No lo hago por mí sino por él. Ese secreto no me pertenece. Yo le diré que no quiero nada, pero venderle nunca.

—Ya veo que usted es virtuosa y buena. En su corazón lleno de generosidad no tiene cabida la avaricia, no lo hace por usted, sino por él á quien ama de veras; pues bien, ese mismo amor le obliga á usted á descubrirse por entero. Si le ama, salve á su amado; y esto aunque él no quiera. Ese es su deber. ¿No daría usted hasta la última gota de su sangre por evitar á Gil una desgracia? Y qué mayor infortunio, qué desventura más grande puede caer sobre él que el juicio de un Dios ofendido, que le condenará á los infiernos? En esa clase de pecados no basta el dolor, aquí se interesa un tercero que somos nosotros á quienes ustedes causan daño grave con ese robo casi sacrílego, puesto que ese dinero estaba destinado para el culto divino, y por consiguiente no nos lo roban á nosotros sino al mismo Dios. Sin restitución la salvación

es imposible. Permitiría que Gil, su amado Gil, arda eternamente en los infiernos pudiendo evitarlo usted de un modo tan fácil? Proceder así es proceder sin caridad; es no haber conocido nunca el verdadero amor. Vamos, hija mía, usted es buena, su corazón es noble y generoso. Salve á su amado, sálvese á sí misma. ¿Dónde está enterrado ese dinero que está destinado para el ornato del templo?

—¿Y qué diría Gil si yo le vendo, dijo Rosita, atajada por todas partes en sus ideas.

—Se lo agradecerá de corazón al ver que usted sólo procede por amor y no por interés.

—Bueno, déjeme salir y le prometo convencer á Benito.

El padre Mariscal movió la cabeza. ¿Eso no es posible, dijo; no podemos fiarnos de nadie estando como está en nuestras manos. De aquí no saldrá usted sino por el camino de la muerte ó de la verdad. ¿Dónde está el entierro?

—No lo sé.

—Pero qué piensa usted conseguir con esa terquedad? ¿qué esperanza le queda en esta triste prisión?

—Ninguna. Estoy á merced de los jesuítas; pueden sacar de mí lo que les parezca, menos una traidora. Amo á Gil y no le venderé nunca. Rosita al decir estas palabras se levantó altanera, hermosa. Había estado á punto de caer, pero llamó en su auxilio al amor, y éste que no conoce obstáculos ni timidez, sino una carrera de gloria, aunque esté sembrada de sacrificios, le dió su ayuda sacándole victoriosa; victoriosa por el momento, porque esa pobre niña como si hubiera agotado lo último de sus fuerzas, agobiada del dolor, cayó desfallecida. Y tapándose la cara con las manos, rompió á llorar murmurando entre sollozos: Dios mío, Dios mío, perdona mi pecado.

Una sonrisa desdeñosa y amarga contra-jo los labios del padre Mariscal. No dudaba de su triunfo; tenía medios poderosos

para obligarla, pero no quiso ponerlos en práctica por lo pronto. Mañana será mía, se dijo. Y resuelto á todo, tendiendo una mano hacia el ataúd dijo con voz sombría: Rosa! mira ese ataúd; ese es el florido lecho que el amor te brinda. Mañana, devorada por los gusanos dormirás allí mientras tu alma, condenada para siempre arda en lo profundo de los infiernos. Has enojado á un Dios, has despreciado su misericordia, y las iras de Dios van á desplomarse sobre tu cabeza.

—Rosa dió un grito estridente. Cayó de rodillas en ademán suplicante, juntando las manos; sus mandíbulas chocaron produciendo un ruido seco y desagradable, y toda aterrorizada próxima á caer acaso sin sentido, murmuró débilmente: ¡perdón!

—¿En dónde está ese dinero?

—Voy á decirlo, esperad, esperad un momento, no se vaya usted, dijo al ver que el jesuíta comenzaba á retirarse de espaldas. Ese dinero está enterrado. No, men-

tira, no sé nada, antes matadme, y mordió con rabia su pañuelo como si quisiera atajar con él las palabras prontas á salir de su garganta.

—Mañana habrás muerto, gritó el padre Mariscal, cerrando la puerta con ira; mientras Rosita murmuraba de adentro: perdón, perdón, venid y lo diré todo.



CAPITULO XXIII

¡Viva la independencia!

Los jóvenes de la Banda Negra y el jesuita habían también dormido como Rosa Pantoja hasta bien entrada la mañana. El primero que se recordó fué Gil. Dió un tremendo bostezo sin abrir los ojos y queriendo mudar de postura sin conseguirlo, dijo medio dormido, empujando á Pérez Sevilla que estaba á su espalda. Rosa, Rosita, no te echés en mis brazos que me dificultas todo movimiento; mas como ni Rosa se retiraba ni él podía hacer movimiento alguno, abrió los ojos y se quedó mirando asombrado sin pronunciar una sola palabra. Allí estaban todos sus amigos

tendidos en el suelo y maniatados como él. Poco á poco su entorpecida cabeza recordó el robo al fraile, el vino bebido y su profundo sueño. Estamos perdidos, murmuró en voz baja, y comenzó á dar con los pies á sus compañeros á fin de que se despertaran. Poco á poco, uno á uno comenzaron todos á mirar la luz del sol, haciéndose cargo al mismo tiempo del miserable estado en que se hallaban.

El jesuíta fué el último en abrir los ojos, pero el primero en hablar.—No les hice ningún mal y no obstante, gracias á su vino, señores, me encuentro aquí maniatado.

—Yo también estoy aquí, voto á Caifás, dijo Gil con tono iracundo. Ese maldito vino nos ha perdido á todos.

—¿Pero qué hemos hecho para que nos traten así? Ni Gil, ni sus amigos quisieron responder directamente á esa pregunta; así es que se limitó Pérez Sevilla á contestar:—Volver por nuestros derechos arrancando á los jesuítas lo que no les pertenecía. Pero ay! de esos canallas, porque si ahora hemos caído en sus manos, puedo

que mañana caígan ellos en las nuestras.

—¡Mañana! ¿viviremos hasta mañana? dijo Mora acompañando sus palabras con una sonrisa casi sarcástica.

—Al querer nuestra muerte nos habrían ya despachado de dormidos. Descuida, viviremos, contestó Gil.

—No quisiera más, dijo Cabrera que hallarme libre por dos días, para no dejar sobre esta tierra ni un solo jesuíta. Cobardes! nos tienen en su poder y nos conservan, no obstante, maniatados, y arrastrándose de espaldas hacia la puerta, comenzó á golpearla con fuerza y ligereza.

Pocos minutos después, la puerta se abrió. Seis jesuítas con el traje propio de su orden, y entre ellos el padre San Miguel, entraron silenciosos y graves.

Los jóvenes al mirar el silencio de sus enemigos permanecieron también mudos, mirándolos con desprecio.

—Mis queridos vecinos, dijo con ironía, el padre San Miguel: ¡qué placer tan inmenso me proporcionan con la venida de ustedes!

—Es San Miguel, dijo Gil con el más solemne desprecio.

—Soy el mismo, y me alegro que me hayan conocido á la primera. Esto nos ahorrará no poco tiempo. Entre amigos se entra de lleno en materia sin andarse con preliminares, casi siempre embarazosos.

—¿Conoce usted, padre San Miguel, á todos estos caballeros?—A los tres sí. A este otro señor, añadió, señalando á Cabrera, le veo por primera vez.

—¿Quién es usted? dijo el mismo que había dirigido la pregunta al padre San Miguel, encarándose con el padre Cabrera.

—Mi nombre no es un crimen, no lo niego nunca. Soy Juan de Cabrera.

—Está también en el secreto de ustedes? volvió á preguntar dirigiéndose á Gil.

—No sabe nada, contestó éste. Vino anoche á visitarnos por casualidad. Está inocente, y debe ser puesto en libertad.

—Para que desde la calle les ayude á ustedes? ja, ja, ja; no les creía tan faltos de cabeza. De aquí no saldrá nadie sino para ir á la sepultura. Mas ya que el señor

Cabrera no sabe nada, y lo que queremos de él, es sólo tenerlo asegurado, conducido á otro lugar donde pueda ser tratado con más compasión que estos criminales.

—¡Los santos! los santos! como San Miguel, dijo con desprecio Gil soltando una carcajada.

Los jesuítas se hicieron sordos al insulto. No habían venido á encolerizarse, y tuvieron por mejor guardar silencio.

Dos jesuítas sacaron al padre Cabrera, el cual al salir, dijo volviendo la cabeza: Adiós, señor Gil, adiós señores; sea para vida, sea para muerte, no se olviden que somos amigos.

—Adiós señor Cabrera, repuso Gil, no lo olvidaremos.

—Nos van á tener así atados de pies y manos? preguntó Mora á uno de los jesuítas.

—No, dijo el padre San Miguel, aquí somos los más fuertes y muy bien pueden estar en libertad. Desátelos usted, hermano Benjamín.

El hermano Benjamín hizo lo que se le mandaba. Al llegar á Pérez Sevilla, le dijo éste en tono envidioso:—¡Quién me diera volver otra vez á pescarte de las barbas!

—Ya están libres, dijo el padre San Miguel; ahora gobernaos por vuestro interés y mirad lo mejor, porque hemos resuelto mataros de hambre.

—No esperábamos menos de tan santos sacerdotes, dijo Gil con desprecio, extendiendo sus amortiguados brazos.

Los jesuítas salieron sin contestar. Los tenían seguros y no había para qué gastar palabras cuando un día ú otro, acosados de la necesidad, se rendirían sin condición ninguna.

Lentas y sombrías pasaron las horas para esos tres jóvenes que veían en un punto desvanecidos todos sus sueños de amor, de ventura. Ayer casi ricos, hoy condenados á morir de hambre en poder de enemigos inexorables que no retrocederían un punto á trueque de vencer.

—Estamos perdidos, dijo Gil con voz ronca.

—Habla más bajo, contestó Mora acercándose, nos están escuchando.

—Por qué lo dices?

—Porque hace un momento ví apagarse ese rayo de sol que ahora entra por las rendijas de la puerta,

—Benito Gil se levantó, y andando de puntillas se acercó á la puerta.—No te engaÑabas, dijo á su amigo; allí están.

Los tres jóvenes se reunieron en el más lejano rincón del aposento y comenzaron á hablar en voz baja.

—Estamos perdidos, volvió á decir Gil y no debemos contar con nadie sino con nosotros mismos. Ramírez es probable que vaya esta noche donde Lelia y sepa allí nuestra desaparición, pero ¿cómo nos busca? cómo nos halla? Mi Rosa . . .

—No cuentes con ella, es inútil; casi puedo decírtelo con certeza que ella está prisionera como nosotros, y esto me acongoja más, porque débil y mujer, á las primeras amenazas y tormentos es capaz de

vendernos á pesar de toda nuestra resolución.

—Casi creo como tú. Mi pobre Rosita martirizada . . . Los dientes de Gil se apretaron con rabia, sus ojos despedían chispas. El corazón de Benito Gil estaba ahogándose en un mar de amargura y desesperación, no por él sino por el amor que le inspiraba esa pobre niña condenada acaso como ellos á morir en manos de los jesuítas. Conozco á mi Rosa, dijo á sus amigos. La podrán matar, pero hacer que nos venda es imposible: me ama demasiado.

—Los tormentos del hambre pueden obligarla á todo. ¿Sabes si nosotros mismos resistiremos á la muerte que nos amenaza. Estamos cogidos, continuó Mora, y no tenemos esperanza.

—Si pudiéramos salir de aquí? dijo Gil, sumergiéndose en honda meditación.

Todos menearon la cabeza juzgando eso poco menos que imposible, y guardaron silencio.

—Capitulemos, dijo Pérez Sevilla. Ofrezcamos la mitad de lo que tenemos; es el único medio de salir.

—Con gusto haría ese trato, replicó Gil, pero no creo que acepten.

—Probemos, dijo Pérez Sevilla. Nada se pierde con eso. Levantóse en seguida y preguntó por última vez: Estamos conformes?

Sus amigos movieron la cabeza afirmativamente.

Pérez Sevilla se dirigió á la puerta y llamó con descomunales golpes.

A poco rato la puerta volvió á abrirse. Ocho jesuítas y entre ellos el padre San Miguel penetraron de nuevo en la estancia.

—¿Qué se ofrece, mis queridos vecinos, dijo éste, con un tono cargado de ironía.

—Ese dinero nos pertenece tanto como á ustedes, contestó Pérez Sevilla. ¿Les conviene dividirlo?

—¿De dónde les viene ese derecho á lo ajeno? dijo el padre San Miguel.

—¿Y de dónde lo tienen ustedes? Si la casualidad solamente ha podido

—¿La casualidad? volvió á decir el jesuíta desdeñoso. La casualidad hizo que arrendásemos ese cuarto, la casualidad nos

hizo saber que allí había un tesoro . . . ja, ja, ja, qué casualidad tan generosa. Sepan, señores, que ese dinero tenía un dueño y éste al morir santamente en nuestra casa, nos lo dejó por entero y nadie puede tener derecho á él.

Los jóvenes se miraron las caras.

—Sea como sea, dijo Pérez Sevilla. ¿Aceptan ó nó lo que proponemos?

—Nó, de ninguna manera, nó. Esa fortuna es nuestra y la recaudaremos sin que falte un sólo maravedí.

—Considere que estamos en posesión del secreto.

—Y ustedes consideren que están en nuestras manos, de las que no saldrán sino muertos ó entregando todo. Y sin querer dar oídos á lo que probablemente hubiera replicado alguno de los tres, hizo una seña á los suyos y volvió á salir.

La Banda Negra guardó silencio, después de haber despedido á los jesuítas con algunas interjecciones de mal tono. Estaba anonadada.

A eso de medio día se presentó un lego con un cántaro de agua.—He aquí vuestra ración, dijo poniéndolo en medio del cuarto.

—Son muy generosos ustedes, dijo Gil con ironía. Con este cántaro de agua hay no sólo para vivir sino hasta para engordarnos.

El lego les miró sin cólera, dirigiéndoles una sonrisa burlona.

—Bebamos agua á la salud de los frailes, dijo Pérez Sevilla, mirando de reojo al hermano, y empinó el cántaro bebiendo no pocos tragos.

El lego salió fuera en silencio.

—¿Quieres? añadió dirigiéndose á Gil y haciendo chasquear la lengua.

—Lo que tengo es sed de sangre, contestó en voz reconcentrada, pero ya la apagaré; porque si no puedo beber la de éstos bandidos que llevan el nombre de jesuítas, me romperé las venas para saciarme con la mía.

—Lo quieren todo, dijo Mora doblando la cabeza, y todo lo tendrán si no podemos salir de aquí.

—¡Salir! salir! . . . dijo Pérez Sevilla: si no nos volvemos pájaros

—Lo quieren todo, pues bien, les daremos, siempre nos quedará algo, dijo Gil con voz sombría.

—¿Qué nos quedará?

—La venganza. Y Benito volvió á inclinar la cabeza agobiado bajo el peso de su rabia y amargura.

—Eso vendrá después, replicó Mora. Lo que hoy necesitamos es un medio para salir de aquí. Pérez, ¿no se te ocurre nada? Vamos á dejarnos vencer sin lucha, sin haber hecho nada? Dí, qué hacemos? siguió dirigiéndose á Gil. Mas como nadie pensó en contestarle, alzándose del suelo se puso á pasear con visibles muestras de agitación, oprimiéndose la cabeza con las manos.

Pérez Sevilla que durante algunos momentos había permanecido inmóvil, ageno á todo, levantándose de súbito se acercó en silencio á la puerta. Allí está, dijo á sus amigos, más con el jesto que con la voz, y

llamándoles á un rincón, empezaron á departir con el mayor silencio.

—Algo bueno sin duda, les dijo Pérez, pues al cabo de un rato la frente de Gil se alzaba otra vez con fiereza, mientras que Mora murmuraba pensativo: podemos ir al cadalso.

Pérez Sevilla volvió á razonar en secreto, y los otros á escucharle hasta que por fin todos se apretaron las manos sonriendo.

Gil dejando el rincón fué á tonderse frente á la puerta. Los otros dos se echaron cuan largos eran en el mismo rincón, tal vez con ánimo de dormir.

—Padre San Miguel, nos mata de hambre, gritó Pérez Sevilla á eso de las cuatro de la tarde.

—¡Fraile de los diablos! mándenos siquiera un pedazo de pan, añadió Mora en el mismo tono.

—Padre San Miguel, ya no se aguanta volvió á decir Pérez Sevilla poniendo los labios en la cerradura. Gil hizo una seña á su amigo como preguntándole ¿nos es-

cuchan? y éste contestó del mismo modo, diciendo: allí está.

Siguieron las maldiciones y reniegos de los que ninguno de los de fuera se curó, y por fin dijo Mora en voz alta:—No hay remedio, estos bandidos tratan de matarnos de hambre. No resisto más, yo me entrego.

—Pero perder así todo ese dinero?

—¿Y cómo lo vamos á aprovechar si de aquí no saldremos nunca?

—Yo no devuelvo más que me maten de hambre, dijo Gil, eso es mío, eso ha estado en mi cuarto.

—Haz tú lo que quieras, yo sí devuelvo, amo más la vida que el oro.

—Devolvamos todo y que se los lleve el diablo á todos estos frailes bandidos, dijo Pérez Sevilla.

—Perder en un momento toda nuestra fortuna, exclamó Gil con una voz desesperada.

—Somos jóvenes y ya nos armaremos de alguna otra parte.

—Padre San Miguel, padre demonio, nos mata de hambre, volvió á gritar Pérez Sevilla.

—¿Entregamos ó nó? preguntó Mora dirigiéndose á sus amigos.

—Entreguemos, contestaron éstos. No hay más remedio. La sombra que por orden sin duda del Superior había permanecido agazapada en el umbral escuchándolo todo, desapareció de súbito.

—Padre San Miguel! dijo otra vez Pérez Sevilla golpeando la puerta repetidas veces. Padre San Miguel, dígnese venir; tenemos que hablar.

Las voces de Pérez Sevilla se perdieron en el vacío sin hallar respuesta.

—Estarán ocupados, dijo Gil. Aguardemos.

—Mi barriga también está ocupada y no admite espera. Voto al diablo! ese fraile está comiendo mientras yo me muero de hambre.

—Paciencia, ya vendrán.

Los mozos guardaron silencio. La noche había comenzado, y en la estancia en

que estaban prisioneros no podían casi distinguirse.

—Padre San Miguel! volvió á gritar Sevilla remeciendo la puerta como pudiera haberlo hecho un furioso león. Padre San Miguel! carguen todos los demonios con usted.

—¿Qué gritan tanto? dijo desde afuera una voz mal humorada.

—Que nos mata de hambre y que ya no podemos más.

La puerta se abrió pausada. El Padre San Miguel con una lámpara en la mano y sus ocho acólitos volvieron á presentarse.

—Denos de comer, padre, dijo Mora con despecho.

—Ya les he dicho que morirán de hambre si no devuelven lo que no les pertenece. Pensadlo hasta la mañana. E hizo ademán de salir.

—Hasta mañana va usted á encontrarnos muertos, dijo Gil,

—No será mi culpa, contestó con indiferencia el jesuíta.

—Pues bien; ~~acepte~~ la mitad. Propuso Pérez Sevilla.

—Nó, replicó con firmeza.

—Pero ¿cómo quieren quitarnos todo? dijo Mora. Déjenos siquiera á mil pesos á cada uno.

El jesuíta pareció vacilar. Permaneció un momento en silencio y dijo después:—A mil pesos nó, pero á ciento á cada uno sí, aunque no lo merecen.

—¡A ciento! dijeron los mozos con tono despreciativo, mirándose las caras.

—Yo acepto lo que quiera, pero deme de comer, gritó Mora tendiéndose de espaldas; no puedo más.

—Sea siquiera á doscientos, dijo Pérez Sevilla en tono suplicante.

—Convenido, contestó el padre San Miguel: les daré á doscientos.

—¿Y quién nos asegura que usted nos dará una vez entregados los cajones?

—Mi palabra. Un jesuíta no miente nunca.

—Aceptado, pero denos de comer.

El jesuíta meneó la cabeza, diciendo al mismo tiempo:—Comerán cuando los cajones estén en nuestras manos; mientras tanto, nó. ¿Dónde está ese dinero?

—Está enterrado.

—¿En qué lugar?

—En la falda del Pichincha, siguió diciendo Pérez Sevilla con serenidad admirable.

—Perfectamente, dijo el padre San Miguel. Den ustedes las señas del lugar en que están esos cajones: yo mandaré desenterrarlos en este mismo momento y tan pronto como queden en nuestro poder, les haré servir una abundante cena y les contaré el dinero.

—Es imposible; por más señas que demos no se nos entenderá.

—Están en campo raso.

—Bien. Vaya uno de ustedes con nosotros, los demás aguardarán aquí.

—Tampoco se puede, volvió á decir Pérez Sevilla. Somos amigos, pero como en tratándose de dinero no hay amigo para amigo, nos hemos repartido los cajones en-

terrando cada cual el suyo con absoluta independencia.

—El mío lo pueden hallar fácilmente, está en Tiuctiuco, al pie de una mata de chilca, dijo Mora desfallecido, y añadió con voz lastimera ¡qué dolor de estómago tan fuerte! al mismo tiempo que se apretaba las tripas con las dos manos.

—El padre San Miguel se quedó pensativo.

—Está bien, dijo después de largo rato. Hoy irá uno á mostrar dónde está el cajón, mañana otro y así los tres.

—No hay inconveniente, dijo Gil, pero á los que quedamos que se nos sirva la comida en el instante: el tormento del hambre es insoportable.

Otra vez el padre San Miguel pareció vacilar, y no queriendo asumir por sí sólo responsabilidad ninguna dijo: Un momento señores, y salió al corredor seguido de los otros jesuítas. Allí donde no podían ser oídos de los prisioneros, volvió á decir en voz baja: ¿Qué hacemos?

—Ellos proceden con buena fe, dijo el más viejo de todos; nos lo demuestra la conversación que el hermano Benjamín nos ha relatado. El hambre les agobia y proceden movidos de la necesidad y si les damos de comer, es probable que vuelvan á pensar de otro modo.

—Cuanto antes mejor, añadió otro; llevémoslos esta noche misma á todos, y acabemos de una vez. Somos trece y podemos conducirlos perfectamente asegurados.

—Sí . . . en efecto, repuso el padre San Miguel dudando. ¿Les parece bien á ustedes lo que acaba de decir el padre Rota? todos movieron la cabeza afirmativamente.

—Entonces entremos, añadió el padre San Miguel. Y volviendo al cuarto de los jóvenes, dijo con tono grave:—Hemos resuelto llevarlos á todos esta misma noche, pero maniatados y con una mordaza en la boca.

—No importa, contestó Sevilla. Llévosenos del modo que quieran con tal de librarnos pronto, y de que nos den algo que meter en el estómago.

—Son las ocho de la noche, dijo el padre San Miguel y debemos marchar cuanto antes. De aquí al Pichincha hay algo más de media legua.

—Que dudo podamos andarla, replicó Mora, si no nos dan antes algún alimento.

—Eso no.

—Pero si no puedo casi ni moverme.

—Sea, dijo el padre San Miguel. Voy á darles un poco de vino, pero nada más, é hizo una seña á uno de ellos para que trajera lo que decía.

—Cuerdas y unos pañuelos, dijo á otro de los presentes, y colocando la lámpara en el suelo, comenzó á pasearse satisfecho. Supongo que no tendrán la necesidad de hacernos andar en vano, añadió dirigiéndose á Gil.

—El estado en que nos vé, no es para andar en esas bromas, contestó éste. Tanto más, cuanto que siempre quedaremos en poder de ustedes:

—Es cierto, y me alegro que piensen con ese juicio.

—¡Ea! bebed, siguió diciendo, é hizo una seña al hermano para que sirviera el vino.

Gil y sus amigos bebieron con avaricia, cada uno un pequeño vaso.

—Dénnos más, dijo Pérez Sevilla, con ansia.

—Lo que han bebido es bastante para sostenerles las fuerzas. No hay más.

Los jesuitas arreglaron las cuerdas y maniataron á los jóvenes por las espaldas tan sólidamente como pudieron, procediendo en seguida á amordazarlos.

—Estoy tan acatarrado que no sé si pueda respirar con sólo la nariz, refunfuñó Gil. En fin, probemos.

El padre San Miguel aseguró la boca de Benito con un pañuelo doblado muchas veces.

—En marcha, dijo el jesuita, quitándose la sotana, como también los demás.

Al salir á la calle se colocaron tres para cada uno de los jóvenes, y siguieron andando por la desierta calle de la Alameda.

La respiración de Gil era estruendosa, el aire salía silbando de los pulmones en medio de algo que lo tapaba la nariz. Hácia la mitad de la calle, se paró con visi-

bles muestras de ansiedad. Uno de los jesuitas le abrió la mordaza.

—No puedo, dijo Gil: me estoy ahogando. Llévenme así, yo les prometo que no despegaré los labios por nada.

—Cuenta con lo que dices, replicó uno de ellos; porque al menor grito te hundo este puñal, y le mostró una daga que brilló en la oscuridad con un resplandor sombrío.

Pérez Sevilla y Mora no decían nada, caminando en silencio al lado de sus guardianes.

Llegaron á San Blas, y siguieron por la calle real hasta la Carnicería, de allí siguieron por la misma calle, hasta la cruz de San Agustín.

—¿Por dónde vamos? preguntó el padre San Miguel á Gil, único que podía responderle.

—Por la plaza grande, contestó éste; subiremos hasta San Francisco, y por la capilla del Robo subiremos al Pichincha.

—Entonces, vamos por Santo Domingo, replicó el jesuita, subiremos de allí á Santa Clara, y por la calle de San Roque llegaremos también al Pichincha.

—¡Imposible!—estamos muy débiles, no podemos casi andar y el camino que nos propone da mucha vuelta.

—Vamos por la plaza grande, dijo el jesuíta, aceptando las razones de Gil.

La Banda Negra y los jesuítas subieron por la calle de las Escribauías y desembarcaron en la plaza grande, sin novedad ninguna.

La hora de queda había sonado ya.

En la mitad de la plaza se detuvo Pérez Sevilla con visibles muestras de ansiedad, alzando ya el un pie, ya el otro, é indicando con los ademanes que pedía le desataran los pantalones.

La plaza grande en ese tiempo tenía toda la apariencia de una selva virgen; tal era la multitud de sauces en olla plantados.

Toda la comitiva se paró.

—Abrámosle los pantalones, dijo Gil, parece que quiere hacer algo no muy limpio. Los jesuítas se negaron al principio, mas fueron tales las contorciones y jestos que hizo Pérez Sevilla, que al fin consintieron, apartándose algunas varas á causa

del mal olor que probablemente iba á despedir.

Pérez Sevilla no pensaba hacer nada de lo que había indicado con sus jestos, sino algo mejor. Se puso en cuclillas tras un sauce, y pegando la cara al tronco, á fuerza de refregarse logró que la mordaza descansara entre el labio inferior y la quijada. Logrado esto se enderezó con calma, y apartándose algunos pasos, y siempre con la cabeza baja para no ser visto, aunque la oscuridad era completa, indicó que le subieran los calzones. Uno de los jesuítas se encargó de hacerlo aunque con cierto asco.

Mora entre sus tres acompañantes no se movía, ó por lo menos en la oscuridad parecía no hacerlo, aunque si alguno de los jesuítas hubiera parado atento el oído, le habría llamado la atención, un ruido sordo, un cric, cric, rápido pero imperceptible que hacían los dientes del joven, y que probablemente hicieron desde cuando le amorzaron; pero este ligero ruido cesó también de pronto.

—Sigamos, dijo el padre San Miguel, tomando por el lado derecho de la pila,

alumbrada por la escasa luz de un farol moribundo colgado en el Palacio Presidencial, á cuyos pálidos reflejos se veían algunos centinelas paseándose silenciosos en una de sus puertas.

La Banda Negra y los jesuítas llegaron á la esquina. Allí de pronto, y sin que nadie pudiera impedirlo, tal fue la sorpresa que produjo, gritó Oil, con voz estentórea. ¡Muera el Presidente Diguja! Mueran los Oidores!

El padre San Miguel y los otros se arrojaron sobre él, tapándole la boca; pero Mora, gritó también: ¡Muera Diguja! ¡abajo el gobierno! y Pérez Sevilla gritó en seguida por su lado: ¡Viva el pueblo, muera Diguja! Los jóvenes materialmente apasionados, casi ahogados por la multitud de manos que les aplastaban, guardaron silencio, y se dejaron llevar algunas varas casi á rastras por sus enemigos, que trataban de llevarlos á toda prisa, sin hacer caso del grito de ¡alto! que dió el capitán de la escolta, saliendo al pretil del Palacio. ¡Ténganse al Rey! gritó otra vez el capitán, sa-

cando sus soldados. De pronto una sombra negra que había permanecido oculta en el altísimo de la Capilla Mayor, gritó de un modo resonante: ¡Muera el Rey, viva la independencia! Y se acercó con el puñal en mano al grupo que formaban los jesuitas, cubriendo á los jóvenes. Era Ramírez, que habiendo ido hacía poco á visitar á Lelia, supo por ésta, cómo habían desaparecido sus vecinos, y hasta Rosita, desde la noche anterior, probablemente dejando las puertas abiertas de par en par.

Están perdidos! gritó Ramírez. Bien me dijo Gil hace dos días todos sus temores. Y sin querer oír más, tomando su capa y su sombrero, se fue recto al convento de los jesuitas, por sí descubría desde la calle algún indicio, alguna luz que le guiara. Recorrió las calles en contorno, buscando por donde penetrar sin ser sentido. Cuando llegaba casi á la puerta del colegio, vió el grupo que avanzaba á encontrarse con él, y no queriendo ser visto, se ocultó en el repecho de la Capilla. Allí oculto oyó los gritos de ¡muera Diguja! conociendo por

ellos á sus amigos, y resuelto á ayudarles en todo, bueno ó malo, gritó también: ¡Viva la República! palabra mágica que por primera vez retumbó en la plaza de Quito, lanzada por la garganta de un ladrón, en pro de sus amigos. ¡Ténganse al Rey! volvió á gritar la voz, lanzando á escape á sus soldados.

Gil, dijo Ramírez, cortando con su puñal las ataduras de los tres; operación que ninguno de los jesuítas trató de impedir. Para ellos el asunto tenía una altísima gravedad. ¿Qué dirían ellos ante el tribunal cuando se les acusase de sediciosos? Cómo salvarse del tremendo cargo que les harían de haber gritado: ¡Muera el Rey! y viva la República? Crimen era ese que les llevaría indudablemente á la horca, sin contar con que la Compañía de Jesús sería proscrita de todos los dominios españoles por perniciosa, por enemiga del Soberano, y hasta por ingrata; pues no hacía mucho tiempo que Felipe Segundo había renunciado los servicios de los jesuítas en el Ecuador con la enorme suma de medio millón de escudos de oro.

Todo esto lo pensaron ellos en menos tiempo del que hemos empleado en referirlo, y lanzando una interjección formidable penetraron en masa por la puerta del colegio, que estaba sólo emparejada por orden del Superior, á fin de que si algo grave ocurría en la casa del Belón, vinieran á contárselo sin necesidad de estar llamando en la portería. La Banda Negra tan pronto como se vió libre de las ligaduras, echó á correr con una velocidad vertiginosa, huyendo de los soldados que casi les pisaban los talones. Todos los fugitivos saben perfectamente, cuando son algunos, que la mayor probabilidad de salvación consiste en separarse, á fin de distraer por distintos puntos la atención de los perseguidores; y así al pié de la letra lo hizo la Banda. Benito Gil tomó recto por el Arco de la Reina, Mora á la izquierda, haciendo semblante de ir á Santo Domingo, Pérez Sevilla á la derecha por la calle que conduce á la plaza de San Francisco. A este último era al que más de cerca perseguían, pero era también el que mejor manejaba las piernas y el más osado al mismo tiempo.

Viendo que sus enemigos tarde que temprano le iban á alcanzar, á despecho de la oscuridad de la noche, cruzó la plaza de San Francisco como un relámpago, y llegando á la pila, llena como siempre de agua, sin vacilación ninguna se metió en ella hasta el pescuezo. Veinte segundos después, pasaron también cuatro soldados á todo correr por junto á la pila.—Por allá vá, dijo uno que creyó ver en la sombra al fugitivo, y siguieron corriendo sin detenerse, mientras Pérez Sevilla decía para sus adentros: Sí, por allá vá, pero si no corren de firme se les escapa. Permaneció algunos minutos más dentro del agua, hasta que el ruido que hacían al correr sus perseguidores se perdió del todo, y entonces, saliendo con calma de la pila, se dirigió con paso mesurado á la Ohilena.

Quito era en ese entonces, según nos dicen las crónicas, y como es aún ahora á pesar de sus adelantos, la ciudad más apropósito para burlar las persecuciones de la justicia: Las calles tortuosas, oscuras; sus edificios salientes, y el campo abierto

por todas partes, son otras tantas probabilidades que favorecen en alto grado al que se escapa.

Benito Gil y Mora conocieron por experiencia esta verdad; pues á las pocas cuerdas lograron esconderse, el uno en la Cruz de piedra y el otro en el Puente de gallinazos. De' allí, cuando se convencieron de que por ninguna parte eran perseguidos, se dirigieron también á su casa.

Benito fué el último que llegó. ¿Y mi Rosa? ¿Dónde está mi Rosa? dijo á sus amigos y á Lelia y á Carlota que habían pasado también por curiosidad.

La pregunta quedó sin respuesta. Nadie sabía nada.

—Está prisionera, dijo limpiándose dos lágrimas de fuego, y paseándose por el cuarto de un modo nervioso. ¡Pobrecita! martirizada por esos bandidos, pero ya la libraré, metiendo en su convento á todos los reyes del socabón.

—¿Qué dices? preguntó Mora, que como los demás no sabía nada de tales reyes.

—Digo, contestó Gil iracundo, que yo asaltaré ese convento maldito puñal en ma-

no y libraré á mi Rosa aunque tenga que sacarla por un mar de sangre.

Sus amigos nada dijeron. Estaban acordes en lo que decía Gil, y resueltos como él á matar á todos los jesuitas del mundo por librar á Rosa Pantoja, á quien profesaban un tierno cariño.

Gil continuó paseándose, y no pudiendo soportar por más tiempo ese valiente corazón la amargura que le devoraba, rompió á llorar estrepitosamente como un niño, diciendo á gritos, entre sollozos: Rosita, Rosita! dónde estás?

—Aquí! gritó Rosita Pantoja, desde la puerta, precipitándose en los brazos de su amado.

—Si, aquí estamos todos, gritó Cabrera, entrando también.

Gil besó los labios de su Rosita una y otra vez con un amor furioso, casi delirante! y yasegado un tanto, le preguntó con cariño:

—¿Qué te han hecho, amor mío, ¿cómo has salido?

Rosita contó punto por punto la confesión, el ataúd y las amenazas del padre Mariscal hasta cuando éste volvió á cerrar la

puerta. Después siguió diciendo: Cuando me ví sola otra vez, dominada por el miedo, comencé á gemir desesperada, y poseída del miedo más espantoso, cerré los ojos por no ver el ataúd. De pronto oigo un ruido insólito por el corredor; creo que se acercan otra vez á mi sepulcro y pongo el oído atento. ¡Maldición! oí decir, después de un momento. Estamos perdidos, pero no del todo. Siguieron hablando otra vez en voz baja, y después como de media hora, volvió á abrirse la puerta de mi prisión. El padre Mariscal me dijo con voz grave:— Salga usted. Salí temblando, pues creí que me iban á matar, y seguimos andando por el corredor. A pocos pasos nos paramos ante otra puerta que el mismo jesuíta abrió. Allí estaba el señor Cabrera. Salga usted, le dijo como á mí, y todos tres seguimos andando hasta la portería. Allí abriéndonos la puerta nos dijo por última vez: Están ustedes libres, pero no se olviden que la justicia de Dios está pronta á caer sobre vuestras cabezas. Salimos á escape y

— Aquí estamos todos, dijo el jesuíta riéndose con franqueza.

Benito volvió á estrechar contra su corazón á Rosita, colmándola de besos.

—¿Y á usted, señor Cabrera cómo lo llevaron desde el Belén á la Compañía? preguntó Pérez Sevilla.

—Muy sencillamente, respondió Cabrera. Me ataron de pies y manos pusiéronme en seguida una mordaza, y así hecho un fardo me metieron en una litera y andando llegué á la Compañía; me pusieron en un cuarto encerrado y asunto concluido.

—¿No le han muerto de hambre como á nosotros?

—Al contrario, he comido muy bien.

—Olaro; usted no es culpable. Le aseguraban para que no nos diera ayuda y nada más, como si no supiéramos librarnos por nosotros mismos, dijo Pérez Sevilla paseándose también de un modo tan cómico que hizo reír á todos. Nosotros somos hombres de recursos, continuó abriendo los brazos; yo, el jefe de ustedes, sobre todo, aunque esté mojado hasta las barbas y muerto

de hambre como de aquí á Guayaquil, pero siempre hermano, siempre el mismo, siguió, haciendo multitud de muecas á Lelia á la que se acercó rápidamente y hasta dicen algunos que le plantó un beso de los buonos en toda la boca; tal era el gozo que sentía al verse libre y en medio de todos sus amigos.

—Loco, dijo Lelia, ni alegre ni ofendida por esa muestra de cariño bastante *improper*, como dicen los ingleses.

—Y ahora que digo hambre, ¿no les parece bien que cenáramos algo aquí mismo? dijo Pérez Sevilla á sus compañeros.

—Iba á proponer lo mismo, contestó Mora y dirigiéndose al jesuíta añadió: ¿Gusta acompañarme al estanco, señor Cabrera?

—No hay inconveniente, repuso éste, envolviéndose en su capa; pero no llevo un cuarto.

—Yo tengo, dijo Mora. Los jesuítas son gente honrada en lo poco, y han dejado intactos mis bolsillos, aunque se robaron nuestras armas.

—¿Vamos? preguntó Cabrera desde la puerta.

—Un momento, respondió Mora, ya es tarde, y no me gusta andar completamente *inerte* me llevaré aunque sea el pilar de la cama, y armándose con lo que decía, se dispuso á salir con el padre Cabrera.

—Si compras vino, dijo Pérez Sevilla, no lo hagas sin hacerlo probar al vendedor, no vaya á estar cargado como el de anoche.

—Descuida, replicó Mora, riéndose.

—Trae lo que alcance para todos, dijo Gil, hasta para Ramírez que puede llegar de un momento á otro.

—Así lo haré.

—Dónde lo dejaron al señor Remírez? preguntó Lelia, como parte interesada.

—A eso es imposible contestar, Lelia. Era tal la prisa que nos dimos todos por huir de los soldados, que no pudimos ver á ninguno, contestó Gil.

—Yo tampoco lo ví, aunque sospecho que tomó por el altosano de la Catedral, dijo Pérez Sevilla. Y en efecto era así,

Ramírez en vez de correr como los otros por la calle de la Compañía, lo hizo por el pretil; bajó las gradas de cinco en cinco y entrando por el portal llamado ahora de Salinas, dobló la calle de las Escribanías con una velocidad poco común, dos soldados se lanzaron tras él, y sin duda eran tan buenos corredores como el joven; pues apenas les llevaba de delantera una veintena de pasos. En tales condiciones la victoria debía quedar por el que tuviese mayor resistencia. Buenas son las piernas para una carrera, pero tan buenos como ellas son los pulmones. Ramírez pasó como una flecha por frente á la iglesia de San Agustín, llegó á la esquina y se disparó á la derecha. Las sienes le latían y el corazón amenazaba salirse por la boca si la carrera seguía como era de suponerse; puesto que los dos soldados, aunque habían perdido dos decenas más de pasos, no por eso dejaban su empeño de darle caza. Ramírez pasó también junto á la iglesia de Santa Catalina: allí dudó un momento, y de repente desapareció sin saber cómo. Los

soldados que venían atrás jadeando al dejar de oír la carrera del fujitivo, gritaron: — A San Marcos vá; ha torcido la esquina, por eso no se oyen los pasos, y siguieron corriendo como locos, aunque no volvieron á oír los pasos del que perseguían. Llegaron hasta cerca del panteón, y nada. Ramírez se había desvanecido. Vieron un bulto blanco que acababa de salir de una casa y se acercaron con el objeto de preguntarle algo que les orientase. El bulto era un fraile de Santo Domingo, algo picado de vino y con más ganas de callar que de hablar.

—¿Ha visto usted un hombre que venía corriendo? le preguntó uno de ellos.

—No he visto nada, contestó el fraile, con sequedad y mal humor.

—Usted ha debido verlo, porque por aquí vino, dijo el otro soldado, con visible impaciencia.

—Yo no he visto más que á su abuela, gritó el fraile, lleno de ira.

—Insolente! dijo uno de los soldados, tomándole del cuello; á lo que el fraile contestó con un puñetazo tan soberano en las

narices, que derribó de espaldas al atrevido.

Al ver al compañero así maltratado, el otro, echando mano de la espada, dió al fraile con el pomo un terrible golpe en la oreja derecha. El religioso cayó á su vez como una masa inerte.

—Ya mataste al fraile, dijo el que había caído primero, levantándose.

—No no debe estar muerto, replicó el otro, algo asustado, examinando al caído. Todavía respira; pero no se muere, dijo alzándose y examinando á su compañero añadiendo: ¿qué hacemos?

—A lo hecho pecho; no es culpa nuestra. Vamos cargando con el fraile al cuartel. ¿Quién le manda estar andando á estas horas siendo sacerdote?

—Vamos, pero quién carga con esto animal?

—Pues arrastrémoslo.

Y tomando cada uno de un pie, comenzaron á desandar lo andado con el religioso á rastras. No estaba el fraile ni muerto ni desmayado. Cayó aturdido del golpe, y temeroso de que le repitieran, se

quedó inmóvil sin dar la menor señal de vida. Oyó perfectamente la resolución de los dos hijos de Marte, y protestó de ella en su interior, resuelto á no dejarse llevar. ¿Cómo iba á presentarse á esas horas en el cuartel un sacerdote? ¿Qué dirían los mismos soldados, ¿qué el pueblo al otro día? ¿qué sus hermanos? Propúsose no ir, pero cómo? Sus fuerzas no eran suficientes para batirse contra dos. Emplear el ruego, le pareció inútil. Los militares estaban heridos, el uno por su puño, el otro por su respuesta; así es que en tan apurado trance apeló á la industria. Comenzó con las manos, puesto que iba boca abajo, á agarrarse de cuanta piedra saliente iba encontrando en el camino. Los soldados, como es natural, tuvieron que hacer algo más de fuerza para desprenderlo. A las dos cuadras estaban casi cansados, tanto por la violenta carrera que dieron al principio, como por el esfuerzo que hacían al presente.

—Demonio de muerto, cómo pesa! dijo el uno

—Avancemos, que ya nos falta poco, y tiró del pie que llevaba con violencia.

Al llegar á la esquina de Santa Catalina, dió el fraile en una piedra más saliente que las demás y se abrazó de olla con toda la energía de que fue capaz. Tiraron los soldados, pero en vano: el fraile no se movió.

—El fraile ha echado raíces, dijo otra vez uno de ellos.

—O es que nosotros estamos muy cansados.—Vamos, otro esfuerzo. Volvieron á tirar y el muerto volvió á resistir.

—¿Qué hacemos?

—Dejarlo aquí hasta volver con dos compañeros más que nos ayuden.

—Dices bien.—Vamos al cuartel.

No habían andado calle adelante una docena de pasos, cuando al ruido que sintieron tras ellos, volviendo la cabeza, vieron al fraile que alzados los hábitos, no corría sino volaba por la calle de San Marcos.

—Oye, mira cómo corre el muerto y se vá por sí mismo al panteón.

—¿Cómo diablos se entiende? En antes tan pesado y ahora tan ligero?

—Lo que te he dicho siempre, querido compañero,

El muerto se hace pesado cuando tiene quien lo cargue. Y satisfecho de haber hallado su refrancito, cojiéndose del brazo de su compañero, se dirigieron en paz al cuartel, sin volver á pensar ni en el fraile ni en el fugitivo Ramírez.

CAPITULO XXIV

El fósforo

Si alguien se hubiera acercado á eso de las doce del día á la celda del padre Centellas, le habrá visto á éste allí, casi perdido en sus aparatos, componiendo y descomponiendo, por medio de reactivos, algo precioso que guardaba en una redoma.

—Padre, la campana que nos llama á refectorio ha sonado ya, dijo una voz desde la puerta.

—Voy en seguida, contestó el padre Centellas, no porque así pensaba hacerlo, sino por decir algo. Estaba en lo mejor de su trabajo, y por nada del mundo lo hubiera dejado trunco. Tomó un líquido aceitoso y trastornándolo casi por completo en la redoma, esperó que pasara la efervescencia que se produjo al verterlo. Los ojos fijos,

la respiración anhelante, quería devorar el fondo del vaso. Poco á poco las últimas burbujas que subían del fondo rápidas y cristalinas como pequeños diamantes, se desvanecieron también, permitiéndole ver unos trozos amarillentos, gruesos como una pluma, flexibles y casi fétidas. Esto es, esto es, dijo, en el colmo de la alegría. Está en mis manos el principio activo de los huesos. Es este y no puede ser más que este. Tomó en seguida los trocitos amarillentos que se habían formado y lavóles con abundancia de agua, colocándoles después en un vaso pequeño pero completamente seco, al que puso por tapa una hoja de papel.

Ahora sólo me falta averiguar si esto que he descubierto es ó no el gran reconstituyente que yo sospechaba. Afortunadamente los padres San Miguel, Carranza y el hermano Darío que desde hace tanto tiempo padecen de debilidad nerviosa y cerebral, me servirán de ancho campo de observación. Empezaré hoy mismo, y con la punta de una navaja cortó tres pedacitos que cuando más tenían un grano y medio

cada uno. Puso todo en un frasco chico de aceite aromático de oliva, y alegre y triunfal se dirigió al refectorio.

Allí encontró á los dos jesuítas y al hermano que padecían de debilidad general, y sin andarse por las ramas, le hizo é cada uno beber la parte de aceite que le correspondía en la que había disuelto la esencia de hueso como él la llamaba ya á su nueva medicina.

—Ya veréis, ya veréis, el efecto que produce en vuestras reverencias, dijo con tono satisfecho. Abrigo la esperanza de que después de ocho días van á ser ustedes los hombres más robustos de la tierra.

—Eso es mucho decir, contestó sonriendo, el padre San Miguel. No creo haya en el mundo una sustancia que obre tan rápidamente sobre el organismo.

—Tendrá algo de exagerado, replicó el padre Centellas, pero eso no quita que tenga fundadas grandes esperanzas en esta nueva sustancia, cuyo verdadero valor real en terapéutica, sólo la experiencia y el tiempo pueden mostrarlo sin engaño.

—¿Pero tan mal hallados están los médicos con las sustancias reconstituyentes, cuyos nombres ocupan la mitad de los formularios médicos, para querer descubrir otras y otras? preguntó el padre Carranza que sin duda había leído algo de medicina.

—Es verdad, contestó el padre Centellas. Tenemos en terapéutica muchas sustancias llamadas reconstituyentes; pero su mismo número indica lo poco que ellas valen, al menos en ciertos casos. Para mí, la mejor es el arsénico que desgraciadamente no se puede emplear indistintamente en todas las enfermedades; después viene el hierro, sustancia que, probablemente, la emplearon los médicos antiguos guiándose por la terapéutica llamada de las *similitudes* que pretendía que el hierro que representaba la fuerza y que había sido colocado bajo la invocación de Marte, fuese aplicable á todas las enfermedades en que el estado de las fuerzas estuviese profundamente modificado. En la mitad del siglo XII Ferrein, caracterizaba así las propiedades terapéuticas de las preparaciones ferruginosas:

Sunt temperantes, diluentes; solount et aperiunt vi stomatica donantur; vi astrimente; diuretica sunt, pero estas múltiples propiedades no tienen base ninguna seria en que apoyarse.

—Sin embargo, no me negará vuestra reverencia dijo el padre Carranza, que nuestra sangre contiene hierro, en notable proporción según lo dicen autores de mucha nota.

—Es cierto, nuestra sangre contiene hierro aunque no tanto como usted dice. En un hombre de ciento treinta libras de peso, apenas hay en su sangre dos gramos de hierro, y la anemia más profunda, aquella de que no hay esperanza de salvar al individuo, no rebaja esta cifra sino de un modo muy débil, cincuenta centigramos por ejemplo.

—Piérdase lo que se perdiera, dijo el padre San Miguel que le gustaba siempre salirse por la calle del medio.

Si la sangre necesita hierro para vivir, hay que dárselo, y nada más.

—Acaba usted de tocar uno de los puntos más difíciles de la terapéutica, padre

San Miguel. La absorción de ese metal. ¿Penetra en efecto, en la sangre el hierro ingerido por el estómago? Yo no sé, pero me inclino á creer que no.

Pues si á un hombre se le hace tomar, por ejemplo dos gramos de hierro, esos mismos dos gramos los encontramos en los residuos de la alimentación, lo que demuestra que esa sustancia no ha sufrido modificación ninguna en la economía. Cierto es que muchos han demostrado que ese hierro no procede solamente del que se ha administrado al enfermo, sino de los alimentos y sobre todo de la bilis que también lo contiene en grande cantidad, pero esas son hipótesis que de ningún modo están probadas, y por eso siempre que administro el hierro, lo hago con extrema desconfianza. Ninguna mujer anémica se ha curado con el hierro, y el número es infinito de las que han debido su curación al tratamiento arsenical, á los buenos alimentos y al aire puro de los campos. Este metal no es pues lo que en un principio se creía; el mejor reconstituyente de la sangre, y por mí

creo que todas las sustancias que levanten de un modo ó de otro las fuerzas hermatopéiticas del enfermo, sea de un modo ó de otro, tales como el vino, las carnes, los amargos etc., producirán mejores resultados que el hierro en cuestión.

—Y la sustancia que usted nos ha administrado, cómo obra, padre Centellas?

—No lo sé aún, sino por meras conjeturas, pero ya veremos si se confirma mi opinión, según los síntomas que ustedes nos vayan presentando.

—Mala cosa—dijo el padre Carranza, doblando su servilleta y levantándose. El padre Centellas nos ha escogido á nosotros para hacer sus experiencias.

—Si nos mata, él responderá, contestó alegremente el padre San Miguel, saliendo del refectorio con los demás jesuitas.

El Hermano Darío, otro de los que había tomado la *esencia de huesos*, como portero, se fué tranquilamente á la portería. Era día sábado, y necesitaba estar allí para repartir las limosnas que los jesuitas acostumbraban dar á los menesterosos, limos-

nas no despreciables, pues que ascendían á voces al año á la suma de dos mil pesos.

—Parece que con el remedio que me ha dado el padre Centellas, siento algo más de calorcito y de alegría en las venas, dijo el padre Carranza á su compañero.

—Yo estoy lo mismo, contestó el padre San Miguel.

La sangre empieza á quemarme y el cerebro á vagar por unos países encantados llenos de dríadas hermosas, de ondinas y odaliscas.

—Silencio, silencio, repuso el padre Carranza, eso no es de pensar; y haciéndose una cruz de á vara se retiró á su celda.

El hermano Darío también sintió en su portería el calorcito en las venas, calorcito que fué aumentando poco á poco hasta tornarse en fuego insoportable. Con los ojos encendidos, la boca abierta, el hábito de cualquier modo, comenzó á pasarse con visibles muestras de agitación.

—¡Que linda! decía por lo bajo en medio de una sonrisa.

¿A quién se dirigía ese linda? ¿con quién estaba hablando? si se hallaba com-

pletamente solo? probablemente con su propia imaginación debido al calorcito de las venas.

Algunos golpes débiles dados en la puerta, le anunciaron no que alguien llamaba, sino que ya estaban allí los pobres á quienes los jesuitas socorrían. Cogió el hermano un largo cartucho de medios y reales, á juzgar por lo que se veía, y abrió la puerta. Allí, en efecto, estaban los pobres; unos de pie, otros, quizá los más, faltos de fuerzas, sentados junto á las paredes.

El primer pobre con quien se topó el hermano al salir fué con una mujer, doblada por las enfermedades, pálida de hambre y envejecida por el dolor.

—Pobre señora, dijo el hermano Darío, usted es la que merece más compasión que todos estos ladrones; y diciendo y haciendo deshizo hasta medio cartucho en las manos de la infeliz que temblando de gozo miraba al hermano, el cual también por su parte con unos ojos hecho ascuas, devoraba la faz de la vieja con una especie de deleite celestial.

—Consuélese, amor mío, dijo el hermano, y todos los días venga por otro tanto igual, Dios está con usted. Y abriendo los brazos, después de un momento de terrible lucha, oprimió entre ellos á la mendiga dándole repetidísimos besos.

El padre Mariscal que había salido no hacía mucho por hablar con el señor Carre-ra, entró á la sazón en la portería, y viendo las demasías del hermano, gritó desde la puerta:—¡Hermano! qué haceis? El pobre lego se quedó pálido como un difunto, no obstante, creyendo que el Superior no había visto nada, apeló á toda su serenidad, y saboreándose aún con la granizada de besos que había dado, cuando volvió el padre Mariscal á preguntarle iracundo ¿qué haceis? contestó sin pararse:—Estamos dando á esta pobre mendiga una limosna, según nos lo dejó mandado nuestro padre San Ignacio.

—¿Qué? ¿qué cosa? dijo el padre Mariscal apretando los puños con ira.—Adentro, adentro, dijo con energía empujando al hermano, y volviéndose á la mujer añadió:

Perdone usted, señora; este pobre infeliz acaba de perder la cabeza. Está loco, dió un portazo tremendo, dejando á los pobres sin esperanza de recibir la limosna que mandaban los estatutos de la Compañía.

Encerradlo en un cuarto al hermano Darío, dijo á dos legos que se presentaron allí como lloyidos; mientras el hermano Darío, dejándose llevar mansamente murmuraba: Este padre Centellas Este padre Centellas tiene la culpa de todo con su esencia de huesos.

Al subir las anchas gradas de piedra que conducen al piso superior, se halló el padre Mariscal con el padre Carranza y el padre San Miguel. También en ellos el calorcito se había vuelto incendio. Con la cara cianótica, los ojos brotados, ebrios, delirantes, bajaban las gradas de tres en tres deseando cuanto antes hallarse en la calle.

—¿A dónde vais? gritó el padre Mariscal interponiéndose y abriendo los brazos.

—A una confesión, contestaron ambos á la vez.

Se muere una señora.

—Atrás, dijo el Superior.

—Se muere, se muere la señora; replicaron sin turbarse ó intentaron atropellar al que así les impedía el paso.

—No será, ¡Favor! á mí todos! dijo el padre Mariscal.

—Seis ó siete jesuítas se presentaron apresuradamente al oír las voces del padre Superior.

—Encerradlos en sus celdas, dijo éste con imperio y no les permitáis la salida hasta mañana.

—Pero la mujer, la enferma? replicó el padre Carranza, procurando desasirse de los que le llevaban.

—Que se muera, contestó el Superior y siguió andando tras ellos hasta verlos encerrados.

Dadme acá esas llaves, dijo y se las guardó en el bolsillo. Ahora, aunque se las lleve el diablo, pero adentro, afuera no, porque nos deshonran.

En seguida, sin hacer caso de los furiosos golpes que daban los prisioneros, se dirigió á la celda del padre Centellas, y pre-

cipitándose en ella como una bomba, preguntó:—¿Qué es lo que pasa? ¿qué es lo que habéis dado á los padres San Miguel y Carranza y al hermano Darío que les ha enloquecido así?

—¿Que tienen? preguntó el sabio médico dando un brinco.

—Nada. Que están como locos haciendo cosas impropias de un sacerdote.

—Cómo!

—Sí; hasta al hermano Darío, esa pobre alma de cántaro, que no tiene fuerzas ni para hablar, le he visto haciendo cosas

—Santo Dios!

—Le he visto en la portería abrazando y besando á una vieja mendiga.

—Pero no les he dado más que la *esencia de huesos* descubierta por mí. Y tomando la copa en que había depositado la tal esencia, se la presentó al Superior.

—¿Es ésto? preguntó viendo con curiosidad los trocitos amarillos como el oro que había en el fondo.

—Nada más ¿Quiere vuestra reverencia probarla?

—¡Guarda Pablo! dijo asustado el padre Mariscal devolviendo la copa. Harto tengo que luchar conmigo mismo sin ocurrir á esta esencia. Guardadla, guardadla, pero no penséis emplearla en ninguno de los nuestros, solo bajo esa condición os permito conservarla.

—Así haré, contestó humildemente el médico, un tanto avergonzado de lo que le sucedía.

—Ahora acuda usted con algún remedio á calmar el fuego infernal de nuestros hermanos.

—Voy, yoy, reverendo padre, en el momento.

—Tome usted las llaves; están encerrados, pero cuidado con dejarlos salir.

Salió el padre Superior y también el padre Centellas. El primero con dirección á su celda, el segundo á ver á los enfermos.

Buenos y enérgicos fueron sin duda los remedios que les administró el padre Centellas, pues á las siete de la noche se presentaron en el refectorio los dos sacerdotes y el lego, todos ellos cariacontecidos, pero ya

sin el *calorcito* en las venas como ellos decían, agachando la cabeza por no ver la risa burlona con que de todas partes les saludaban sus compañeros.

El padre Mariscal, después de la cena, viéndolos ya completamente restablecidos, les enderezó un gran sermón sobre la castidad, que ellos escucharon humildemente, aunque no lo merecían. La culpa era de la *esencia de huesos* que tan malos efectos produjo en su sangre y su cabeza.

El padre Centellas también oyó el sermón, aunque de lejos, concluido el cual se quedó en los corredores paseándose meditabundo por largas horas, pensando en su *esencia* y en el empleo que de ella podría hacer en adelante.

—Sí; este es, dijo concluyendo los paseos delante de su celda. Este remedio si no es un reconstituyente, es un tónico cerebral. Ya lo veremos, ya lo veremos. Abrió su celda al concluir estas palabras, y se metió en la cama donde al poco rato dormía como un bienaventurado.

A eso de las tres de la mañana, sea porque á esa hora acostumbraba despertarse,

sea porque sus pensamientos no le dejaran dormir tranquilo, lo cierto es que abrió los ojos, y al ver el resplandor vivo que de uno de los rincones de la celda salía, se sentó en la cama lleno de terror, gritando:—¡Incendio, incendio! Iba á lanzarse fuera, pero notando que no eran llamas lo que veía sino un algo pálido y brillante como los ojos de un gato cuando de noche se fija éste en una vela encendida, tuvo miedo, y se tapó la cara con las sábanas murmurando:—*Fúgite Satanás*, Padre nuestro, Padre nuestro. Esperó un rato, dando lugar á que se fuera el diablo, y poco á poco volvió á mirar. El demonio estaba allí, brillante, pálido y fétido como cosa de la otra vida. No se va, dijo sudando y haciendo veinte mil cruces en el aire. Si fuera diablo ya me habría cargado sin darme tiempo ni á rezar, pensó, después de otro rato, y tomando algo más de ánimo con esta idea, comenzó á mirar detenidamente. ¡Demonio! dijo; es mi esencia de huesos la que está alumbrando; y lanzando lejos de sí las sábanas, se precipitó al lugar donde había puesto el vaso.

Metió los dedos y sacó uno de los trozos de la susodicha esencia que comenzó á brillar entre sus dedos despidiendo vapores fétidos y nauseabundos. ¿Qué será? qué no será? decía en medio de las mayores dudas; y fro-tando contra la pared el pedazo que tenía en las manos, se vió obligado á soltarlo, al ver que se le había inflamado deveras.

El padre Centellas pronunció un ¡ah! de asombro y se quedó mirando con los ojos desmesuradamente abiertos, la raya larga y brillante que había dejado su esencia en la pared.

Esto es, esto es, gritó de pronto alborozado. Ahora sí que son míos todos nuestros enemigos. Y envuelto en su manteo corrió á llamar á la puerta del padre Mariscal.

—Padre Mariscal, padre Mariscal, decía llamando apresurado. Levántese vuestra reverencia que tenemos que hablar en el instante.

—Allá voy, contestó una voz de adentro.

—Pero á prisa, á prisa, reverendo padre.

—¿Qué tenemos? dijo el padre Mariscal saliendo á medio vestir.

—Venga vuestra reverencia á ver por sus ojos un milagro. Y tomándole de la mano, á pesar de la oscuridad le llevó á su celda lo más rápidamente que le fué posible.

—Mire, dijo entrando en su celda y mostrando con la derecha la raya luminosa que brillaba en la pared.

—Se quema el edificio? preguntó asustado.

—No se quema; esto no es fuego, contestó poniendo la mano sobre la raya.

—¿A ver? qué cosa? dijo con curiosidad acercándose.

El padre Centellas levantó la mano, que por haber estado en contacto con el cuerpo luminoso, brilló también un momento en lo oscuridad.

—Esto es extraño

—¿No le parece que con esto haremos mucho dinero?

—Eso no; porque brille más ó menos un trozo de pared, no creo que tendremos mucho provecho. Ya lo verá vuestra reverencia mañana, dijo sonriéndose el sabio mé-

dico. Mañana cuando le comuniqué todo mi plan.

El padre Mariscal después de examinar unos momentos más la raya de fuego, perseguido por el mal olor que la celda encerraba se retiró murmurando:—Este olor es insoportable; hasta mañana, hasta mañana, y buen provecho le hagan sus luminarias.

No contestó nada el padre Centellas, sobóse las manos con satisfacción. Estaba contento, con la alegría del genio cuando llega á la meta, y no pensó en volverse á acostar. Púsose sus hábitos y se fué á la sacristía á dar gracias á Dios. Ese humilde jesuíta, antes de que los sabios de Europa hubieran dado en ello, acababa de descubrir el *fósforo* y con él uno de los más poderosos afrodisiacos que se conoce en medicina.

CAPITULO XXV

Consecuencias de un grito

Al día siguiente en que la Banda Negra por un exceso de audacia y arriesgando quizá su cabeza con los gritos de *viva la independencia*, se había librado de los jesuítas; el presidente Diguja y los señores Oidores, asustados y temerosos, con otros muchos caballeros españoles de nacimiento, conversaban dando cada cual la interpretación que mejor le parecía, sobre los gritos oídos en medio de la noche.

La circunstancia de no haber podido atrapar á uno solo de los sediciosos les tenía sumamente descorazonados. ¿Quiénes son? decía uno. ¿Dónde están? preguntaba otro, y de conjetura en conjetura sacaron en

limpio, por lo mismo que no había nadie, que los revoltosos eran todos los nativos del reino de Quito. Sabido es como se propalan y abultan en política los hechos, una vez sucedidos, sobre todo cuando no hay una persona que pueda aclararlos. Solo el Presidente, su secretario y alguna otra persona que con él estaba de visita, á más de los soldados de guardia, habían oído las espantables voces de *mucra el Rey, viva la república*, pero en cuanto supieron que eso había sucedido, uno dijo que hacía dos días oyó cierto rumor á la media noche, y que abriendo la ventana vió á un grupo de hombres armados de lanzas que juraban en voz baja quemar vivos á los cuatro Oidores. Otro español más audaz, como hijo de Andalucía, contó que esa misma noche de los gritos había visto desfilar por la Loma Grande un ejército de más de mil con jefes y cañones. Y no faltó alguno bastante villano que señalara en ese imaginario ejército personas conocidas, probablemente enemigas á quienes deseaba perder; y lo peor del caso era que en ese *maremagnum* de

mentiras, los unos creían las de los otros, resultando de esto un temor pánico y un odio implacable á los quiteños.

—¿Qué hacemos, señores? decía el Excmo. Diguja volviendo á todas partes los ojos con indecible angustia, creyéndose ya próximo á la hoguera.

—Todo se puede allanar, decía otro si nos unimos. De la ciudad de Quito casi la mitad es española. Debemos unirnos solo entre nosotros, á fin de que la traición no busque asilo en nuestras filas.

Y este consejo tan desacertado, lo llevaron á efecto ese mismo día.

Pasó el Presidente multitud de esquelas invitando al Palacio á todos los de origen español. El vecino llamaba al vecino, el amigo al amigo; y tan buena maña se dieron, que, á la caída del sol, estaban sigilosamente reunidos en el palacio más de trescientos españoles, es decir, todos los que en ese tiempo moraban en la ciudad de los Shiris. Los conventos, sobre todo el de los jesuítas, rebosaban en riquezas ajenas durante ese día y el siguiente. Nuestros

abuelos siempre que temían algún peligro, ó enterraban sus tesoros ó los confiaban á los religiosos. La historia cuenta que en esa asonada el convento de San Francisco recibió como depósito ciento treinta mil libras de plata, y el de los jesuítas trescientos cincuenta mil, fuera de trece millones en pedrería, oro y moneda sellada. De ese modo los bravos españoles arriesgaban su pellejo, solamente para ellos cosa baladí; tal era su indomable fiereza y su bravura, pero no sus caudales por los que habían venido de tan lejos y á costa de tantas fatigas.

Reunidos todos, procuró el Presidente armarlos del mejor modo posible. Espadas y puñales no faltaron para ninguno; pero mosquetes y carabinas solo alcanzó para la gente más principal que quería matar de lejos sin exponer visiblemente la cabeza. Uno de los oidores, el más expedito en materia de guerras, dispuso que algunos pelotones de veinte hombres se repartieran por todas partes, hasta por las calles más ocultas de la ciudad, con el objeto de ver qué

era lo que hacían en ellas. Indudablemente si Benito Gil y su amigos hubieran tenido noticia del gran susto que habían metido sus gritos, es seguro no hubieran cesado de reirse hasta el día del juicio, pero á cambio de ellos lo hicieron los jesuítas que estaban en el porqué de tanta alarma.

Salieron los españoles del palacio á eso de media noche, y dando vuelta á la ciudad, no hallaron nada por ninguna parte, razón por la que comenzaron á entrar otra vez en palacio algunas patrullas.

El pelotón destinado á cuidar el barrio de la Loma Grande tampoco halló nada sospechoso, pero queriendo distinguirse y mostrar á sus compañeros que habían tenido ojos de lince, entraron osadamente en una casa de mala muerte donde se oían cantos y guitarras. Los que adentro estaban eran hombres y mujeres del pueblo bajo; es decir, por hablar en quiteño, aunque no me entiendan más allá de mi tierra, gente de poncho y de centros de bayeta. Por desgracia ó por quien sabe qué estaba también entre ellos una joven sevilla-

na de vida y hechos no muy limpios, aunque salerosa y retrechera. Todo fué verla los finchados españoles y aprisionarla.

—¿Así te degradas entre estos cholos? dijo uno. Y el que hacía de jefe mandó á un negro esclavo suyo que traía llamado Juan de Prada, que aprontara unas correas. Protestaron los del pueblo de la injuria que se les hacía en una joven que estaba con ellos, pero las protestas de los pobres y oscuros es como el ruido de las moscas á las orejas del señor; así que sin decir ja ni jo, alzaron las faldas de la sevillana, mostrándola desnuda ante toda la concurrencia, y la azotaron sino con crueldad, al menos lo bastante para que en el alma de los plebeyos brotara la indignación del honor ofendido, planta preciosa que nunca dejará de morar en el pecho de los quiteños ya sean pobres ó ricos, nobles ó plebeyos, porque en su tierra bendita donde se meció mi cuna, en esa tierra hermosa como los sueños de una virgen, todo es bello, todo grande, hasta su pobreza, lo que no la impide mostrarse más que ninguna otra tierra pródiga y calavera.

Salieron los españoles satisfechos de la justicia que á su entender habían ejecutado, sin fijarse que esa misma justicia, si así se puede llamar un acto tan villano y cobarde, era una bomba próxima á estallar á sus espaldas.

Los plebeyos que allí estaban vieron perfectamente que entre los que habían entrado, no hubo uno sólo de los nativos del reino.—Son sólo ellos los *chapetones*, dijeron, y esto mismo les aumentó con creces el coraje y el valor. Salieron á la calle, llamaron á sus vecinos, á sus amigos, y á menos de trescientos metros de camino, los nueve hombres y cinco mujeres que habían estado dando á la vihuela entre azafates de chicha y botellas de anisado, eran ya un motín formidable que avanzaba á pasos de gigante tras de los españoles al grito de mueran los *chapetones*, viva el rey, viva la patria. Los veinte españoles se juzgaron insuficientes para luchar contra tantos, y se dieron á correr con todas sus fuerzas dejando al negro para que les diese noticia de quiénes eran los jefes del motín. Nunca

tal hicieran; el desdichado negro por cumplir la orden de su señor, se mezcló entre los del tumulto, pero fue conocido por uno de los que le habían visto; y que gritó furioso:—Este estaba con los españoles, éste alzó las faldas de la sevillana. Muera, muera, gritaron todos como una jauría de perros rabiosos y echándole un lazo al cuello le ahorcaron en la plaza de Santo Domingo, dejando que su cuerpo se columpiase en la oscuridad con las últimas convulsiones de la agonía, mientras ellos corrían resueltos á matar esa misma noche á todos los españoles residentes en la ciudad.

Quando el pueblo ruje como el león, los tiranos se echan en el suelo, cobardes como hormigas.

Asaltaron varias casas de los principales de la ciudad; mas no hallando á nadie, se contentaron con romperlo todo y salir; en otras hallaron mujeres, pero los quiteños como bravos en el combate, y esto aunque sean de los más humildes, son caballerosos y corteses con las damas; así es que

sin dirigirles no un insulto pero ni siquiera una grosería, salieron con el sombrero en la mano de esos espléndidos salones que acaso por la primera vez pisaban con sus pies desnudos.

—Al palacio, al palacio, gritaron todos; y como una tromba que todo lo allana con su fuerza irresistible, tocaron á las primeras gradas del palacio presidencial.

Allí estaban, en efecto, los españoles orgullosos como todos los de su raza, serenos y valientes, aguardando desnudas las espadas, las embestidas de la plébe. Matarlos, matarlos, gritaban furiosos; matarlos . . . con qué? el pueblo no tiene más armas que el corazón y las manos. A ellos, matarlos, seguían gritando, y por hacer algo, ya que no podían batirse cuerpo á cuerpo, comenzaron á disparar multitud de piedras sobre los arrogantes peninsulares que se replegaron al fondo del pretil, con las cabezas y costillas no muy sanas.

—Mueran los españoles, vivan los quiteños, gritó una voz. ¡Vivan, contestó el pue-

blo entero con una voz semejante al retumbar de cien cañones.

¡Viva nuestro rey! dijeron otros; y todos gritaron: ¡viva! preguntándose por lo bajo ¿quién es el rey?—El caballero Carrera, dijeron muchos, ese es nuestro rey, porque es bueno, leal y quiteño.

Viva el rey Carrera, ¡viva el señor Carrera! gritaron todos; y doblando la calle Angosta se detuvieron frente á la portería de los jesuitas voceando de nuevo:—Viva nuestro rey! viva Carrera! Eran las dos de la mañana.

Los más osados subieron al salón del caballero Carrera, donde esperaba éste con las armas en la cinta, ageno por todo al motín alborotado que rugía en la calle.

—Señor! sois nuestro rey, guiadnos á la batalla, dijo uno de los del pueblo.

—Yo yo rey ¿estáis locos, señores?

—Los españoles nos han ofendido, y como quiteño estáis en el deber de ayudarnos.

—Nunca; nó. ¡Soy caballero, soy leal

—Por eso mismo, sed nuestro jefe.

—Viva el señor Carrera! viva nuestro rey! gritaba, mientras tanto, el pueblo á la puerta.

—¿Yo, vuestro jefe? Yo luchar contra nuestro legítimo soberano? Yo traidor? ¡Estáis soñando! dijo Carrera con fiereza. Hombres como yo, no manchan sus blasones con el lodo de la infamia.

—Señor, por última vez sed nuestro rey, dijeron algunos del pueblo casi suplicantes.

—¡Nunca! y lo que os aconsejo es que procuréis retiraros á vuestras casas.

—Nos han ofendido los españoles.

—¿Y quiénes sois vosotros para que os duela tánto una ofensa?

Esto ya era demasiado; los hombres del pueblo comenzaron ya á impacientarse al ver la terquedad del caballero. Seguramente, aunque pobres y oscuros, merecían más miramiento; pero exaltado éste no pensó en nada sino en su lealtad, y siguió con voz pujante:

—Nada esperéis de mí. Y desde el momento que os subleváis contra nuestro le-



gítimo Señor, soy vuestro enemigo; sí, vuestro enemigo; mañana me veréis al lado de los españoles luchando contra vosotros.

Uno de los del pueblo al oír las anteriores palabras cruzó el ancho salón, y abriendo la ventana gritó á los que estaban en la calle:—Carrera dice que es nuestro enemigo y que mañana le veremos batiéndose en nuestra contra al lado de los españoles; dice que es quiteño, pero que su corazón es español.

Muera Carrera, muera el traidor; abajo, abajo! aulló la muchedumbre. Las escaleras de la casa gimieron bajo el peso de la multitud. Una ola inmensa invadió el salón, gritando, ¡muera Carrera! y tomándolo á éste sin miramiento ninguno por los brazos, lo sacaron á la calle á su pesar. Viva el rey, viva España! gritó el señor Carrera resuelto á morir leal, pero no á vivir traidor.

La corona ó el martirio! gritó un artesano poniendo sus poderosas manos en los hombros de Carrera. Viva España, viva el rey! gritó de nuevo, levantando en alto su sombrero de castor con plumas negras.

La plebe aulló furiosa; desnudaron al caballero hasta la cintura, y haciéndole montar en un burro que por casualidad encontraron, comenzaron á azotarle con una cuerda de cabuya.

El pueblo estaba furioso, y las iras de la plebe se traducen siempre por actos de bárbara justicia.

La sangre manchó de rojo las carnes de Carrera, y salpicó el rostro de sus verdugos, pero ni éellos dejaron de azotarle, ni él de gritar: ¡viva España, viva el rey! Quiteño, y como quiteño valiente y caballero, desdoso ante el peligro, sereno ante el dolor, moría dando vivas al soberano. Con él recorrieron muchas calles de la ciudad, hasta que, teniéndole por muerto, le dejaron caído á las cinco de la mañana en la plaza de San Francisco, desnudo, ensangrentado, moribundo. De allí le recogieron dos jesuítas, y metiéndole en su convento le cuidaron con amor.

El pueblo, satisfecha su ira con el señor Carrera, volvió más que nunca rabioso al asalto del palacio. Durante este intervalo

los españoles habían sacado un grueso cañón y puéstole en las gradas. Dos artilleros, con la mecha encendida, inmóviles, mudos, permanecían á los costados, prontos á dar fuego á la terrible pieza.

El pueblo se contuvo á doce varas del cañón. La primera fila tuvo miedo, y gritó con ansia á los que no veían: Un cañón; nos han puesto un cañón.

—A tomarlo, dijeron unos. No, no, dijeron otros.

—Colchones, gritaron los de adelante, y colchones se fué repitiendo de boca en boca hasta la última fila. Penetraron en las casas vecinas algunos hombres, y una veintena de colchones pasando de mano en mano, como si vinieran por los aires fué á caer delante de los primeros. Tomaron éstos tan frágil muralla y recelosos de la terrible explosión permanecieron inmóviles; y así hubieran estado talvez largo rato, si los últimos por lo mismo que estaban defendidos por una muralla inmensa de carne humana, y no tenían nada que temer, no hubieran comenzado á empujar con brío á los de más ade-

lante; éstos cedieron y empujaron á los otros y éstos á otros y á otros, produciéndose un avance irresistible que empujó á su despecho á las de las primeras filas. Avanzaron éstos sobre el cañón tapándose con sus escudos; prodújose un estampido formidable, espantoso; en medio del tumulto se abrió un claro inmenso indicando por donde había pasado la metralla, pero los restantes avanzaron por entre el humo como una manada de leones hambrientos y tomaron la terrible pieza que en vano quisieron retirar los dos soldados; pues cayeron allí mismo cocidos á puñaladas y muertos bajo sus ruedas.

CAPITULO XXVI.

Agonías.

—Asonada hay, gritó Benito Gil á Cabrera y Pérez Sevilla, que se habían quedado á dormir en el cuarto de éste.

—En efecto, se oyen gritos y la gente parece que corre por la calle tumultuosa, dijo Pérez Sevilla alzando los brazos y bostezando con grandísima pereza.

—¿Qué será? Vístete y vamos á ver.

Benito Gil y los otros se vistieron apresuradamente.

—No salgas, dijo Rosita al oír un cañonazo cuyos ecos pasaron retumbando por el aire.

—Se están batiendo, dijo Pérez Sevilla; y llamó á la puerta de Mora.

—¿Qué hay? dijo éste de adentro.

—Revolución! Se están matando; levántate pronto.

Mora abrió su puerta, y un momento después se hallaban todos cuatro en el cuarto de Gil.

—¿Nos vamos? dijo éste.

—Vamos, contestó Mora, la cosa parece que es seria según el tumulto y la gente que corre.

—No salgas, Gil, dijo Rosita llorosa.

—Si no es más que á ver, y eso de lejos, contestó éste sonriendo para tranquilizarla. Vamos sólo á la esquina.

La niña aunque con miedo consintió, diciendo:—Te espero en seguida, no te alejes.

—Salimos? preguntó Pérez Sevilla.

—Espera, contestó Mora, ya que vamos á la calle me llevaré la carta poética que saqué en limpio anoche para mi Sofia.

—Va usted á leer sus versos á los revolucionarios? preguntó el jesuíta riendo.

—No, pero deseo mandarla hoy mismo á su destino, y en la calle encontraré seguramente algún muchacho que la lleve. Di-

ciendo esto regresó á su cuarto y metiéndose en el bolsillo la carta que decía, volvió á reunirse con sus amigos.

—¿Qué es lo que ocurre? preguntaron en la esquina á unos hombres que venían al parecer del lugar del combate.

—Los españoles nos han insultado anoche, y no vamos á dejar uno solo.

—¿Dónde es el combate?

—En la plaza grande.

—¿Y ustedes á dónde van?

—A buscar armas, contestó el mismo y siguieron corriendo sin detenerse.

—¿Vamos allá? dijo el jesuíta dudoso.

—Seguramente; los gritos y las asonadas son nuestro elemento, contestó Mora: avancemos. Y á los pálidos reflejos de la aurora, siguieron caminando lo más rápido que podían.

Una cuadra antes del palacio, se toparon con un grupo de estudiantes, casi todos conocidos de Gil. Saludólos éste con cariño y cortesía preguntándoles en seguida:—
¿Dónde van?

—Al palacio. Desde ayer hizo notificar el Presidente á todos los estudiantes del colegio de San Fernando, que acudiéramos á defenderlo caso de un tumulto, y aquí estamos fieles á la consigna. Quieren también ustedes venir con nosotros?

Vamos, dijo Gil encogiéndose de hombros. El padre Cabrera aunque guayaquileño y por consiguiente también de valor temerario, se hubiera retirado muy gustoso, no por otra cosa sino por ser sacerdote, aunque todavía no cantaba misa, pero por no parecer cobarde ante sus amigos que lo tenían por valiente, ni ante los estudiantes tampoco, tuvo que seguirles mal su grado.

—Oreo que por la plaza será imposible entrar, dijo uno de los estudiantes.

—No importa, entraremos por la puerta de la Caballada que está á la espalda, repuso Pérez Sevilla.

Todos siguieron el consejo de éste y diez minutos después ya estaban en el atrio del palacio, risueños, indiferentes, armados de espadas y puñales.

Allí uno de los españoles les enteró de la causa primera del motín, esto es de los gritos de *muera el rey y viva la república*, dados hacía dos noches en la esquina del palacio. Los tres amigos y Cabrera se miraron las caras con asombro, y se fueron murmurando con cierto remordimiento: nosotros somos la causa de que se maten así.

—Retirarse adentro! gritó una voz en medio del atrio, van á disparar el cañón; y una multitud de españoles se lanzaron al interior del palacio.

La defensa ya no era posible; el pueblo quiteño subía inexorable, furibundo, con el cañón repleto de metralla hasta la boca. Habían sufrido las consecuencias de un disparo á cinco varas de distancia. Siete hombres cayeron despedazados; pero dueños del cañón á su vez cargándolo sin tino, sin precaución ninguna, como gente ignorante, iban á dispararlo cara á cara sobre los españoles que, tan pronto como vieron al pueblo dominando el atrio, cerraron las puertas del palacio refugiándose en los corredores.

—Abrid esa puerta! gritó un hombre de la plebe.

—Están adentro escondidos. Derribemos la puerta.

—¡El cañón, el cañón! gritaron todos; y poniendo su negra boca frente á la puerta, hicieron fuego. Un estampido inmenso, hizo temblar el suelo que pisaban. La puerta voló en pedazos, y el cañón incapaz de resistir una triple carga de pólvora, se rajó de medio á medio.

—Adentro! volvieron á decir los asaltantes viendo franca la entrada, pero los españoles á quienes sólo el miedo de la metralla pudo hacerlos retirar, se precipitaron espada en mano resueltos á morir mas no á ceder. El combate de cuerpo se trabó en todas partes, y en todas ellas los defensores obtuvieron visibles ventajas; la plebe fué cediendo poco á poco, hasta las últimas gradas del palacio. Los españoles al verse escasos en número, no quisieron aventurarse en la calle y se quedaron encima.

—Avancemos otra vez, dijo una voz furiosa entre el tumulto.

—Adelanten los que tienen espadas, repitió otro de los delanteros: nos matan á mansalva sin recibir daño alguno; sus espadas son más largas que nuestros puñales.

—Arriba los que tienen espadas, gritaron de nuevo abriendo paso á un grupo de astesanos que con largos estoques y puñales, venían resueltos á morir matando.

—Alto, dijo con voz descomunal el que hacía de jefe de esa quincena de hombres. Benito Gil que estaba entre los primeros defensores conoció al que había dicho alto. Era el maestro Maldonado, aquel á quien él robó en San Francisco, gracias al hábito que le puso el padre Tufiño, todo el dinero valor de la fiesta de San José. El maestro Maldonado estaba allí rodeado de sus tres hijos y algunos otros amigos carpinteros como él.

Arremangados el poncho hasta los hombros, blandiendo sus viejas espadas, subieron dando aullidos de rabia, entrando otra vez en combate en las gradas mismas. Benito Gil, sus amigos y el mismo padre Cabrera, con la mayor parte de los estudian-

tes, defendían ese lado; pues la parte que cae á la Concepción estaba encargada exclusivamente á los soldados del rey.

Pérez Sevilla á la derecha de Gil, el padre Cabrera á la izquierda, Mora al lado de Pérez Sevilla, se batían como leones dando y recibiendo espantosas cuchilladas. El maestro Maldonado, hombre de fuerzas desproporcionadas como su estatura, estando frente á Pérez Sevilla trató de rendir á éste á quien nadie podía ayudar, puesto que cada uno tenía bastante qué hacer con mirar por sí. Pérez resistió unos momentos, pero mientras se batía, una mano traidora hundió la espada hasta el pomo en el vientre del desdichado joven, que lanzó un grito espantoso arrojándose en el hombro de Gil. ¡Traidores! dijo Mora en el colmo de la ira y creyendo que era Maldonado el matador de su amigo, sin respetar nada, le atravesó la garganta con su estoque. El combate se hizo terrible. Ya no se pensaba en defenderse sino en matar. Los hijos del maestro Maldonado vieron perfectamente que ora Mora el que había muerto á

su padre y llevados de la venganza, querían acabar con él á todo trance. Llorosos, desesperados, batiéndose sin orden, sin gracia, á la cabeza de los suyos, hicieron otra vez que los estudiantes se replegaran al patio del palacio. El pueblo hizo alto en la puerta. Mora ayudando á Gil que se retiraba defendiéndose con la derecha y oprimiendo contra su cuerpo á su amigo moribundo, trató de retirarse á algún lugar apartado donde pudiera prestar algún socorro á su amigo. Los hijos del carpintero trataron de seguirle, pero impedidos por las espadas de los estudiantes que contuvieron el movimiento general, se contentaron con gritarle rabiosos:—Espérate. Ya te conocemos, tú eres Mora.

El interior del palacio estaba casi desierto, los españoles habían fugado todos dejando sólo para su defensa á los soldados y estudiantes. Benito Gil abrumado de angustia y de pesar, se sentó junto á la pequeña pila que hay dentro del edificio, haciendo que Pérez Sevilla se reclinara sobre su pecho.

—Yo soy, no me conoces? tu amigo Benito, le dijo casi sollozando, sin fijarse en el estruendo de las armas que rugía á pocos pasos de él.

Pérez Sevilla abrió los ojos; miró á Gil de un modo vago, triste, diciéndole con esa voz del moribundo, débil y cortada:—Devuelve lo que no nos pertenece.

—Descuida, yo haré todo.

El padre Cabrera que no perdía de vista á Gil, se acercó también y arrodillándose ante el moribundo, como sacerdote que era, comenzó una exhortación tierna, patética, en medio de lágrimas y suspiros, que acaso Pérez Sevilla oía de lejos con un pié en el mundo y el otro en la eternidad; pues solo sus labios se movían levemente como siguiendo una oración.

—Anda busca quien pueda conducirlo á nuestra casa, dijo á Mora Benito Gil. Y Mora partió como una flecha por la puerta de la caballada, única libre en tales circunstancias.

El pueblo siguió atacando furioso y los estudiantes defendiéndose, hasta que vieron

que los españoles los habían abandonado cobardemente: entonces uno de ellos, alzándose cuanto pudo sobre el dintel de la puerta, gritó al populacho:

—¡Pueblo soberano! somos estudiantes, somos quiteños, y no podemos batirnos entre hermanos. Nos rendimos; los españoles nos han abandonado. ¡Vivan los quiteños, mueran los chapetones! dijeron todos cesando en el combate. Las espadas se bajaron al suelo y en tumulto formidable penetraron todos en el palacio.

Un grupo de hombres vió á Gil y Cabrera que sostenían al moribundo Pérez Sevilla, y respetuosos ante el dolor, permanecieron mudos.

—¿Sois españoles? preguntó uno.

—No; somos quiteños, contestó Gil, volviendo á doblar la cabeza sobre la pálida frente de su amigo. Estaba llorando. Los hombres se retiraron en silencio y unidos al tumulto general, se derramaron por las calles buscando españoles en quienes satisfacer su venganza.

Mora llegó hasta la plazuela de la Carnicería sin encontrar una sola persona que quisiera cargar con su amigo moribundo. Todos corrían, todos alborotaban á cual más, pero ni se entendían ni hacían nada tampoco. Cruzó por junto á la pila de agua, evitando el encontrarse con dos mozos del pueblo que llevaban su mismo camino. Quizás en San Blas encuentre algunos indios de los que venden maíz, pensó, y pagándoles me ayudarán. Sigamos adelante.

—Él es; te digo que es él, dijo uno de los mozos á su compañero. Es Mora.

Oyó decir 'Mora' á sus espaldas y éste volvió la cabeza, hallándose frente á frente con los hijos del maestro Maldonado que seguros de que era él mismo, le gritaron ¡asesino! ya estás en nuestras manos.

Mora se quedó yerto; no obstante, al ver á esos mozos arrojarse coléricos sobre él, dió una violenta gazuatada á uno de ellos y escapándose como pudo, dió á correr por media plazuela.

—Este mató á mi padre, éste estaba con los españoles. Favor, favor! gritaron los dos artesanos siguiéndole atrás.

—Es español, cogerlo, dijeron los que pasaban uniéndose á los dos perseguidores que seguían de cerca á Mora con el puñal en la mano. Torció éste la calle de la Carnicería y saliendo al puente de Rojas siguió de recto hacia la Tola corriendo como un loco. Una cuadra adelante volvió la cabeza y al ver que el número de los que le seguían pasaba de diez, se juzgó perdido y siguió corriendo, no ya con el paso menudo del buen corredor, sino á saltos desesperados, que contribuyeron no poco á hacerle perder el terreno ganado. Cuando llegó á la falda de Ichimbía sudoroso, casi ahogándose, sus enemigos le pisaban ya los talones. Pensó guarecerse en una casita que se alzaba á pocos pasos, pero en el instante mismo de saltar una pequeña zanga, uno de los hijos de Maldonado tomándolo violentamente por el cuello le hizo volver la cara. ¡Asesino, muere! le gritó, como mataste á mi padre, y le hundió en el pe-

cho su puñal hasta el pomo. La turba se paró; estaba vengada, pero vengada de un modo infame. Mora había muerto á Maldonado cuerpo á cuerpo; sus hijos mataban á Mora como matan siempre los asesinos.

Cayó el joven á la zanja, pero volvió á alzarse en seguida, mientras sus matadores se retiraban avergonzados, temerosos de las consecuencias. Pálido, desencajado, apretándose la herida con las manos, á través de las cuales brotaba un inmenso surtidor de sangre; con el paso vacilante, casi moribundo, subió al corredor de la casita, donde una joven tan pálida como él, muda de terror, sin lágrimas, sin aliento mismo, le recibió en sus brazos.

—¡Luis, Luis! le dijo con voz ronca, con esa voz hija de la desesperación más honda.

—¡Sofía! dijo Mora con los labios temblorosos, me han asesinado; pero me siento dichoso porque muero á tus pies, y se desplomó exánime sobre el pecho de Sofía. De esa pobre niña á quien él había robado el honor, pero que le amaba aún con toda la fe de su corazón ardiente.

Abrió los brazos para oprimir á su amada, y la sangre que hasta entonces había luchado por salir, sin encontrar ya obstáculo alguno, se lanzó á borbotones por la ancha boca de la herida, mojando el seno de la niña que sintió, sin darse cuenta, correr hasta sus pies un chorro tibio que le crispó los nervios haciéndole ver todo negro, todo espantoso.

Casi pronto á dejar la vida, Mora adquirió más peso, sus piernas se negaron á sostenerle, y cargándose todo sobre Sofía la obligó á ésta á doblarse, á caer sentada oprimiendo delirante contra su seno enrojecido la cabeza de su amado.

—Luis, no te mueras, dijo candorosa, estás en mis brazos y te quiero todavía.

Mora abrió los ojos tristes, vidriosos, dejó vagar su mirada con triste lentitud por todas partes; fijólos en su amada, y con voz temblorosa murmuró: Yo te amaba y hoy mismo pensé pedir tu mano.

—Soy tuya, pero no te mueras, no me dejes así, dijo la niña desesperada; gruesas lágrimas desprendiéndose de sus pupilas

caían sobre la pálida faz del joven como una lluvia de diamantes fundidos.

Creía la infeliz en su locura que sólo de él pendía la vida que por momentos se le escapaba, y pensaba á fuerza de amor decidirle á vivir un poco más.

—Te amo, soy tuya; Luis de mi corazón, volvió á decir frenética, y pegando sus labios á los oídos de Mora, le dijo en secreto, soy tuya, estoy en cinta. Mora abrió los ojos que adquirieron de súbito un brillo fatal. Su faz se animó un momento, sus miembros temblaron, y á ese temblor salió por la herida la última bocanada de sangre acompañada de un vaho tibio que subió lentamente del corazón. Miró á su amada de un modo horrible, como pudo haber mirado el ángel caído cuando por primera vez vió la hermosura del cielo desde lo profundo del abismo. Sus labios temblaron, é incapaz ya de hablar, se llevó una mano al cuello; tiró con fuerza de un pequeño cordón, y se llevó una medalla á los labios.

Era la medalla que el hermano José le dió como á los demás y que él se la había colgado desde ese mismo día.

su lado, esa alma generosa lo olvidó todo, y poniendo una larga mesa en la mitad de la sala cargó él mismo con el cuerpo del infortunado joven y lo puso encima. Al echarlo, una carta ensangrentada cayó al suelo. Era la carta que Mora había escrito la víspera, pidiendo la mano de Sofía. Púsola junto á un pequeño velador, y sin preocuparse por otra cosa que por tributar los últimos honores que manda la religión, buscó donde pudo cuatro cirios y colocándolos á las cabeceras del difunto, veló su cadáver hasta la noche, en compañía de su hija.

—Sofía, retirémonos, ya es tarde, dijo el anciano, y necesitas dormir.

—No puedo, él está aquí, dejadme verle hasta la aurora, y se abrazó llorando á las rodillas de su padre.

Todo en vano! Don Enrique no podía consentir nunca que su hija á quien amaba con todo el corazón, pasara toda una noche con riesgo de su vida por el dolor y la desesperación, al lado de un cadáver. Así es que empleando la súplica y hasta las ame-

nazas, logró arrancar á Sofía de ese sitio fúnebre y fatal.

—Vamos, dijo la niña como iluminada de improviso por una idea salvadora; vamos, tiene usted razón, la vista de Luis me hace daño.

Retiróse con su padre, más no para dormir; pues al cabo de una hora larga, volvió á entrar pálida, llorosa; los pies descalzos, la cabellera suelta sobre sus blancos hombros.

Miró á todas partes con timidez y sintió no sé qué de frío, de miedoso, al ver á su amado boca arriba, bañado de sangre, rígido y la faz amarillenta, alumbrada por los cirios á medio gastar. Tuvo miedo y se apoyó en el velador sin querer pasar de allí, pero allí mismo estaba la carta de Mora que el viejo la había dejado olvidada sin abrirla siquiera. Las manos de Sofía la tocaron sin pensar; bajó la vista y al ver el sobre teñido en sangre, no dudó un momento de que esa carta había caído de uno de los bolsillos de su amante. Acercóse á los cirios, y al ver que el sobre decía á don

Enrique de Garzón, lo abrió con mano segura. De pié, junto á la cabeza de Luis, comenzó á leer la carta de éste dirigida á don Enrique; carta llena de amor, de nobleza y sentimiento, que le arrancó no pocas lágrimas. Concluida la lectura besó el papel con amoroso candor, y poniéndolo en su seno abrió otro que junto á la carta venía.

A mi amada, decía en letras grandes al principio. Limpióse los ojos Sofía, y llevándose una mano al corazón como para contener sus latidos, comenzó á leer con los ojos, con el alma misma, mientras sus labios permanecían contraídos y apretados:

A MI AMADA.

Mi niña bella, jacarandosa,

 Mi ruborosa,

De labios rojos como el carmín;

¡Por qué te escondes cuando te llamo,

Por qué si sabes como te amo

Me dejas solo, mi serafín?

Por qué has velado maga hechicera

 Mi retrechera

Tu linda frente con negro tul?
Si en tu semblante como á porfía
Dejó sus galas la luz del día
Y sus misterios la noche azul.

Por qué me deja si el pensamiento
Calenturiento
Tan sólo en ella pensando está?
Si ve el abismo de mi cariño
Que aquí en mi pecho guardo cual niño
Mi virgencita por qué se va?

Sofía sintió un dolor agudo en el corazón. Tristes lágrimas rodaron otra vez por sus pálidas mejillas, y como si quisiera probarle á su amante que yacía inmóvil á su lado, la fe que le guardaba, poniendo una mano sobre ese pecho herido y chorreando sangre todavía, besó con ternura sus labios sin color, su helada sién.

Alzóse en seguida y volviendo á tomar el papel entre las manos, después de oprimirle muchas veces contra el pecho, inmóvil, hermosa á pesar de su amarilla palidez, apartando un mundo de rizos que caían orgullosos sobre su blanca frente, siguió leyendo lo que sigue:

Mas ¡ay! en vano lloro á tus plantas,

No me levantas

Ya no me quieres? ¿dime por qué?

Piensas acaso que otros amores

Han marchitado las blancas flores

Que en tus cabellos deposité?

Cierto, amor mío; ya están rugosas

Aquellas rosas

Que tú besaste con tanto amor;

Ni ya el perfume que en tennes ondas

Acariciaba tus crenchas blondas

Tienen ni guardan grato frescor.

Sí desdichado! ya están marchitas

Las florecitas

Que recogimos juntos los dos.

¡Gratos recuerdos, felice día

Aquel que en juegos me entretenía

Bajo la amante sombra de Dios!

A la luz blanca, dulce y cobarde

De aquella tarde

En tus pupilas el llanto ví.

Besé tus labios, labios de diosa,

Y en tus mejillas antes de rosa

Dejó la sangre su carmesí.

De quieta noche la triste sombra

Cubrió la alfombra

Donde amorosa te recliné;
Y de la dicha rendido al peso
Siempre escuchando no sé qué beso
Que el viento trajo me separé.

Recuerdo triste que llanto arranca!

En mano blanca

Calenturiento te la oprimí.

Y tú del cielo con la ternura

¡Me amas, digiste, con alma pura!

Pues no te olvides nunca de mí.

¡Que no te olvide! no ves el llanto!

¡Ay! sufro tanto

Que ni mi sangre quiere latir.

Yo no te olvido, mi encantadora,

Trozo de cielo, rayo de aurora,

Porque olvidarte fuera morir.

Si están marchitas aquejas flores

No los amores

Las marchitaron de otra mujer;

Sino los años que van pasando

Inexorables, tercios borrando,

Todos los sueños que tuve ayer.

Al concluir la lectura, Sofia se tambaleó
como un ébrio. Esas flores, ese amor, esos
besos y juramentos, todo lo había sentido,

todo lo había visto, eran los primeros pasos en el mar de su pasión, donde al fin se hundió como golondrina que al emigrar á lejanos países, rendida cae sobre las olas y aletea desesperada antes que el agua la esconda. Recordó de un modo imposible de describir, sino se ha sentido el primer beso de amor, que dió vergonzosa en una noche de mayo, y creyendo en su locura que aun estaba en esas horas de rubor, de abandono y de caricias, gritó con voz delirante: ¡Luis, Luis, ¿en dónde estás? oprimió la cabeza del muerto con esa fuerza que sólo da á la mujer una pasión ardiente, y al ver que todo su amor, que todo su porvenir no era más que un sueño, dando un grito espantoso que retumbó en el silencio como el aullido de un hambriento chacal, se desplomó en el suelo sin conocimiento.

Don Enrique de Garzón se levantó presuroso y asustado al oír ese grito que partió del fondo de una alma enamorada, y al ver los papeles que Sofía guardaba entre sus manos, achacó á ellos el desmayo de su hija, á la que, prestándole toda suerte de

socorros, logró volverla en sí y contenerla dentro del lecho pues que la fiebre le estaba devorando. Cogió en seguida los papeles movido por la curiosidad, y á la luz de los cirios, al ver en ellos las intenciones, el amor y la generosidad de ese desdichado joven que yacía á su lado, perdonándole todos sus sufrimientos, lleno más que de compasión de cariño, apretó la fría mano de Luis de Mora llorando en silencio.

Al amanecer, cuatro indios conciertos que trabajaban en la casa de don Enrique, trajeron unas modestas andas, único ataud de la gente infeliz, y condujeron en ellas el cadáver de Mora. La niña desde su cama sospechó de lo que se trataba, y á pesar de la fiebre intensa que fatigaba su sangre amagando romperle el cráneo, con los labios marchitos, secos, rajados por el calor; las mejillas ardiendo, los ojos como los de un ébrio á quien cogió la aurora sin entregarse al sueño, cubriéndose Sofía con su modesta mantilla, salió al corredor anhelosa, saltándole el corazón, muriéndose antes de tiempo. Yo también voy, dijo opri-

miéndose el cuerpo con sus propios brazos como si quisiera contener el último resto de calor. Yo también quiero acompañarle.

Su padre no se atrevió á darle contestación ninguna. Estaba anonadado. Dejó salir las andas con el cuerpo de Luis y, paso á paso, con la cabeza inclinada para ocultar sus lágrimas, sosteniendo á su hija desventurada, sin ver siquiera el terreno que pisaban, llegaron todos á la iglesia. Allí la pobre niña que como supo amar sabía sufrir, á los pies de aquel que siendo Dios quiso hacerse hombre para enseñarnos á padecer, juró consagrarse á sus altares abandonando el mundo, después de que muriera su padre, juramento que lo cumplió con fe sincera cuando años después se quedó sola sobre la tierra.

CAPITULO XXVII.

La campana del convento.

—Esto no se puede tolerar, dijo la madre priora del convento de Santa Catalina, dirigiéndose á toda la comunidad en el salón de recreo, á eso de las doce y media del día. ¿Por qué se han dañado nuestras campanas? ¿Por qué no suenan desde hace dos días á la hora de costumbre? En vano mando diferentes hermanas, todas vienen con la noticia de que el badajo está dañado. ¿Qué badajo es este que no hay forma de poderlo componer?

—Ya se ha compuesto, dijo una monja jovencita y al parecer todo candor y virtud, oiga como suena ahora.

—Esto es peor, hija mía, contestó la abadesa, dan las doce cuando es la una. El pueblo de Quito va á creer que nos hemos vuelto locas.

Algunas de las monjás se sonrieron con malicia, dando á entender que algo de secreto había en las campanas, pero la abadesa enteramente preocupada por eso de no sonar las campanas ó sonar á deshora, no se fijó en nada, y dirigiéndose á la madre Emilia, le dijo con tono regañón:

—Usted que es la campanera propia durante todo el año, dígame qué es lo que tiene esa campana?

—Nada, reverenda madre, sino que el badajo se ha suelto y no hay forma de asegurarlo otra vez.

—Pero, y llevando una sogá fuerte...

—Más que se lleve, eso no es tan fácil como parece, contestó la madre Emilia, bajando los ojos hasta hacerlos besar la costura que tenía entre las manos.

—No entiendo, no entiendo, dijo la abadesa cogiendo algunos puntos en la calce-

ta que estaba haciendo. En esta sazón entró la madre Elvira caricolorada y nerviosa, sin duda por venir de tan alto.

—¿Por qué ha dado usted las doce á la una? preguntó ásperamente.

—Porque ese badajo, como dice la madre Emilia, tiene necesidad de una reparación perfecta para que pueda tocar las horas á su debido tiempo.

—Y por qué ha demorado tanto?

—Por ver si lo podía componer.

Algunas reverendísimas madres, de esas que estaban flotando entre los veinte y veintiseis años, volvieron á mirarse las caras y á sonreírse de un modo que si la abadesa hubiera parado en ello, es seguro que les habría roto la cabeza.

—Y por qué viene tan colorada? preguntó otra vez á la entrante.

—Como no uso espejo, contestó con modestia, no me he visto la cara que tengo; pero si estoy como dice, será talvez de subir y bajar los escalones.

—Está bien, dijo la abadesa. Esta tarde mandaremos otra hermana á ver que tal lo hace.

La comunidad entera se levantó en peso. Yo, yo, dijeron todas. Ya verá nuestra habilidad.

—Madre abadesa, dijo una monjita fresca y risueña como una mañana de abril. Yo soy hija de pailero, y sé perfectamente como se componen las campanas cuando se dañan.

—Si no es la campana la dañada, sino el badajo.

—Todo es uno; entre yo y mi padre hemos compuesto miles de badajos.

—Muy bien; irá usted á dar las cinco, dijo la abadesa á la hija del pailero.

—Pero repare, madre abadesa, que tan niña como es, le puede hacer mal eso de subir y bajar tantos escalones.

—Pierdan cuidado, replicó algo picada la monjita; que ya me daré maña en subir y bajar sin que me haga daño, cuantas veces me plazca.

—No puede ser; protestamos! gritaron todas las que se habían sonreído maliciosamente. A las muy niñas no les conviene subir al campanario; ven desde allí

las calles y pueden aficionarse otra vez del mundo.

—Eso es cuenta mía, repuso la abadesa. Yo sé lo que mando, madre Matilde, ya lo he dicho, irá usted á dar las cinco.

—Nombre en ese caso á la madre Julia, insistieron las monjitas desesperadas.

La madre Julia era una reverendísima vieja, de más de setenta años incapaz hasta de alzar un jarro de agua.

—Yo soy muy vieja para andar en esos trámites de badajos, contestó meneando la cabeza y quitándose los anteojos de hoja de lata, para ver mejor ó para no ver nada. Bien quisiera subir al campanario pero no me hallo con fuerzas.

—Silencio, lo mando bajo santa obediencia, dijo la abadesa con imperio. Subirá la madre Matilde y no hay más.

—Yo le acompañaré, dijo otra monjita por si acaso sea el badajo muy pesado y no pueda alzarlo ella sola.

—Me parece justo, contestó la abadesa dudando. Pues bien, madre Elena, acompañará á la madre Matilde.

—Dos para un miserable badajo, refunfuñó de un rincón una monja no de muy malas barbas que digamos.

La abadesa tocó una campanilla. La hora de hablar había pasado y se retiraron á sus celdas en el mayor silencio, aunque dadas á los diablos por las resoluciones de su abadesa.

—¿Desde cuándo les vendría esta afición á mis queridas hermanas? juraría que aquí hay misterio, dijo la abadesa, cuando se vió sola. Talvez el sacristán no; ese cholo es un borracín y no para nunca en la iglesia ni tiene modos de subir á la torre. Aquí hay algo, aquí hay algo, volvió á repetirse la monja con cierta seguridad; y no se engañaba, allí había algo, y ese algo era Ramírez que como recordarán nuestros lectores, perseguido por los dos soldados y juzgando imposible salvarse de sus manos, trepó osadamente por una reja baja y se halló sin saber cómo, en la portería del monasterio, pero del lado de adentro. Aquí estoy más seguro que en mi casa, dijo el bra-

vo ladrón tomando aliento y asegurando del mejor modo posible su espada y su puñal á fin de que no hicieran ruido al chocar entre sí. Pensó salir por donde había entrado, pero la idea de conocer un monasterio, aunque fuera á oscuras, le sedujo. Aquí no viven más que viejas pensó y no corro ningún peligro, vamos á conocer de cerca esta mansión del silencio y la inocencia.

Tendió las manos hácia adelante para no tropezar y siguió andando. Topóse con una puerta que estaba sólo cerrada, y abriéndola con cuidado se halló en un inmenso patio que Ramírez lo recorrió de cabo á cabo alumbrado por la melancólica luz de las estrellas. De allí pasó á un corredor, y de allí á una sala, después á una escalera, á un salón todo negro, á un pasadizo estrecho y frío, y, por último, después de subir multitud de escalones cortos y torcidos, se halló en el campanario sin saber cómo. La ciudad dormía en el silencio más profundo; por las masas irregulares y sombrías de los edificios conoció

algunos de ellos en las sombras; iba á bajar otra vez siguiendo sus mismos pasos; pero una serenata como pocas, con más de seis guitarras á juzgar por el ruido y acompañadas de muchas voces cuyo canto llano le reveló al punto á Ramírez que eso no podía salir sino de pechos consagrados, le detuvo á su pesar. Ya están aquí los frailes de Santo Domingo, pensó. ¡Pobres monjas, no les dejan dormir una sola noche en paz, en fin, eso no me importa nada, viva cada uno como le dé la gana. Y tendiendo su capa en el suelo, se echó sobre ella esperando á que se fueran los músicos para volver á salir. Desgraciadamente el sueño que nunca avisa á la hora que viene, se apoderó de repente de los ojos del pobre ladrón que bien lo necesitaba; así eran las malas noches y las andanzas en que vivía. Cuando despertó mordido por el frío, eran las cinco de la mañana. Una alba blanquecina dibujaba débilmente los edificios y el negro fondo de las calles. Esta no es hora de salir, pensó prudentemente y mal que me pese

debo aguardar á la noche. Va á martirizarme el hambre, no hay duda, pero, en fin, hay que sufrir cuando no se puede hacer otra cosa. Volvió á desplegar la capa y volvió á tenderse encima, como aquel que sabe que es mejor esperar echado que de pié.

A eso de las doce del día y cuando él comenzaba ya á darse á los diablos de hambre, sintió en la escalera unos pasitos leves, vaporosos, de aquellos que más se adivinan por ese fluido magnético que duerme en todo corazón, antes que por el ruido que hacen. Será una monja, dijo, y sin hallar un rincón donde meterse, la necesidad le obligó á afrontar el peligro cara á cara. Se atusó el bigote, se terció la capa y con airoso continente se dirigió al sitio mismo por donde era preciso que apareciera la monja. Un ¡ah! de ésta que no sonó más duro que sus pasitos, ya porque el miedo se lo impidió y también por prudencia, que en eso las mujeres son extremadas, aún las más inocentes, hizo que Ramírez

se inclinase ante ella con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios.

Joven, de buen parecer, y de talento despejado, le fué fácil disipar el miedo, si alguno tuvo, del corazón de la monjita, que, encantada oyendo al amable Ramírez, se olvidó de dar las doce, permaneciendo con él hasta la una, hora en que á su pesar tuvo que volver al claustro después de darle, ó recibir que para el caso es lo mismo, un fuerte abrazo del insigne ladrón.

A las cinco vino otra vez la campanera, pero no vacía; pues traía bajo sus hábitos unos platitos de esos que á todo el mundo están diciendo comedme, y como no faltó para remojarlos ni el vino de la sacristía, ni el famoso *rum* que la madre abadesa guardaba como una cosa medicinal, Ramírez después de comer como nunca, hizo también olvidar á la monja el por qué de su venida.

La campana no sonó tampoco, haciendo con su silencio dar brincos de rabia á la madre abadesa, que sin saber qué pensar, ni qué decir, preguntó la causa de ese si-

lencio con todo el tono de autoridad que su puesto le daba.

—El badajo no está bueno, dijo la campanera, y se cerró en ello delante de toda la comunidad.

Mandó otra monja á que tocase las siete y la mandada volvió á las ocho sin haber por eso hecho sonar la campana.

—Verdaderamente con ese badajo no es posible hacer que la campana suene; y sin mirar á nadie se fué á sentar fatigada en un rincón.

—No entiendo, no entiendo, murmuró con asombro la abadesa, y al otro día mandó otras monjas al campanario, pero ninguna tuvo la suerte de componer el badajo, aunque sí pudieron trasladar á la torre las mejores carnes, vinos y dulces que para regalo del capellán guardaba el convento.

A las tres de la tarde la madre Matilde y su compañera Elena, subieron al campanario resueltas á componer el badajo; y en efecto le compusieron, sólo que de pura turbación, ó de lo que hubiera sido, que eso

no está averiguado, á las tres y media dieron las cinco.

—¡Misericordia, qué es esto? dijo la abadesa juntando las manos. La comunidad se ha vuelto loca ó la campana está endiablada.

Repicó de un modo violento la campanilla del claustro, llamando á las campaneras para preguntarles el por qué de esos toques, pero por más que hizo sonar, éstas no aparecieron sino cerca de la oración. Están ustedes castigadas, gritó furiosa. Este desorden es insoportable, pero yo sabré remediarlo; y después de hacerlas arrodillar á las hermanas Matilde y Elena en medio claustro y con los brazos en cruz, subió en persona á dar los toques de oración.

Tan, tan, tin, sonaron las campanas á la hora debida; pero la abadesa no volvió hasta las siete. La comunidad estaba reunida en la sala de recreo y alborotada al ver que la abadesa había subido al campanario, rebajando su alta dignidad.

Minutos antes de las siete se presentó la abadesa en la sala, lanzando á todas las

madres una mirada capaz de matar á un gigante. Cruzó silenciosa por entre las hermanas y se dirigió á su celda.

—¿A dónde va? se preguntaron todas por lo bajo.

—Parece que no le ha sentado muy bien eso de ser campanera, dijo una de las más jóvenes, ya se ve; ese no es oficio de viejas.

Otra monja iba á contestar por el mismo tenor, pero se callaron al ver á la abadesa regresar apresurada.

—Ha ido á perfumarse, dijo una de ellas á su compañera, al percibir el olor penetrante que despedían las tocas de la abadesa.

—Voy á dar las siete, dijo ésta pasando rápidamente como cuando vino.

—Imposible! gritaron las monjas levantándose á una; eso es humillarse, una superiora no puede andar en esas bajezas.

—Bajezas? Pues bien, qué lo sean, pero desde ahora yo soy la campanera. Sí, madres, las campanas son cosas delicadas, sujetas á dañarse y deben correr á cargo de la abadesa.

—No, no, gritaron todas.

—Quién dice que no?

—Yo, respondió una monjita con audacia. Yo, en guarda de mis derechos; pues el Capítulo me eligió campanera por un año entero y reclamo lo que me pertenece.

—Pues bien, reuno otra vez el Capítulo, dijo la abadesa, echando chispas, á condición de que se me nombre campanera.

—Pero y quién va á ser nuestra superiora?

—La madre Julia, es más vieja que yo y por consiguiente agena á todos los disturbios de la comunidad.

—No podemos nombrar otra abadesa sin permiso del provincial de la Orden.

—Importa poco, hagan allá lo que les parezca; yo por mí, digo que soy campanera y se acabó; y entrándose por el pasadizo que conduce á la torre, cerró tras sí la puerta con llave, antes de que las otras monjas pudieran impedirselo.

—Se fué, dijeron algunas con desesperación, juntando las manos.

—Ya volverá y veremos, respondieron otras golpeando y remeciendo la puerta.

Tin, tan, tin, tin, sonaron las campanas dando las siete, en medio del asombro general.

—La madre abadesa ha compuesto el badajo, dijo cándidamente la hermana Julia; ¡lo que tiene ser virtuosa y superiora! Ahora sí, eso se llama dar las siete. La abadesa, en efecto, antes de entrar en coloquios, lo primero que hizo fué tocar las campanas, para demostrar de ese modo que ella no pensaba en nada, sino cumplir del mejor modo posible, su nueva obligación. Pero después del campaneo . . . en vano la esperaron las demás monjas; la abadesa no volvió á salir.

—Las ocho, dijo la madre Julia, vamos á dormir.

—No podemos, contestaron varias, no está aquí nuestra superiora y es fuerza esperarla.

A las ocho y media aquella banda de mujeres que no había abandonado un solo mo-

mento el pasadizo, oyó algunos pasos delicados y seguros.

—Ya viene, dijeron las monjas casi en señas, colocándose en hilera como una manada de gatas prontas á saltar sobre su abadesa.

—¿Todavía estáis aquí, hijas mías? dijo la superiora, espiando por el agujero de la llave.

Nadie le contestó.

—Hermana camarera, hermana camarera, volvió á decir con voz más levantada. Páseme el colchón y las sábanas, voy á dormir cuidando las campanas por sí acaso se vuelvan á dañar.

—Abra la puerta para meter el colchón, dijo una de ellas; no porque tenía nada, sino por ver si salía para sacarle los ojos.

—Hijas, hijas mías? replicó la abadesa, que viendo la actitud amenazadora que guardaban las monjas, no sólo no abrió la puerta, sino que para asegurarse le echó hasta el cerrojo.—Hijas mías, idos á dormir que ya es muy tarde, sois demasiado

jóvenes para pasar en vela hasta estas horas.

—Y usted demasiado vieja para volverse campanera.

—Hijas, hijas mías? dejad á la vieja en paz que ella sabe más que ustedes. Hasta mañana y que durmáis tan bien como voy á dormir yo.

—Vieja maldita, dijo la campanera elegida por capítulo. No se contenta con ir como nosotras á dar la hora sino que quiere hacer casa y cocina sobre la torre. Y todo porque es abadesa.

—Pues ni eso le ha de valer, ya verán, contestó la madre Matilde entrándose á su celda, de la que salió después de poco con un papel en las manos. Fué á despertar á una de las criadas del convento que dormían en el piso bajo, y le dijo con voz apurada:—Pronto este papel para fray Marcial de Santo Domingo. La abadesa se muere. La pobre mujer, sin preguntar más, salió á la calle y fué más que andando, volando, á golpear en la portería de Santo Domingo.

Dió el papel al portero, y éste á fray Marcial que, como otros muchos religiosos no se había acostado todavía.

Leyó éste el papel, poniéndose rojo como la lumbre, y sin duda no sólo era para él; pues cuando concluyó su lectura fué á la celda de otro padre y se lo hizo leer también; éste fué donde otro, y así leyeron la esquila hasta siete frailes.

—¿Qué hacemos? preguntó fray Marcial.

—Vengarnos. Vamos donde ellas.

—Eso es lo que yo había pensado, repuso fray Marcial, apoderándose de uno de los pilares de su cama: Vamos pronto.

Los frailes salieron en pelotón, no sin antes haber seguido el ejemplo de su compañero armándose con los palos de las camas.

Poca es la distancia que media entre los conventos de Santo Domingo y Santa Catalina, así es que en menos de cinco minutos los siete frailes más bravos que Bayardo se hallaron en la portería del monasterio. Llamaron como dueños, y al sentir que iba á abrirse la puerta se dijeron entre todos: A la portera primero.

Abrióse la puerta, y sin duda fray Marcial sabía quién era la infortunada monja que hacia de portera, pues, sin mirar ni decir nada alzó su palo abriéndole la cabeza en dos mitades á la hermana.

—¡Ay! dijo ésta cayendo en el suelo.

¡Adentro! contestaron todos, y como una tromba se precipitaron en el monasterio. Las monjas todas en el pasadizo esperando y diciéndole cuanto podían á su abadesa que no oía nada desde la torre, no esperaban, ciertamente, la venida de esos siete fantasmas armados de garrottes. Al verlos dieron un chillido inmenso, que sonó hasta en el fondo de las campanas, y trataron de huír, pero en vano; porque los frailes con sus palos en alto estaban resueltos quién sabe á qué. Aquello era un zafarrancho de cien mil demonios.

—Algo pasa abajo, dijo Ramírez á la abadesa. Oígo blasfemias y chillidos; vamos á verlo. Y bajando del mejor modo que pudo atrás de su conductora, abrieron la puerta y se hallaron cara á cara con los frailes.

—Aquí está el bandido, dijeron: ¡matarlo y matarlo! decían todos con sus garrotes en alto.

Pudo talvez Ramírez volver á la torre, pero no quiso. Siete frailes eran poca cosa, y más teniendo sólo palos, cuando él tenía en las manos una buena espada.

—Aquí está el bandido, dijo el mozo con voz fiera, dando de plano con su acero en la cabeza de fray Marcial. Iban todos á acoquinarse, pero matando de un revés la luz, dejó á todos á oscuras haciendo el combate sí más ventajoso para él más terrible para sus enemigos.

Ramírez estaba solo, y todo golpe daba sobre sus contrarios, al paso que éstos, para hacerlo, tenían que andarse tocando las coronas, para no matarse entre ellos mismos; pero de todos, las más mal libradas eran las mujeres, por su número, como que pasaban de cuarenta; y los frailes aún á tientas siempre hallaban una con quien cerraban inmediatamente á puños.

—¡Ay! ¡ay! justicia, misericordia! me mataron! Santa Catalina, padrecitos, ban-

didos! era todo lo que se oía, en medio de juramentos é interjecciones de toda clase.

La madre Sofía, esto es la vieja de los anteojos, al oír desde su celda el alboroto salió á tientas por ver lo que era; llegó á la sala, y al ver que allí todo era llantos y gemidos, se refugió tras la puerta en medio de la mayor consternación; y toda turbada acordándose, sin duda, de alguna novena, ó para dar resignación á las monjas que se veían así tratadas, empezó con voz gangosa y llena de lágrimas:

Aún es nada lo que ven,
Tormentos más rigurosos
Padecen los religiosos
Que están en Jerusalén.

Y así era la verdad; pues lo mejor del combate no había empezado todavía. Las monjas al verse así tratadas comenzaron á rasguñar y á morder como gatos á los malos que les oprimían. Chillaban y maldecían los frailes que daba gozo al sentirse mordidos por todas partes, chillaban y gemían las monjas al sentirse aporreadas sin

misericordia, juraba Ramírez y daba á todos sin que ninguno lo tocara á él. Todo era confusión, todo lágrimas y gritos. La madre Julia creyó que eso era el juicio y sin salir de su puerta, confiada en la eficacia del *trisagio*, empezó á rezarlo no sólo en alta voz, sino á gritos:

Del rayo y de la centella
Libró este trisagio y sella,
A quien le reza y advierte,
Que, por esta feliz suerte,
En este mar de quebranto.

Angeles

No pudo acabar la reverendísima vieja.

Un revuelto pelotón de frailes y monjas llegó á la puerta y recostándose sobre ella comenzaron á aplastar á la madre Julia de un modo alarmante.

—No me aplasten, no me maten con trisagio y todo, gritó la monja medio muerta pugnando por salir de la prensa en que estaba, cosa que al fin logró, gracias á Ramírez, que deseoso de salir, al tocar la puerta, dando un violento empujón á todos salió

al corredor; de allí al patio, y de éste á la portería saliendo por fin á la calle sin capa, arañado por todas partes, y hecho girones el calzón y la camisa.

Malditos frailes, dijo respirando á sus anchas. Yo que también estaba en mi torre. ¿Quién diablos pudo indicarles mi permanencia allí? y como no encontró algo con qué responder á su misma pregunta, encogiéndose de hombros se dirigió á la Chilena en busca de sus amigos y de Lelia.



CAPITULO XXVIII

La cruz de fuego.

Desde la desgraciada muerte de Mora y Pérez Sevilla, Gil, y aún la misma Rosita, habían experimentado un cambio notable en su carácter. Siempre taciturnos, con la cabeza doblada sobre el pecho, dejaba esa linda pareja rodar las horas en medio de un silencio más que melancólico, aterrador. En vano el padre Cabrera, hombre de recursos extremados para todo, quiso distraer á Gil con su conversación y compañía.

—Mis dos amigos han muerto, era la única respuesta que daba á todos los discursos del jesuíta; y el tercero me ha dejado también. Estoy solo.

En efecto, Benito Gil estaba solo en manos de los jesuítas; pues su último amigo, Juan de Ramírez, la noche misma que salió arañado y roto del convento de las monjas de Santa Catalina, se fué acompañado de Lelia á reunirse con sus amigos en el socabón de Tumbaco.

El padre Cabrera creyó morir de gozo cuando presenció la tierna despedida de los dos amigos, y redoblando sus muestras de cariño se propuso captarse á todo trance la confianza de Gil, cosa nada ardua si se tiene en cuenta la expansiva franqueza de la juventud. Asediándole á todas horas, divirtiéndole con sus cuentos ó llorando con él la pérdida de sus amigos, según las circunstancias, fué poco á poco haciéndose necesario á esos dos corazones á quienes el dolor comenzaba á azotar con su látigo de espinas.

Por otra parte, habiéndose instalado el jesuíta en el aposento contiguo al de Gil, tenía la facilidad de estarse con éste casi todo el día y gran parte de la noche sin molestia alguna, lo que no era poco en tra-

tándose de no desamparar un solo momento al dueño de la fortuna del señor de Soto, como le habían ordenado sus superiores.

En la noche en que volvemos á presentar á Gil, se hallaba éste recostado indolentemente sobre la mesa al lado de Rosa Pantoja, inmóvil, mudo, sin prestar atención á nada que no fueran sus dolorosos recuerdos. El padre Cabrera frente á frente, callado también miraba á los dos amantes con una insistencia extraña como si quisiera leer en el fondo de sus ardientes corazones. De vez en cuando un estremecimiento nervioso agitaba los miembros del jesuíta haciendo crujir la silla en que se sentaba. Estaba violento. Por fin, á eso de las diez de la noche, levantándose bruscamente de su asiento se despidió de sus amigos con lengua torpe y voz opaca. Salió al corredor metiendo un ruido poco común, y empujó la puerta de su estancia de un solo golpe, dando al mismo tiempo un grito espantoso, precipitándose en seguida á escape en el cuarto de Gil que se había levantado con premura al oír el grito.

—¡No salgan, no salgan! En mi cuarto está el demonio, dijo el jesuíta pálido y con los ojos salientes.

—Diablo? replicó Gil desdeñoso, aunque el corazón no le latía muy seguro. Vamos á verlo. Tomó la espada que había sacado del Palacio y á fuerza de ruegos logró que volviese á salir el dueño del cuarto. La puerta del jesuíta estaba abierta de par en par; así es que no hubo necesidad de acercarse. Salieron al patio desde donde se les mostró á todos una inmensa cruz de fuego trazada sobre la negra pared. Mudos, inmóviles la contemplaron un momento, y, como poseídos de un terror espantoso, de cuatro saltos se metieron en el cuarto de Gil, al que echaron llave y aldaba.

No hay para qué decir que en los tiempos del coloniage, y quizá también ahora, la superstición andaba muy válida: una piedra que caía á los pies de uno, si no habían visto la persona que la arrojó, era obra de algún brujo. Un perro blanco á media noche por las calles, no era perro sino el alma de de algún condenado. Si se oía el

llanto de un niño, era el lloro del *guacaysiqui*; esto es, del demonio, para atraer á alguno á los infiernos; si pasaba alguna ave nocturna, no era ave sino alguna bruja voladora y hasta daban el nombre de ella, para que la justicia la prendiera al otro día. En ese tiempo en que el menor ruido era misterioso, en que el susurro del viento era el quejido de los muertos ¿qué iba á ser una cruz de fuego brillando á media noche en la oscuridad, sino un aviso del cielo, una sentencia de muerte y talvez algo más?

Pálidos, temblorosos, sin querer apartarse el uno del otro, cayeron de rodillas en medio cuarto murmurando una oración, figurándoseles que la puerta se abría á cada instante, dando paso á un ejército de fantasmas que venían á devorarlos. Rosita lloraba en silencio santiguándose cien y cien veces con la medalla que Gil había recibido para élla de manos del hermano José.

—Recemos el rosario, dijo el jesuíta con voz trémula; pero recémoslo en voz alta para ahuyentar al enemigo. Y comenza-

ron aquella hermosa devoción, con el alma humillada y quizá también arrepentida.

Cuando concluyeron, estaban ya algo más serenos: lo fiaban todo de Dios, esperaban en María, y no había por qué temer tanto. Se acostaron vestidos y sin apagar la luz, en compañía del jesuíta, permaneciendo así largas horas, sudando frío y con el rezo en los labios, hasta cuando vino el sueño á hacerles insensibles al temor.

—Va bien, dijo el jesuíta al otro día antes de levantarse de la cama. Estos dos bellos jóvenes ya casi son míos, la superstición nos los entrega, y se quedó inmóvil en la cama aparentando dormir, hasta que Gil despertara. La situación del padre Cabrera era difícil y para salir airoso de ella, necesitaba un tino poco vulgar.

El padre Centellas al descubrir una de las propiedades del fósforo, la de ser luminoso en la oscuridad, pensó valerse de él para recaudar una fortuna que ya casi la tenían perdida. Su plan se reducía á aterrorizar á Gil y á Rosita, hasta que movidos de su propia conciencia, entregasen

ellos mismos lo que en vano habían solicitado los jesuítas por medio de la fuerza. Pero el fósforo se inflama al contacto del aire, y mucho más al frotamiento ¿cómo emplearlo? El padre Centellas, químico distinguido, buscó un líquido en que disolverlo. Lo puso en alcohol, sin obtener resultado alguno, puso otro poco en aceite; el fósforo se disolvió, pero perdiendo su propiedad luminosa, quitó el trozo que había puesto en el alcohol y lo sumergió en éter, donde se disolvió casi por completo; tomó un pincel y trazó algunas letras en la pared: cerró puertas y ventanas y vió con inmensa alegría que las letras se destacaban amarillentas sobre el trozo oscuro de la pared. Ya está, dijo y comunicó al padre Mariscal su nuevo invento. Ahora ¿cómo lo usamos? Dar el líquido al padre Cabrera era arriesgado; él para evitar sospechas debía estar cosido al lado de Gil y hacerse el temeroso tanto como ellos. Eligieron, pues, otro jesuíta para que, disrazado de seglar, se introdujese furtivamente en la casa trazando cada vez que pudiera

una cruz de fuego en los lugares donde Gil no dejara de verla. Pero querían llevar la cosa más adelante para hacerla más misteriosa; deseaba que Gil se hallase con la brillante cruz en su mismo cuarto, y esto aunque lo cerrase con llave, y para salirse con su intento, mandaron al padre Cabrera que tomara en la cerradura el molde de la llave, cosa que éste la ejecutó con gran disimulo aplicando un trozo de cera. Distribuidos todos los papeles quisieron obrar cuanto antes, y esa misma noche el jesuita; á cuyo cargo corría el éter fosforado, trazó la cruz en el cuarto del padre Cabrera que á sabiendas lo dejó abierto, aunque al retirarse hizo como que echaba llave con grande estrépito á fin de asegurar la más leve sospecha. Razón por la cual su papel se hacía sumamente difícil y apto sólo para ser desempeñado por un hombre de mucho talento. El miedo no es fácil finjir tan bien como la ira, por ejemplo, en ésta basta con enrojecer la cara, hablar alto y si á cuento viene, alzar las manos y santiguar al que está delante, al paso que en el otro,

por lo mismo que tienta la risa, al ver el terror ajeno, es necesario dominarse mucho y no hacer ni más ni menos de lo que es justo. Si se exajera, el miedo se hace inverosímil, y por consiguiente sospechoso; si sólo se aparenta un poco infunde confianza en los otros y destruye el fin que se propone. Afortunadamente el padre Cabrera era uno de los jesuítas hábiles si los hay, y sabía imprimir á sus facciones todos los movimientos que expresan la cólera, el terror ó la alegría; así es que logró salir del paso la noche anterior de un modo enteramente natural y perfecto. Lo que le restaba era poco. Sólo se reducía á no infundir sospechas de ninguna clase, y por eso se quedó en la cama haciéndose el dormido. Despertó Gil, despertó Rosita y Cabrera seguía inmóvil, boca abajo, gozando al parecer de un sueño profundo.—Señor Cabrera, dijo Gil tocándole en el hombro, ya es de día vamos á ver en qué ha parado la cruz.

—Es verdad, vamos á ver, repuso éste; y vistiéndose como pudo, salió unido á los demás.

—Allí estaba, dijo Gil entrando él primero; y sin embargo no hay nada. La pared, en efecto, estaba desnuda y blanca. Todos la tocaron, la examinaron menudamente muchas veces, y no hallando nada, se preguntaron sonriendo unos á otros: ¿Qué sería?

—Yo no sé, pero allí estaba, dijo Cabrera moviendo la cabeza. ¿Si habrá muerto en esta pieza algún endemoniado?

—Mucho tiempo he vivido en ella y no he visto nada.

—¿Si sería el señor Mora? preguntó Rosita.

—Todo puede ser, pero si son amigos nuestros, es fuerza confesar que están en el cielo. Sino en vez de cruz, se hubiera presentado un diablo.

—Tiene usted razón, señor Cabrera. La cruz es misteriosa; pero buena. Los diablos no gastan cruces.

—¿Qué significará? preguntó la niña dudando.

—Eso es lo que no sabemos, respondió el jesuíta, pero es lo cierto que no estoy del todo tranquilo.

—Yo lo mismo, y si se repite el cuento, esta noche mismo busco otra habitación y *laus Deo*.

—Dices bien. Iremos á vivir en otra parte. Eso sí, cerca de alguna iglesia se entiende, dijo Rosita, á quien el miedo de la víspera le hubiera obligado á vivir hasta en el altar mayor.

—Yo creo al ver que en la pared no hay rastro alguno de fuego, que la cruz fué una ilusión de nuestros sentidos y nada más, dijo el astuto jesuíta, pero

—Pero la vimos, replicó Gil, y ni estábamos borraehos ni cosa que lo valga.

—En fin, sea lo que sea, dejémoslo, volvió á decir el jesuíta con indiferencia, y vamos á dar una vuelta por las calles.

—Prefiero quedarme, contestó Gil.

—Entonces, hasta luego.

—Vendrá á almorzar con nosotros? preguntó Rosita.

—Indudablemente, debemos estar siempre unidos para todo, sin contar con que al lado de usted, se come con más apetito, añadió con galantería. Y tomando su ca-

pa, se despidió de la amable pareja que volvió á entrar á su cuarto no muy risueña que digamos.

No era el deseo de pasear el que le hizo salir al padre Cabrera sino la urgencia de verse con sus superiores. El suceso de la víspera había salido perfectamente y quería seguir adelante sin pérdida de tiempo. Hombre observador, notó que en el corazón de Gil y de Rosita comenzaba á levantarse el remordimiento de un modo vago, indeciso, es cierto, pero al fin remordimiento, y quiso despertarlo más y más hasta conseguir el efecto deseado. No bastaba que la cruz asomara en un lugar extraño, era preciso que los jóvenes se la hallaran en su misma pieza hasta en su cama. Afortunadamente esto no ofrecía dificultad ninguna. El molde de la llave tenía en sus manos y bien pronto uno de los hermanos, pues que los jesuitas procuran siempre tener en su casa un ejemplar de todo, hizo una que no había más que pedir. Falta algo, es cierto, esto es que quisieran salir Gil y Rosita para dar lugar á hacerlo

todo en regla. Pero esto tampoco le parecía muy difícil, puesto que no había necesidad de salir de noche. El fósforo resplandece, lo menos tres horas cuando está disuelto convenientemente en el éter sulfúrico y bastaría con hacer salir á la joven pareja á las cinco de la tarde. Completamente seguro del éxito, volvió sin demora el padre Cabrera al lado de sus amigos y no se separó de ellos en todo el día. A eso de las cinco propuso salir á dar una vuelta por las calles.

—No, dijo Rosita; van á salir ustedes y me dejan sola quien sabe hasta que hora.

—No tengas miedo, replicó Gil sonriendo.

—¿Y si viene la cruz? dijo la niña asustada.

—Tiene usted razón, señorita, apoyó el padre Cabrera, y propongo irnos también con ella.

—Pero á dónde vamos?

—Iremos hasta Santa Bárbara nada más: me han dicho que allí frente á la iglesia, respondió el jesuíta con intención, hay un

cuarto vacío, y será bueno verlo por si acaso vuelve la cruz.

La niña aceptó por no quedarse sola; y bajaron los tres hasta la esquina de Santa Bárbara; preguntaron en algunas casas por piezas de arriendo y no hallándolas en ninguna parte, dijo Cabrera: Me han engañado, mañana las buscaremos en otra parte, y tornaron paso á paso á su modesta casita, antes de que el sol ocultara su disco de oro tras las cumbres del Pichincha.

El padre Cabrera hizo ademán de abrir su cuarto, pero Gil no le consintió. Vamos al mío, el suyo está empecatado, y abrió la puerta cogido del brazo de su amigo.

Un ligero olor vino á las narices de todos, pero el jesuíta no se dió por notificado y para que los otros lo olvidaran también sin indagar la causa de donde procedía, propuso jugar un rato á las cartas.

—Si apenas se ve, dijo Gil. Aguardemos que sea más de noche para encender luz.

El padre Cabrera se puso en pie. No me gusta la oscuridad, repuso; encendá-

mosla de una vez, y sin esperar respuesta hizo lo que decía.

La luz para él tenía una importancia suma; pues si dejaba que oscurezca del todo, la cruz comenzaría á hacerse visible antes de tiempo, esto es cuando todavía no es posible tener miedo, aunque se vean á todos los diablos del infierno. Por esto el jesuíta no sólo encendió la vela, sino que la puso de tal manera que alumbrara de lleno la pared frontera á la puerta.

Ni Gil ni Rosita quisieron encerrarse tan pronto en su habitación y fueron á tomar asiento sobre un montón de piedras en la mitad del patio. Allí les siguió también Cabrera después de encender la luz y estuvo con ellos hasta que la noche cerró por completo. De todo hablaron hasta de las cosas más insignificantes, menos de la cruz y no porque no la recordasen, precisamente desde que empezó la noche, se les figuraba verla en todas partes, sino por no aumentarse mutuamente el miedo ni desesperar á Rosita.

—Hace frío, dijo Gil tomando de la mano á Rosita. ¿Quiéres entrar?

Rosita sin decir nada, se dirigió al aposento en medio de Gil y de Cabrera.

No era el frío el que le había hecho hablar así á Gil, sino un algo desconocido que le escarabajeaba en el alma. La oscuridad le daba miedo, y esto sin quitarle nada de su valentía. Gil hubiera sido capaz de esperar sereno una docena de enemigos reales y verdaderos como él, pero ese mismo no tener con quien habérselas, lo tenía receloso. Un hombre se bate con otro hombre, pero con un fantasma, con un duende ¿quién demonio va á luchar?

Cabrera no decía nada; pero volvía la cabeza con tanta rapidez á todas partes, que sólo esos movimientos bastaron para poner á Rosita temblorosa y á Gil taciturno.

—Cerremos la puerta, dijo Cabrera.

—Pero con llave y aldaba, contestó Rosita.

—Oreo lo mismo. Debemos echarnos llave y no salir hasta mañana.

—Ustedes tienen mucho miedo, dijo Gil, procurando sobreponerse á los demás; déjele solamente cerrada y vamos á jugar una mano á la baraja.

—Jugaremos, señor Gil.

El juego para ellos no tenía interés ninguno. Jugaban por hacer algo, porque no les diera más miedo estando silenciosos; jugaban por pasar de algún modo las horas, hasta que viniera la del sueño.

Pasó una hora, pasaron dos, y ya fatigados los jugadores, sólo esperaban dar fin á la mesa para dejar las cartas.

—Esta vela no arde, dijo Cabrera; y tomando la despabiladera, en vez de atizar la luz, la mató repentinamente.

—Ah! dijo Cabrera asustado; y gritó en seguida haciéndose atrás: ¡allí, allí! La cruz había aparecido bruscamente, blanca, vaporosa, terrible. Rosita dió un grito y cayendo al suelo se abrazó á las piernas de Gil que mudo de asombro, empujado por Cabrera, salía de espaldas, poco á poco, hasta que, tocando con sus pies el umbral de la puerta, vuelto bruscamente dió un salto

y se precipitó en el corredor llevando á Rosa asida á sus pies.

Trémulos, mudos, se arrimaron á la pared asidos los unos á los otros, sin fuerzas para adelantar ni para retroceder.

—Entremos á mi cuarto, dijo Cabrera, empujando la puerta. Pero ninguno dió un paso adelante, antes bien, al ver otra cruz inmensa como la primera, brillando en las sombras, dieron á correr como estaban sin parar hasta la mitad de la calle.

—Vamos á cualquiera parte, dijo Cabrera, aquí no es posible estar un solo momento.

La resolución fué del gusto de todos, y se pusieron á caminar sin fijarse siquiera en que iban sin sombrero.

Dos cuadras más allá, dijo Gil. ¿Dónde vamos á pasar la noche?

—¿En cualquier hostel? De todos modos siempre estaremos mejor que en esa maldita casa donde los demonios parecen perseguirnos.

—Entonces vamos á La Rosa Blanca, insinuó Gil.

—Vamos donde usted quiera.

La Rosa Blanca era una modesta casa de huéspedes situada en la plazuela de la Carnicería.

Los jóvenes entraron allí como dueños, pidieron un cuarto para los tres y se retiraron sin atravesar una sola palabra con el hostelero.

—Mañana al amanecer me pongo á buscar una pieza en cualquier otro barrio. Es fuerza mudar de alojamiento cuanto antes, dijo Gil.

—Mudar de conciencia, contestó Cabrera con voz sorda. Dios está sobre nosotros. Lo que hemos visto no puede ser sino un aviso del cielo, quizás el último.

Rosita comenzó á llorar en silencio; Gil dobló la cabeza meditabundo.

Ninguno pensaba en dormir, ni lo hubieran logrado tampoco.

Gil tenía un mundo de remordimientos en el alma, Rosita era víctima del terror, y el jesuíta aparentaba estar dominado por una especie de delirio.

—Este es un aviso del cielo, decía, medio oculto en la penumbra, y no seré yo el que lo desperdicie, ya que Dios se digna concederme todavía la vida. No, no seré ingrato á las bondades del cielo. Al decir esto sacó un pañuelo del bolsillo y se puso á sollozar con amargura.

Benito Gil le miró distraído, y ni quiso ni pudo consolarlo. Hay momentos en que el hombre doblado al peso de sus propios infortunios, no halla en su cabeza una sola palabra de consuelo para nadie, pero ni siquiera para sí mismo. Los ojos secos, la mirada calenturienta, veía sin comprender, oía sin escuchar. La vida estaba reconcentrada en su alma, y ésta fija en una idea tremenda, cuyo solo pensamiento aniquilaba las fuerzas de Gil de un modo espantoso.

Veía á su amigo Pérez Sevilla ensangrentado, agonizando reclinado sobre su pecho, y diciéndole con voz ahogada: *Gil, devuélveme lo que no nos pertenece*; y él había dicho que bueno, aunque jamás pensó en tal cosa. Caer otra vez en la miseria, no ya sólo como antes, sino al lado de su ama-

da y ¡cuándo! cuando tenía en sus manos una fortuna capaz acaso de satisfacer al más avariento ¿cómo podía pensar en semejante locura?

Soñarse rico, feliz, envidiado de todos, al lado de su amada, participando de las fiestas y torneos, y verse otra vez hundido en el polvo, arrastrándose entre los más abyectos de la sociedad, y procurando robar un mendrugo de pan para acallar el hambre, era un pensamiento fatal que le tenía fuera de sí, casi iracundo. Pero ¿cómo iba á gozar de ese dinero? Cómo ¿si Dios mismo se le oponía contándole, acaso, los días que iba á vivir?

Su alma, fluctuando entre estas ideas encontradas, comenzó á desfallecer. Oro y grandezas inútiles me serán en la tierra si pierdo mi alma, pero . . . y por más que meneaba la cabeza y quería resolverse, no pasó nunca de ese *pero* al que sólo le faltaba añadir, ¿qué haré otra vez con mi Rosita en medio de la pobreza? ¡Imposible, imposible! volvía á pensar; antes dejaría que me abran las venas y me saquen la última

gota de sangre, que consentir devolver ese caudal pero . . . y otra vez ese *pero* se alzaba terrible en medio de su corazón, recordándole que su alma estaba perdida sin remedio, y que acaso no iba á tardar mucho en caer sobre ella el terrible castigo que Dios le tenía aparejado.

¿Será Pérez Sevilla el de la cruz? se dijo dudando. Pero si . . . otra vez el *pero* volvió á cerrarle los labios. Si es él, podrá mandarme entregar lo que á él le pertenece, y eso de buen grado lo haré, mas no lo mío. Es mío lo que tengo? y sin poder decidirse á nada, se tendió vestido al lado de Rosita, sin mirar siquiera á Cabrera que seguía con la frente inclinada, el pañuelo en los ojos, inmóvil al parecer dormido.

Rosa sintió á Gil á su lado, y no queriendo perder tan buena ocasión, comenzó á decirle en secreto:

—Benito, devolvamos eso.

—Pero y nosotros?

—Yo no quiero nada.

—Calla y procura dormir: mañana veremos, contestó Gil, que de ninguna mane-

ra quería entrar en lucha con Rosita, considerando su derrota casi segura; tal era el fuego del remordimiento que le estaba abrazando el pecho.

—Es que los diablos nos van á llevar.

Gil no contestó.

—Verás que nos vamos á ir al infierno, dijo sacudiéndole blandamente.

El mismo silencio por parte de Gil.

—Si te llevan, no será mi culpa, dijo cólerica Rosita, dando un golpe no muy blando en las costillas de Gil, y al ver que éste no quería contestar, se volvió de espaldas enojada guardando silencio.

El padre Cabrera creyó ya dormidos á los dos jóvenes, y sin casi quitarse el pañuelo de los ojos se tendió en el sofá.

Estaba satisfecho de sí mismo por lo que había pasado, aunque bastante inquieto por lo que faltaba. Por más seguridad que tuviera en la superstición de Benito Gil y de Rosa, no podía afirmarse que ésta llegara al extremo de hacerle devolver toda una fortuna que para ellos representaba todo un porvenir de gloria y de felicidad. El hom-

bre se arrepiente sinceramente de sus faltas cuando no tiene que poner más que dolor, pero en atravesándose el interés, pocos son los que dicen *pequé*. Eso se queda para las almas á quien es Dios protege de un modo poderoso con su gracia, y aun éstas, no pocas veces luchan con la terrible tentación de *me arrepentiré* cuando esté cerca de morir; por ahora vivamos alegremente. Benito Gil á pesar de la cruz, y de todas la cruces del mundo, se había dicho lo mismo, engañándose de un modo lamentable. Me confesaré cuando me llegue la hora de la muerte y allí devolveré todo, hasta con interés, pues desde ahora hasta la vejez, muy necio seré si no doblo el capital cuando menos; y estaba aferrado en esta resolución, aunque de vez en cuando la perdía de vista considerando la cruz. ¿Será que se acerca mi muerte? ¿será que Dios quiere que me convierta? ¿Qué será? qué no será?

En estas y otras meditaciones pasó el resto de la noche sin poder dormir, aunque bien lo necesitaba, hasta que la aurora comenzó á clarear en el oriente.

—Vamos, dijo á Rosita, sacudiéndola del brazo. Está amaneciendo.

—¿Y qué? . . . contestó la niña abriendo sólo el un ojo, figurándose talvez que estaba en su modesta vivienda.

—Que nosotros hemos salido hasta sin sombrero y tú sin mantilla, debiendo por eso mismo retirarnos antes de que sea completamente de día.

—Vamos, dijo la niña, sentándose en la cama donde se había acostado vestida. El padre Cabrera, único entre los tres, que logró conciliar el sueño, después de sus largas meditaciones, se levantó también. Pagaron al hostelero por la posada, y libres de miedo aunque no de remordimientos, volvieron á su casa de la Chilena.

CAPÍTULO XXIX.

Últimos golpes

Sería la una de la tarde, cuando el jesuíta saliendo de su cuarto, se presentó en el de sus amigos, con los ojos que más que tales eran un río de lágrimas. No había tenido pena ni dolor alguno, pero deseando representar tan al vivo como le fuese posible la parte de comedia que le faltaba, destapó un pequeño frasco de vinagre y recibió sus vapores en los ojos hasta cuando no pudo más, presentándose en seguida en tan lastimoso estado á sus amigos.

—Venga usted, señor Cabrera, dijo Gil deteniéndose en mitad del aposento.

—Dispense usted, señor Gil, si vengo á molestarle, dijo el jesuíta casi sin alzar los ojos del suelo; pero lo de anoche me tiene inquieto de tal manera, que he resuelto mudar de vida, siguió con un visible esfuerzo que causó no poca sensación en sus amigos. En seguida, dirigiéndose á Rosa, añadió con vergonzosa timidez:—¿Pudiera usted, señorita, devolverme el dinero que le encargué?

Rosa Pantoja, contra su costumbre, ni siquiera miró á Gil preguntándole su parecer; levantóse en silencio y sacando la bolsa de cuero robada al fraile, la puso en manos de Cabrera.

—No me pertenece, dijo éste, y deseo devolverla á su dueño. Sólo que

Gil miró de frente á su amigo, preguntando: ¿qué?

—Sólo que no me hallo con fuerzas para devolverla si no me acompaña usted, señor Gil.

Benito se quedó vacilando.

—También usted ayudó, dijo con timidez, y es justo que no me deje solo, creo

que este dinero consagrado es la causa de esos avisos del cielo que hemos visto.

—En efecto . . . si . . . pudiera ser, repuso Gil, aceptando la idea de todo en todo, por la cuenta que le tenía; aunque él mismo no se daba cuenta exacta de lo que pasaba en su interior, creyó salvar su dinero ayudando á devolver la bolsa del fraile. Puede que Dios no se haya acordado de mi plata para nada, le hacía pensar el diablo confusamente, sino de la de Cabrera; en fin, probemos, y asido á esa idea, no quiso ser rogado segunda vez, sino que, tomando su capa, dijo á su amigo:—Vamos, señor Cabrera, tendré mucho gusto en acompañarle.

Desde el momento que Gil á pesar de sus miedos y dudas no le había dicho nada al jesuíta, del dinero que tenía en su poder, no podía éste sin levantar en el alma del joven acaso una sospecha fatal, indicar, aunque fuera de un modo indirecto, la causa de los avisos del cielo. Decirlo, por nuestra mala vida vemos lo que vemos, era poco; pues sin desplegar los labios sabían que

no era por santos lo que les sucedía: decirle, porque retenemos lo ajeno, era demasiado, era lo mismo que decirle, devuelva lo que usted tiene; con lo cual se había arriesgado á perder en un momento todo el fruto de sus astucias. Tomó, pues, sobre sí todo el peso de la culpa, prescindiendo por completo de Gil y de Rosita. Se lo atribuyó todo aparentando creer en la inocencia absoluta de los jóvenes. Es verdad que iba á perder seiscientos pesos, pero no podía proceder de otro modo si quería seguir adelante. Necesitaba decirles que devolvieran lo ajeno, mas no con palabras, porque esto era perderse, sino con obras; con el ejemplo, en todas ocasiones más eficaz que todos los discursos del mundo, para llevar el convencimiento al corazón humano. La virtud escrita no asombra verla. Es tan fácil predicar aún lo que no se siente; es tan fácil decir á todos, servid á Dios, aunque uno reniegue de El, así como es difícil practicarla. Todo esto lo calculó perfectamente el jesuíta, y se resolvió á hacerlo; pero no sólo eso no había equiva-

lido á no hacer nada. Necesitaba que Benito Gil fuese testigo de su arrepentimiento, á fin de moverlo á imitar su conducta, y por eso no quiso marchar sin él. Salieron los dos jóvenes de su vivienda, y sin parar en ninguna parte llegaron á la portería del convento de Santo Domingo.

—El padre provincial? preguntó Cabrera al portero.

—Está en su celda, la primera de la derecha, subiendo la escalera, contestó el portero dando paso franco á los dos jóvenes.

—Sólo por usted voy, dijo Gil considerando en la vergüenza que iba á sufrir.

—Esto es peor que robar, murmuró Cabrera, pero qué vamos á hacer? esto nos lo mando Dios y siguió andando al lado de su amigo.

Subieron las escaleras, Gil desazonado Cabrera temblando.

—Quisiera volverme, dijo el jesuíta en voz baja antes de llamar á la puerta que tenía delante. Gil se contentó con encojerse de hombros; lo mismo quería regresar que entrar.

—No, no, valor volvió á murmurar el padre Cabrera y llamó á la puerta sin detenerse.

Gil para no ser conocido alzó el embozo de su capa y se cubrió hasta la nariz. El jesuíta hizo otro tanto.

—Adentro, dijo el padre provincial, levantándose en persona á abrir á los que llamaban. Los jóvenes empujaron la puerta, y sin asomar otra cosa que los ojos, saludaron al religioso con gravedad.

—¿En qué puedo servirles, señores? dijo éste invitando á que tomaran asiento los embozados.

—Así estamos bien, repuso Cabrera. La comisión que traemos terminará pronto. Y sacando la bolsa de cuero, siguió presentándosela al provincial.

Este dinero se le perdió hace algunas noches á uno de los religiosos de esta Orden, y vengo á devolverlo á su reverencia.

—Pero, señores, yo ignoro . . . Iba á rehusar recibir el dinero, Plenamente seguro de que nada faltaba en el convento, pero juzgando que más fácil era que él sufriese

equivocación y no los que venían á devolver, pues nadie hace esas cosas por gusto, añadió dudando:—En fin, ustedes saben mejor que yo.

—Por eso venimos: dígnese pues aceptarla. Y poniendo el dinero sobre la mesa, hicieron una profunda reverencia, sin querer explicarse más, saliendo en seguida de la celda sin hacer caso de las asombradas palabras que balbucía su reverencia entre la lengua y los dientes.

—Se me ha quitado del corazón una montaña, dijo Cabrera á Gil. Estoy satisfecho.

—Yo también, querido amigo; pues buena parte tuve en la conquista de ese dinero.

—Ahora, yo se lo fío, que no volveremos más á ver cruces ni nada.

—Eso

—Ya lo verá usted, y tengo tal convencimiento de lo que digo, que no pienso mudar de cuarto como quisimos anoche.

Tal era el amor que Gil tenía á sus tres cajoncillos, y tanto el deseo de vivir con ellos, que se persuadió de que, con sólo la

devolución hecha estaba libre y justificada delante de Dios. Así es que, desechando una buena parte del miedo que tenía, se mostró con Rosita algo más alegre y sereno que lo había estado por la mañana. En cuanto al padre Cabrera, estaba inconocible; hacía chanzas y muecas á todos y aparentaba tal valor y confianza, que Rosita, á su pesar, aunque resuelta en el fondo del alma á ser virtuosa, cobró ánimo y se quedó más tranquila.

Después de la merienda que la hicieron los tres en común, dijo el jesuíta que tenía mucho dolor de cabeza y en consecuencia se encerró en su cuarto alegando que el mejor remedio para ese mal era el reposo y el silencio.

Gil y Rosita se quedaron en su aposento, perfectamente tranquilos; bien es verdad que no duró mucho esa indiferencia de ánimo, pues conforme iba desapareciendo el sol en el occidente, si no Gil, por lo menos Rosita, volvió á ponerse desasocegada. y tanto fué creciendo su inquietud, que al toque de oración, por estar lo más acompa-

nada posible, dijo á Benito:—Vamos á ver como sigue el señor Cabrera.

—Vamos, contestó Benito, á quien tampoco desagradaba la compañía.

El jesuíta recibió á sus vecinos con las mayores muestras de aprecio, y cerrando su puerta después de encender luz, procuró distraerlos con algunos cuentos ligeros y agradables.

Tan pronto como el padre cerró la puerta, un hombre que de vez en cuando había sacado la cabeza por tras la tapia que cerraba el patio, se deslizó como una serpiente en el cuarto de Gil, volviendo á salir casi en seguida, para no mostrarse más.

Una hora larga estuvieron Gil y Rosita en el cuarto del padre Cabrera, y algo consolados, se retiraron al suyo, rezando en silencio multitud de oraciones.

—Alúmbrenos, señor Cabrera, dijo Rosita, no hallándose con fuerzas suficientes para entrar á oscuras.

—Voy, señorita, respondió el padre. Y tomó su vela, pero no bien llegó á la puerta, un ¡ah! desconsolador, terrible, llegó á

sus oídos. Era Gil que llegando él primero al umbral, vió como la noche anterior, resplandeciendo fatídica la cruz de fuego, y á sus pies estas seis letras: *¡Ladrón!* Allí está, allí está otra vez, dijo retrocediendo espantado.

El jesuíta dejó su vela y corrió al lado de Gil que, presa de un temblor nervioso, cogido de las manos de Rosita, apenas tenía alientos para moverse.

Entremos, dijo el padre Cabrera ayudando á sus amigos.

Pálidos, sin fuerzas, los dos amantes, con el corazón hecho pedazos por el miedo y por el remordimiento, se dejaron caer en el sofá, sin hacer la menor resistencia.

Dios es el que nos persigue, dijo el padre, y es imposible huír de su justicia que la encontraremos siempre delante de los ojos, aunque nos ocultemos en las entrañas de la tierra. Sólo al arrepentimiento le es dado defendernos de las iras del Altísimo. Pidámosle, señores, y cayendo de rodillas comenzó á pedir perdón. Sus amigos le imitaron en la postura, pero sus labios no

se movieron una vez siquiera. Para ellos la oración vocal era inútil. Fijos los ojos del alma en el cielo, dominados por un dolor profundo, y como tal callado, hablaron con el espíritu y nada más.

Gruesas lágrimas cayeron de los ojos de Gil, lágrimas de sincero arrepentimiento y por eso necesarias. El llanto que se vierte á los pies de Dios es bálsamo riquísimo que alienta el corazón. Las lágrimas son un don precioso: las arranca el pesar y las desvanece ese mismo dolor.

Si el hombre no tuviera una lágrima en esos momentos supremos de la vida, en que todo se mira revestido del sombrío color de la desesperación, talvez, á merced del sufrimiento, abandonado á sí mismo, ó dejaría de existir, ó se volviera loco.

Los negros nubarrones del cielo no dejan ver el sol, sino cuando se han resuelto en agua; y en las horribles tempestades que se desencadenan dentro del corazón, no le es dado á éste mirar la luz de la esperanza, si antes no aclaró sus contornos por medio de las lágrimas.

Gil dejó que corriera su llanto en silencio y poco á poco fué sintiendo dentro de sí mismo, ese algo melancólico y dulce que postra las fuerzas físicas, pero que levanta el corazón á regiones desconocidas. Sintió doblarse sus rodillas, y se levantó invitando á Rosita que hiciera lo mismo. Esta la miró de un modo vago, indiferente, y sin querer hacerlo, volvió á doblar la cabeza y siguió orando.

Benito Gil se reclinó en el sofá, haciendo que la palma de la mano derecha sostuviera su cabeza.

Los dos jóvenes se miraron con cierta melancolía, pero no rompieron el silencio. Hay momentos en que toda palabra es importuna. Por otra parte, Benito Gil absorto en su dolor, talvez no hubiera contestado. Su conciencia, su corazón estaban luchando en ese momento de un modo espantoso; no por retener una fortuna que ya Gil había resuelto devolverla. No, su noble corazón pródigo hasta de lo ageno, no tenía ese pesar profundo que sienten los mezquinos cuando pierden un puñado de

oro. Su lucha era más noble, más alta, y por lo mismo más terrible. Luchaba entre la virtud y el amor. Quería olvidar sus extravíos pasados en brazos de la religión, pero no podía olvidar á Rosita, ni siquiera lo intentó; su pasión inmensa, delirante, imperaba sola á pesar de su pobreza, á despecho de las oscuridades del remordimiento, absorbiéndolo todo, iluminando y embelleciendo todo con las fantásticas tintas del placer. Veía al lado suyo á esa niña seductora, hermosa y perfumada como una magnolia en las mañanas de Abril. Y á pesar de su conciencia que le gritaba ¡es pecado! á pesar de Dios mismo cuyas iras temía, arrastrado por ese fuego oculto que magnetiza el alma, que enloquece, haciendo parecer pequeño hasta el castigo de la eternidad á trueque de apagar ese incendio en los brazos de una mujer; sentía que un mundo de besos palpitaban sobre sus labios temblorosos aun con las últimas palabras de la oración, é incapaz de dominarse, cerraba los ojos y retrocedía espantado, mirando á su Rosa, y mirando á Dios.

Débil como hombre se doblaba hácia la tierra. Hijo de un Dios quería remontarse al cielo.

Lejos de su amada, la misma virtud le parecía estéril y andaba vacilando con un pie en el infierno, con el otro en el paraíso. Afortunadamente no era él sólo el que se hallaba abandonado bajo el peso de esa lucha titánica. También Rosita, sintiendo el mismo dolor que su amante, sus mismos temores y deseos, luchaba en silencio con su loca pasión, pero más virtuosa ó más débil que Gil, sucumbió primero, ó mejor aún, venció, arrastrando á su amado á gozar con ella de los resplandores del triunfo.

Lentas, terribles, fueron para los jóvenes las horas de esa noche fatal, en que apenas se entendieron de vez en cuando por medio de algunos movimientos que, sin decir nada lo explicaban todo.

El padre Cabrera, aunque por otro camino, estaba tan preocupado como Gil y Rosita, tenía casi seguro el triunfo, al ver la impresión honda que en ellos habían hecho los avisos del cielo, esto es, el fósforo

descubierto por el padre Centellas, pero temía, y con razón, que Gil retrocediera aún en el último momento, y por eso vacilante, en medio de dos opuestas ideas no supo á cuál de ellas atender. Quería seguir paso á paso á Benito Gil para ayudarle en las honradas decisiones que éste pudiera tomar, pero desoso de sacudir fuertemente su corazón por medio de un poderoso ejemplo, quería dejarlo solo, abandonado á sí mismo y por consiguiente empeñado en decidir pronto acerca de su destino.

Después de serias meditaciones el jesuíta optó por lo último; pues dado caso que Gil continuase en el mundo, á él le era fácil volver también á seguirle la pista, con sólo decir que no había podido soportar las austeridades del claustro. Por esto, cuando ya la mañana había esparcido toda la fuerza de sus resplandores sobre la alegre ciudad, tomando el sombrero y la capa, dijo con tono melancólico y grave:

Señor Gil, venga un abrazo; el último talvez que nos daremos sobre la tierra.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Cabrera?

—Dejar el mundo para siempre, puesto que Dios con sus continuas señales me llama por otro sendero, si menos ancho, más seguro, Voy á entrar en religión.

—¿Ahora?

—En este mismo instante. Nos estamos viendo por última vez. Y con los brazos abiertos se precipitó sobre el pecho de Gil, ocultando su dolor y sus lágrimas.

Benito Gil no pudo resistir más y lloró también.

—Apoyo su elección, le dijo con voz trémula. ¡Oh! ¡quién pudiera seguirle!

El jesuíta no dijo nada, temeroso de comprometerse.

Separóse de sus brazos, y apretando en silencio la mano de Rosita, dijo con voz apagada desde la puerta:—Adiós . . . hasta el cielo! saliendo en seguida con pasos precipitados.

—Triste separación, dijo Gil á Rosita sentándose á su lado y tratando de darla un beso,

Rosita hizo á un lado la mejilla, diciendo ruborosa: no puedo.

—¡Qué! ya no me amas como ayer? replicó asustado.

—Te amo mucho más, y te amaré siempre pero . . . Sus ojos se bajaron avergonzados, y la voz se le anudó en la garganta. Benito, prosiguió después de una pausa, apretando la mano de éste. La vida que llevamos no es para nosotros.

—Tienes razón y te ofrezco en esta misma semana unirme contigo al pie de los altares. Te parece bien?

—No, yo quisiera algo más.

Quisiera que nos dedicásemos al servicio de Dios.

—¿Lo dices de veras? preguntó Gil.

—Lo digo de veras. Quisiera entrar á un monasterio y acabar allí mi vida.

—No me opongo mi querida Rosita; yo deseo lo mismo, pero no me atreví á decírtelo por el juramento que te había hecho. Delante de Dios prometí ser tu esposo y



estoy resuelto á cumplirlo si tú no me devuelvas la palabra.

—Estás libre, respondió Rosita mirándole con una ternura inmensa, y saltándosele las lágrimas. Te amo, pero estás libre. Consagrémonos á Dios. Gil no respondió. Amaba de un modo intenso á Rosita, y su corazón se reveló un momento pensando iba á perderla para siempre; pero vuelto á considerar la grandeza del objeto que ambos á dos perseguían, halló fuerzas en su misma debilidad y exclamó con resignación:—Sea, nos hemos amado hasta el delirio, pero este amor criminal nos pierde: separémonos; ya que tú como yo buscamos un estado más perfecto que el que te había propuesto antes. ¿Cuándo piensas retirarte?

—Hoy mismo.

—No. Deja primero que devuelva á los jesuítas lo que les pertenece.

—¿No puedes hacer eso hoy?

—Voy en este momento á decirles todo, pero los cajoncillos no los podremos sacar

hasta la noche. Aguarda á mañana.

—Está bien, dijo Rosita, y se quedó tranquila esperando que su amado volviera de la casa de los jesuítas.

No lloraron, no se desesperaron, ni hubo juramentos ni frases tiernas, y eso no porque dejaran de amarse con toda la fuerza de sus veinte años, sino porque esa separación consentida por ambos, deseada tal vez, no era la consecuencia de un enojo ni del vil interés tampoco, sino del deseo de mayor perfección, pues cuanto más se elevaban entre sí, otro tanto se acercaban á Dios. Suave es el yugo del Señor, y su carga ligera. El mundo abrumba con sus placeres de peso insoportable cuanto más sin medida son. La virtud alegra con los dolores, no porque éstos dejen de sentirse, sino porque teniendo el apoyo de Dios para sufrirlos, ni inquietan ni desesperan; antes bien hacen cobrar más brío al que los padece. El alma se postra de rodillas cobarde cuando está rodeada de felicidades; se eleva y agiganta cuanto el dolor la azota despiadado. Por eso Gil y Rosita en

vez de esconder la frente en el polvo lamentando sus muertos amores, su oscuro porvenir, la alzaban orgullosos, con el orgullo de la fe, de la esperanza que ni permite soberbia, ni busca la vil humillación.

CAPITULO XXX

¡ Adiós !

—¿Está aquí el padre Mariscal? preguntó Gil presentándose en la portería de la casa de los jesuitas.

—Tenga usted la bondad de esperar un momento, repuso cortesmente el portero, haciéndolo entrar en el pequeño salón de visitas. Voy á buscarlo.

—Dígale usted que Benito Gil desea hablarle con urgencia.

El portero no conocía á Gil, pero sabedor, como todos los jesuitas, de lo que éste les había hecho, sentía una sacudida de placer al tenerlo allí á tan famoso ladrón, co-

mo decían entre ellos, y dándose la prisa que pudo, fué á la celda del padre Mariscal, mas, no hallándolo allí, y calculando por la hora, que estaría en el confesonario, sin respeto á ninguna de las muchas devotas que como perros hambrientos estaban esperando el turno para acercarse, más que á declarar sus pecados, á contar al sacerdote algunos capítulos de su vida, se presentó á la puerta, diciendo á su Superior:—El señor Benito Gil desea hablar con vuestra reverencia en este momento.

—Hija mía, dijo el padre Mariscal á una pobre mujer que estaba ya en la mitad de sus pecados: un asunto de mucha urgencia, del que no puedo prescindir, me impide seguirla escuchando. Díguese esperarme unos momentos ó mejor volver, á la tarde, y levantándose sin vacilar, dejó la iglesia presentándose á los pocos minutos en el salón de visitas.

Gil de pié, con el sombrero en la mano, hizo una profunda reverencia, que el jesuíta contestó descubriéndose también la cabeza.

—Perdone usted, reverendo padre, que le haya distraído acaso de sus ocupaciones, pero urge el tiempo, y deseo hacerle cuanto antes una confesión.

—Estoy á las órdenes de usted, señor Gil, contestó el padre Mariscal obligando en seguida, con su acostumbrada finura, á que su interlocutor continuara sentado.

—Gracias, repuso Gil, y tomando aliento, al ver que el jesuíta, con la boca abierta, los ojos fijos, estaba más pronto á escuchar que á hacer ninguna pregunta, siguió haciendo un visible esfuerzo. No hay para qué decirle que yo tengo algo en mi poder que pertenece á ustedes, puesto que lo sabe tan bien como yo.

—En efecto, dijo el padre Mariscal, y pensó para sí: viene á proponerme un pacto.

—Son tres cajoncillos, llenos, á juzgar por el peso, de plata ó de oro.

—¿No los ha abierto usted? preguntó con precipitación.

—No, ese tesoro, ó lo que sea, está tan intacto y tan cerrado como en el momento en que lo sustraje.

—¿Lo trae consigo?

—No, cuando lo saqué, ayudado por mis amigos, lo enterraron esa misma noche en el cuarto en que vivía uno de ellos en la calle de San Marcos.

—¿Y desde ese día no ha vuelto á saber de ellos? dijo con precipitación el padre Mariscal.

—No padre, pero tengo la seguridad de que están allí porque mi amigo Mora siguió tomando en arriendo ese cuarto, aunque ya no vivía allí, á fin de evitar que otro lo descubriese, hasta el día de sacarlo.

—Pero el señor Mora ha muerto.

—Es verdad, dijo con melancolía; Luis de Mora ha muerto, mas yo fuí como amigo de él, y tomé por mi cuenta esa pieza.

—¿Cuándo piensa sacarlo de allí?

—Eso corre de su cuenta, reverendo padre. El día que le parezca mejor, pues tendrá que proporcionarme algunos hombres de su confianza para que me ayuden. Lo que es por mí quisiera hacerlo cuanto antes; ese dinero me quema el corazón y

me envilece á mis propios ojos. Prefiero morir pobre, pero no

—Descuide usted, señor Gil, somos agradecidos y no dejaremos

—Nada pido, reverendo padre. Dios me ha tocado el corazón, á mí y á mi prometida, y vamos á dejar el mundo tan pobres como antes.

—¿Piensa la joven Rosa Pantoja dejar también el mundo?

—Sí, pobre es, pero tiene esperanza de que en algún monasterio la recibirán sin necesidad de dote; bien que yo dificulto eso, dijo con cierto dolor.

—No pase usted por esa pena, señor Gil. Pobres somos, pero no se dirá nunca de nosotros que dejamos por avaricia que una joven deje de consagrarse á Dios por tan pequeño motivo. Mil pesos es el dote que se exige al entrar en un monasterio; pues bien, esa niña dará dos mil, dijo con nobleza el padre Mariscal. Y este ofrecimiento espero que no lo creáis hijo de un mezquino interés, no. Ha tomado usted esos tres caiucillos de plata que

una alma piadosa nos legó para el culto divino, pero aun sin eso, esto es sin esperar su devolución, habría tenido mucho gusto en servir á usted.

Benito Gil se quedó como un papanatas sin saber qué responder. No esperaba él tanta nobleza ni generosidad en unos hombres que habían tratado hasta de matarle de hambre por recobrar su tesoro.

—Es verdad, siguió el jesuíta que nosotros hemos empleado algunos medios, duros al parecer para recobrar lo nuestro, pero estrictamente ceñidos á la justicia.

—Estaban en su derecho, contestó Gil, y no me quejo. ¿Cuándo me dará la gente necesaria para traer ese dinero?

—Esta misma noche. Puede usted venir á las siete ó á la hora que le parezca conveniente, saldrá en compañía de seis ó siete de los nuestros.

—Está bien. Vendré á la hora indicada y saldremos entre once y doce de la noche. El misterio me parece conveniente.

—Creo como usted, señor Gil, pero vamos á tropezar con una dificultad. ¿El ca-

sero no cierra con llave la puerta de calle?

—No hace más que correrle el cerrojo, y éste, con cierta maña, cede fácilmente, empujándolo por fuera. Descuide usted, yo respondo de eso.

—Está bien, está bien, dijo reventando de gozo el jesuíta; confiamos en todo y por todo en usted á quien doy de corazón la enhorabuena, no tanto porque nos devuelva ese dinero, sino porque en ese proceder tan cristiano y caballero, estoy creyendo ver la mano de Dios que no ha permitido que un hijo suyo se pierda miserablemente. Quizás esto lo deba usted á algún acto de misericordia ó á su buena madre que acaso desde el cielo vela por el hijo de sus entrañas. Permita usted, noble joven, que yo en nombre de Dios le bendiga, pidiendo para usted al que todo lo puede constancia y valor para seguir en la estrecha pero segura senda de la virtud en que por fin va á entrar.

Gil se arrodilló humildemente, y el padre Mariscal después de mil exclamaciones en latín, le dió con majestad la bendición.

—Hasta la noche, reverendo padre, dijo Gil despidiéndose,

—Un momento, señor Gil: he ofrecido darle el dote de esa niña, y para demostrar á usted que ésta acción con la cual me honro, la hago independientemente, de lo otro, espero me haga el favor de llevarlo ahora mismo.

—Acepto, reverendo padre, y sin rubor ninguno puesto que no es para mí.

El padre Mariscal condujo á Gil á la celda del padre Ministro, y allí en relucientes monedas de oro, le dió dos mil pesos que Gil se los guardó sin ceremonia alguna, volviendo apresurado á contar á Rosita todo lo que le pasaba.

Esta, así que lo oyó, considerándose ya fuera del mundo, en el que tan bellas auro-ras había gozado, no quiso permanecer por más tiempo, y rogó á Gil la condujera esa misma tarde al monasterio del Carmen Bajo. Mañana profesaré, le dijo, amorosa pero resuelta.

—Y yo seré tu padrino, contestó éste decidido á consumir su sacrificio, sin retroce-

der un punto. Almas ardientes, apasionadas, que habían corrido sin freno tras los placeres, querían lanzarse con el mismo ardor por los espinosos senderos de la virtud. Las resoluciones del tibio, de aquel que aún para el pecado vacila, y quisiera volver á ser bueno, son siempre frías, temerosas y por lo general poco duraderas, al revés de los que toman esos corazones de fuego dispuestos á hundirse impávidos en el infierno, empujados por el ardor de sus pasiones, ó á subir al cielo en alas de esas mismas pasiones, que tan admirablemente sirven para hacer feliz ó desgraciada á la persona que las padece. Rosa y Gil no dudaron, no se dijeron siquiera una queja, que ninguno de los dos hubiera escuchado ni atendido, y partieron llenos de fe él á dejarla al pie de los altares, élla á esconderse en ellos como paloma herida, que busca en las purísimas fuentes del calvario, el único remedio á sus dolores, el único término de sus esperanzas.

—Hasta mañana, dijo Rosita apretando la mano de su amado; mañana á las ocho

te espero, y él contestó: nó faltaré volviéndose de espaldas, escondiendo una lágrima furtiva que pugnaba por caer de sus pupilas.

—¿No quieres noticiarle á mi tía la resolución que he tomado?

—Creo que es mejor que lo hagas tú mismo por medio de una carta. Sus lamentos talvez me enternecerían demasiado, y apretando por última vez la mano de la niña, se retiró á su habitación, á esperar tranquilo la hora en que debía ir á la casa de los jesuitas. Estos, desde que el padre Mariscal les comunicó á lo que había venido Gil, estaban como es de suponerse llenos de gozo y capaces de levantarle estas al padre Cabrera. Loor á los guayaquileños, decían algunos felicitándole y éste modestamente contestaba, loor al padre Centellas; pues sin su fósforo, aún estuvieran verdes nuestras uvas.

—Y la cantidad nó es floja, decía otro.

—Son seiscientos cuarenta mil pesos entre oro y pedrerías, contestaba el padre Mariscal paseándose y preguntando á cada

momento si vendría ó no el señor Gil! Todos le decían que sí, pero era tal su deseo, que, aunque él mismo estaba seguro de que Benito no dejaría de ser puntual, volvía y preguntaba á poco rato: ¿qué le parece á usted, padre, vendrá ó no?

A la hora convenida se presentó Gil dando fin á las preguntas del superior, á las respuestas de los demás y á la ansiedad general.

Recibiéronlo sumamente cariñosos, y tres jesuítas, entre ellos el señor Carrera, se encargaron de tenerlo agradablemente entretenido hasta la media noche, hora en que debían salir.

El señor Carrera, contó sus desgracias y la furia del populacho que le desgarró las carnes, cosa que Gil aunque no de un modo circunstanciado lo sabía también. Desde ese día, dijo concluyendo su historia, no he vuelto al mundo teniendo por mejor servir á Dios en medio de la estrechez que ahogado por las mezquinas grandezas del siglo.

Benito Gil aprobó con palabras finas y cortesanas tan heroica resolución, pasando en estas y otras pláticas sabrosas hasta la media noche.

—Ya es hora, dijo el padre Mariscal.

—Estoy pronto, contestó Gil abrigándose en su capa, y salió inmediatamente seguido de seis jesuitas disfrazados de paisanos.

El desentierro de los cajoncillos no ofreció dificultad ni peligro alguno. ¿Quién sabía, quién se iba á enterar de lo que hacían esos siete hombres en un cuarto vacío y en una de las casas más retiradas del barrio de San Marcos?

Cavaron, pues, sin temor alguno, y una vez puesto el tesoro sobre la tierra, sin detenerse un punto, llevando á Benito Gil á la cabeza, volvieron al convento sin contratiempos ni tardanza.

Gil, por delicadeza, después de recibir los plácemes, enhorabuenas y abrazos que todos le prodigaban á porfía, por su bella acción, trató de retirarse aunque muy contra su gusto.

—No es esta la mejor hora para andar por esas calles de Dios, dijo el padre Mariscal, suplicando aceptara allí mismo una mala cama, que no era mala sino en el nombre: los jesuitas aunque se mortifiquen en todo lo demás, se guardan muy bien de hacerlo en la cama y la comida. Saben muy bien que un cuerpo bien nutrido es más apto para el estudio y aún para la misma mortificación, que esos esqueletos ambulantes, lánguidos y caídos de las otras órdenes religiosas.

Gil aceptó la cama con sumo reconocimiento, puesto que, según él, se libraba por ese medio de ver la cruz y quien sabe si al demonio detrás de ella.

Tantas emociones, tantas fatigas había tenido que sufrir en las horas de ese día alegre y terrible para él, que no tardó mucho en caer en brazos del sueño, con ese cansancio y pesadez propia de la juventud.

No obstante, á las seis de la mañana estuvo en pie; y calculando que bien pronto llegaría el momento en que Rosita iba á quedar por medio de eternos votos ligada

para siempre á los altares, se encaminó presuroso al templo del Carmen Bajo. Llamó al torno del convento que está en la sacristía, y á poco rato salió Rosita vestida de blanco, con una corona de azahares, menos blancos, menos lindos que las mejillas de esa niña encantadora. Su tía venía al lado de ella, reventando de orgullo. Todo se lo había perdonado, y alegre, sonriéndose, sin hablar á Gil una sola palabra, se colocó al lado izquierdo dejando que Gil le diera la mano para conducirla al pie de los altares. La misa comenzó entre el grave y sonoro ruido del órgano y los cantos melancólicos de un coro de vírgenes, escuchados por todos con religioso placer, menos por Gil que, con los ojos cerrados, para impedir que sus lágrimas rodaran abundantes á la vista de todos, permanecía inmóvil contemplando con la imaginación á su adorada á quien iba á perder para siempre. Su corazón loco de dolor se estremeció espantado al considerar marchitas, rodando por el polvo la flores de su esperanza. Aún podemos ser felices en medio de nuestra

pobreza, se dijo, sin recurrir á este último extremo; no, no tengo fuerzas para abandonarla así y sin poder resistir tan loca tentación, miró á Rosita de un modo indescriptible, con esas miradas que encierran todo un modo de dolor, todo un mundo de pasión. Devoró hambriento el hermosísimo semblante de esa niña encantadora, más fresca que los azahares de su guirnalda, y un ¡ay! profundo, espantoso pero débil salió de su garganta y fué á morir en los oídos de Rosita. Volvió la joven la cabeza, y al ver la angustia, el dolor retratados en el semblante del hombre que tanto había querido, al verle tembloroso como la hoja de un árbol mecida por la brisa, pronto quizás á caer agobiado por el dolor, sintió que su corazón se despedazaba también y dobló la frente angustiada y su cuerpo tocó al de Gil estremeciéndose de amor. Si en ese momento el mancebo la hubiera dicho salgamos, talvez Rosita no habría vacilado en seguirle enamorada.

Ella como él, al momento de hundirse para siempre en la oscuridad de un claus-

tro, sentía en su alma, levantarse rico, vigoroso y potente, ese ángel fantástico que llamamos amor. Pero Gil no dijo nada, su angustia, su desesperación le anudaban la garganta y se contentó sólo con mirarla fijamente como si quisiera grabar en el fondo de su alma la imagen de esa niña que pronto iba á ser para él un sueño y nada más.

En este momento el sacerdote, acercándose á Rosita, con el crucifijo en la mano, se dispuso á recibir su sagrado juramento. ¿Prometéis así? le dijo concluyendo las palabras sagradas que iban á atarla para siempre.

La sangre se heló en las venas de los dos jóvenes, sus ojos se miraron nublados por el llanto. Rosa tembló agobiada por una dolorosa agonía, pero Gil la sostuvo; sufría más acaso, se estaba muriendo ahogado en un abismo inmenso de dolor, en el que veía su corazón hecho pedazos, pero alentado por su fe y por ese mismo amor que le rompía el pecho, dijo por ella con voz segura y vibrante: Si promete. Rosita alentada de

súbito, tendió también su mano blanca, y dejándola caer sobre los santos Evangelios, fija su ardiente mirada en la imagen de María, dijo como un eco de Gil: Si prometo. Concluída la ceremonia, se abrió otra vez la puerta del torno, y Rosita, baja la frente, las mejillas pálidas, dió los primeros pasos en el claustro. ¡Adiós! dijo Gil, sin importarle el sitio en que estaba, ni si le oían ó no. ¡Adiós! repitió con una amargura infinita, y tendió su mano derecha. De sus ojos se desprendió una lágrima, una sóla, pero amarga como la hiel, ardiente como el metal fundido. Rosita no contestó, pero mirando á Gil casi desesperada, llorando en los brazos de sus nuevas hermanas, mientras la puerta que se había abierto para darle paso se cerraba suavemente interponiéndose entre esos dos ardientes corazones que se despedían hasta el cielo.

Benito Gil agobiado por la amargura y sin más que hacer en ese lugar, mezclado entre la gente que salía, llegó á la puerta del templo; allí una mano oprimió la su-

ya con ternura. Era la tía de Rosita. Gracias, gracias, señor Gil, le dijo llorando de alegría.

—Le robé á usted una mujer y le devuelvo un ángel, contestó Gil perdiéndose entre la multitud.

Llegó á su casa, y dando lo poco que tenía á un vecino pobre y necesitado, hasta sus ropas, se fué, y echándose á los pies del padre Tufiño, pidió ser admitido en la Orden de San Francisco.

Un mes después de los sucesos que acabamos de referir, un joven religioso, con la vista en el suelo, el rubor en las mejillas, con una alforja al hombro, recorría las calles pidiendo una limosna para su convento. Al llegar á la Plaza grande, un joven caballero, de ademán airoso y de riquísima espada, se encontró de manos á boca con el franciscano. Ambos se miraron frente á frente, y ambos retrocedieron.

—¡Gil, Gil! es posible! dijo Ramírez abriendo los brazos; pues no era otro el caballero. ¡Tú, tú! de religioso! continuó en el colmo del asombro. Gil no contestó,

bajó los ojos al suelo, su faz se puso roja por la vergüenza, y dejando correr por ella una lágrima, siguió humilde su camino, en busca de una limosna.

Fin.

